

¡El Infierno es Eterno!



Índice:

<u>Capítulo I: Oliva vidente de Jesús de la Misericordia en Garagoa Colombia.....</u>	<u>7</u>
<u>Capítulo II: María Valtorta, mística italiana.....</u>	<u>16</u>
<u>Capítulo III: Santa Faustina Kowalska. Abismos del infierno.....</u>	<u>19</u>
<u>Capítulo IV: Los Sueños De San Juan Bosco Sobre El Infierno.....</u>	<u>22</u>
<u>Capítulo V: Testimonio impresionante de un alma condenada, acerca de lo que la llevó al Infierno.....</u>	<u>36</u>
<u>Capítulo VI: Gloria Polo Vuelve De La Muerte.....</u>	<u>46</u>
<u>Capítulo VII: Fátima y la visión del infierno.....</u>	<u>59</u>
<u>Capítulo VIII: Santa Teresa de Ávila.....</u>	<u>62</u>
<u>Capítulo IX: El infierno. Si lo hay que es y el modo de evitarlo. Monseñor L.G. de segur.....</u>	<u>68</u>
<u>Capítulo XIX: San Alfonso María de Liguorio. Preparación para la muerte.....</u>	<u>106</u>
<u>Capítulo XX: Confesiones del infierno al mundo contemporáneo.</u>	<u>110</u>

ADVERTENCIA IMPORTANTE SOBRE EL OBJETO DE LA OBRA

Querido lector, tiene usted en sus manos un libro, que puede llegar a salvar miles de almas.

Nuestro Señor Jesucristo hablo claramente del infierno, y su amada esposa, la santa madre Iglesia, lo predicó durante siglos.

A partir de la década del 70, paso a ser un tema tabú, o intocable, ya que muy pocos sacerdotes valientes, lo mencionan.

Estos relatos son para nuestra época una gran gracia; pues en el espíritu del "hombre moderno", la idea de poder ser condenado a un fuego eterno ha desaparecido progresivamente. Incluso se burla de eso. ¿Y cuál fue el instrumento principal de esta terrible anestesia? El silencio de los predicadores.

San Alfonso, doctor de la Iglesia, decía que se consideraría culpable de un pecado mortal si no hubiese predicado sobre el infierno por lo menos una vez al año.

Por este motivo, me veo en la obligación de difundir esta verdad, del infierno y la eternidad de sus penas, que es un dogma de fe de la Iglesia definido en el IV Concilio de Latráo (1.215) y explicado en muchos documento del Magisterio.

Debemos proclamarla a todo el mundo secularizado y pagano.

Hallarán testimonios impactantes, muchos de ellos, gozan de licencia eclesiástica, y otros, todavía no se pronuncio respecto a la veracidad de estas apariciones, sin embargo me parece que reflejan la teología Católica de la misma.

Son pocos los que quieren hablar de este tema, sobre la sexualidad, los anticonceptivos, el aborto, etc. Lo que más me sorprende es que al tocar estos temas, se justifican con excusas como "que lo ofendemos al prójimo" o que "Dios es amor", siendo estas excusas realmente incoherentes.

Primero, Dios nos va a pedir cuenta si lo ayudamos a nuestro hermano, y segundo Dios es amor, y también es justo.

Lo más triste es la indiferencia que hay entre muchos fieles católicos, hasta con una participación directa en la Iglesia. No sabrán acaso, que después que pasemos el velo, Nuestro amoroso Señor Jesús, nos va a preguntar ¿Y los frutos? Que hiciste por tu hermano que vivía en pecado.... Y le vamos a responder...!!!Nada Señor!!! No quería hacerlo sentir mal, más que nada, no quería hacerme odiar.

Ahí está el centro del problema, no queremos hacernos odiar con nadie, porque que la vida es mucho más fácil, cuando nadie nos reprende, calumnia, etc.... es mucho mejor, seguir por el camino ancho que va a la perdición.

Jesús lo dijo muy claro: **"el que quiera venir en pos de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga"**.

La llamada del Santo Padre Benedicto XVI "resucita" el infierno, con mayúsculas. 'El infierno, del que se habla poco en este tiempo, existe y es eterno', ha dicho el Pontífice romano. 'Nuestro verdadero enemigo es unirse al pecado que puede llevarnos a la quiebra de nuestra existencia'.

En la Sagradas Escrituras, esta realidad del Infierno es mencionada más de 150 veces; de las cuales más de 73 en el Nuevo Testamento directamente por Nuestro Señor, mientras que del

Bautismo sólo habla una vez. Y siendo Dios quien nos habla, bastaba una sola vez que lo hubiera dicho, para tener que creerle.

Jesucristo habló claramente del infierno, El amor hablo acerca de esta verdad eterna. Porque nos ama lo advierte, "quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión" (2 P 3:9). Utilizo las palabras más duras, porque son todas verdaderas y perfectas. Voy a citar algunos pasajes del evangelio.

“Pues yo os digo: Todo aquel que se encolerice contra su hermano, será reo ante el tribunal; pero el que llame a su hermano "imbécil", será reo ante el Sanedrín; y el que le llame "renegado", será reo de la gehenna de fuego.”

Mateo 5:29 “Si, pues, tu ojo derecho te es ocasión de pecado, sácatelo y arrójalo de ti; más te conviene que se pierda uno de tus miembros, que no que todo tu cuerpo sea arrojado al infierno.”

Mateo 10:28 “Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero no pueden matar el alma; temed más bien a Aquel que puede llevar a la perdición alma y cuerpo en infierno.”

Mateo 23:33 “¡Serpientes, raza de víboras! ¿Cómo vais a escapar a la condenación del infierno?”

Jesús anuncia en términos graves que "enviará a sus ángeles que recogerán a todos los autores de iniquidad..., y los arrojarán al horno ardiendo" (Mt 13, 41-42), y que pronunciará la condenación:" ¡Alejaos de mí, malditos al fuego eterno!" (Mt 25, 41).

Santiago 3:6 “Y la lengua es fuego, es un mundo de iniquidad; la lengua, que es uno de nuestros miembros, contamina todo el cuerpo y, encendida por la gehenna, prende fuego a la rueda de la vida desde sus comienzos.”

Le ruego al lector que no le cause enojo ver que al principio y final de cada experiencia mística, se pide casi siempre, la gracia del arrepentimiento, la perseverancia y del amor a Dios, porque éstas son las tres gracias más necesarias para alcanzar la eterna salvación.

La gracia del arrepentimiento, es el don que Dios le concede a una persona para volverse a él para salvación. Está al alcance de todos, solo se necesita reconocer el pecado, aborrecerlo, y sobre todo amar a Dios con todas las fuerzas. El siguiente paso, es reconciliarse con Dios y la Iglesia, por medio del sacramento de la penitencia. Es recomendable confesarse cada 15 días, o 1 vez por mes.

La otra gracia de la perseverancia es aquella que nos hace alcanzar la eterna salvación. Dice San Bernardo, que el cielo está prometido a los que comienzan a vivir santamente; pero que no se da sino a los que perseveran hasta el fin. Para conseguirla, se necesita mucha oración, porque por más que el pecador haya alcanzado el perdón, más tarde, el enemigo lo tentara para que vuelva a perder la gracia santificante. Debemos perseverar en la gracia de Dios, y orar sin cesar.

Me encomiendo a Nuestro Señor Jesucristo, a la Santísima Virgen María, especialmente a San Miguel arcángel. Dejo latente esta frase que le dijo Jesús misericordioso a santa Sor Faustina:

“Convéncete de esto para siempre, vigila sin cesar porque todo el infierno se empeña en contra de ti a causa de esta obra, ya que muchas almas se alejarán de la boca del infierno y glorificarán Mi misericordia. Pero no tengas miedo de nada, porque Yo estoy contigo; debes saber que por ti misma no puedes nada.”

"San Miguel Arcángel,
defiéndenos en la batalla.
Sé nuestro amparo
contra la perversidad y asechanzas
del demonio.
Reprímale Dios, pedimos suplicantes,
y tú Príncipe de la Milicia Celestial,
arroja al infierno con el divino poder
a Satanás y a los otros espíritus malignos
que andan dispersos por el mundo
para la perdición de las almas.
Amén."
(Del santo Papa León XIII)

Debe tenerse en cuenta que virtualmente todas las mediciones de la patología social y moral han decaído (cosas como la tasa de criminalidad, el porcentaje de madres solteras, la tasa de abortos, divorcios, etc.) todas ellas empezaron a elevarse rápidamente a finales de 1960... Algunos años después de que este rezo paso a ser eliminado de la liturgia de la Iglesia. Se rezaba al finalizar la misa, antes del concilio II.

Capítulo I: Oliva vidente de Jesús de la Misericordia en Garagoa Colombia

Presentación:

El concepto del infierno se remonta hace miles de años, por ejemplo hace más de ochocientos años antes de Cristo, el gran profeta Isaías decía, como has caído de lo alto del infierno o Lucifer, tú que decías en tu corazón, yo subiré hasta el cielo y seré semejante al altísimo. Te vemos precipitado en el infierno en el fondo del abismo. Por este abismo, por ese misterioso lago, veremos más adelante que debe entenderse aquella espantosa masa líquida de fuego, que rodea y oculta a la tierra y que la misma Iglesia nos indica como el lugar propiamente dicho del infierno.

Salomón y David hablan de ese ardiente abismo, en otro pasaje de sus profecías Isaías habla del fuego eterno del infierno, los pecadores dice, deben temblar de espanto, cual de vosotros podrá habitar en el fuego devorador en las llamas eternas.

A Continuación encontrarás el relato de la vidente Oliva, a quien nuestro señor Jesucristo de la Misericordia llevó al infierno para que cuente lo que viera. Esta señora tiene más de 70 años y el Señor le prometió que su vida no terminaría sin que viera los tiempos finales del mundo.

El Padre Carlos Cancelado, es un joven sacerdote colombiano que sufrió la miseria, el rechazo y vivió muchos años apartado de Dios, pero Jesús golpeo a su puerta y él le abrió su corazón. Como fruto de su conversión, descubrió la vocación de ser un Cristo más en la tierra, y abrimos las puertas del cielo, con su ministerio sacerdotal.

Vamos a leer un dramático y conmovedor relato del infierno, donde Jesucristo se sienta sobre una roca ensangrentado y llorando. Al preguntarle la vidente en su inocencia por qué lloraba responde: "PORQUE MI SANGRE DERRAMADA POR TODOS AQUELLOS A LOS QUE ACABAS DE VER (en el infierno) SE DESPERDICÓ EN VANO"

Este testimonio que recorre la web, dio muchísimas conversiones. Mi marido, es fruto del mismo. Fue el golpe de amor, que necesitaba para amar y servir a Jesús con todo su corazón.

- 1) Pidamos a Dios Nuestro Señor, la gracia de la humildad a través de la cual, se logra el arrepentimiento y que todas nuestras acciones estén ordenadas a su servicio.
- 2) Te imploro misericordiosísimo Jesús que me ayudes a ser más humilde para poder reconocer todas mis faltas y poder arrepentirme.
- 3) Veamos con los ojos de la imaginación, una villa tenebrosa ardiendo en azufre y fuego, llena de personas que no pueden salir de ella.

Abre los ojos y sobretodo tu corazón al leer este extraordinario relato.

Relato:

Oliva junto a Jesús fue al infierno

Le besa los pies a Jesús, y los separo.” No supe q paso, pero vi q un hueco inmenso se abrió bajo los pies del señor. No sé si viajamos a través de él, pero pronto me vi en el infierno.

Escuche, gritos, lamentos, había desesperación, aquel lugar era horrible. Sentí miedo, sentí morirme de pavor, y me dije, hay de mi señor donde estoy!!!!

El señor me dijo: “no temas nada, nada te pasara, yo estoy contigo, observa bien”

Entonces vi una hornilla como la boca de un volcán. De ella salían llamas inmensas. Era como un fondo donde se cocina la caña para hacer miel. Como un lago de azufre hirviendo a borbollones, había ahí mucha gente que gritaba y pedía auxilio sin ser escuchados. Unos insultaban, otros estaban vestidos lujosamente, otros estaban sin ropa. Creo que estaban con la ropa que lo enterraron.

Un hombre muy rico, con mantos y anillos en los dedos, y cadenas en el cuello, sacaba la mano y decía, sálvame por esto! y mostraba como un gajo de cebolla. Pero las llamas empezaban a consumir el gajo de cebolla hasta quemarle los dedos.

Creo que fue algo que dio, pero sin amor, o lo único que regalo en su vida.

El tormento era cruel, no había paz, le pegunte al Señor, este es el rechinar de dientes? Y me contesto “No, todavía no es. Es solo parte de sufrimiento, de los condenados”

Alrededor de la hornilla había demonios con las piernas cruzadas, todos tenían un trinche largo. Su aspecto era horrible, sus ojos rojos, boca malvada, sonrisa malévola, de un color casi negro como gris. Fumaban y fumaban algo que los hacía más rebeldes.

Y bebían un líquido rojizo que los llenaba de soberbia.

De pronto todos se colocaron de pie en posición firme. Los condenados deseaban desaparecer. Se consumían en el lago de fuego, era una multitud incontable.

El infierno se estremeció, todo tembló. Por una puerta entraba un demonio como de casi 2 metros de alto, más horribles que los otros demonios. Este tenía cuernos, garras, cola y alas como de murciélago. Los demás no tenían nada de eso. Grito y zapateo, y todo volvió a temblar, pregunte quien era.

Me dijo:” Es Satanás, Lucifer, rey del infierno.”

Hasta los demás demonios le tenían miedo, a una orden dada por el, todos corrieron ante él con el trinche en la mano, en fila como un batallón de soldados. Les dijo algo que no alcancé a escuchar, púes tenía demasiado miedo. Y no le pregunte al Señor. Si el Señor no me hubiera sostenido en ese momento, yo hubiera muerto de terror.

El Señor me dijo:” Acá no hay paz ni un segundo, acá no hay nada de amor, es el reino del odio. Aquí vienen todos aquellos que me despreciaron cuando estaban vivos, libre y voluntariamente, prefirieron el mal en lugar de bien. Ahora observa bien, pues para algunos comienza el rechinas de dientes, sufrimiento y muerte eterna, gusano que no muere y fuego que no se apaga. Porque el que no está conmigo, está muerto, esa es la verdadera muerte. No la que llaman ustedes muerte”.

Los demonios corrieron hacia la hornilla después de la orden de Satanás, y metían el trinche, sacaban a los condenados traspasados por los trinchas. Se movían como culebras sin poder soltarse. Gritaban, se contorsionaban. Les salía sangre, alguno fueron traspasados por la espalda, otros por las piernas, otros por la cabeza agarraban los trinchas queriendo salir.

Pregunte al Señor: ¿porque esas almas tiene sangre?

Y me dijo:”Al infierno vienen en cuerpo y alma, como al cielo van en cuerpo y alma. Estamos en el primer infierno, y ya fueron juzgados, aquí están todos los condenados desde la creación

del mundo hasta el diluvio."

Los demonios colocaron a los condenados como en una lamina de zinc, galvanizada y los agarraban a trinchazos entre dos o tres demonios. Luego como con un cortaúñas, un poco más largo, les prendían pedazos de carne y poco a poco le arrancaban las uñas, los dedos, el pelo, los gritos eran desesperados, eran gritos que terminaban en lamentos....

Para que no gritaran, sacaron una especie de arma no vista en la tierra por mí. Se la metieron en la boca. Aquella arma se abrió como una mano, y al cerrarse le agarró la lengua, y le arrancaban, bien torciéndola o tirándola. Luego con un cuchillo bien afilado, le comenzaban a volver cecina, a destazar, volver pedazos como de vistel. Los condenados no podían gritar, sus ojos parecían salirse de ellos.

Y sus mandíbulas pegaban una con otra haciendo un rechinar de dientes horrible!!! Después de desprender la carne, trozaban los huesos y los volvían nada.

Por último partían la cabeza, hasta quedar trizas, todo parecía nada en al lamina. Sangre, carne en trozos, huesos, aquello era horrible. Y en los huesos había gusanos.

Entonces dije al Señor, pobres personas!!! Pensé que no iban a morir, por fin murieron, aunque los pedazos de carnes se mueven.

El me dijo: "Aquí no existe la muerte fíjate bien".

Los demonios tomaron esa lamina y echaron los trozos de la persona sobre un hueco donde había llamas y fierros filosos, una especie como de molino para volver todo polvo. En la parte de abajo de ese hueco estaba otra vez el hueco de la hornilla. Al caer ese polvo vi que las personas volvían a tener cuerpo y el que se dejaba agarrar por el trinche volvía a padecer lo mismo.

Entonces pregunte al Señor: ¿Qué pasa, porque tiene que volver a vivir?

El me dijo: "La muerte ya no existe, como los hombres la llaman. Aquí se padece la muerte eterna, que es la separación de DIOS. Y para llegar a este lugar de tormentos, cada uno llego aquí libre. Ésa fue la elección de ellos. Yo ya no puedo hacer nada por ellos. Cuando podía me despreciaron y llegaron a este lugar no creado para los hombres, para los hombres fue creado el cielo. Este lugar fue creado para Satanás y sus ángeles."

Me di cuenta que a mayor pecado, mayor el sufrimiento. Cada uno paga según sus deudas. Y cada uno tiene castigos diferentes, pero todos sufren terriblemente.

Me di cuenta que con el órgano que pecan es con el que más sufren. Según se hundían en el lago de fuego, aparecían en un lugar de arenas candentes, al rojo vivo.

El calor era sofocante, no se podía respirar y gritaban, tengo sed!!!

Entonces un demonio se le subía a la nuca y le abría la boca, hasta desgarrarla hasta los oídos. Otro demonio agarraba la arena caliente, para que la bebieran. Era tal el desespero que corrían sin control en la oscuridad iluminada únicamente por las arenas.

Chocaban con otros condenados y peleaban como perros callejeros.

Al llegar al final había rocas con puertas, cada uno miraba solo una puerta, al abrirla había un hoyo, donde estaban los animales ponzoñosos y aquellos que más temían cuando estaban en la tierra.

El Señor me dijo que eran castigos psicológicos. No pregunte qué era eso.

Oh pobres condenados!! Que desesperación, que pesadilla sin fin!!! Cuando lograban salir de allí, se veían esos animales por el cuerpo y que salían por la boca y por todo lugar.

Por lo único que podían correr, es por un desfiladero de piedras cortantes, se caían y se cortaban. Unos caían de frente y se cortaban todo, otros de espalda y al final había una planada, el que no lograba pararse rápidamente, una piedra redonda lo aplastaba como una cucaracha. Al lograr levantarse se botaban por un hueco que había, y caían a la hornilla del inicio, y todo volvía a repetirse.

El Señor me dijo: "¿Te diste cuenta que acá no hay descanso ni un segundo? Ahora te voy a mostrar otro lugar que está esperando a esta generación perversa y malvada. Le voy a mostrar quien sufre más y quienes van por el camino al infierno".

Vi entonces tres hornos más grandes que el primero y Satanás gritaba: Qué se haga el juicio, eh trabajado bastante para darle la bienvenida a mi reino, he inventado nuevos castigos, y tormentos.

Que vengan aquí los que pudieron salvarse y no quisieron, que vengan a mí los que me sirvieron en la tierra.

Entonces vi unas mujeres, arrastradas con cadenas, llevaban cargas como mulas, eran golpeadas atrocemente y atormentadas. Les habrían sus vientres, las dejaban gritar, la despedazaban, les daban con unas cuerdas como de hierro, las insultaban, les mostraban sus hijos que ellas habían asesinado y se las amarraban a sus pechos.

Ellas escuchaban el llanto y los gritos de sus hijos (porque me mataste mama!!!) al grito del niño, sus pechos se desgarraban y comenzaban a sangrar, sus oídos sangraban y todo aquellos era horrible.

Y pregunte al Señor: ¿Señor JESUS quienes son esas mujeres y porque sufren tanto? Me contestó: "Son todas aquellas que matan a sus hijos en el aborto, sufren porque hicieron de sus vientres tumbas, y el vientre es para dar vida. Él pecado del aborto le es a mi Padre muy difícil de perdonar. No basa con confesarlo, sino hay verdadero arrepentimiento. Hay que hacer mucha oración y penitencia, pidiendo misericordia a DIOS Padre como al hijo que asesinaron. Sus gritos y llantos estarán al frente del trono de DIOS y su sangre clamara desde la tierra al cielo".

Y me dijo: "Ore, Ore, por ellas, porque algunas están vivas y pueden arrepentirse. Pues muchas van por el camino del infierno".

Vi al lado de ellas hombres y mujeres que sufrían iguales tormentos que ellas.

Y pregunte, ¿estos quienes son, y porque sufren iguales tormentos?

El Señor me dijo: "Son todos los cómplices del aborto, los que las ayudaron. Aquí pueden venir médicos, amigos, enfermeros, parientes, o alguna persona que escucho que iban a abortar, y no les dijo no lo hagas."

Seguimos andando por ese ancho camino y vi hombres que venían cari bajos, con la lengua afuera, se la machacaban con piedras, les quemaban las manos y pies y se la atravesaban con punzones. Lo demonios descargaban toda su ira contra estos hombres.

Vi como sufrían y pregunte ¿estos quiénes son y por que sufren tanto?

Y me dijo el Señor: "Son los llamados a la más alta gloria de los cielos pero la han perdido. Se han vendido y me han vendido. Ellos son mis sacerdotes. Los pecados del sacerdote son doble pena para mí, por eso su castigo es doble. Son martirizados en la lengua porque han callado mi palabra y han sido perros silenciosos, tartamudean al hablar. Se han consumido en las pasiones y llenado de mosto, vino. Para ellos la maldición y el fuego."

Vi mujeres y hombres al lado de ellos que sufrían grandes penas y pregunte.

¿Quiénes son estos?

Y me dijo: "Son los que han pecado con ellos. La mujer que hace caer a un sacerdote, más le valiera no haber nacido, porque es más maldita que Judas. Lo mismo el hombre que haga pecar a un sacerdote."

Detrás de estas había una multitud que seguían ese camino y sufrían iguales tormentos.

¿Y estos quiénes son?

Y me dijo: "Son todos aquellos que se alejaron de mi y de mi iglesia por el pecado del sacerdote y no oraron por él. El sacerdote se hizo para salvar a los hombres. Si no lo hace, lo ayudan a condenar. Pues mi palabra dice, los guardianes de mi templo están ciegos, ninguno hace nada, son todos perros mudos incapaces de ladrar, vigilantes perezoso que les gusta dormir. Perros hambrientos que jamás se hartan. Y son ellos los pastores, pero no saben comprender, cada uno va por su camino. Cada uno busca su interés, vengan dicen, busquen vinos y emborrachémonos con los licores, no ayudan al inocente y hacen desaparecer a los hombres fieles (Isaias-56-9)".

Vi detrás de estos, hombres y mujeres que sufrían iguales tormentos.

Y le dije ¿quiénes son?

Y me dijo “Son todos los religiosos y religiosas. Ore, ore por ellos, para que me amen y logren salvarse. No hablen nunca mal de los míos. Es como si untara el dedo con chile y me lo metiera en el ojo. Solo ore, ore por ellos, y no me causes tormentos.”

Vi hombres y mujeres que llevaban vendados los ojos, detrás de ellos iban muchos encadenados. Los demonios los insultaban, los golpeaban, y los violaban. Su tormento era cruel.

Pregunte ¿quiénes son esos?

Y me dijo: “Son todos los brujos, hechiceros que se han dejado engeguecer por Satanás. A ellos les esperan los tormentos inmensos, porque vivieron más cerca de Satanás acá en la tierra, más que a mí. Y sufrirán más que nunca, por haber servido en el mal, libre y voluntariamente. Los encadenados son todos aquellos que los consultan, y todos aquellos que mandan a hacer un mal de brujería. Es preferible que mataran cara a cara, y no así. Pues escrito esta, que mi Padre no salvara a esa raza, fuera de mi perros malditos, para ustedes no habrá fuego ni brazas para calentar el pan (Isaías 47- 12)”.

“Ore, ore, porque hay muchos que pueden arrepentirse”.

También la multitud que les siguen y sufren tormentos son los creyentes en horóscopos, invocadores de espíritu, toda persona que quiera saber el futuro, o consulte a uno de ellos, es merecedor del fuego eterno del infierno.

Vi luego hombres y mujeres atados por cadenas en las manos, cada uno tiraba por su lado, se tiraban y se caían entre sí.

Los demonios les decían, por su culpa sufre, dele más duro.

Y pregunte ¿Quiénes son?

Y me dijo: “Son todos mis matrimonios que no viven en paz. Son dos bestias atadas por la misma cuerda.” y pregunte ¿Por qué van al infierno?

Y me dijo: “Besa mi mano” lo hice y me la coloqué en los ojos.

Y vi que en esos hogares había insultos, celos, peleas.

Satanás le gritaba a JESUS. Mire, mire como tengo a sus matrimonios!! ¿Qué saco con santificarlos en el sacramento? como la primera pareja me pertenecen, pero ahora hare que pierdan la gloria, no permitiré que oren ni que vayan a misa. Y se reía a carcajadas... Mientras JESUS lloraba.

“Oren, porque hay muchos que pueden arrepentirse y cambiar”.

Vi hombres y mujeres atados por los pies, y sufrían peor que los anteriores.

Y pregunte ¿estos quiénes son?

Y me dijo: “Son todos los que viven sin casarse, o han cometido adulterio o fornicación”.

Y pregunte: ¿porque van al infierno?

Y me toqué los ojos y vi que JESUS bendecía todas las uniones entre el hombre y la mujer cuando estaban íntimamente, como la primer pareja.

Pero cuando no estaban casados, era Satanás el que dormía al lado de ellos.

Golpeando al Señor JESUS, le escupía la cara diciendo: mira tú criatura el hombre convertido por mí en un animal. Aun peor que ella, ¿de qué le sirvió morir por ellos? yo destruiré tu sacramento que les permite unirse santamente. Pero yo hare de cada lecho un fuego infernal envuelto en pasiones aun no permitidas. Pues a mí si me escuchan, aunque yo no les ofrezco un reino de paz, sino de dolor...

Y JESUS me dijo: “Mi sufrimiento para ellos ha sido inútil, por eso van al infierno.”

Y vi que unos de los castigos para ellos, es ver al hombre o mujer por el cual se condenaron en el pecho, y Satanás le daba un cuchillo filoso y ellos mismos se cortaban, y sacaban pedazos de carne hasta llegar al corazón. Diciendo, maldito, maldito, por tu culpa estoy aquí en este infierno. Te quiero sacar del pecho para siempre pero no puedo.

El Señor me dijo: “Ore, ore, porque algunos están vivos, y se pueden arrepentir.”

Vi hombres atados con hombres, y mujeres atadas con mujeres, atados por la cintura, que se balanceaban, como animales salvajes, arrastrando una presa.

Y estos quiénes son y porque sufren?

El Señor me dijo: "Son toda clase de homosexuales y lesbianas, que libre me rechazaron, y no fueron capaces de ser castos ofreciendo su vida".

Y vi como Satanás, se revolcaba en el lecho de estos pobres seres, dándoles más deseos sin llegar hacer saciados nunca. Y vi como los espíritus los atormentaban en sus partes con los que pecaron. Y vi que le atravesaban palos desde el ano hasta la boca, y le giraban.

Y pregunte ¿La presa?

Y me contestó: "Son todos aquellos que se acostaron con ellos. Ore, porque aun hay vivos que pueden salvarse, al arrepentirse. La persona homosexual que ofrezca su castidad a mí, y viva sin hacer pecar a nadie, yo derramo mi infinita misericordia, porque los amo inmensamente." Toda relación, anal es condenada por el Señor, es contra la naturaleza. No podemos condenar a quienes practican la homosexualidad, si hacemos lo mismo.

Vi hombres y mujeres con caras de animales, y sufrían inmensamente. Y al lado de ellos, unos que llevaban como unas cintas y unas hojas o revistas donde habían mujeres y hombres desnudos. También sufrían y van al infierno.

Y le pregunte al Señor: ¿quiénes son, y también van al infierno?

" Si van al infierno sino se arrepienten. Los primeros son todos los que han tenido, intimidad con los animales. Rebajándose al nivel de la bestia, y aun mas que ella, porque si ella pensara, no lo haría. Y todo aquel que haga del sexo una obsesión atreves de películas, revistas, chistes grotescos, prostitución, palabra de mal sentido. Son dignos del fuego eterno, con todos sus tormentos, pues han aprendido a hablar la bajeza de Satanás y no a hablar y vivir la santidad y pureza de DIOS uno y trino."

Vi hombres y mujeres de diferentes edades, y caminaban como ciegos golpeándose con todo. Y un demonio estaba al pie de ellos, haciéndoles caer más y más.

¿Y estos quienes son Señor?

Y me dijo: "Son todos los borrachos, alcohólicos van porque han destrozado el templo de Espíritu Santo, donde mora la trinidad santa. Su propio cuerpo. Y han hecho daño a sus semejantes, a sus familias, olvidándose del primer mandamiento. Amar a DIOS y al prójimo como a sí mismo. Estos no han aprendido ni siquiera a amarse."

Y al lado de ellos, iban de diferentes edades reventados los labios, con humo en la nariz, ¿Y estos quiénes son?, pregunte, y me dijo: " Son todos los fumadores de toda clase de hierbas, droga, cigarros o vicio. Y van porque no han amado su propio cuerpo, y los que van con ellos, son todos los que ofrecen, o llevan a pecar. Yo les he dicho, que el que regala un vaso de agua, es digno de cielo eterno. Pero también quien ofrece, o hace pecar a alguien, es digno del fuego eterno. Ore, porque algunos pueden cambiar su vida, y librarse de este castigo"

Vi hombres y mujeres en minifalda, o con vestidos indecentes, y detrás de ellos, un gran número de hombres y mujeres.

Y pregunte: ¿Porque van al infierno, y porque los atormentan?

Me contesto: "La mujer que use minifalda va al infierno, por corromper al hombre seduciéndolo con su vestuario. Y lo mismo el hombre, van por dejarse seducir. Cuidado con el vestuario. La mujer no debe llevar pantalón y si lo lleva que no sea ajustado. Muchas parecen mulas con frenos. Los hombres no deben llevar el pantalón apretado, pero tampoco, aquellos que parecen faldas."

Vi que iban hombres y mujeres de toda edad, hasta niños con las manos cortadas, algunos sin dedos.

Y le pegunte ¿Quiénes son y van al infierno?

Y me dijo: "Son todos los tramposos, los ladrones, los estafadores, los que no pagan sus deudas, los que solo se dedicaron al trabajo, los avarientos, los que en su corazón solo estaba el Dios dinero, los que nunca dieron una limosna al pobre, ni ayudaron al más pequeño de sus hermanos. Son todos aquellos que al final les tendré que decir, apártate de mi maldito, vaya al fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles. Pues tuve hambre y no me dieron de comer, sed y no me dieron de beber. Fui forastero y no me alojaron, desnudo y no me

vistieron, enfermo y en la cárcel y no me visitaron. Ore, ore por ellos, porque algunos están vivos y pueden cambiar su corazón de piedra (Mateo 25.)”.

Vi hombres y mujeres de todas las edades, que llevaban la lengua afuera, y un demonio, iba montado sobre sus hombros, metiéndole su lengua en la boca de ellos.

Era una gran cantidad y le pregunte al Señor ¿Quiénes son Señor, y porque traen ese demonio?

Me dijo:” Son todos los chismosos, calumniadores, mentirosos, son todos aquellos incapaces de domar la lengua. Que hicieron mal, pues está cargada de veneno mortal, como escrito está en mi apóstol Santiago “Sepan domar su lengua”

El demonio que llevan es el demonio del chisme, ore para que se conviertan, porque algunos están vivos, y no vengan a este lugar de castigo.

”Vi hombres y mujeres que de sus bocas salían sapos, y víboras.

¿Y estos quiénes son? Pregunte.

“Son todos los que pudieron enseñar mi fe y mi doctrina y no lo hicieron. Pero si enseñaron cosas falsas basadas en teorías sin poderse comprobar. Son los maestros, escritores, catequistas, sacerdotes y padres de familia y todo el que pueda enseñar mi fe. Y toda persona que destruya la fe de mis pequeños niños. Yo les he escrito, hay del que enseñe otra palabra, hay del que escandalice a uno de estos pequeños, mas le valiera amarrarse una piedra de moler al cuello y tirarse al mar. Ore, ore porque para ellos, el castigo es tremendo. Y no lleguen al lugar del castigo.”

Vi familias y padres e hijos golpeándose. De sus bocas salieron llamas de fuego.

Y pregunte: ¿porque vienen aquí y porque los atormenta el demonio, y porqué sale fuego?

Y me dijo: “Son los padres que no se hicieron amar y respetar con sus hijos, los insultaron. Son los hijos altaneros y groseros con sus padres.”

Y pregunte: ¿Por qué van ellos ahí?

Y me dijo:”Al final cuando cada uno se presente ante el justo juez, sino fueron buenos van a decir, maldito de mi por no haber respetado y amado a mis padres. Y por esa maldición va al infierno. O va a decir, maldito por no obedecer y seguir la fe católica. O al contrario, van a decir, maldito mis padres porque no me enseñaron a respetarlos y amarlos. Por esa maldición los padres van al infierno. Al contrario los padres deben respetar y dar amor a sus hijos. Jamás con insultos. “Ore, ore, porque algunos pueden salvarse”

Vi que en esas casas, donde el padre y la madre, insulta a sus hijos, los demonios salen de sus bocas como gusanos o serpientes que se arrastran. Y poco a poco van y se meten al otro hijo, o al esposo que está lejos. Vi que la única manera para acabar esos demonios en esas casas, es rezar y especialmente el santo rosario.

Vi gente de toda clase y edades que votaban dinero al aire y alrededor de ellos, gente muriéndose de hambre.

¿Y estos quiénes son y porque van al infierno?

Y me dijo:” Son todos los que desperdician el dinero en lo que no sirve, son los que compran cosas innecesarias, son los que hacen fiestas para sus gustos, invitan únicamente a los que puede llevarles algo o lo invitan a otra fiestas. Son todos los que desperdiciaron comprando en demasiadas cosas y la dejan dañar en sus refrigeradores en vez de regalarlas. Y nunca hacen obras de misericordia, solo piensan en ellos mismos mientras alrededor del mundo se mueren de hambre. Ore, ore por ellos para que se conviertan, y no vayan al lugar del castigo”.

Vi jóvenes que llevaban aparatos en sus oídos, no pregunte que aparatos porque no los conozco, conectados a una radio, caminaban como sonámbulos. Por esos aparatos les entraban escorpiones, sapos y muerte.

Y pregunte ¿Quiénes son?

Y me dijo: “Son todos aquellos que escuchan música satánica, rock, la música metálica y se han convertido en adoradores del diablo que los llevan a su propia muerte y les hacen perder el sentido de la vida, son todos los que entran a culto satánico, discotecas u en sus casas se encierran escuchando a alto volumen esa maldita música, para ellos la vida no tiene sentido,

ni estudiar ni nada. Se vuelven perezosos y rebeldes. Pobre juventud va a la perdición, ya no hay inocencia en los mayores de 4 años. La maldita televisión y la música los han pervertido, y su corazón ennegrecido se van alejando de mí. Ore, ore, para que yo pueda rescatarlos, pues viajan como moscas al mortecino. Ore, ore para que abandonen todo, y no lleguen al lugar de castigo elegido por ellos”.

Vi hombres y mujeres de toda clase, que caminaban de espalda, y un demonio los arrastraba y al caminar, tropezaban con otros, y los hacían caer.

Pregunte quienes son.

Y me dijo: “Son todos aquellos que me iban siguiendo por el camino del cielo, pero las dificultades, los tropiezos, el desaliento, los problemas con los mismos grupos, los hicieron que me abandonaran, y hoy van camino al infierno, y se llevan a otros. A estos les es difícil volver a mí. Porque tiene un demonio que los detiene, este demonio al final los entregara a Satanás, y recibirá más orgullo por haber vencido a uno de los míos. Ore, ore por ellos, pues mi corazón se hiere continuamente, por estos nuevos judas que no quieren sufrir por mí”.

Vi hombres y mujeres de diferentes edades y clases, golpeándose el pecho con un cuchillo, luchaban por quitar un espectro humano, desde los pechos hasta sus ingles. Al golpearse sus heridas sangraban mientras que un demonio les gritaba, tú has sufrido mucho por culpa él, dele más duro, dele más duro, no le perdona no le perdona!!.

Entonces pregunte: ¿Quiénes son Señor, y quienes son los que están en el pecho?

El Señor me dijo: “Son todos aquellos que nunca han perdonado la falta de sus hermanos, guardan rencores, odio, resentimiento, rencillas, pensando que fueron los únicos que sufrieron. Las personas que llevan en el pecho, son sus supuestos enemigos. Y por eternidad de eternidades, lo tendrán en el pecho como castigo. Oren, oren, para que perdonen, como yo perdono, porque si no perdonan las faltas de sus hermanos, mi Padre tampoco les perdonara.”

Vi hombres y mujeres de todas las edades, sus manos sangraban, y ellos al mirarlas gritaban de terror. Y un demonio les cortaba con una espada, los pasaba por parte y parte, volviéndolos nada.

Pregunte ¿Quiénes son Señor?

Dijo: “Son todos los asesinos, los secuestradores, los atracadores, son todos aquellos que le han quitado la vida, a alguien, física psíquica, y espiritualmente. Son aquellos que pudiendo salvar una vida, no lo hicieron, su sangre clama, desde la tierra a cielo. La vida yo la doy y la quito cuando quiero, nadie fuera de DIOS puede quitar la vida, ni a un niño, ni aun anciano, ni aun un enfermo, solo DIOS dispone de ellos. Quien lo hace le esperan los más grandes castigos y tormentos, en el lago de azufre donde el gusano no muere y el fuego no se apaga. Ore, ore, porque hay muchos que están vivos y pueden arrepentirse, hija mía ora, especialmente por los médicos”.

Seguimos caminando y vi hombres y mujeres, jóvenes y niños de todas las clases, iban dando vueltas entre sí como perdidos y confusos, los demonios los cubrían con sus sombras, y les decían, no crean, no crean.

Y pregunte ¿Quiénes son?

Y me dijo: “Son todos aquellos, que pertenecen a mi iglesia o pertenecieron, pero que abandonaron los sacramentos, o si acuden no creen en ellos, ni en la gracia ni en el poder santificador a través de ellos. Han despreciado al DIOS de la verdad por la mentira. Quienes más sufrirán, son los que no creyeron en mi real presencia, en la sagrada eucaristía, y se hicieron sacrílegos, pues mi carne es verdadera comida mi sangre es verdadera bebida y quien come mi carne y bebe mi sangre permanece en mí y yo le resucitare el ultimo día. Ore, ore porque algunos pueden regresar”.

Vi hombres, jóvenes, mujeres y niños con edad de razón, en gran cantidad, caminaban a tientas, pisaban cualquier luz que los podía iluminar, los demonios gritaban, no crean en la luz no crean!

Y pregunte ¿Quiénes son?

Y me dijo: “Son todos aquellos, que han cometido cualquier pecado y no lo han confesado, por pena, o porque no creen. O si lo confesaron, no lo hicieron con verdadero arrepentimiento. DIOS conoce el corazón de cada hombre. Ore, ore para que se conviertan. Nadie que no confiese su pecado puede entrar en el reino de los cielos”.

Entonces exclame, Señor JESUS, DIOS mío quien puede salvarse!!!!

Me contesto: “Tu ven y sígueme. Para DIOS nada es imposible.”

Calle, y seguimos caminando. Encontramos miles, y miles que iban al camino del infierno. No pegunte quienes eran ellos, solo iba pensando, misericordia DIOS mío, misericordia Señor....

El no me dijo quienes eran, ni cuál fue su pecado, era de toda edad, y de toda clase, y por algo que yo no entiendo, se me dio a saber, que era de toda religión, fe y creencia. Porque DIOS hace juicio sobre toda persona que vengan a esta tierra, nazca donde nazca y crea en lo que crea.

Después de caminar y caminar.

JESUS me dijo: “Aquí termina el camino al infierno”.

Se sentó sobre una piedra. Sus llagas sangraban, sus ropas eran rojas y estaba llorando.

Le dije ¿Qué tienes Señor y DIOS mío? ¿Porque sus vestidos están rojos, si llegaste de blanco y porque sangran y porque está llorando?

Y me dijo: “Lloro al saber, que para ellos mi sacrificio fue inútil, y mi sangre se derramo en vano. Pues ellos no quisieron salvarse, me despreciaron. Mis ropas están rojas empapadas por mi sangre que he vertido en el dolor de sus pecados, y que ellos no quisieron recibir. Ya que mi perdón esta dado por parte de mi Padre pero ellos no me recibieron. Y yo les he escrito, el que me reciba lo hare hijo de DIOS. Oh hija mía!!, ore, ore, ayúdame a la salvación de los hombres y de las almas.

Nos abrazamos y lloramos juntos, de pronto yo estaba en mi cuarto, abrazada fuertemente en él, el miedo era espantoso, todo mi cuerpo temblaba.

Le dije Señor tengo miedo.

Me coloco la mano sobre la cabeza.

Me dijo: “esto que has visto no lo contaras hasta dentro de 6 meses que te hayas repuesto completamente. Luego te llevare al cielo, y te mostrare el camino de quienes van por él”.

Oramos juntos, se despidió dejándome en paz, lo vi partir, me volvió a mirar.

Aun iba llorando, sus ropas iban rojas, sus llagas, sangraban, me dijo adiós con la mano, y desapareció de mi vista.

Conclusión y suplicas:

¿Quieres dejar a tu Dios para siempre? Oh Dios Santo!! Cuantas veces merecí el infierno, y tú, Padre misericordioso, me diste tantas oportunidades para mudar de vida.

Te amo Señor Jesús, y te agradezco las infinitas pruebas de amor que me diste.

De ahora en más prometo amarte y hacer un examen de conciencia para poder confesar todos mis pecados, y volver a obtener la gracia que perdí.

Muchos despreciamos tus mandamientos, ¡oh dulcísimo Jesús! Solo recibiste ingratitud, blasfemias y menosprecios.

Queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia de los vestidos, los asesinatos, aborto, adulterio, homosexualidad, relaciones sexuales antes del matrimonio, las execrables injurias proferidas contra vos y a tu Iglesia.

Capítulo II: María Valtorta, mística italiana

Presentación:

Supongamos por un instante que el mundo vive tranquilo, en medio de los placeres y abandonado sin temor a todas las pasiones. Un día viene un filósofo y les dice, hay un infierno, un lugar de tormentos donde van los que no quieren cambiar y siguen obrando mal, un infierno de fuego en donde arderéis perpetuamente, si no cambias de vida. Desde luego nadie le hubiera creído, que venís a predicarnos, le hubieren dicho a ese inventor del infierno, de donde habéis sabido esto que pruebas nos das, no sois más que un profeta de desgracias. Lo repito, no se le hubiera dado crédito alguno.

No se le hubiera creído por que en el hombre corrompido, todo se revela instintivamente contra la idea del infierno. Del mismo modo como todo criminal rechaza tanto como puede, la idea de un castigo como también el hombre culpable rechaza la perspectiva, de aquel fuego vengador, eterno, que ha de castigar tan inexorablemente todas sus faltas.

Sobre todo en una sociedad en que nadie nunca ha escuchado hablar del infierno. No solo no se le hubiera dado crédito al burlado inventor, sino que hubiera sido víctima de la cólera. Si por un imposible se hubieran dado crédito, si por una imposibilidad más evidente todos los pueblos hubiesen creído por la sola palabra del filósofo, se hubiera consignado en la historia, el siglo, el país donde él ha nacido.

A Continuación encontrarás el relato de la mística italiana que se llamaba María Valtorta, a quien nuestro señor Jesucristo le hablo del infierno.

María Valtorta nace en Caserta (Italia) el 14 de Marzo de 1897. Fue enfermera y tras sufrir la agresión de un manifestante quedó paralítica de cintura para abajo lo que le obligó a estar postrada durante los 27 últimos años de su vida. Tuvo revelaciones de Dios quien le contó toda su vida que ella consignó bajo el título de "El Evangelio como me ha sido revelado". Muere en Viareggio, a los 64 años, el 12 de Octubre de 1961.

Estoy convencida que este mensaje producirá mucho bien; así he podido experimentarlo personalmente cuando, lo escuche por primera vez, al Sacerdote Carlos Cancelado. Él lo leyó de una forma tal, que me parecía estar en ese mismo lugar. Querido lector, lea lenta y pausada, le recomiendo que no se desvíe su atención, porque el enemigo la antigua serpiente, no quiere q se hable de su reino.

- 1) Pidamos a Nuestro Señor Jesucristo, la gracia del arrepentimiento y de la perseverancia.
- 2) Veamos con los ojos de la imaginación, un lugar ardiendo, donde el olor es sofocante. Ya nada se puede hacer, una vez que se entro a ese lugar no se sale jamás.

Valoremos la gran misericordia que tuvo Jesús, que nos habla el mismo acerca de este lugar, porque él quiere que el pecador se salve.

Relato:

El Señor hablo a María Valtorta sobre el infierno el 15 de enero de 1944:

Dijo Jesús: "Una vez te hice ver el monstruo del abismo. Hoy te hablaré sobre su Reino... Recuerda que tienes la misión de llamar a todos a la verdad porque muchos la han olvidado. Y este olvido que es en realidad desprecio por las verdades eternas, procura muchos males a los hombres. Los hombres de esta época ya no creen en la existencia del Infierno.

Se han fabricado un más allá a su gusto para hacerlo menos aterrador a sus conciencias merecedoras de muchos castigos.

Discípulos más o menos fieles del espíritu del mal saben que su conciencia no se atrevería a cometer ciertos delitos si realmente creyeran en el Infierno tal como la Fe enseña que es.

Saben que ante ciertos delitos cometidos, con el remordimiento encontrarían el arrepentimiento.

En el miedo encontrarían el arrepentimiento y con el arrepentimiento, el camino para volver a Mí.

Su malicia enseñada por Satanás, del cual son siervos y esclavos, secundada por su adhesión a los deseos y sugerencias del maligno, no quiere este retroceso ni este retorno.

Por eso anulan la Fe en el infierno tal cual es, y se fabrican otro. Lo cual no es más que una tregua para tomar impulso a otras futuras equivocaciones.

He dicho Yo, Dios Uno y Trino, que quien va al Infierno permanecerá en él por toda la eternidad, porque de esa muerte no se surge a una nueva resurrección. He dicho que aquel fuego es eterno y que ahí serán acogidos todos los operadores de escándalos y de iniquidad. No crean que eso será sólo hasta el momento del fin del mundo, no, porque después de la tremenda revisión, más despiadada quedará aquella morada de llanto y tormento.

El Infierno es remordimiento, es cólera, es odio.

Odio hacia Satanás, odio hacia los hombres, odio hacia sí mismos. Después de haber adorado en la vida a Satanás en vez de adorarme a Mí, ahora lo poseen y lo ven en su verdadero aspecto, ya no escondido bajo la maligna sonrisa de la carne, el reluciente brillo del oro, o el poderoso signo de la supremacía. Terminan allí por haber olvidado su dignidad de hijos de Dios.

Terminan ahí por haber adorado a los hombres, hasta convertirse por ellos en asesinos, en ladrones, en tramposos, en mercaderes de inmundicia. Ahora encuentran a su dueño... por el cual han matado, robado, estafado, vendido su honor y el honor de muchas infelices criaturas, débiles e indefensas, haciéndolas instrumentos de vicios que las bestias no conocen, de la lujuria, atributo del hombre envenenado por Satanás.

Están allí por haberse dado a todas las satisfacciones, despreciando las leyes de Dios y las leyes morales.

Todo el dolor de haber traicionado a Dios en el tiempo (cuando vivos) está frente al alma por toda la eternidad.

Todo el error de haber rechazado a Dios en el tiempo, está presente para su tormento por toda la eternidad.

Han querido el fuego de las pasiones. Ahora tienen el fuego ardiente de Dios de cuyo santo fuego se burlaron.

El fuego responde al fuego. ¡Oh! lo que es el Infierno, no lo podéis imaginar.

Tomad todo lo que constituye tormento para el hombre sobre la Tierra. Fuego, hielo, agua que ahoga, hambre, sueño, heridas, enfermedades, llagas, muerte; y si hacéis con ello una cantidad única multiplicándola millones de veces, no tendréis más que un fantasma de aquella tremenda verdad.

Al ardor insostenible se mezcla el hielo sideral.

Los condenados ardieron con todos los fuegos humanos, habiendo tenido únicamente hielo espiritual hacia el Señor su Dios.

El hielo los espera para congelarlos después que el fuego los haya [calentado] como peces puestos a asar.

Tormento sobre tormento es este pasar del fuego que derrite al hielo que congela.

¡Oh! no es una descripción metafórica porque Dios hace que las almas cargadas de culpa tenga sensibilidad igual a las de la carne, aún antes que se vuelvan a revestir de carne.

"Vosotros no sabéis, no creéis, pero en verdad os digo que os convendría más soportar todos los tormentos de mis mártires, antes que una hora de aquella tortura infernal. La oscuridad será el tercer tormento.

Oscuridad material y espiritual. La reverberación de los espíritus ardiendo ilumina sólo el nombre del pecado por el cual están confinados.

El horror de permanecer siempre en las tinieblas después de haber visto la luz del Paraíso y estar abrazado por las tinieblas, después de haber visto la luz de Dios.

Tener que debatirse en aquel horror tenebroso sin encontrar excusas en aquella promiscuidad de espíritus que se odian y se dañan recíprocamente. Se ha dicho que la muerte nutrirá a la muerte.

La desesperación es muerte y nutrirá a estos muertos por toda la eternidad.... Yo Dios... cuando descendí... tuve horror de aquel horror... y vosotros queréis ir a él. Meditad, oh hijos, estas palabras mías.

La vida sobre la Tierra no dura más que unos pocos días. La vida comienza cuando parece que acaba, y entonces ya no tiene fin.

Haced que para vosotros transcurra donde la Luz y la Gloria de Dios hacen bella la eternidad y no donde Satanás es el eterno verdugo”...

Conclusión y suplicas:

No quiero resistir más tiempo a tu voz... ¡Quién sabe si estas palabras que acabo de leer son para mí un último llamamiento! Confieso que no merezco misericordia. ¡Tantas veces me perdonaste, y yo, ingrata, he vuelto a ofenderte!

Cuando San Camilo de Lelis se asomaba a alguna sepultura, decía a sí mismo: «Si volvieran los muertos a vivir, ¿qué no harían por la vida eterna? Y yo, que tengo tiempo, ¿qué hago por mi alma?...»

¡Gracias te doy, Jesús y Redentor mío, porque no quisiste que muera cuando estaba en pecado mortal! ¡Cuántos años merecí estar en el infierno!... Si hubiera muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad?... ¡Señor!, te doy gracias por tal beneficio.

Capítulo III: Santa Faustina Kowalska. Abismos del infierno

Presentación:

Santa Faustina Kowalska, Nació el 25 de agosto de 1905 y muere el 5 de octubre de 1938, fue Canonizada el 30 de abril del 2000, año jubilar.

Esta religiosa polaca recibió mensajes de Jesús sobre su Divina Misericordia.

Providencialmente esta devoción tan necesaria para nuestros tiempos se ha propagado por el mundo entero.

Santa Faustina sufrió la mayor parte de su noviciado constantes combates interiores. No podía meditar ni sentir la presencia de Dios. Sufrió fuertes tormentos y tentaciones, aún estando en la capilla.

En una ocasión, Sor Faustina relata este hecho en su diario “me puse de rodillas delante del crucifijo y empecé a implorar la misericordia. Sin embargo, Jesús no oyó mis llamamientos. Me sentí despojada completamente de las fuerzas físicas, caí al suelo, la desesperación se apoderó de toda mi alma, sufrí realmente las penas infernales, que no difieren en nada de las del infierno. En tal estado permanecí durante tres cuartos de hora.”

“Una vez vi a dos hermanas que iban a entrar en el infierno. Un dolor inexpresable me rasgó el alma; pedí a Dios por ellas, y Jesús me dijo: Ve a decir a la Madre Superiora que estas dos hermanas están en ocasión de cometer un pecado grave. Al día siguiente se lo dije a la Superiora. Una de ellas ya se había arrepentido y se encontraba en estado de fervor y la otra aun estaba en un gran combate.”

“De repente mi celda se llenó de figuras negras, llenas de furia y de odio hacia mí. Una de ellas dijo: Maldita tú y Aquel que está en ti, porque ya empiezas a atormentarnos en el infierno. En cuanto pronuncié: Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, en seguida esas figuras desaparecieron ruidosamente.”

“Por la noche, mientras escribía, oí en la celda esta voz: No salgas de esta Congregación, ten piedad de ti misma, te esperan grandes sufrimientos. Cuando mire hacia allí de donde salía la voz, no vi nada y continué escribiendo. De repente oí un ruido y estas palabras: Cuando salgas, te destruiremos. No nos atormentes. Cuando miré vi muchos monstruos feos; cuando hice con el pensamiento la señal de la cruz, se disiparon todos inmediatamente. Que horriblemente feo es Satanás; pobres las almas que tienen que vivir en su compañía, verlo solamente es más repugnante que todos los tormentos del infierno. Un momento después oí en el alma esta voz: No tengas miedo de nada, no te sucederá nada sin Mi voluntad. Después de estas palabras del Señor una fuerza misteriosa entró en mi alma; me alegro grandemente de la bondad de Dios.”

“Convéncete de esto para siempre, vigila sin cesar porque todo el infierno se empeña en contra de ti a causa de esta obra, ya que muchas almas se alejarán de la boca del infierno y glorificarán Mi misericordia. Pero no tengas miedo de nada, porque Yo estoy contigo; debes saber que por ti misma no puedes nada.”

“Vi a Nuestra Señora visitando a las almas del Purgatorio, la llamaban Estrella del Mar. Luego mi ángel guardián me pidió que regresáramos, al salir de esta prisión de sufrimiento, escuché la voz interior del Señor que decía: *‘Mi Misericordia no quiere esto, pero lo pide mi Justicia’*”.

Finalmente, recordamos que Nuestro Señor le enseñó a la Hermana Faustina una plegaria para implorar misericordia, le pidió que rezara incesantemente la Coronilla de la Divina Misericordia.

Que celebremos la Fiesta de la Misericordia, el primer domingo después del domingo de resurrección. Y Él prometió que las personas que se confiesen y comulguen en ese día reciben la absolución total de sus pecados.

- 1) Nos pongamos en la presencia de Dios. Le pidamos que nos inspire y nos dé, la gracia del arrepentimiento.
- 2) Nos imaginemos, que Jesús misericordioso, nos traslada a este lugar de tormentos, para que demos testimonio que existe al mundo entero.

Este relato, goza de licencia eclesiástica.

Relato:

Diario. La Divina Misericordia en mi alma.

"Hoy he estado en los abismos del infierno, conducida por un ángel. Es un lugar de grandes tormentos, ¡qué espantosamente grande es su extensión! Los tipos de tormentos que he visto: el primer tormento que constituye el infierno, es la pérdida de Dios; el segundo, el continuo remordimiento de conciencia; el tercero, aquel destino no cambiará jamás; el cuarto tormento, es el fuego que penetrará al alma, pero no la aniquilará, es un tormento terrible, es un fuego puramente espiritual, incendiado por la ira divina; el quinto tormento, es la oscuridad permanente, un horrible, sofocante olor; y a pesar de la oscuridad los demonios y las almas condenadas se ven mutuamente y ven todos el mal de los demás y el suyo; el sexto tormento, es la compañía continua de Satanás; el séptimo tormento, es una desesperación tremenda, el odio a Dios, las imprecaciones, las maldiciones, las blasfemias. Estos son los tormentos que todos los condenados padecen juntos, pero no es el fin de los tormentos. Hay tormentos particulares para distintas almas, que son los tormentos de los sentidos: cada alma es atormentada de modo tremendo e indescriptible con lo que ha pecado. Hay horribles calabozos, abismos de tormentos donde un tormento se diferencia del otro. Habría muerto a la vista de aquellas terribles torturas, si no me hubiera sostenido la omnipotencia de Dios. Que el pecador sepa: con el sentido que peca, con ése será atormentado por toda la eternidad. Lo escribo por orden de Dios para que ningún alma se excuse diciendo que el infierno no existe o que nadie estuvo allí ni sabe cómo es.

Yo, Sor Faustina, por orden de Dios, estuve en los abismos del infierno para hablar a las almas y dar testimonio de que el infierno existe. Ahora no puedo hablar de ello, tengo la orden de dejarlo por escrito. Los demonios me tenían un gran odio, pero por orden de Dios tuvieron que obedecerme. Lo que he escrito es una débil sombra de las cosas que he visto. He observado una cosa: la mayor parte de las almas que allí están son las que no creían que el infierno existe. Cuando volví en mí no pude reponerme del espanto, qué terriblemente sufren allí las almas. Por eso ruego con más ardor todavía por la conversión de los pecadores, invoco intensamente la misericordia de Dios para ellos. Oh Jesús mío, prefiero agonizar en los más grandes tormentos hasta el fin del mundo, que ofenderte con el menor pecado".

Conclusión y suplicas:

“Oh Señor, ahora veo toda mi ingratitud y Tu bondad. Tú me perseguías con Tu gracia y yo frustraba todos Tus esfuerzos; veo que he merecido el fondo mismo del infierno por haber malgastado tus gracias.”

“Ya ahora comprendo Tu misericordia que me protege como una nube luminosa y me conduce a casa de mi Padre, salvándome del terrible infierno que he merecido no una sino mil veces. Oh Señor, la eternidad no me bastará para glorificar dignamente Tu misericordia insondable, Tu compasión por mí.”

“El Señor me ha revelado toda la aversión al pecado. Interiormente, en el fondo de mi alma, conocí lo terrible que es el pecado, aunque sea el más pequeño, y lo mucho que torturó el alma de Jesús. Preferiría padecer mil infiernos que cometer aun el más pequeño pecado venial.” Diario. Sor Faustina.

Que estas visiones nos ayuden a evitarlo y seamos más celosos de la salvación de las almas. Amén.

Y recuerda querido lector, que para cada uno de nosotros Dios ha dispuesto un año en ese año, un mes, en ese mes, un día y en ese día una hora y un minuto donde nos llamara a través de la hermana muerte para juzgarnos, sin misericordia. Que será de tu alma en aquella hora, habrá para ti una eternidad de dichas, inconmensurable cielo para toda la eternidad o la amargura de las llamas que eternamente te abrazaran en el infierno. Recuerda que solo depende de ti.

Capítulo IV: Los Sueños De San Juan Bosco Sobre El Infierno

Presentación:

San Don Bosco, nació de una familia humilde el 16 de Agosto de 1815 y falleció en 1888. Es un gigante de santidad. Fue dotado de grandes dones naturales y sobrenaturales, como los grandes santos. Tuvo el don de profecía, el don de milagros. A los 9 años Dios le manifestó su misión apostólica.

Don Bosco fue un soñador, aun sus sueños se están haciendo hoy realidad. El ayudo a la juventud más desfavorecida y aunque emprendía obras, con pocos recursos, siempre contó con la ayuda del Señor y la protección de María Santísima la Auxiliadora del mundo y jamás dejó su misión, ante las dificultades...

Quiero traer a lugar este breve episodio, es muy importante que lo tengamos en cuenta antes de hacer una confesión. Satanás el enemigo, quiere q nos confesemos mal, que callemos los pecados mortales. Para hacer una buena confesión, hay que estar arrepentidos y decir todos los pecados, al sacerdote, que es un Cristo más, tiene el poder que Jesús le dio, para perdonar los pecados. La única forma que existe para absolver los pecados es por este medio.

Un joven de quince años, en Turín, se encontraba cerca de la muerte. Llamó a Don Bosco, pero al santo no le fue posible llegar a tiempo. Otro sacerdote escuchó la confesión del joven y el chico murió. Cuando Don Bosco retornó a Turín, fue inmediatamente a ver al chico. Cuando le dijeron que el joven había muerto, el insistió en que era un "simple malentendido". Tras unos instantes de oración en la habitación del joven muerto, Don Bosco, de repente, gritó: "¡Carlos!, Sube" Para el gran asombro de todos los presentes, el chico se convulsionó, abrió los ojos y se sentó en el lecho. Viendo a Don Bosco, sus ojos se desviaron hacia el suelo.

"¡Padre, ahora estaría en el Infierno!" suspiró el joven. "Hace dos semanas estuve con una mala compañía que me indujo a pecar y en mi última confesión, tuve miedo de contarle todo... ¡Oh, acabo de volver de un horrible sueño! Soñé que estaba situado en lo más alto de un gigantesco horno rodeado por una enorme horda de demonios. Estaban a punto de lanzarme dentro de las llamas cuando una bella Señora apareció y los detuvo. 'Aún hay una esperanza para ti, Carlos', me dijo. 'Tú aún no has sido juzgado'. En ese momento, lo escuché a usted llamándome. ¡Oh, Don Bosco, que alegría verlo otra vez! ¿Quiere confesarme, por favor?"

Después de escuchar la confesión del joven, Don Bosco le dijo: "Carlos, ahora que las puertas del Cielo están abiertas de par en par para ti, ¿deseas ir allá o permanecer aquí con nosotros?" El chico miró a lo lejos por un momento, y sus ojos se humedecieron con algunas lágrimas. "Don Bosco", dijo finalmente, "realmente estoy ansioso por ir al Cielo".

Los pacientes vieron con estupefacción como Carlos se recostaba sobre las sábanas, cerraba los ojos y se hundía una vez más en la inmovilidad de la muerte.

A continuación, nos insertaremos en un relato que goza de licencia eclesiástica. Es muy especial este sueño, quizás uno de los sueños que más profundamente afectó su percepción acerca de sus muchachos y novicios.

Le conto a sus sacerdotes y clérigos, iba añadiendo algunos detalles más, entre ellos lemoigne, testifica que el a expuesto fielmente lo que escucho de labios de Don Bosco y de cuanto le refirieron de viva voz o por escrito los numerosos testigos y sacerdotes, formando con el conjunto una sola narración, y confiesa verdaderamente que esta tarea fue ardua.

- 1) Jesús, te suplico e imploro Tu misericordia para los pobres pecadores y te pido luz y la gracia de la conversión. No permitas que se pierdan almas redimidas con tan Preciosa, Santísima Sangre Tuya.
- 2) Veamos ante nuestros ojos una caverna inmensa, todas llenas de fuego, con elevada temperatura. Muros, piedras, madera, carbón; todo esta blanco y brillante. Aquel fuego sobrepasa en calores millares y millares de veces al fuego de la tierra sin consumir ni reducir a cenizas nada de cuanto tocaba.

Este es el testimonio que vamos a leer a continuación.

Relato:

Don Bosco relato cuanto había visto en los sueños Fue contado el 3 de mayo de 1868

— Debo contarles otra cosa — comenzó diciendo— que puede considerarse como consecuencia o continuación de cuanto les referí en las noches del jueves y del viernes, que me dejaron tan quebrantado que apenas si me podía tener en pie. Ustedes las pueden llamar sueños o como quieran; en suma, le pueden dar el nombre que les parezca.

Les hablé de un sapo espantoso que en la noche del 17 de abril amenazaba tragarme y cómo al desaparecer, una voz me dijo: — ¿Por qué no hablas? —

Yo me volví hacia el lugar de donde había partido la voz y vi junto mi lecho a un personaje distinguido. Como hubiese entendido el motivo de aquel reproche, le pregunté:

— ¿Qué debo decir a nuestros jóvenes?

— Lo que has visto y cuanto se te ha indicado en los últimos sueños y lo que deseas conocer, que te será revelado la noche próxima. Al hombre de la noche siguiente, me dijo:

— ¡Levántate y vente conmigo!

Yo le contesté: —Se lo pido por caridad. Déjeme tranquilo, estoy cansado. ¡Mire! Hace varios días que sufro de dolor de muelas. Déjeme descansar. He tenido unos sueños, espantosos y estoy verdaderamente agotado. Y decía estas cosas porque la aparición de este hombre es siempre indicio de grandes agitaciones, de cansancio y de terror.

El tal me respondió: — ¡Levántate, que no hay tiempo que perder! Entonces me levanté y lo seguí.

Mientras caminábamos le pregunté: — ¿Adonde quiere llevarme ahora? —

Ven y lo verás. Y me condujo a un lugar en el cual se extendía una amplia llanura. Dirigí la mirada a mí alrededor, pero aquella región era tan grande que no se distinguían los confines de la misma. Era un vasto desierto.

Cuando he aquí que diviso a mi amigo que me sale al encuentro. Respiré y dije: — ¿Dónde estoy?

—Ven conmigo y lo sabrás. —

Bien; iré contigo.

El iba delante y yo le seguía sin chistar. Entonces interrumpí el silencio preguntando a mi guía: — ¿Adónde vamos a ir ahora?

—Por aquí— me dijo.

Y penetramos por aquel camino. Era una senda hermosa, ancha, espaciosa y bien pavimentada. De un lado y de otro la flanqueaban dos magníficos setos verdes cubiertos de hermosas flores. En especial despuntaban las rosas entre las hojas por todas partes. Aquel sendero, a primera vista, parecía llano y cómodo, y yo me eché a andar por él sin sospechar nada. Pero después de caminar un trecho me di cuenta de que insensiblemente se iba haciendo cuesta abajo y aunque la marcha no parecía precipitada, yo corría con tanta facilidad que me parecía ir por el aire. Incluso noté que avanzaba casi sin mover los pies.

Nuestra marcha era, pues, veloz. Pensando entonces que el volver atrás por un camino semejante hubiera sido cosa fatigosa y cansada, dije a mi amigo:

— ¿Cómo haremos para regresar al Oratorio?

—No te preocupes —me dijo—, el Señor es omnipotente y querrá que vuelvas a él. El que te conduce y te enseña a proseguir adelante, sabrá también llevarte hacia atrás.

Vi que me seguían por el mismo sendero todos los jóvenes del Oratorio y otros numerosísimos compañeros a los cuales yo jamás había visto.

Pronto me encontré en medio de ellos. Mientras los observaba veo que de repente, ora uno ora otro, comienzan a caer al suelo, siendo arrastrados por una fuerza invisible que los llevaba hacia una horrible pendiente que se veía aún en lontananza y que conducía a aquellos infelices de cabeza a un horno.

— ¿Qué es lo que hace caer a estos jóvenes?— pregunté al guía.

—Acércate un poco— me respondió.

Me acerqué y pude comprobar que los jóvenes pasaban entre muchos lazos, algunos de los cuales estaban al ras del suelo y otros a la altura de la cabeza; estos lazos no se veían. Por tanto, muchos de los muchachos al andar quedaban presos por aquellos lazos, sin darse cuenta del peligro, y en el momento de caer en ellos daban un salto y después rodaban al suelo con las piernas en alto y cuando se levantaban corrían precipitadamente hacia el abismo. Algunos quedaban presos, prendidos por la cabeza, por una pierna, por el cuello, por las manos, por un brazo, por la cintura, e inmediatamente eran lanzados hacia la pendiente.

Los lazos colocados en el apenas visibles, semejantes a los hilos de la araña y, al parecer, inofensivos. Y con todo, pude observar que los jóvenes por ellos prendidos caían a tierra.

Yo estaba atónito, y el guía me dijo: — ¿Sabes qué es esto?

—Un poco de estopa— respondí.

—Te diría que no es nada —añadió—

El respeto humano, simplemente. Entretanto, al ver que eran muchos los que continuaban cayendo en aquellos lazos, le pregunté al desconocido:

— ¿Cómo es que son tantos los que quedan prendidos en esos hilos? ¿Qué es lo que los arrastra de esa manera?

Y él dijo: —Acércate más; obsérvalo bien y lo verás.

Lo hice y añadí: —Yo no veo nada.

—Mira mejor— me dijo el guía.

Tomé, en efecto, uno de aquellos lazos en la mano y pude comprobar que no daba con el otro extremo; por el contrario, me di cuenta de que yo también era arrastrado por él. Entonces seguí la dirección del hilo y llegué a la boca de una espantosa caverna. Y he aquí que después de haber tirado mucho, salió fuera, poco a poco, un horrible monstruo que infundía espanto, el cual mantenía fuertemente cogido con sus garras la extremidad de una cuerda a la que estaban ligados todos aquellos hilos. Era este monstruo quien apenas caía uno en aquellas redes lo arrastraba inmediatamente hacia sí.

Entonces me dije: —Es inútil intentar hacer frente a la fuerza de este animal, pues no lograré vencerlo; será mejor combatirlo con la señal de la Santa Cruz y con jaculatorias.

Me volví, por tanto, junto a mi guía, el cual me dijo: — ¿Sabes ya quién es?

— ¡Oh, sí que lo sé!, —le respondí—.

Es el Demonio quien tiende estos lazos para hacer caer a mis jóvenes en el infierno. Examiné con atención los lazos y vi que cada uno llevaba escrito su propio título: el lazo de la soberbia, de la desobediencia, de la envidia, del sexto mandamiento, del hurto, de la gula, de la pereza, de la ira, etc. Hecho esto me eché un poco hacia atrás para ver cuál de aquellos lazos era el que causaba mayor número de víctimas entre los jóvenes, y pude comprobar que era el de la deshonestidad (impureza), la desobediencia y la soberbia.

A este último iban atados otros dos. Después de esto vi otros lazos que causaban grandes estragos, pero no tanto como los dos primeros. Desde mi puesto de observación vi a muchos jóvenes que corrían a mayor velocidad que los demás.

Y pregunté: — ¿Por qué esta diferencia? —

Porque son arrastrados por los lazos del respeto humano— me fue respondido. Mirando aún con mayor atención vi que entre aquellos lazos había esparcidos muchos cuchillos, que manejados por una mano providencial cortaban o rompían los hilos. El cuchillo más grande procedía contra el lazo de la soberbia y simbolizaba la meditación. Otro cuchillo, también muy grande, pero no tanto como el primero, significaba la lectura espiritual bien hecha. Había también dos espadas. Una de ellas representaba la devoción al Santísimo Sacramento, especialmente mediante la comunión frecuente; otra, la devoción a la Virgen María. Había, además, un martillo: la confesión; y otros cuchillos símbolos de las varias devociones a San José, a San Luis, etc., etc.

Con estas armas no pocos rompían los lazos al quedar prendidos en ellos, o se defendían para no ser víctimas de los mismos. En efecto, vi a dos jóvenes que pasaban entre aquellos lazos de

forma que jamás quedaban presos en ellos; bien lo hacían antes de que el lazo estuviese tendido, y si lo hacían cuando éste estaba ya preparado, sabían sortearlo de forma que les caía sobre los hombros, o sobre las espaldas, o en otro lado diferente sin lograr capturarlos. Cuando el guía se dio cuenta de que lo había observado todo, me hizo continuar el camino flanqueado de rosas; pero a medida que avanzaba, las rosas de los linderos eran cada vez más raras, empezando a aparecer punzantes espinas. Habíamos llegado a una hondonada cuyos acantilados ocultaban todas las regiones circundantes; y el camino, que descendía cada vez de una manera más pronunciada, se hacía tan horrible, tan poco firme y tan lleno de baches, de salientes, de guijarros y de piedras rodadas, que dificultaba cada vez más la marcha. Yo continué adelante. Cuanto más avanzaba más áspera era la bajada y más pronunciada, de forma que algunas veces me resbalaba, cayendo al suelo, donde permanecía sentado un rato para tomar un poco de aliento. De cuando en cuando el guía acudía en mi auxilio y me ayudaba a levantarme. A cada paso se me encogían los tendones y me parecía que se me iban a descoyuntar los huesos de las piernas.

Entonces dije anhelante a mí guía: —Querido, las piernas se niegan a sostenerme.

Me encuentro tan falto de fuerzas que no será posible continuar el viaje. El guía no me contestó, sino que, animándome, prosiguió su camino, hasta que al verme cubierto de sudor y víctima de un cansancio mortal, me llevó a un pequeño promontorio que se alzaba en el mismo camino. Me senté, lancé un hondo suspiro y me pareció haber descansado suficientemente. Entretanto observaba el camino que había recorrido ya; parecía cortado a pico, cubierto de guijarros y de piedras puntiagudas.

Consideraba también el camino que me quedaba por recorrer, cerrando los ojos de espanto, exclamando: —Volvamos atrás, por caridad.

Si seguimos adelante, ¿cómo haremos para llegar al Oratorio? ¡Es imposible que yo pueda emprender después esta subida!

Y el guía me contestó resueltamente: —Ahora que hemos llegado aquí, ¿quieres quedarte solo?

Ante esta amenaza repliqué en tono suplicante: —¿Sin ti cómo podría volver atrás o continuar el viaje?

—Pues bien, sígueme— añadió el guía.

Me levanté y continuamos bajando.

El camino era cada vez más horriblemente pedregoso, de forma que apenas si podía permanecer de pie. Y he aquí que al fondo de este precipicio, que terminaba en un oscuro valle, aparece un edificio inmenso que mostraba ante nuestro camino una puerta altísima y cerrada. Llegamos al fondo del precipicio. Un calor sofocante me oprimía y una espesa humareda, de color verdoso, se elevaba sobre aquellos murallones recubiertos de sanguinolentas llamas de fuego. Levanté mis ojos a aquellas murallas y pude comprobar que eran altas como una montaña y más aún.

San Juan Bosco preguntó al guía: —¿Dónde nos encontramos? ¿Qué es esto?

—Lee lo que hay escrito sobre aquella puerta —me respondió—

Y la inscripción te hará comprender dónde estamos. Me di cuenta de que estábamos a las puertas del infierno. El guía me acompañó a dar una vuelta alrededor de los muros de aquella horrible ciudad. Se veía una puerta de bronce, como la primera, al pie de una peligrosa bajada,

y cada una de ellas tenía encima una inscripción diferente.

Yo saqué la libreta para anotar aquellas inscripciones, pero el guía me dijo: — ¡Detente! ¿Qué haces?

—Voy a tomar nota de esas inscripciones.

—No hace falta: las tienes todas en la Sagrada Escritura; incluso tú has hecho grabar algunas bajo los pórticos. Ante semejante espectáculo habría preferido volver atrás y encaminarme al Oratorio. Recorrimos un inmenso y profundísimo barranco y nos encontramos nuevamente al pie del camino pendiente que habíamos recorrido y delante de la puerta que vimos en primer lugar.

De pronto el guía se volvió hacia atrás con el rostro sombrío, me indicó con la mano que me retirara, diciéndome al mismo tiempo: — ¡Mira!

Tembloroso, miré hacia arriba y, a cierta distancia, vi que por aquel camino en declive bajaba uno a toda velocidad. Pude reconocer en él a uno de mis jóvenes. Llevaba los cabellos desgreñados, en parte erizados sobre la cabeza y en parte echados hacia atrás por efecto del viento y los brazos tendidos hacia adelante, en actitud como de quien nada para salvarse del naufragio. Quería detenerse y no podía. Tropezaba continuamente con los guijarros salientes del camino y aquellas piedras servían para darle un mayor impulso en la carrera.

—Corramos, detengámoslo, ayudémosle— gritaba yo tendiendo las manos hacia él.

Y el guía: —No; déjalo.

— ¿Y por qué no puedo detenerlo?

— ¿No sabes lo tremenda que es la venganza de Dios? ¿Crees que podrías detener a uno que huye de la ira encendida del Señor?

Entretanto aquel joven, volviendo la cabeza hacia atrás y mirando con los ojos encendidos si la ira de Dios le seguía siempre, corría precipitadamente hacia el fondo del camino, como si no hubiese encontrado en su huida otra solución que ir a dar contra aquella puerta de bronce.

— ¿Y por qué mira hacia atrás con esa cara de espanto?, — pregunte yo—.

—Porque la ira de Dios traspasa todas las puertas del infierno e irá a atormentarle aún en medio del fuego.

En efecto, como consecuencia de aquel choque, entre un ruido de cadenas, la puerta se abrió de par en par. Y tras ella se abrieron al mismo tiempo, haciendo un horrible fragor, dos, diez, cien, mil, otras puertas impulsadas por el choque del joven, que era arrastrado por un torbellino invisible, irresistible, velocísimo. Todas aquellas puertas de bronce, que estaban una delante de otra, aunque a gran distancia, permanecieron abiertas por un instante y yo vi, allá a lo lejos, muy lejos, como la boca de un horno, y mientras el joven se precipitaba en aquella vorágine pude observar que de ella se elevaban numerosos globos de fuego.

Y las puertas volvieron a cerrarse con la misma rapidez con que se habían abierto.

Entonces yo tomé la libreta para apuntar el nombre y el apellido de aquel infeliz, pero el guía me tomó del brazo y me dijo: —Detente —me ordenó— y observa de nuevo.

Lo hice y pude ver un nuevo espectáculo. Vi bajar precipitadamente por la misma senda a tres jóvenes de nuestras casas que en forma de tres peñascos rodaban rapidísimamente uno detrás del otro. Iban con los brazos abiertos y gritaban de espanto. Llegaron al fondo y fueron a

chocar con la primera puerta. San Juan Bosco al instante conoció a los tres. Y la puerta se abrió y después de ella las otras mil; los jóvenes fueron empujados a aquella larguísima galería, se oyó un prolongado ruido infernal que se alejaba cada vez más, y aquellos infelices desaparecieron y las puertas se cerraron.

Vi precipitarse en el infierno a un pobrecillo impulsado por los empujones de un pérfido compañero. Otros caían solos, otros acompañados; otros cogidos del brazo, otros separados, pero próximos. Todos llevaban escrito en la frente el propio pecado. Yo los llamaba afanosamente mientras caían en aquel lugar. Pero ellos no me oían, retumbaban las puertas infernales al abrirse y al cerrarse se hacía un silencio de muerte.

—He aquí las causas principales de tantas ruinas eternas —exclamó mi guía—: los compañeros, las malas lecturas (y malos programas de televisión e internet e impureza y pornografía y anticonceptivos y fornicación y adulterios y sodomía y asesinatos de aborto y herejías) y las perversas costumbres. Los lazos que habíamos visto al principio eran los que arrastraban a los jóvenes al precipicio.

Al ver caer a tantos de ellos, dije con acento de desesperación: —Entonces es inútil que trabajemos en nuestros colegios, si son tantos los jóvenes que tienen este fin. ¿No habrá manera de remediar la ruina de estas almas?

Y el guía me contestó: —Este es el estado actual en que se encuentran y si mueren en él vendrán a parar aquí sin remedio. — ¡Oh, déjame anotar los nombres para que yo les pueda avisar y ponerlos en la senda que conduce al Paraíso! — ¿Y crees tú que algunos se corregirían si les avisaras? Al principio el aviso les impresionará; después no harán caso, diciendo: se trata de un sueño. Y se tornarán peores que antes. Otros, al verse descubiertos, frecuentarán los Sacramentos, pero no de una manera espontánea y meritoria, porque no proceden rectamente. Otros se confesarán por un temor pasajero a caer en el infierno, pero seguirán con el corazón apegado al pecado. — ¿Entonces para estos desgraciados no hay remisión? Dame algún aviso para que puedan salvarse.

—Helo aquí: tienen los superiores, que los obedezcan; tienen el reglamento, que lo observen; tienen los Sacramentos, que los frecuenten. Entretanto, como se precipitase al abismo un nuevo grupo de jóvenes, las puertas permanecieron abiertas durante un instante y: —Entra tú también— me dijo el guía.

Yo me eché atrás horrorizado.

Estaba impaciente por regresar al Oratorio para avisar a los jóvenes y detenerles en aquel camino; para que no siguieran rodando hacia la perdición.

Pero el guía me volvió a insistir: —Ven, que aprenderás más de una cosa.

Pero antes dime: ¿Quieres proseguir solo o acompañado? Esto me lo dijo para que yo reconociese la insuficiencia de mis fuerzas y al mismo tiempo la necesidad de su benévola asistencia; a lo que contesté:

— ¿Me he de quedar solo en ese lugar de horror? ¿Sin el consuelo de tu bondad? ¿Y quién me enseñará el camino del retorno? Y de pronto me sentí lleno de valor pensando para mí: — Antes de ir al infierno es necesario pasar por el juicio y yo no me he presentado todavía ante el Juez Supremo.

Después exclamé resueltamente: — ¡Entremos, pues!

Y penetramos en aquel estrecho y horrible corredor. Corríamos con la velocidad del rayo. Sobre cada una de las puertas del interior lucía con luz velada una inscripción amenazadora. Cuando terminamos de recorrerlo desembocamos en un amplio y tétrico patio, al fondo del cual se veía una rústica portezuela. Mientras yo daba la vuelta alrededor de los muros leyendo estas inscripciones, el guía, que se había quedado en el centro del patio, se acercó a mí y me dijo:

—Desde ahora en adelante nadie podrá tener un compañero que le ayude, un amigo que le consuele, un corazón que le ame, una mirada compasiva, una palabra benévola: hemos pasado la línea. ¿Tú quieres ver o probar?

—Quiero ver solamente— respondí.

—Ven, pues, conmigo— añadió el amigo.

Y tomándome de la mano me condujo ante aquella puertecilla y la abrió. Esta ponía en comunicación con un corredor en cuyo fondo había una gran cueva cerrada por una larga ventana con un solo cristal que llegaba desde el suelo hasta la bóveda y a través del cual se podía mirar dentro. Atravesé el dintel y avanzando un paso me detuve preso de un terror indescriptible. Vi ante mis ojos una especie de caverna inmensa que se perdía en las profundidades cavadas en las entrañas de los montes, todas llenas de fuego, pero no como el que vemos en la tierra con sus llamas movibles, con elevada temperatura. Muros, bóvedas, pavimento, herraje, piedras, madera, carbón; todo estaba blanco y brillante. Aquel fuego sobrepasaba en calores millares y millares de veces al fuego de la tierra sin consumir ni reducir a cenizas nada de cuanto tocaba.

Me sería imposible describir esta caverna en toda su espantosa realidad. Mientras miraba atónito aquel lugar de tormento veo llegar con indecible ímpetu un joven que casi no se daba cuenta de nada, lanzando un grito agudísimo, como quien estaba para caer en un lago de bronce hecho líquido, y que precipitándose en el centro, se torna blanco como toda la caverna y queda inmóvil, mientras que por un momento resonaba en el ambiente el eco de su voz mortecina.

Lleno de horror contemplé un instante a aquel desgraciado y me pareció uno del Oratorio, uno de mis hijos.

—Pero ¿este no es uno de mis jóvenes?, —pregunté al guía—. ¿No es fulano?

—Sí, sí— me respondió. —

¿Y por qué no cambia de posición? ¿Por qué está incandescente sin consumirse?

Y él: —Tú elegiste el ver y por eso ahora no debes hablar; observa y verás.

Apenas si había vuelto la cara y he aquí otro joven con una furia desesperada y a grandísima velocidad que corre y se precipita a la misma caverna. También éste pertenecía al Oratorio. Apenas cayó no se movió más. Este también lanzó un grito de dolor y su voz se confundió con el último murmullo del grito del que había caído antes. Después llegaron con la misma precipitación otros, cuyo número fue en aumento y todos lanzaban el mismo grito y permanecían inmóviles, incandescentes, como los que les habían precedido. Yo observé que el primero se había quedado con una mano en el aire y un pie igualmente suspendido en alto. El segundo quedó como encorvado hacia la tierra.

Algunos tenían los pies por alto, otros el rostro pegado al suelo. Quiénes estaban casi suspendidos sosteniéndose de un solo pie o de una sola mano; no faltaban los que estaban sentados o tirados; unos apoyados sobre un lado, otros de pie o de rodillas, con las manos

entre los cabellos. Había, en suma, una larga fila de muchachos, como estatuas en posiciones muy dolorosas. Vinieron aún otros muchos a aquel horno, parte me eran conocidos y parte desconocidos. Me recordé entonces de lo que dice la Biblia, que según se cae la primera vez en el infierno así se permanecerá para siempre. Al notar que aumentaba en mí el espanto, pregunté al guía:

— ¿Pero éstos, al correr con tanta velocidad, no se dan cuenta que vienen a parar aquí?

— ¡Oh!, sí que saben que van al fuego; les avisaron mil veces, pero siguen corriendo voluntariamente al no detestar el pecado y al no quererlo abandonar, al despreciar y rechazar la Misericordia de Dios que los llama a penitencia, y, por tanto, la justicia Divina, al ser provocada por ellos, los empuja, les insta, los persigue y no se pueden parar hasta llegar a este lugar.

— ¡Oh, qué terrible debe de ser la desesperación de estos desgraciados que no tienen ya esperanza de salir de aquí!—, exclamé.

— ¿Quieres conocer la furia íntima y el frenesí de sus almas? Pues, acércate un poco más—, me dijo el guía.

Di algunos pasos hacia adelante y acercándome a la ventana vi que muchos de aquellos miserables se propinaban mutuamente tremendos golpes, causándose terribles heridas, que se mordían como perros rabiosos; otros se arañaban el rostro, se destrozaban las manos, se arrancaban las carnes arrojando con despecho los pedazos por el aire. Entonces toda la cobertura de aquella cueva se había trocado como de cristal a través del cual se divisaba un trozo de cielo y las figuras luminosas de los compañeros que se habían salvado para siempre. Y aquellos condenados rechinaban los dientes de feroz envidia, respirando afanosamente, porque en vida hicieron a los justos blanco de sus burlas. Yo pregunté al guía:

—Dime, ¿por qué no oigo ninguna voz? —

Acércate más— me gritó.

Me aproximé al cristal de la ventana y oí cómo unos gritaban y lloraban entre horribles contorsiones; otros blasfemaban e imprecaban a los Santos. Era un tumulto de voces y de gritos estridentes y confusos que me indujo a preguntar a mi amigo:

— ¿Qué es lo que dicen? ¿Qué es lo que gritan?

Y él: —Al recordar la suerte de sus buenos compañeros se ven obligados a confesar. Gritos, esfuerzos, llantos son ya completamente inútiles. Aquí no cuenta el tiempo, aquí sólo impera la eternidad. Mientras lleno de horror contemplaba el estado de muchos de mis jóvenes, de pronto una idea floreció en mi mente.

— ¿Cómo es posible —dije— que los que se encuentran aquí estén todos condenados? Esos jóvenes, ayer por la noche estaban aún vivos en el Oratorio.

Y el guía me contestó: —Todos éstos que ves ahí son los que han muerto a la gracia de Dios y si les sorprendiera la muerte y si continuasen obrando como al presente, se condenarían. Pero no perdamos tiempo, prosigamos adelante.

Se veían los atroces remordimientos de los que fueron educados en nuestras casas. El recuerdo de todos y cada uno de los pecados no perdonados y de la justa condenación; de haber tenido mil medios y muchos extraordinarios para convertirse al Señor, para perseverar en el bien, para ganarse el Paraíso. El recuerdo de tantas gracias y promesas concedidas y

hechas a María Santísima y no correspondidas. ¡El haberse podido salvar a costa de un pequeño sacrificio y, en cambio, estar condenado para siempre! ¡Recordar tantos buenos propósitos hechos y no mantenidos! ¡Ah! De buenas intenciones completamente ineficaces está lleno el infierno, dice el proverbio. Y allí volví a contemplar a todos los jóvenes del Oratorio que había visto poco antes en el horno, algunos de los cuales me están escuchando ahora, otros estuvieron aquí con nosotros y a otros muchos no los conocía. Me adelanté y observé que todos estaban cubiertos de gusanos y de asquerosos insectos que les devoraban y consumían el corazón, los ojos, las manos, las piernas, los brazos y todos los miembros, dejándolos en un estado tan miserable que no encuentro palabras para describirlo.

Aquellos desgraciados permanecían inmóviles, expuestos a toda suerte de molestias, sin poderse defender de ellas en modo alguno. Yo avancé un poco más, acercándome para que me viesen, con la esperanza de poderles hablar y de que me dijese algo, pero ellos no solamente no me hablaron sino que ni siquiera me miraron. Pregunté entonces al guía la causa de esto y me fue respondido que en el otro mundo no existe libertad alguna para los condenados: cada uno soporta allí todo el peso del castigo de Dios sin variación alguna de estado y no puede ser de otra manera.

Y añadió: —Ahora es necesario que descendas tú a esa región de fuego que acabas de contemplar.

— ¡No, no!, —repliqué aterrado—.

Para ir al infierno es necesario pasar antes por el juicio, y yo no he sido juzgado aún. ¡Por tanto no quiero ir al infierno!

—Dime —observó mi amigo—, ¿te parece mejor ir al infierno y libertar a tus jóvenes o permanecer fuera de él abandonándolos en medio de tantos tormentos? Desconcertado con esta propuesta, respondí:

— ¡Oh, yo amo mucho a mis queridos jóvenes y deseo que todos se salven! ¿Pero, no podríamos hacer de manera que no tuviésemos que ir a ese lugar de tormento ni yo ni los demás?

—Bien —contestó mi amigo—, aún estás a tiempo, como también lo están ellos, con tal que tú hagas cuanto puedas. Mi corazón se ensanchó al escuchar tales palabras y me dije inmediatamente: Poco importa el trabajo con tal de poder librar a mis queridos hijos de tantos tormentos.

—Ven, pues —continuó mi guía—, y observa una prueba de la bondad y de la Misericordia de Dios, que pone en juego mil medios para inducir a penitencia a tus jóvenes y salvarlos de la muerte eterna.

Y tomándome de la mano me introdujo en la caverna. Apenas puse el pie en ella me encontré de improviso transportado a una sala magnífica con puertas de cristal. Sobre ésta, a regular distancia, pendían unos largos velos que cubrían otros tantos departamentos que comunicaban con la caverna.

El guía me señaló uno de aquellos velos sobre el cual se veía escrito: Sexto Mandamiento; y exclamó:

—La falta contra este Mandamiento: he aquí la causa de la ruina eterna de tantos jóvenes. —

Pero ¿no se han confesado? —

Se han confesado, pero las culpas contra la bella virtud las han confesado mal o las han callado de propósito. Por ejemplo: uno, que cometió cuatro o cinco pecados de esta clase, dijo que sólo había faltado dos o tres veces. Hay algunos que cometieron un pecado impuro en la niñez y sintieron siempre vergüenza de confesarlo, o lo confesaron mal o no lo dijeron todo. Otros no tuvieron el dolor o el propósito suficiente. Incluso algunos, en lugar de hacer el examen, estudiaron la manera de engañar al confesor. Y el que muere con tal resolución lo único que consigue es contarse en el número de los réprobos por toda la eternidad. Solamente los que, arrepentidos de corazón, mueren con la esperanza de la eterna salvación, serán eternamente felices. ¿Quieres ver ahora por qué te ha conducido hasta aquí la Misericordia de Dios? Levantó un velo y vi un grupo de jóvenes del Oratorio, todos los cuales me eran conocidos, que habían sido condenados por esta culpa. Entre ellos había algunos que ahora, en apariencia, observan buena conducta.

—Al menos ahora —le supliqué— me dejarás escribir los nombres de esos jóvenes para poder avisarles en particular.

—No hace falta— me respondió. —

Entonces, ¿qué les debo decir? —

Predica siempre y en todas partes contra la inmodestia. Basta avisarles de una manera general y no olvides que aunque lo hicieras particularmente, te harían mil promesas, pero no siempre sinceramente. Para conseguir un propósito decidido se necesita la gracia de Dios, la cual no faltará nunca a tus jóvenes si ellos se la piden.

Dios es tan bueno que manifiesta especialmente su poder en el compadecer y en perdonar. Oración y sacrificio, pues, por tu parte. Y los jóvenes que escuchen tus amonestaciones y enseñanzas, que pregunten a sus conciencias y éstas les dirán lo que deben hacer. Y seguidamente continuó hablando por espacio de casi media hora sobre las condiciones necesarias para hacer una buena confesión. El guía repitió después varias veces en voz alta:

— ¿Qué quiere decir eso?

— ¡Que cambien de vida!... ¡Que cambien de vida!...

Yo, confundido ante esta revelación, incliné la cabeza y estaba para retirarme cuando el desconocido me volvió a llamar y me dijo: —Todavía no lo has visto todo. Leí esta sentencia y dije:

—Esto no interesa a mis jóvenes, porque son pobres, como yo; nosotros no somos ricos ni buscamos las riquezas. ¡Ni siquiera nos pasa por la imaginación semejante deseo!

Al correr el velo vi al fondo cierto número de jóvenes, todos conocidos, que sufrían como los primeros que contemplé, y el guía me contestó:

—Sí, también interesa esa sentencia a tus muchachos.

—Explícame entonces el significado del término divites.

Y él dijo: —Por ejemplo, algunos de tus jóvenes tienen el corazón apegado a un objeto material, de forma que este afecto desordenado le aparta del amor a Dios, faltando, por tanto, a la piedad y a la mansedumbre. No sólo se puede pervertir el corazón con el uso de las riquezas, sino también con el deseo inmoderado de las mismas, tanto más si este deseo va contra la virtud de la justicia. Tus jóvenes son pobres, pero has de saber que la gula y el ocio son malos consejeros. Hay algunos que en el propio pueblo se hicieron culpables de hurtos

considerables y a pesar de que pueden hacerlo no se han preocupado de restituir. Hay quienes piensan en abrir con las ganzúas la despensa y quien intenta penetrar en la habitación del Prefecto o del Ecónomo; quienes registran los baúles de los compañeros para apoderarse de comestibles, dinero y otros objetos; quien hace acopio de cuadernos y de libros para su uso... Y después de decirme el nombre de estos y de otros más, continuó:

—Algunos se encuentran aquí por haberse apropiado de prendas de vestir, de ropa blanca, de mantas y manteles que pertenecían al Oratorio, para mandarlas a sus casas. Algunos, por algún otro grave daño que ocasionaron voluntariamente y no lo repararon. Otros, por no haber restituido objetos y cosa que habían pedido a título de préstamo, o por haber retenido sumas de dinero que les habían sido confiadas para que las entregasen al Superior.

Y concluyó diciendo: —Y puesto que conoces el nombre de los tales, avísales, diles que desechen los deseos inútiles y nocivos; que sean obedientes a la ley de Dios y celosos del propio honor, de otra forma la codicia los llevará a mayores excesos, que les sumergirán en el dolor, en la muerte y en la perdición.

Yo no me explicaba cómo por ciertas cosas a las que nuestros jóvenes daban tan poca importancia hubiese aparejados castigos tan terribles. Pero el amigo interrumpió mis reflexiones diciéndome:

—Recuerda lo que se te dijo cuando contemplabas aquellos racimos de la vid echados a perder.

— y levantó otro velo que ocultaba a otros muchos de nuestros jóvenes, a los cuales conocí inmediatamente por pertenecer al Oratorio.

Me preguntó: — ¿Sabes qué significa esto? ¿Cuál es el pecado designado por esta sentencia?

—Me parece que debe ser la soberbia. —

No, me respondió.—Pues yo siempre he oído decir que la raíz de todos los pecados es la soberbia.

—Sí; en general se dice que es la soberbia; pero en particular, ¿sabes qué fue lo que hizo caer a Adán y a Eva en el primer pecado, por lo que fueron arrojados del Paraíso terrenal?

—La desobediencia. —Cierto; la desobediencia es la raíz de todos los males.

— ¿Qué debo decir a mis jóvenes sobre esto? —Presta atención.

Aquellos jóvenes los cuales tú ves que son desobedientes se están preparando un fin tan lastimoso como éste. Son los que tú crees que se han ido por la noche a descansar y, en cambio, a horas de la madrugada se bajan a pasear por el patio, sin preocuparse de que es una cosa prohibida por el reglamento; son los que van a lugares peligrosos, sobre los andamios de las obras en construcción, poniendo en peligro incluso la propia vida. Algunos, según lo establecido, van a la iglesia, pero no están en ella como deben, en lugar de rezar están pensando en cosas muy distintas de la oración y se entretienen en fabricar castillos en el aire; otros estorban a los demás. Hay quienes de lo único que se preocupan es de buscar un lugar cómodo para poder dormir durante el tiempo de las funciones sagradas; otros crees tú que van a la iglesia y, en cambio, no aparecen por ella. ¡Ay del que descuida la oración! ¡El que no reza se condena! Hay aquí algunos que en vez de cantar las divinas alabanzas y las Vísperas de la Virgen María, se entretienen en leer libros nada piadosos, y otros, cosa verdaderamente vergonzosa, pasan el tiempo leyendo obras prohibidas (¡hasta pornografía!). Y siguió enumerando otras faltas contra el reglamento, origen de graves desórdenes.

Cuando hubo terminado, yo le miré conmovido y él clavando sus ojos en mí, prestó atención a mis palabras.

— ¿Puedo referir todas estas cosas a mis jóvenes?—, le pregunté.

—Sí, puedes decirles todo cuanto recuerdes.

— ¿Y qué consejos he de darles para que no les sucedan tan grandes desgracias?

—Debes insistir en que la obediencia a Dios, a la Iglesia, a los padres y a los superiores, aún en cosas pequeñas, los salvará.

— ¿Y qué más?

—Les dirás que eviten el ocio, que fue el origen del pecado del Santo Rey David: incúlcales que estén siempre ocupados, pues así el demonio no tendrá tiempo para tentarlos.

Yo, haciendo una inclinación con la cabeza, se lo prometí.

Me encontraba tan emocionado que dije a mi amigo: —Te agradezco la caridad que has usado para conmigo y te ruego que me hagas salir de aquí.

El entonces me dijo: — ¡Ven conmigo!—, y animándome, me tomó de la mano y me ayudó a proseguir porque me encontraba agotado. Al salir de la sala y después de atravesar en un momento el horrible patio y el largo corredor de entrada, antes de traspasar el dintel de la última puerta de bronce, se volvió de nuevo a mí y exclamó:

—Ahora que has visto los tormentos de los demás, es necesario que pruebes un poco lo que se sufre en el infierno.

— ¡No, no!—, grité horrorizado.

El insistía y yo me negaba siempre.

—No temas —me dijo—; prueba solamente, toca esta muralla.

Yo no tenía valor para hacerlo y quise alejarme, pero el guía me detuvo insistiendo:

—A pesar de todo, es necesario que pruebes lo que te he dicho— y aferrándome resueltamente por un brazo, me acercó al muro mientras decía:

—Tócalo una sola vez, al menos para que puedas decir que estuviste visitando las murallas de los suplicios eternos, y para que puedas comprender cuán terrible será la última si así es la primera. ¿Ves esa muralla? Me fijé atentamente y pude comprobar que aquel muro era de espesor colosal.

El guía prosiguió:

—Es el milésimo primero antes de llegar adonde está el verdadero fuego del infierno. Son mil muros los que lo rodean. Cada muro es mil medidas de espesor y de distancia el uno del otro, y cada medida es de mil millas; este está a un millón de millas del verdadero fuego del infierno y por eso apenas es un mínimo principio del infierno mismo.

Al decir esto, y como yo me echase atrás para no tocar, me tomó la mano, me la abrió con fuerza y me la acercó a la piedra de aquel milésimo muro. En aquel instante sentí una quemadura tan intensa y dolorosa que saltando hacia atrás y lanzando un grito agudísimo, me desperté. Me encontré sentado en el lecho y pareciéndome que la mano me ardía, la restregaba

contra la otra para aliviarme de aquella sensación. Al hacerse de día, pude comprobar que mi mano, en realidad, estaba hinchada, y la impresión imaginaria de aquel fuego me afectó tanto que cambié la piel de la palma de la mano derecha. Tengan presente que no les he contado las cosas con toda su horrible crueldad, ni tal como las vi y de la forma que me impresionaron, para no causar en ustedes demasiado espanto. Nosotros sabemos que el Señor no nombró jamás el infierno sino valiéndose de símbolos, porque aunque nos lo hubiera descrito como es, nada hubiéramos entendido. Ningún mortal puede comprender estas cosas. El Señor las conoce y las puede manifestar a quien quiere. Durante muchas noches consecutivas, y siempre presa de la mayor turbación, no pude dormir a causa del espanto que se había apoderado de mi ánimo. Les he contado solamente el resumen de lo que he visto en sueños de mucha duración; puede decirse que de todos ellos les he hecho un breve compendio. Más adelante les hablaré sobre el respeto humano, y de cuanto se relaciona con el sexto y séptimo Mandamiento y con la soberbia. No haré otra cosa más que explicar estos sueños, pues están de acuerdo con la Sagrada Escritura, aún más, no son otra cosa que un comentario de cuanto en ella se lee respecto a esta materia. Durante estas noches les he contado ya algo, pero de cuando en cuando vendré a hablarles y les narraré lo que falta, dándoles la explicación consiguiente.

INFIERNO—AÑO 1887

En la mañana del tres de abril San Juan Bosco dijo a Viglietti que en la noche precedente no había podido descansar, pensando en un sueño espantoso que había tenido durante la noche del dos. Todo ello produjo en su organismo un verdadero agotamiento de fuerzas. —Si los jóvenes —le decía— oyesen el relato de lo que oí, o se darían a una vida santa o huirían espantados para no escucharlo hasta el fin. Por lo demás, no me es posible describirlo todo, pues sería muy difícil representar en su realidad los castigos reservados a los pecadores en la otra vida. El Santo vio las penas del infierno. Oyó primero un gran ruido, como de un terremoto. Por el momento no hizo caso, pero el rumor fue creciendo gradualmente, hasta que oyó un estruendo horroroso y prolongadísimo, mezclado con gritos de horror y espanto, con voces humanas inarticuladas que, confundidas con el fragor general, producían un estrépito espantoso. El rumor, cada vez más ensordecedor, se iba acercando, y ni con los ojos ni con los oídos se podía precisar lo que sucedía.

Vi primeramente una masa informe que poco a poco fue tomando la figura de una formidable cuba de fabulosas dimensiones: de ella salían los gritos de dolor. Pregunté espantado qué era aquello y qué significaba lo que estaba viendo. Entonces los gritos, hasta allí inarticulados, se intensificaron más haciéndose más precisos. Después vi dentro de aquella cuba ingente, personas indescriptiblemente deformes. Los ojos se les salían de las órbitas; las orejas, casi separadas de la cabeza, colgaban hacia abajo; los brazos y las piernas estaban dislocados de un modo fantástico. A los gemidos humanos se unían angustiosos maullidos de gatos, rugidos de leones, aullidos de lobos y alaridos de tigres, de osos y de otros animales.

Observé mejor y entre aquellos desventurados reconocí a algunos. Entretanto, con el aumento del ruido se hacía ante él más viva y más precisa la vista de las cosas; conocía mejor a aquellos infelices, le llegaban más claramente sus gritos, y su terror era cada vez más opresor. Entonces preguntó en voz alta: —Pero ¿no será posible poner remedio o aliviar tanta desventura? ¿Todos estos horrores y estos castigos están preparados para nosotros? ¿Qué debo hacer yo? —Sí —replicó una voz—, hay un remedio; sólo un remedio. Apresurarse a pagar las propias deudas con oro o con plata. —Pero estas son cosas materiales. Con la oración incesante y con la frecuente comunión se podrá remediar tanto mal. Durante este

diálogo los gritos se hicieron más estridentes y el aspecto de los que los emitían era más monstruoso, de forma que, presa de mortal terror, se despertó. Eran las tres de la mañana y no le fue posible cerrar más un ojo. En el curso de su relato, un temblor le agitaba todos los miembros, su respiración era afanosa y sus ojos derramaban abundantes lágrimas.

Conclusión y suplicas:

¡Oh, misericordiosísimo Jesús! Que dicha de poder estar a tiempo de mudar de vida. Gracias mil te doy porque tuviste piedad de este pobre pecador que tantas veces violo lo que está prohibido por el sexto y el noveno mandamientos.

De ahora en más, Combatiré las tentaciones interiores con la presencia de Dios. En cuanto a las tentaciones exteriores, evitare las ocasiones que me llevan a ofender a la divina majestad. Guardare los sentidos, y luego evitare, las ocasiones, el ocio, me alejare de las tentaciones, evitare cualquier amistad peligrosa, frecuentare la santa misa todos los días posibles, y revelare las tentaciones al confesor.

Capítulo V: Testimonio impresionante de un alma condenada, acerca de lo que la llevó al Infierno.

Presentación:

Este tema es muy incómodo y desagradable. Les gustaría muchísimo más que les hablara, por ejemplo, de la infinita misericordia de Dios para con el pecador arrepentido. Esta tan grande la sensibilidad y el clima intelectual moderno no resiste el tema del infierno, tan incómodo y molesto; que es preferible hablar de la caridad, de la justicia social, del amor y compenetración de los unos con los otros, y otros temas semejantes. Dios se comunica con los hombres de muchas maneras. Las Sagradas Escrituras se refieren a muchas comunicaciones divinas hechas a través de visiones y aún de sueños. Los sueños, no siempre son sólo sueños.

Recordemos al profeta Daniel que vivía 200 años después de Isaías dice hablando de la resurrección final y del juicio y la muchedumbre de los que duermen en el polvo se despertara unos para la vida eterna y otros para un oprobio que no acabara nunca.

Existe igual testimonio de los demás profetas hasta San Juan Bautista, el cual habla también al pueblo de Jerusalén del fuego eterno del infierno como de una verdad por todos conocida y de la que jamás nadie ha dudado. He aquí el Cristo que se aproxima y exclama, El recogerá el grano, es decir a los escogidos en los graneros y la paja es decir los pecadores, la arrojará al fuego inextinguible.

La antigüedad pagana, griega y latina nos habla igualmente del infierno y de sus terribles castigos que no tendrán fin. Contiene formas mas o menos exactas según que los pueblos se alejaban de sus tradiciones primitivas y de las enseñanzas de los patriarcas y profetas. Se encuentra también siempre la creencia de un infierno de fuego y de tinieblas. Tal es el tártaro de los griegos y de los latinos, los impíos dice que han precipitado sus leyes son precipitados

en el tártaro para no salir jamás, para sufrir allí horribles y eternos tormentos.

La "carta del más allá" que se transcribe seguidamente se refiere a la condenación eterna de una joven. A primera vista parece una historia novelada. Pero considerando las circunstancias se llega a la conclusión de que no deja de tener su fondo histórico, a partir de su sentido moral y su alcance trascendental.

El original de esta carta fue encontrado entre los papeles de una religiosa fallecida, amiga de la joven condenada. Allí cuenta la monja los acontecimientos de la vida de su compañera como si fueran hechos conocidos y verificados, así como su condenación eterna comunicada en un sueño. La Curia diocesana de Treves (Alemania) autorizó su publicación como lectura sumamente instructiva.

La "carta del más allá" apareció por primera vez en un libro de revelaciones y profecías, junto con otras narraciones. Fue el Rvdo. Padre Bernhardin Krempel C.P., doctor en teología, quien la publicó por separado y le confirió mayor autoridad al encargarse de probar, en las notas, la absoluta concordancia de la misma con la doctrina católica.

Entre los manuscritos dejados en su convento por una religiosa, que en el mundo se llamó Clara, se encontró el siguiente testimonio:

Relato:

El relato de Clara

Tuve una amiga, Anita. Es decir, éramos muy próximas por ser vecinas y compañeras de trabajo en la misma oficina M. Más tarde, Ani se casó y no volví a verla. Desde que nos conocimos, había entre nosotras, en el fondo, más amabilidad que propiamente amistad. Por eso, sentí muy poco su ausencia cuando, después de su casamiento, ella fue a vivir al barrio elegante de las villas, lejos del mío.

Durante mis vacaciones en el Lago de Garda (Italia), en septiembre de 1937, recibí una carta de mi madre en la que me decía: "Anita N murió en un accidente automovilístico. La sepultaron ayer en Wald Friendhof". Me impresioné mucho con la noticia. Sabía que mi amiga no había sido propiamente religiosa. ¿Estaría preparada para presentarse ante Dios? ¿En qué estado la habría encontrado su muerte súbita? Al día siguiente escuché misa, comulgué por la intención de Anita, en la casa del pensionado de las hermanas, donde estaba viviendo. Rezaba fervorosamente por su eterno descanso, y por esta misma intención ofrecí la Santa Comunión.

Durante todo el día percibí un cierto malestar, que fue aumentando por la tarde. Dormí inquieta. Me desperté de improviso, escuchando algo así como una sacudida en la puerta del cuarto. Encendí la luz. El reloj indicaba las doce y diez minutos. Nada. Tampoco ruidos. Tan solo las olas del Lago de Garda golpeando monótonas contra el muro del jardín del pensionado. No había viento. Yo conservaba la impresión de que al despertar encontraría, además de los golpes de la puerta, un ruido de brisa o viento, parecido al que producía mi jefe de la oficina, cuando de mal humor tiraba sobre mi escritorio una carta que lo molestaba. Reflexioné un instante si debía levantarme. ¡No! Todo no es más que sugestión, me dije. Mi fantasía está sobresaltada por la noticia de la muerte. Me di vuelta en la cama, recé algunos Padrenuestros por las ánimas y me dormí de nuevo.

Soñé entonces que me levantaba de mañana, a las 6, yendo a la capilla. Al abrir la puerta del cuarto, me encontré con una cantidad de hojas de carta. Levantarlas, reconocer la letra de Anita y dar un grito, fue cosa de un segundo. Temblando, las sostuve en mis manos. Confieso que quedé tan aterrorizada que no pude rezar. Apenas respiraba. Nada mejor que huir de allí, salir al aire libre. Me arreglé rápidamente, puse la carta dentro de mi cartera y salí en seguida. Subí por el tortuoso camino, entre olivos, laureles y quintas de la villa, más allá del conocido camino gardesano.

La mañana aparecía radiante. En los días anteriores, yo me detenía cada cien pasos, maravillada por la vista que ofrecían el lago y la Isla de Garda. El suavísimo azul del agua me refrescaba; como una niña que mira admirada a su abuelo, así contemplaba, extasiada, al ceniciento monte Baldo, que se levanta en la orilla opuesta del lago, hasta los 2.200 metros de altura. Ese día no tenía ojos para todo eso. Después de caminar un cuarto de hora, me dejé caer maquinalmente sobre un banco ubicado entre dos cipreses, donde la víspera había leído con placer "La doncella Teresa". Por primera vez veía en los cipreses el símbolo de la muerte, algo en lo que antes no había pensado.

Tomé la carta. No tenía firma. Sin la menor duda, estaba escrita por Ani. No faltaba la gran "s", ni la "t" francesa, a la que se había acostumbrado en la oficina, para irritar al Sr. G. No era su estilo. Por lo menos, no era así como hablaba de costumbre. Lo habitual en ella era la conversación amable, la risa, subrayada por los ojos azules y su graciosa nariz... Sólo cuando discutíamos asuntos religiosos se volvía mordaz y caía en el tono rudo de la carta. Yo misma me siento envuelta por su excitada cadencia. Hela aquí, la Carta del Más Allá de Anita N., palabra por palabra, tal como la leí en el sueño.

La Carta

CLARA, NO RECES POR MÍ, ESTOY CONDENADA. Si te doy este aviso - es más, voy a hablarte largamente sobre esto - no creas que lo hago por amistad. Quienes estamos aquí ya no amamos a nadie. Lo hago como obligada. Es parte de la obra "de esa potencia que siempre quiere el mal y realiza el bien". En realidad, me gustaría verte aquí, adonde llegué para siempre. No te extrañes de mis intenciones. Aquí, todos pensamos así. Nuestra voluntad está petrificada en el mal, es decir, en aquello que ustedes consideran "mal". Aún cuando pueda hacer algo "bien" (como yo lo hago ahora, abriéndote los ojos ante el infierno), no lo hago con recta intención.

¿Recuerdas? Hace cuatro años que nos conocimos, en M. Tenías 23 años y ya trabajabas en el escritorio desde seis meses antes, cuando yo ingresé. Varias veces me sacaste de apuros. Con frecuencia me dabas buenos avisos que a mí, principiante, me venían muy bien. Pero, ¿qué es "bueno"? Yo ponderaba, en aquel entonces, tu "caridad". Ridículo... Tus ayudas eran pura ostentación, algo que desde entonces sospechaba.

Aquí, no reconocemos bien alguno en absolutamente nadie. Pero ya que conociste mi juventud, es el momento de llenar algunas lagunas. De acuerdo con los planes de mis padres, yo nunca tendría que haber existido. Por un descuido se produjo la desgracia de mi concepción. Mis hermanas tenían 14 y 16 años cuando vine al mundo. ¡Ojalá no hubiera nacido! Ojalá pudiera ahora aniquilarme, huir de estos tormentos! No hay placer comparable al de acabar mi existencia, así como se reduce a cenizas un vestido, sin dejar vestigios. Pero es necesario que exista. Es preciso que yo sea tal como me he hecho: con el fracaso total de la finalidad de mi existencia.

Cuando mis padres, entonces solteros, se mudaron del campo a la ciudad, perdieron el contacto con la Iglesia. Era mejor así. Mantenían relaciones con personas desvinculadas de la religión. Se conocieron en un baile, y se vieron "obligados" a casarse seis meses después. En la ceremonia nupcial, recibieron solo unas gotas de agua bendita, las suficientes para atraer a mamá a la misa dominical unas pocas veces al año. Ella nunca me enseñó verdaderamente a rezar. Todo su esfuerzo se agotaba en los trabajos cotidianos de la casa, aunque nuestra situación no era mala. Palabras como rezar, misa, agua bendita, iglesia, sólo puedo escribirlas con íntima repugnancia, con incomparable repulsión. Detesto profundamente a quienes van a la Iglesia y, en general, a todos los hombres y a todas las cosas. Todo es tormento. Cada conocimiento recibido, cada recuerdo de la vida y de lo que sabemos, se convierte en una llama incandescente.

Y todos estos recuerdos nos muestran las oportunidades en que despreciamos una gracia. Cómo me atormenta esto! No comemos, no dormimos, no andamos sobre nuestros pies. Espiritualmente encadenados, los réprobos contemplamos desesperados nuestra vida fracasada, aullando y rechinando los dientes, atormentados y llenos de odio. ¿Entiendes? Aquí bebemos el odio como si fuera agua. Nos odiamos unos a otros. Más que a nada, odiamos a Dios. Quiero que lo comprendas. Los bienaventurados en el cielo deben amar a Dios, porque lo ven sin velos, en su deslumbrante belleza. Esto los hace indescriptiblemente felices. Nosotros lo sabemos, y este conocimiento nos enfurece. Los hombres, en la tierra, que conocen a Dios por la Creación y por la Revelación, pueden amarlo. Pero no están obligados a hacerlo.

El creyente - te lo digo furiosa - que contempla, meditando, a Cristo con los brazos abiertos sobre la cruz, terminará por amarlo. Pero el alma a la que Dios se acerca fulminante, como vengador y justiciero porque un día fue repudiado, como ocurrió con nosotros, ésta no podrá sino odiarlo, como nosotros lo odiamos. Lo odia con todo el ímpetu de su mala voluntad. Lo odia eternamente, a causa de la deliberada resolución de apartarse de Dios con la que terminó su vida terrenal. Nosotros no podemos revocar esta perversa voluntad, ni jamás querríamos hacerlo.

¿Comprendes ahora por qué el infierno dura eternamente? Porque nuestra obstinación nunca se derrite, nunca termina. Y contra mi voluntad agrego que Dios es misericordioso, aún con nosotros. Digo "contra mi voluntad" porque, aunque diga estas cosas voluntariamente, no se me permite mentir, que es lo que querría. Dejo muchas informaciones en el papel contra mis deseos. Debo también estrangular la avalancha de palabrotas que querría vomitar. Dios fue misericordioso con nosotros porque no permitió que derramáramos sobre la tierra el mal que hubiéramos querido hacer. Si nos lo hubiera permitido, habríamos aumentado mucho nuestra culpa y castigo. Nos hizo morir antes de tiempo, como hizo conmigo, o hizo que intervinieran causas atenuantes.

Dios es misericordioso, porque no nos obliga a aproximarnos a El más de lo que estamos, en este remoto lugar infernal. Eso disminuye el tormento. Cada paso más cerca de Dios me causaría una aflicción mayor que la que te produciría un paso más rumbo a una hoguera.

Te desagradé un día al contarte, durante un paseo, lo que dijo mi padre pocos días antes de mi comunión: "Alégrate, Anita, por el vestido nuevo; el resto no es más que una burla". Casi me avergüenzo de tu desagrado. Ahora me río. Lo único razonable de toda aquella comedia era que se permitiera comulgar a los niños a los doce años. Yo ya estaba, en aquel entonces, bastante poseída por el placer del mundo. Sin escrúpulos, dejaba a un lado las cosas religiosas. No tomé en serio la comunión. La nueva costumbre de permitir a los niños que reciban su primera comunión a los 7 años nos produce furor. Empleamos todos los medios

para burlarnos de esto, haciendo creer que para comulgar debe haber comprensión. Es necesario que los niños hayan cometido algunos pecados mortales. La blanca Hostia será menos perjudicial entonces, que si la recibe cuando la fe, la esperanza y el amor, frutos del bautismo - escupo sobre todo esto - todavía están vivos en el corazón del niño.

¿Te acuerdas que yo pensaba así cuando estaba en la tierra? Vuelvo a mi padre. Peleaba mucho con mamá. Pocas veces te lo dije, porque me avergonzaba. Qué cosa ridícula la vergüenza! Aquí, todo es lo mismo. Mis padres ya no dormían en el mismo cuarto. Yo dormía con mamá, papá lo hacía en el cuarto contiguo, donde podía volver a cualquier hora de la noche. Bebía mucho y se gastó nuestra fortuna. Mis hermanas estaban empleadas, decían que necesitaban su propio dinero. Mamá comenzó a trabajar. Durante el último año de su vida, papá la golpeó muchas veces, cuando ella no quería darle dinero. Conmigo, él siempre fue amable. Un día te conté un capricho del que quedaste escandalizada. ¿Y de qué no te escandalizaste de mí? Cuando devolví dos veces un par de zapatos nuevos, porque la forma de los tacos no era bastante moderna.

En la noche en que papá murió, víctima de una apoplejía, ocurrió algo que nunca te conté, por temor a una interpretación desagradable. Hoy, sin embargo, debes saberlo. Es un hecho memorable: por primera vez, el espíritu que me atormenta se acercó a mí. Yo dormía en el cuarto de mamá. Su respiración regular revelaba un sueño profundo. Entonces, escuché pronunciar mi nombre. Una voz desconocida murmuró: "¿Qué ocurrirá si muere tu padre?"

Ya no lo quería a papá, desde que había empezado a maltratar a mi madre. En realidad, no amaba absolutamente a nadie: sólo tenía gratitud hacia algunas personas que eran bondadosas conmigo. El amor sin esperanza de retribución en esta tierra solamente se encuentra en las almas que viven en estado de gracia. No era ése mi caso. "Ciertamente, él no morirá", le respondí al misterioso interlocutor. Tras una breve pausa, escuché la misma pregunta. "El no va a morir!", repliqué con brusquedad.

Por tercera vez, me preguntaron: "¿Qué ocurrirá si muere tu padre?". Me representé en ese momento en la imaginación el modo como mi padre volvía muchas veces: medio ebrio, gritando, maltratando a mamá, avergonzándonos frente a los vecinos. Entonces, respondí con rabia: "Bien, es lo que se merece. ¡Que muera!". Después, todo quedó en silencio.

A la mañana siguiente, cuando mamá fue a ordenar el cuarto de papá, encontró la puerta cerrada. Al mediodía, la abrieron por la fuerza. Papá, semidesnudo, estaba muerto sobre la cama. Al ir a buscar cerveza al sótano, debió sufrir una crisis mortal. Desde hacía tiempo que estaba enfermo. (¿Habrà hecho depender Dios de la voluntad de su hija, con la que el hombre fue bondadoso, la obtención de más tiempo y ocasión de convertirse?).

Marta K. y tú me hicieron ingresar en la asociación de jóvenes. Nunca te oculté que consideraba demasiado "parroquiales" las instrucciones de las dos directoras, las señoritas X. Los juegos eran bastante divertidos. Como sabes, llegué en poco tiempo a tener allí un papel preponderante. Eso era lo que me gustaba. También me gustaban las excursiones. Llegué a dejarme llegar algunas veces a confesar y comulgar. Para decir la verdad, no tenía nada para confesar. Los pensamientos y las palabras no significaban nada para mí. Y para acciones más groseras todavía no estaba madura.

Un día me llamaste la atención: "Ana, si no rezas más, te perderás". Realmente, yo rezaba muy poco, y ese poco siempre a disgusto, de mala voluntad. Sin duda tenías razón. Los que arden en el infierno o no rezaron, o rezaron poco. La oración es el primer paso para llegar a Dios. Es el paso decisivo. Especialmente la oración a Aquella que es la madre de Cristo, cuyo

nombre no nos es lícito pronunciar. La devoción a Ella arranca innumerables almas al demonio, almas a las que sus pecados las habrían lanzado infaliblemente en sus manos.

Furiosa continúo, porque estoy obligada a hacerlo, aunque no aguanto más de tanta rabia. Rezar es lo más fácil que se puede hacer en la tierra. Y justamente de esto, que es facilísimo, Dios hace depender nuestra salvación. Al que reza con perseverancia, paulatinamente Dios le da tanta luz, y lo fortalece de tal modo, que hasta el más empedernido pecador puede recuperarse, aunque se encuentre hundido en un pantano hasta el cuello. Durante los últimos años de mi vida ya no rezaba más, privándome así de las gracias, sin las que nadie se puede salvar.

Aquí, no recibimos ningún tipo de gracia. Aunque la recibiéramos, la rechazaríamos con escarnio. Todas las vacilaciones de la existencia terrenal terminaron en esta otra vida. En la tierra, el hombre puede pasar del estado de pecado al estado de gracia. De la gracia, se puede caer al pecado. Muchas veces caí por debilidad; pocas, por maldad. Con la muerte, cada uno entra en un estado final, fijo e inalterable. A medida que se avanza en edad, los cambios se hacen más difíciles. Es cierto que uno tiene tiempo hasta la muerte para unirse a Dios o para darle las espaldas. Sin embargo, como si estuviera arrastrado por una correntada, antes del tránsito final, con los últimos restos de su voluntad debilitada, el hombre se comporta según las costumbres de toda su vida.

El hábito, bueno o malo, se convierte en una segunda naturaleza. Es ésta la que lo arrastra en el momento supremo. Así ocurrió conmigo. Viví años enteros apartada de Dios. En consecuencia, en el último llamado de la gracia, me decidí contra Dios. La fatalidad no fue haber pecado con frecuencia, sino que no quise levantarme más. Muchas veces me invitaste para que asistiera a las predicaciones o que leyera libros de piedad. Mis excusas habituales eran la falta de tiempo. ¿Acaso podría querer aumentar mis dudas interiores? Finalmente, tengo que dejar constancia de lo siguiente: al llegar a este punto crítico, poco antes de salir de la "Asociación de Jóvenes", me habría sido muy difícil cambiar de rumbo. Me sentía insegura y desdichada. Pero frente a la conversión se levantaba una muralla.

No sospechaste que fuera tan grave. Creías que la solución era tan simple, que un día me dijiste: "Tienes que hacer una buena confesión, Ani, todo volverá a ser normal". Me daba cuenta que sería así. Pero el mundo, el demonio y la carne, me retenían demasiado firme entre sus garras. Nunca creí en la influencia del demonio. Ahora, doy testimonio de que el demonio actúa poderosamente sobre las personas que están en las condiciones en que yo me encontraba entonces. Sólo muchas oraciones, propias y ajenas, junto con sacrificios y sufrimientos, podrían haberme rescatado. Y aún esto, poco a poco.

Si bien hay pocos posesos corporales, son innumerables los que están poseídos internamente por el demonio. El demonio no puede arrebatarse el libre albedrío de los que se abandonan a su influencia. Pero, como castigo por su casi total apostasía, Dios permite que el "maligno" se anide en ellos. Yo también odio al demonio. Sin embargo, me gusta, porque trata de arruinarlos a todos ustedes: él y sus secuaces, los ángeles que cayeron con él desde el principio de los tiempos. Son millones, vagando por la tierra. Innumerables como enjambres de moscas; ustedes no los perciben. A los réprobos no nos incumbe tentar: eso les corresponde a los espíritus caídos.

Cada vez que arrastran una nueva alma al fondo del infierno, aumentan aún más sus tormentos. Pero, ¡de qué no es capaz el odio! Aunque andaba por caminos tortuosos, Dios me buscaba. Yo preparaba el camino para la gracia, con actos de caridad natural, que hacía muchas veces por una inclinación de mi temperamento. A veces, Dios me atraía a una Iglesia.

Allí, sentía una cierta nostalgia. Cuando cuidaba a mi madre enferma, a pesar de mi trabajo en la oficina durante el día, haciendo un sacrificio de verdad, los atractivos de Dios actuaban poderosamente. Una vez fue en la capilla del hospital, adonde me llevaste durante el descanso del mediodía. Quedé tan impresionada, que estuve sólo a un paso de mi conversión. Lloraba. Pero, en seguida, llegaba el placer del mundo, derramándose como un torrente sobre la gracia. Las espinas ahogaron el trigo. Con la explicación de que la religión es sentimentalismo, como siempre se decía en la oficina, rechacé también esta gracia, como todas las otras.

En otra ocasión, me llamaste la atención porque, en lugar de una genuflexión hasta el piso, hice solamente una ligera inclinación con la cabeza. Pensaste que eso lo hacía por pereza, sin sospechar que, ya entonces, había dejado de creer en la presencia de Cristo en el Sacramento. Ahora creo, aunque sólo materialmente, tal como se cree en la tempestad, cuyas señales y efectos se perciben. En este interín, me había fabricado mi propia religión. Me gustó la opinión generalizada en la oficina, de que después de la muerte el alma volvería a este mundo en otro ser, reencarnándose sucesivamente, sin llegar nunca al fin.

Con esto, estaba resuelto el angustiante problema del más allá. Imaginé haberlo hecho inofensivo. ¿Por qué no me recordaste la parábola del rico Epulón y del pobre Lázaro, en la que el narrador, Cristo, envió después de la muerte a uno al infierno y al otro al Cielo? Pero, ¿qué habrías conseguido? No mucho más de lo que conseguiste con todos tus otros discursos beatos. Poco a poco me fui fabricando un dios: con atributos suficientes para ser llamado así. Bastante lejos de mí, como para que no me obligara a tener relaciones con él. Suficientemente confuso, como para poder transformarlo a mi antojo. De este modo, sin cambiar de religión, yo podía imaginarlo como el dios panteísta del mundo o pensarlo, poéticamente, como un dios solitario.

Este "dios" no tenía Cielo para premiarme, ni infierno para asustarme. Yo lo dejaba en paz. En esto consistía mi culto de adoración. Es fácil creer en lo que agrada. Con el transcurso de los años, estaba bastante persuadida de mi religión. Se vivía bien así, sin molestias. Sólo una cosa podría haber roto mi suficiencia: un dolor profundo y prolongado. Pero este sufrimiento no llegó. ¿Comprendes ahora el significado de "Dios castiga a aquellos que ama"? Durante un domingo de julio, la Asociación de Jóvenes organizaba un paseo de A. Me gustaban las excursiones, pero no los discursos insípidos y demás beaterías. Otra imagen, muy diferente de la de Nuestra Señora de las Gracias de A., estaba desde hacía poco en el altar de mi corazón. Era el distinguido Max, del almacén de al lado. Ya habíamos conversado entretenidos, varias veces. Justamente ese domingo me invitó a pasear. La otra, con la que acostumbraba a salir, estaba enferma en el hospital.

El había comprendido que lo miraba mucho. Pero yo no pensaba en casarme todavía. Su posición económica era muy buena, pero también demasiado amable con todas las otras jovencitas. En aquel entonces yo quería un hombre que me perteneciera exclusivamente, como única mujer. Siempre conservé una cierta educación natural. (Eso es verdad. A pesar de su indiferencia religiosa, Ani tenía algo noble en su persona. Me desconcierta que también las personas "honestas" puedan caer en el infierno, si son deshonestas al huir del encuentro con Dios).

En ese paseo, Max me colmó de amabilidades. Nuestras conversaciones, es claro, no eran sobre la vida de los santos, como las de ustedes. Al día siguiente, en la oficina, me reprendiste por no haber ido al paseo de la Asociación. Cuando te conté mi diversión del domingo, tu primera pregunta fue: "¿Escuchaste Misa?". Tonta! ¿Cómo podríamos ir a Misa si salimos a las 6 de la mañana? Me acuerdo que, muy exaltada, te dije: "El buen Dios no es tan mezquino como lo son los curas". Ahora debo confesar que Dios, a pesar de su infinita bondad,

considera todo con más seriedad que todos los sacerdotes juntos. Después de este primer paseo con Max, fui solamente una vez más a la Asociación, en las fiestas de Navidad. Algunas cosas me atraían. Pero en mi interior, ya me había separado de todas ustedes.

Los bailes, el cine, los paseos, continuaban. A veces peleábamos con Max, pero yo sabía cómo retenerlo. Odié mucho a mi rival que, al salir del hospital, se puso furiosa. En realidad, eso me favoreció. La calma distinguida que yo mostraba produjo una gran impresión en Max, que se inclinó definitivamente por mí. Conseguí encontrar la forma de denigrarla. Me expresaba con calma: por fuera, realidades objetivas, por dentro, vomitando hiel. Estos sentimientos y actitudes conducen rápidamente al infierno. Son diabólicos, en el sentido estricto del término. ¿Por qué te cuento todo esto? Para explicarte que así me aparté definitivamente de Dios. En realidad, Max y yo no llegamos muchas veces al extremo de la familiaridad. Me daba cuenta que me rebajaría a sus ojos si le concedía toda la libertad antes de tiempo. Por eso, supe controlarme. Realmente, yo estaba siempre dispuesta para todo lo que consideraba útil. Tenía que conquistar a Max. Para eso, ningún precio era demasiado alto.

Nos fuimos amando poco a poco, porque ambos teníamos valiosas cualidades que podíamos apreciar mutuamente. Yo era habilidosa, eficiente, de trato agradable. Retuve a Max con firmeza y conseguí, al menos durante los últimos meses antes del casamiento, ser la única que lo poseía. En eso consistió mi apostasía, en hacer mi dios con una criatura. En ninguna otra cosa puede realizarse más plenamente la apostasía como en el amor a una persona del otro sexo, cuando ese amor se ahoga en la materia. Esto es su encanto, su aguijón y su veneno. La "adoración" que tenía por Max se convirtió en mi religión. En ese tiempo, en la oficina, yo arremetía virulentamente contra los curas, los fieles, las indulgencias, los rosarios y demás estupideces.

Trataste de defender con una cierta inteligencia todo lo que yo atacada, aunque quizás sin sospechar que en realidad el problema no estaba en esas cosas. Lo que yo buscaba era un punto de apoyo. Todavía lo necesitaba para justificar racionalmente mi apostasía. Estaba sublevada contra Dios. No te dabas cuenta. Creías que todavía era católica. Por otra parte, yo quería ser llamada así; inclusive pagaba la contribución para el culto. Porque un cierto "reaseguro" nunca viene mal. Es posible que tus respuestas a veces dieran en el blanco. Pero no me alcanzaban, porque no te concedía razón. A raíz de estas relaciones sobre bases falsas, fue pequeño el dolor de nuestra separación, con motivo de mi casamiento.

Antes de casarme, me confesé y comulgué una vez más. Era una formalidad. Mi marido pensaba igual. Si era una formalidad, ¿por qué no cumplirla? Ustedes dicen que una comunión así es "indigna". Bien, después de esa comunión "indigna", logré un cierto sosiego en mi conciencia. Esa comunión fue la última. Nuestra vida conyugal transcurría, en general, en armonía. En casi todos los puntos teníamos la misma opinión. También en esto: no queríamos cargar con hijos. En realidad, mi marido quería tener uno, uno solo, naturalmente. Finalmente conseguí que él renunciara a ese deseo. Lo que más me gustaba eran los vestidos, los muebles lujosos, las reuniones mundanas, los paseos en automóvil y otras distracciones. Fue un año de placer el que medió entre mi casamiento y mi muerte repentina.

Todos los domingos íbamos a pasear en auto o visitábamos a los parientes de mi marido. Me avergonzaba de mi madre. Esos parientes se destacaban en la vida social, igual que nosotros. Pero en mi interior, sin embargo, nunca fui feliz. Había algo indeterminado que me corroía. Mi deseo era que, al llegar la muerte - la que sin duda demoraría mucho todavía - todo acabara. Ocurría tal como yo lo había escuchado de niña, durante una plática: Dios recompensa en este mundo toda obra buena que se haga. Si no puede premiarla en la otra vida, lo hace en la tierra. Inesperadamente, recibí una herencia de la tía Lote. Mi marido tuvo

la suerte de ver sus ingresos notablemente aumentados. Así pude instalar, confortablemente, una casa nueva.

Mi religión estaba muriendo, como un resplandor crepuscular en un firmamento lejano. Los bares de la ciudad, los hoteles y los restaurantes por los que pasábamos en nuestros viajes, no nos acercaban a Dios. Todos los que los frecuentaban vivían como nosotros: de fuera hacia adentro, no de dentro hacia afuera. Si durante los viajes de vacaciones visitábamos una célebre catedral, tratábamos de divertirnos con el valor artístico de sus obras primas. Los sentimientos religiosos que irradiaban - especialmente las iglesias medievales - yo los neutralizaba criticando circunstancias accesorias de un hermano lego que nos guiaba, criticaba su negligencia en el aseo, criticaba el comercio de los piadosos monjes que fabricaban y vendían licor, criticaba el eterno repique de campanas llamando a los sagrados oficios, diciendo que el único fin era ganar dinero...

Así era como conseguía apartar a la gracia, cada vez que me llamaba. Especialmente descargaba mi mal humor frente a algunas pinturas de la Edad Media representando al Infierno en libros, cementerios y otros lugares. Allí el demonio asaba a las almas sobre fuego rojo o amarillo, mientras sus compañeros, con largas colas, le traen más víctimas. Clara, el infierno puede ser dibujado, pero nunca exagerado! Siempre me burlaba del fuego del infierno. Acuérdate de una conversación durante la cual te puse un fósforo encendido bajo la nariz, preguntándote: "¿Así huele?"

Apagaste en seguida la llama. Aquí nadie consigue hacerlo. Te digo más: el fuego del que habla la Biblia no es el tormento de la consciencia. Fuego es fuego! Debe ser interpretado al pie de la letra cuando Aquel dijo: "Apartaos de mí, malditos, id al fuego eterno". Al pie de la letra! ¿Y cómo puede ser tocado un espíritu por el fuego material? Preguntarás. ¿Y cómo puede sufrir tu alma, en la tierra, si pones el dedo sobre una llama? Tampoco tu alma se quema, mientras tanto el dolor lo sufre todo el individuo. Del mismo modo, nosotros estamos aquí espiritualmente presos al fuego de nuestro ser y de nuestras facultades. Nuestra alma carece de la agilidad que le sería natural; no podemos pensar ni querer lo que querríamos.

No te sorprendas de mis palabras. Es un misterio contrario a las leyes de la naturaleza material: el fuego del infierno quema sin consumir. Nuestro mayor tormento consiste en saber que nunca veremos a Dios. ¿Cómo puede atormentarnos tanto esto, si en la tierra nos era indiferente? Mientras el cuchillo está sobre la mesa, no te impresiona. Le ves el filo, pero no lo sientes. Pero si el cuchillo entra en tus carnes, gritarás de dolor. Ahora, sentimos la pérdida de Dios. Antes, sólo pensábamos en ella.

No todas las almas sufren igual. Cuanto mayor fue la maldad, cuanto más frívolo y decidido, tanto más le pesa al condenado la pérdida de Dios, tanto más lo sofoca la criatura de que abusó. Los católicos que se condenan sufren más que los de otras religiones, porque recibieron y desaprovecharon, por lo general, más luces y mayores gracias. Los que tuvieron mayores conocimientos sufren más duramente que los que tuvieron menos. El que pecó por maldad sufre más que el que cayó por debilidad. Pero ninguno sufre más de lo que mereció. Oh, si esto no fuera verdad, tendría un motivo para odiar!

Un día me dijiste: nadie va al infierno sin saberlo. Eso le habría sido revelado a una santa. Yo me reía, mientras me atrincheraba en esta reflexión: "siendo así, siempre tendré tiempos suficiente para volver atrás". Esta revelación es exacta. Antes de mi muerte repentina, es verdad, no conocía al infierno tal como es. Ningún ser humano lo conoce. Pero estaba perfectamente enterada de algo: "Si mueres, me decía, entrarás en la eternidad como una flecha, directamente contra Dios; habrá que aguantar las consecuencias". Como te dije, no

volví atrás. Perseveré en la misma dirección, arrastrada por la costumbre, con la que los hombres actúan cuanto más envejecen.

Mi muerte ocurrió así: Hace una semana - digo según las cuentas que llevan ustedes, porque si calculara por mis dolores, podría estar ardiendo en el infierno desde hace diez años - mi marido y yo salimos en otra excursión dominguera, que fue la última para mí. El día estaba radiante de sol. Me sentía muy bien, como pocas veces. Sin embargo, me traspasaba un presentimiento siniestro. Inesperadamente, en el viaje de regreso, mi marido y yo fuimos enceguedos por los faros de un automóvil que venía en sentido contrario, a gran velocidad. Max perdió el control del vehículo. Jesús! Se escapó de mis labios, no como oración sino como grito. Sentí un dolor aplastante: comparado con el tormento actual, una bagatela. Después perdí el sentido.

¡Qué extraño! Aquella misma mañana, sin explicación, había surgido en mi mente este pensamiento. "Por una vez, podrías ir a Misa". Era como una súplica. Un "¡no!" claro y decidido cortó el curso de la idea. "Con esas cosas tengo que terminar definitivamente". Es decir, asumí todas las consecuencias. Ahora las soporto.

Lo que ocurrió después de mi muerte lo sabes. La suerte de mi marido, de mi madre, lo que ocurrió con mi cadáver, mi entierro, lo sé por una intuición natural que tenemos todos los que estamos aquí. Del resto de lo que ocurre en el mundo poseemos un conocimiento confuso. Sabemos lo que se refiere a nosotros. De este modo veo el lugar donde vives. Desperté de improviso en el momento de mi muerte. Me encontré inundada por una luz ofuscante. Era el mismo sitio donde había caído mi cadáver. Sucedió como en el teatro, cuando se apagan las luces de la sala, sube el telón y aparece una escena trágicamente iluminada. La escena de mi vida. Como en un espejo, mi alma se mostró a sí misma. Vi las gracias despreciadas y pisoteadas, desde mi juventud hasta el último "no" frente a Dios.

Me sentí como un asesino, al que llevan ante el tribunal para ver a la víctima exánime. ¿Arrepentirme? ¡Nunca! ¿Avergonzarme? ¡Jamás!

Mientras tanto, no conseguía permanecer bajo la mirada de Dios, a quien rechazaba. Sólo tenía una salida: la fuga. Así como Caín huyó del cadáver de Abel, así mi alma se proyectó lejos de esta visión de horror.

Este era el Juicio particular.

Habló el invisible juez: "APÁRTATE DE MI". De inmediato mi alma, como una sombra amarilla de azufre, se despeñó al lugar del eterno tormento.

Epílogo de Clara:

Así terminó la carta de Anita sobre el Infierno. Las últimas palabras eran casi ilegibles, tan torcidas estaban las letras. Cuando terminé de leer la última línea, la carta se convirtió en cenizas. ¿Qué es lo que escucho? En medio de los duros términos de las palabras que imaginaba haber leído, resonó el dulce tañido de una campana. Me desperté de inmediato. Estaba acostada en mi cuarto. La luz matinal entraba por la ventana. Las campanadas de las Avemarías llegaban de la iglesia parroquial. ¿Todo había sido un sueño?

Nunca había sentido antes en el Angelus tanto consuelo como después de ese sueño. Lentamente, fui rezando las oraciones. Entonces comprendí: la bendita Madre del Señor quiere defenderte. Venera a María filialmente, si no quieres tener el destino que te contó -

aunque fuera en sueños - un alma que jamás verá a Dios. Temblando todavía por la visión nocturna, me levanté, me vestí con prisa y huí a la capilla de la casa. Mi corazón palpitaba con violencia. Los huéspedes que estaban más cerca me miraban con preocupación. Quizás pensaban que estaba agitada por correr escaleras abajo.

Una bondadosa señora de Budapest, un alma sacrificada, pequeña como una niña, miope, aún fervorosa en el servicio de Dios, de gran penetración espiritual, me dijo por la tarde en el jardín: "Señorita, Nuestro Señor no quiere ser servido con excitación". Pero ella advertía que otra cosa me había excitado y aún me preocupaba. Agregó, bondadosamente: "Nada te turbe - conoces el aviso de Santa Teresa - nada te espante. Todo pasa. Quien a Dios tiene, nada le falta. Sólo Dios basta". Mientras susurraba esto, sin adoptar un aire magisterial, parecía estar leyendo mi alma.

"Sólo Dios basta". Sí, El ha de bastarme, en éste o en el otro mundo. Quiero poseerlo allí un día, por más sacrificios que tenga que hacer aquí para vencer. No quiero caer en el infierno.

Conclusión :

Quizás no como objeción, pero no puede eludirse una pregunta: ¿Cómo puede haber recordado Clara con tal precisión todas las palabras de la carta de la condenada? Respondemos: quien hace lo más, puede hacer lo menos. Quien comienza una obra, puede también concluirla. Si la manifestación de ultratumba es un hecho preternatural, Clara debe haber tenido también una asistencia preternatural para escribir con exactitud todas las palabras leídas durante la visión.

La eternidad de las penas del infierno es un dogma. Seguramente, el más terrible de todos. Tiene su fundamento en las Sagradas Escrituras.

De la conveniencia de ilustrar este dogma con un caso particular, nos da ejemplo Nuestro Señor Jesucristo en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro. Allí se encuentra una descripción del infierno y del peligro de caer en él. No es otra la intención de este trabajo. Expresa también nuestra finalidad el siguiente consejo: "Vayamos al infierno mientras estemos vivos, para no caer allí después de la muerte".

Capítulo VI: Gloria Polo Vuelve De La Muerte

Presentación:

Gloria Polo fue alcanzada por un rayo junto a su sobrino, el que murió de inmediato. Sus órganos carbonizados, piernas, hígado, riñones. Ella estuvo en coma profundo durante tres días, viviendo sólo por los aparatos que le conectaron y la sostenían artificialmente.

Mientras esto ocurría, Gloria vive una profunda experiencia mística: enfrentada al camino que atraviesa la vida terrenal hacia la vida eterna, ella se encuentra con la realidad desesperante de tomar conciencia de haberse condenado. No había dolor más grande para ella, que podía ver allí la tristeza de sus padres ya fallecidos, viéndola en esa situación. Sin embargo, Jesús en Su infinita Misericordia da a Gloria la posibilidad de leer en el Libro de la Vida sobre su vida, su

camino por este mundo. Uno a uno fueron revelados los pecados que llevaron a Gloria a esa situación, y así ella comprendió su inmensa traición al Amor de Dios.

Sin embargo, la Misericordia de Dios da a Gloria una nueva oportunidad, para que ella de testimonio de lo vivido a la gente, a mucha gente. Y esto es lo que ella hace, anda por el mundo dando testimonio. El relato de Gloria, deslizándose al pozo de la eterna condenación y siendo sostenida de sus piernas por San Miguel Arcángel, conmueve al alma.

Este relato es el único que no trata sobre el infierno y sus penas. Más bien relata la sentencia de condenación.

Finalmente este testimonio que recorre la web, dio muchísimas conversiones y nos invita a honrar el Amor de Dios mientras estamos aquí. Gloria volvió de su experiencia enamorada de Dios, enamorada de la Iglesia, de la Eucaristía. Llena de la sabiduría del Espíritu Santo, a través de sus palabras podemos vivir la paz y el amor de Dios por todos nosotros.

En el periódico el Espectador del día 8 de mayo 1995 se encuentra un reportaje acerca de su accidente, en cuanto si es verdad la experiencia.

"Dios me da la misión y me dice: esto no lo vas a repetir mil veces, sino mil veces mil y ¡ay! de aquellos que oyéndote no cambiaran, porque van a ser juzgados con más severidad, como lo vas a ser tú en tu segundo regreso, mis ungidos o cualquiera de ellos, porque no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver." *Dra. Gloria Constanza Polo*

- 1) Pidamos a Dios Nuestro Señor, la gracia del arrepentimiento.
- 2) Considera que tierra eres y en tierra te has de convertir. Día llegará en que será necesario morir y pudrirse en una fosa, donde estarás cubierto de gusanos (Sal., 14, 11).
- 3) Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar: Mira aquel cadáver, tendido aún en su lecho mortuario. ¡Ved en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto!... ahora es horror y espanto de quien le mira.
- 4) Aflíjense al principio los parientes algunos días, mas en breve se consuelan por la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los regocija. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes y bailes, fiestas y juegos... Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

Abre los ojos y sobretodo tu corazón al leer este extraordinario relato.

TESTIMONIO DE GLORIA POLO

Relato:

¡Hermanos! De verdad es muy lindo para mí estar con ustedes compartiendo ese hermosísimo regalo que me hizo mi Señor Hace más de diez años. (Esto fue en la Universidad Nacional en Bogotá). Nos estábamos especializando con un sobrino que (también era odontólogo y mi esposo nos acompañaba. teníamos que recoger unos libros en la Facultad de Odontología un viernes por la tarde. Estaba lloviendo muy fuerte, mi sobrino y yo nos fuimos debajo de un paraguas muy pequeño, y mi esposo tenía su chaqueta impermeable y él se acercó contra la pared de la Biblioteca General. Mientras nosotros, sin darnos cuenta saltando para evitar coger charcos, nos acercamos a los árboles .Cuando fuimos a saltar para evitar coger un gran charco nos cayó un rayo. Nos dejó carbonizados; mi sobrino fallece allí.

Él era un muchacho, a pesar de su corta edad, muy entregado al Señor y era muy devoto al Niño Jesús y traía siempre la imagen de él en su pecho dentro de un vidrio de cuarzo. Según la fiscalía el rayo entra a través de la imagen, Y a él le entra el rayo en el corazón, le quema por dentro y le sale en el pie. Pero por fuera no se carbonizo. Ni se quemó. En cambio a mí el rayo me entra en esta parte. Me quema de forma espantosa todo mi cuerpo, por fuera y por dentro, esto que ven aquí, este cuerpo reconstruido, es misericordia de nuestro Señor. Me carboniza me deja sin senos, prácticamente se me desaparece toda mi carne y mis costillas; el vientre, las piernas... sale el rayo por el pie derecho, se me carboniza el hígado, se me queman los riñones, los pulmones...

Planificada con la T de cobre. De manera que el cobre, buen conductor eléctrico, me carbonizo, me pulverizo los ovarios, quedé en paro cardíaco, allí sin vida, el cuerpo saltando por la electricidad que quedó en todo ese sitio. Pero miren. Ésa es la parte físico. Pero lo más hermoso, lo más bello, es que mientras mi carnes estaban allí carbonizadas, yo en ese instante me encontraba dentro de un hermosísimo túnel blanco, era un gozo, una paz, una felicidad que no hay palabras humanas para describirles la grandeza de ese momento; era un éxtasis inmenso, Yo iba feliz gozosa, nada me pesaba dentro de ese túnel, miré en el fondo de ese túnel como un sol, una luz hermosísima. Yo digo que es blanco para ponerle color porque ninguno de los colores es comparable terrenalmente con esa luz hermosísima. Yo sentía la fuente de todo ese amor. De esa paz...

Cuando yo voy subiendo digo: ¡miércoles! Me morí. Y en ese instante pienso en mis hijos y digo: - ¡Ay Dios mío, mis hijitos! ¿.Qué van a decir esos hijos? Esa mamá tan ocupada, nunca tuvo tiempo para ellos. Ahí miro con verdad la vida mía y me da tristeza. Me salí de mi casa a transformar el mundo; y me quedaron grandes mis hijos y mi hogar.

Y en ese instante de vacío por mis hijos. Yo hago una mirada, cuando miro hay algo bello; ya mis carnes no estaban ni en las medidas de tiempo de acá. Ni de espacio, y vi a todas las personas en un mismo instante, en un mismo momento, a todas las personas; vivos y a los muertos, me abracé con mis bisabuelos. Con mis padres, que habían fallecido, con todos, fue un momento pleno, hermoso. Ahí me di cuenta, que me habían metido un " Gol" en la reencarnación, porque yo sí defendía la reencarnación. Y yo decía, mi abuelo y mi bisabuelo, andaba viéndolos por todas partes. Me abrazaron, me encontré con ellos en un instante, nos abrazamos y abracé a todas las personas con las cuales tuve que ver en mi vida, en todas partes, en un mismo instante. Sólo a mi hija cuando yo la abracé, se asusto, tenía 9 años, ella, sí sintió mi abrazo. No había pasado nada de tiempo en ese momento tan hermoso, y que lindo; ya sin carnes. Ya no miraba como miraba antes, que sólo miraba el que estaba gordo, flaco, negro, feo, con criterios. Así no, Ya cuando estaba sin carnes. Veía el interior de las personas, que lindo ver el interior de las personas. Ver en las personas sus pensamientos, sus sentimientos. Los abracé en un instante y sin embargo, yo seguía subiendo y subiendo llena de gozo. Cuando, sentí que iba a disfrutar de una vista hermosa; en el fondo un lago bellísimo. En ese instante oigo la voz de mi esposo, mi esposo llora y con un grito profundo, con todo el sentimiento me grita, dice:

"Qué hubo ¡Gloria! por favor no se vaya! ¡Mire Gloria regrese! los niños Gloria. No sea cobarde".

En ese instante yo hago esa mirada así, como global y no lo miro sólo a él y lo vi llorando con tanto dolor Y ahí el Señor me concede regresar, yo no me quería venir que gozo, que paz, que alegría.

Entonces, empecé a bajar lento a buscar mi cuerpo, me encontré sin vida. Estaba mi cuerpo en la camilla de la Universidad Nacional de la Enfermería; veía como los médicos le hacían como choques eléctricos a mi corazón para sacarme del paro cardíaco. Duramos dos horas y

media allí, tirados.

Porque no nos podían recoger, porque "le pasábamos corriente" a todo el mundo. Hasta que dejamos de "pasar corriente" y nos pudieron asistir. Y me empezaron a reanimar. Mire. Yo llego y pongo los pies aquí. En esa parte de mi cabeza. Y una chispa con violencia me entra. Y yo entro en mi cuerpo; me dolió muchísimo entrar. Porque es que salen chispas como de todas partes. Y lo veía encapsular en esto "tan chiquito". Y el dolor de mi Carne. Mi carne quemada. Como me dolía. Salía humo y vapor. Y el dolor más terrible, el de mi vanidad. Una mujer con criterios de mundo, la mujer ejecutiva. La intelectual, la estudiante, y la esclavizada del cuerpo, de la belleza y de la moda: 4 horas diarias de aeróbicos. Esclavizada para tener un cuerpo hermoso. Masajes. Dietas... bueno. De todo lo que se quieran imaginar esa era mi vida. Una rutina esclavizante por un cuerpo bello.

Y yo decía: - Bueno, si tengo senos bonitos es para mostrarlos porque que tal guardados igual mis piernas, porque sentía que tenía muy espectaculares piernas y senos; en un instante veía con horror. Como toda una vida cuidando un cuerpo. Ése era el centro de mi vida: el amor a mi cuerpo. Y no había cuerpo. Ni senos. Unos huecos impresionantes. Sobre todo el seno izquierdo. estaba prácticamente desaparecido, y mis piernas, era lo más terrible que tenía, pedazos vacíos y sin carnes, como chicharrón negrísimos... y de allí me llevaron al Seguro Social, rápidamente me operan y empiezan a raspar todos mis tejidos quemados. Cuando yo estoy anestesiada.

Me vuelvo a salir del cuerpo. Y estaba mirando lo que estaban haciendo los médicos con mi cuerpo. Preocupada por mis piernas. Cuando de pronto. Fue un momento tan terriblemente horroroso. Porque yo les cuento mis hermanos: "Católica Dietética" como toda mi vida. Pues mi relación con el Señor. Era una eucaristía los domingos.

25 minutos donde el Padre hablara menos, porque que desespero y que angustia. Esa era mi relación con Dios. Y como esa era mi relación. Sólo eso, pues todas las corrientes del mundo me arrastraban como una veleta; al punto de que cuando ya me estaba especializando.

Y cuando yo estaba estudiando y oía a un sacerdote que "el infierno no existía y que los diablos tampoco" ¿Quién dijo miedo? a mi lo único triste, mire padre, y vergonzosamente les confieso y lo único que me mantenía en la iglesia. Era el miedo al Diablo. Cuando me dicen que no existe. Pues que lucha. Y yo dije: "Bueno para el Cielo Vamos, no importa como somos", Entonces, eso termino de alejarme totalmente del Señor. Empiezo hablar mal porque el pecado no se quedó en mí, yo empiezo a dañar mi relación con el Señor peor. Y empiezo a decirte a todo el mundo que los demonios no existen, que son invenciones de los curas, que son manipulaciones, bueno. Empiezo,.. Y estudiando con muchos compañeros de La Nacional, empecé a andar con el cuento de que Dios no existía y que éramos producto de una evolución.

¡Y miren, cuando, cuando me veo en ese instante, que susto tan terrible! cuando veo a los demonios, y que me vienen a recoger, y que la paga soy ¡yo!...En ese instante, empiezo a ver como de la pared del quirófano empiezan a brotar muchísimas personas. Aparentemente común y corrientes, pero con una mirada de odio tan grande, una mirada espantosa y yo me doy cuenta en ese instante, que en mis carnes hay una sabiduría especial, y yo me doy cuenta que a todos ellos les debo; que el pecado no fue gratis y que la principal infamia y mentira del demonio fue decir que no existía, y veo como me vienen y me empiezan a rodear y me vienen a recoger. Ya ustedes tienen idea del susto, el terror, esta mente científica e intelectual no me servía de nada. Y rebotaba al piso, rebotaba dentro de mi carne, para que mi carne me recibiera y mi carne no me recibía. En ese susto tan terrible, yo salí corriendo y no sé en qué instante atravesé la pared del quirófano. Yo aspiraba esconderme entre los pasillos del hospital, y no cuando pase la pared del quirófano... "zas" un salto al vacío...

Y entro por una cantidad de túneles que van abajo. Al principio tenían luz y eran luces como panales de abeja. Donde había muchísima gente. Pero voy descendiendo y la luz se va perdiendo y empiezo andar en unos túneles de tinieblas espantosas y cuando llego a las tinieblas esas no tienen comparación, vea, lo más oscuro de lo oscuro terrenal es luz del

mediodía allá. No se puede comparar.

Ellas mismas ocasionan dolor. Horror. Vergüenza y huelen mal. Y yo termino ese descenso por entre todos esos túneles y llego a una parte plana desesperada, esa voluntad de hierro que decía que tenía, es que a mi nada me quedaba grande, no me servía de nada. Porque yo quería subir e igual estaba ahí, y veo como en ese piso se abre una boca grandísima y siento un vacío impresionante en mi cuerpo, un abismo al fondo inenarrable, porque lo más espantoso de ese hueco era que no se sentía ni un poco del amor de Dios, ni una gota de esperanza y ese hueco tiene como unas chupas y me halan y yo grito aterrorizada.

Y yo sabía que si entraba ahí, ya estaba muerta mi alma. Y en ese horror tan grande, cuando estoy entrando, me toman de los pies. Mi cuerpo entro en ese hueco pero mis pies estaban sostenidos de arriba. Fue un momento muy doloroso y terrorífico. ¡Vea! El ateísmo se me quedo en el camino y empecé a gritar: ¡"Almas del purgatorio por favor sáquenme de aquí"! Cuando yo estaba gritando fue un momento de un dolor inmenso porque me doy cuenta que ahí se encuentran millares y millares de personas en ese hueco sobre todo jóvenes y con dolor me doy cuenta que se empiezan a escuchar el rechinar de dientes con unos alaridos y lamentaciones que me estremecían. Muchos años me habían costado para asimilar eso, porque yo me ponía a llorar cada vez que me acordaba del sufrimiento de esas personas, y me doy cuenta que allí estaban todas las personas que en un segundo de desesperación se habían suicidado y estaban en esos tormentos con todas esas cosas que ahí se encontraban, pero lo más terrible de esos tormentos es la ausencia de Dios. No se sentía al Señor.

Y en ese dolor empiezo a gritar "¿quien se equivoco?". Miren yo tan santa. Jamás he robado yo nunca he matado, yo le daba mercados a los pobres, yo sacaba muelas gratis a los que necesitaban.

¿Yo que hago aquí?

Yo iba a misa los domingos, a pesar de que me consideraba atea nunca falte, si en mi vida falte cinco veces a misa fue mucho. Yo era alma que siempre iba a misa. Y yo que hago aquí. Yo soy católica, por favor yo soy católica sáquenme de aquí. Cuando yo estoy gritando que soy católica, veo una lucecita y miren una luz en esas tinieblas es el máximo regalo que puede recibir uno. Veo unas escaleras encima de ese hueco, veo a mi papa, que había fallecido cinco años atrás, casi a ras del hueco, un poquito de luz tenía y cuatro escalones más arriba veo a mi mama, con mucho mas luz y en esa posición como de oración.

Cuando yo los vi. Me dio una alegría tan grande, y empecé a gritar:"

¡Papito, mamita por favor sáquenme de aquí se los suplico, sáquenme de aquí!"

Cuando ellos bajan la vista y mi papa me ve allí si hubieran visto el dolor tan grande que sintieron ellos; uno siente los sentimientos en el sitio, uno mira esa parte y ve ese dolor tan grande, mi papa empezó a llorar y se ponía sus manitas en la cabeza y temblaba:

"¡hija mía, hija mía!"

Y mi mama oraba y me doy cuenta que ellos no me pueden sacar pues el dolor que me daba era de ver que ellos estaban allí compartiendo ese dolor conmigo.

Y empiezo a gritar de nuevo:" ¡por favor, miren, sáquenme de aquí, que soy católica!"

¿Pero quién se equivoco?" ¡Por favor, sáquenme de aquí! Y cuando yo estoy gritando esta segunda vez, se escucha una voz, es una voz dulce, es una voz que cuando la escucho se estremece toda mi alma, y todo se inundo de amor y de paz, y todas esas criaturas salieron despavoridas, porque ellas, no resisten el amor, ni la paz y hay paz para mí, me dice esa voz tan preciosa: "muy bien, y si tu eres católica dime los mandamientos de la ley de Dios".

Y que rajada tan horrible, ¡oyeron?, yo sabía que eran diez pero de ahí en adelante nada,

¡miércoles! qué voy hacer aquí. No, aquí si hago. Mi mamá siempre me hablaba del primer mandamiento del amor. Al fin me sirvió. Al fin ~ sirvió para algo "la carreta" de mi mamá. Aquí me toca "echar esta carreta" de mi mamá. Para ver como salgo de ésta que no se note las demás. Pensaba manejar las cosas como la manejaba acá siempre tenía la excusa perfecta, y siempre me justificaba y me defendía de tal manera que nadie se enterará de lo que no sabía. Y aquí me figuro, aquí empiezo a decir: ..

El primero. Amar a Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como a ti mismo ",

-¡" Muy bien!" Y me dicen:-" ¿ Y tú los has amado" –

Y digo: yo sí, yo sí, yo sí!

Y es cuando me dicen: "No"

Miren. Cuando me dijeron ..No!", ahí sí sentí el corrientoso del rayo, porque yo no me di cuenta en que parte me cayó el rayo, no sentía nada, y me dicen:

" NO! Tú! nos has amado a tu Señor sobre todas las cosas, y muchísimo menos a tu prójimo como a ti misma! tú hiciste un dios que acomodaste a tu vida sólo en momentos de extrema necesidad! Te postrabas ante él, cuando eras pobre, cuando tu familia era humilde, cuando querías ser profesional! ¡Ahí sí todos los días orabas, y te postrabas tiempos enteros, horas enteras suplicando a tu Señor! ¡Orando y pidiéndole para que él te Sacara de esa pobreza y te permitiera ser profesional y ser alguien! Cuándo tenías necesidad, querías dinero, ahí mismo un rosario Señor, Pero mándame la plática! ¡Esa era la relación que tú tenías con el Señor!

Yo veía a mi Señor, de verdad tristemente. Les comento, la relación con Dios era de" cajero automático". Pisaba un rosario y tenía que bajar la plata, esa era mi relación con él. Y me muestran, Tan pronto el Señor me permitió que tuviese profesión. Que empezaba a tener un nombre. Y empezaba a tener dinero ya me quedo chiquitico el Señor, y ya empecé a crearme muchísimo; ni siquiera la mínima expresión de amor con tú Señor. ¿Ser agradecida '? ¡Jamás! ¡Ni siquiera abría los ojos! ¡Señor, gracias por este día que me has dado, gracias por mi salud, por la vida de mis hijos, porque tengo un techo pobrecitos los que no tienen techos, ni comida Señor....! Nada. Desagradecidísima! y fuero de eso, pusiste tan debajo a tu Señor, que creías más en Mercurio y Venus para la suerte, andabas segada a la astrología diciendo que los astros manejaron tu vida. Empezaste andar en todas las doctrinas que te ofrecía el mundo, Empezaste a creer que simplemente morías y volvías a empezar. Y te olvidaste de la'. Gracia!". Que tú habías costado un precio de sangre a tu Señor. Me hacen un examen de los Diez Mandamientos. Me muestran que yo decía que adoraba, que amaba a Dios. Con mis palabras; y adora.. A Satanás. Porque en mi consultorio llegaba una señora a hacer riegos, y yo decía:

"Yo no creo en eso".

Pero échelos por sí las moscas "! Y empezaba echar ella riegos para la buena suerte.

Había puesto allá en un rincón donde no supieran los pacientes una penca de sábila con una herradura que dizque para alejar las malas energías.

Miren todo eso, ¡vergonzoso!, Me hacen un análisis de toda mi vida sobre los diez mandamientos, me muestran con el prójimo quien fui yo, como le decía a Dios que lo amaba cuando todavía no me había alejado de Él; cuando no había empezado andar en el ateísmo yo decía: -¡Dios mío te amo! Pero con esa misma lengua que yo bendecía al Señor, con esa misma lengua le daba garrote a toda la humanidad; criticaba a todo el mundo, a todo el mundo andaba señalando con el dedo, siempre la santa Gloria; y como me mostraba que yo decía que amaba a Dios y era envidiosa y que agradecida; jamás le reconociste todo el esfuerzo y amor y la entrega de ellos, para darte una profesión, para levantarte, y todo eso tan pronto tuviste profesión; hasta ellos te quedaron pequeños. Al punto de llegar a avergonzarte de tu mama, por la humildad y la pobreza de ella.

Y me muestran como esposa, ¿Quién era? Todo el día renegando desde que me levantaba. Mi esposo me decía: “¡ Buenos Días”! ¿Cuáles buenos días?!Mire, está lloviendo, renegando todo el tiempo y con mis hijos; Me muestran que ni siquiera jamás tuve amor y compasión por el prójimo, por mis hermanos de fuera. Y me decía el Señor “nunca pensaste...! Pobrecitos, Señor los enfermos! Dame la gracia de ir allá a acompañarlos en su soledad. Los niños que no tienen mama, los huerfanitos, cuántos niños sufriendo Señor.”.....mi corazón de piedra.....! Total!; en el examen de los diez mandamientos no pase ni medio.

¡Terrible espantoso!, Vivía un verdadero caos. ¿Cómo que yo no había asesinado y había matado a tanta gente?

Por ejemplo yo di muchos mercados a gente necesitada pero daba no por amor, daba por mi imagen, porque como era muy rico que todo mundo me viera la gracia, y como era de rico manipularle la necesidad a la gente.

Y entonces yo decía: “tome le doy este mercado pero me hace el favor va y me remplaza en las reuniones del colegio de mis hijos, porque yo no tengo tiempo de ir a las reuniones personales, de los colegios. Y así a todo el mundo le daba cosas pero les manipulaba; además me encantaba que anduviera un montón de gente detrás de mí diciendo lo buena y lo santa que era. ¡Me creé una imagen!. Y me dicen a mi: “¡Es que tu tenias un dios y ese dios era el dinero!, por el te condenaste!; Por el te hundiste en el abismo, y te alejaste de tu Señor.”...nosotros si habíamos tenido mucho dinero, pero estábamos quebrados, endeudadísimos, se nos había acabado el dinero...; Entonces cuando me dicen dios dinero yo grite; “Pero cual dinero si yo allá en la tierra deje muchas culebras”... y hasta ahí hable.....

Y cuando me hablaban por ejemplo en el segundo mandamiento veía que yo pequeñita tristemente aprendí que para evitar los castigos de mi mama que eran bastante severos las mentiras eran excelentes y empecé a caminar con el padre de la mentira (Satanás), y empecé a volverme mentirosa y a medida que mis pecados Iván creciendo, las mentiras Iván haciéndose más grandes. Me daba cuenta que mi mama respetaba mucho al Señor y para ella el nombre del Señor era santísimo, entonces yo pensé y dije: aquí tengo el arma perfecta y comencé a jurar en vano, le decía: “mami por Cristo lindo te juro.....”, y así evitaba los castigos. Imagínense en mi mentira colocando el Santísimo nombre del Señor en las porquerías, en mi inmundicia porque ya estaba llena de tanta mugre y de tanto pecado.

Y vean hermanos aprendí que las palabras no se las lleva el viento, cuando mi mama se me ponía muy terca le decía: “mama, sabe que, ¡que me parta un rayo si te estoy diciendo mentiras!”; y la palabra se fue en el tiempo, pero miren por misericordia de Dios estoy aquí, porque en realidad el rayo entro y me atravesó prácticamente en dos partes y me quemó.

Me mostraban como yo que me decía católica nunca tuve palabra y siempre anteponía el Santo nombre del Señor.

Me impresiono como el Señor pasaba, y todas las criaturas, todas esas cosas espantosas, se votaban al piso en una adoración impresionante. Vi a la santísima Virgen postrada a los pies del Señor, orando por mí, en una extrema adoración y yo pecadora desde mi inmundicia. Yo tan buena que he sido. Renegando y maldiciendo del Señor.

En Santificar las fiestas fue espantoso y sentí un inmenso dolor; la voz me decía que yo dedicaba cuatro y cinco horas a mi cuerpo y ni siquiera diez minutos diarios de profundo amor al Señor, de agradecimiento o de una oración; eso sí empezaba el rosario a una velocidad y yo decía: “en los comerciales de la novela alcanzo hacer el rosario”. Mostraban

como nunca fui agradecida con el Señor, y también me mostraban lo que yo decía cuando me daba pereza ir a misa: “pero mama, si Dios está en todas partes que necesidad tengo de ir allá. Claro me era muy cómodo decir eso; y la voz me repetía que yo tenía al Señor veinticuatro horas en el día pendiente de mí, y yo no rezaba ni un poquito o un domingo a darle gracias al Señor, mostrarle cuán grande era mi agradecimiento y mi amor por él, y me quedaba grande, pero lo peor del caso, es que esa entrada a la iglesia era el restaurante de mi alma, me dedique a cuidar mi cuerpo, me volví esclava, y se me olvido un pequeño detalle, tenía un alma y jamás cuide de ella, nunca la alimente con la Palabra de Dios porque yo muy cómodamente decía que el que lee la palabra de Dios se volvía loco.

Y en los sacramentos nada yo solamente que como me iba a confesar con esos viejos que eran más malos que yo, porque era muy cómodo para mí entre mi porquería no irme a confesar, el maligno me sacó de la confesión y así fue como me quito la sanación y limpieza de mi alma, porque cada vez que yo cometía pecado no era gratis, Satanás ponía dentro de esa blancura de mi alma su marca, una marca de tinieblas; jamás, solo en mi primera comunión hice una buena confesión, de ahí en adelante nunca más y recibí a mi Señor indignamente. Llego a tal punto la blasfemia, la incoherencia de mi vida que yo llegue a decir: “¿Cuál Santísimo? ¿Qué tal Dios vivo en un pan? Es que esos sacerdotes deberían echarle un poco de arequipe para que supiera a rico”. Hasta ese punto llego la degradación de mi relación con Dios.

Jamás alimente mi alma, y para rematar no hacía sino criticar a los sacerdotes, si hubieran visto como me fue de mal con eso; en mi familia y desde muy pequeños criticábamos a los sacerdotes, empezando por mi papa, decían que esos tipos son unos mujeriegos que tienen más plata que nosotros y nosotros lo repetíamos. Y nuestro Señor me decía: “¿Quién te creías tu para hacerte Dios y juzgar a mis ungidos?”, me decía: “son de carne y por la santidad de un sacerdote la hace la comunidad, que ora, le ama y le apoya y cuando un sacerdote cae en pecado no le preguntan tanto al sacerdote sino a la comunidad. Y el Señor me mostraba que cada vez que yo criticaba a los sacerdotes se me pegaban unos demonios. Fuera de eso cuanto mal hice cuando llame a un sacerdote homosexual y toda la comunidad se entero, no se imaginan cuánto daño hice.

Del cuarto mandamiento: honrar a Padre y Madre, es Señor me mostraba como ya les comente como fui de desagradecida con mis padres, como maldecía y renegaba de ellos y no me podían dar todo lo que mis amigos tenían y como fui una hija que no valoraba lo que tenía llegue al punto de decir que esa no era mi mama porque me parecía muy poquita cosa para mí. Fue espantoso ver el resumen de una mujer sin Dios y como una mujer sin Dios destruye todo lo que se acerca y fuera de eso lo más grande de todo es que yo sentía que era buena y santa. También me mostró el Señor como yo creía que no me rajaba en este mandamiento por el simple hecho de haber pagado los médicos y las medicinas de mis padres cuando ellos se enfermaron, también como yo analizaba todo a través del dinero y como los manipule cuando yo tenía dinero, hasta de ellos me aproveche, el dinero me endiosó y los pisoteé. ¿Saben que me dolió?, ver a mi papa llorando con tristeza a pesar de todo él había sido un buen padre que me había enseñado a ser trabajadora, emprendedora y que debía ser honorable, porque solo el que trabaja puede salir adelante, pero se le olvido un pequeño detalle que yo tenía alma y que él era un evangelizador con su testimonio y como toda mi vida se empezó a hundir a través de todo esto. Veía a mi papa con dolor cuando era mujeriego; él era feliz diciéndole a mi mama y a toda la gente que él era muy macho porque tenía muchas mujeres y que podía con todas; que adema el tomaba y fumaba. Con esos vicios que lo hacían sentir orgulloso, pues él no pensaba que eran vicios sino virtudes. Y empecé a ver como mi mama se cubría las lágrimas cuando mi papa empezaba hablar de otras mujeres. Me empecé a llenar de rabia, de resentimiento y empiezo a ver como el resentimiento me lleva a la muerte espiritual, sentía una rabia

espantosa de ver como mi papa humillaba a mi mama delante de todo el mundo. Y empiezo con la rebeldía y le digo a mi mama; “yo nunca voy hacer como usted, por eso las mujeres no valemos nada por mujeres como usted, sin dignidad, sin orgullo que se dejan pisotear de los hombres.

“Y yo le decía a mi papa cuando ya fui mas grande”: “Jamás, póngale cuidado, papa jamás voy a permitir que un hombre me humille como usted lo hace con mi mama, si un hombre me llega a ser infiel yo me desquito papa”. Mi papa me pego y me dijo: “¿Cómo se le ocurre?” mi papa era muy machista y le dije: así me pegue y me mate si yo me llevo a casar y mi esposo me es infiel yo me desquito para que los hombres entiendan como sufre una mujer cuando un hombre la pisotea”. Y me lleno de todo ese resentimiento y de esa rabia, y cuando ya tuve plata empecé a decirle a mi mama” ¿sabe que mama?”; ¡sepárese de mi papa, y eso que yo adoraba a mi papa, es imposible que usted aguante un tipo así, sea digna, hágase valer mama”. Imagínense! quería divorciar a mis padres. Y mama decía, “no hija, a mi no es que no me duela, a mi si me duele pero me sacrifico porque ustedes son siete hijos y yo no soy sino una, me sacrifico porque finalmente su papa es un buen papa y yo sería incapaz de irme y dejarlos sin papa, además, si yo me separo quien va a orar para que su papa se salve, yo soy la que puedo orar para que su papa encuentre la salvación porque el dolor y el sufrimiento que él me ocasiona yo los uno a los dolores de la cruz y todos los días le digo al Señor, este dolor no es nada unido a tu cruz me permita que se salve mi esposo y mis hijos. Yo no entendía eso. Y saben que, me dio tanta rabia y eso hizo que mi vida cambiara y me volviera una rebelde, y empezara a promulgar en esos mismos deseos de defender a la mujer. Empecé a defender el aborto, la estancia, el divorcio y a defender la ley del “Talion”, el que me la hace me la paga, nunca fui infiel físicamente pero dañe a mucha gente con mis consejos.

Cuando llegamos al quinto mandamiento el Señor me mostraba que yo era una asesina espantosa y que cometí lo pero y lo mas abominable ante los ojos del Señor, el Aborto, miren es que el poder que me dio el dinero me sirvió para financiar varios abortos porque yo decía: “la mujer tiene derecho a escoger cuando quiere quedar embarazada o no”, mire en el libro de la vida y me dolió tanto que cuando vi. A una niña de catorce años abortando, yo le había enseñado, porque saben que cuando uno tiene veneno nada bueno queda, y todo a lo que se acerca se daña.

Unas niñas, tres sobrinas mías y la novia de un sobrino abortaron, las dejaban ir a mi casa porque yo era la de plata, la que las invitaba las que les hablaba de moda, de glamour, y de cómo exhibir su cuerpo, y mi hermana me las mandaba halla, miren como las prostituí, prostituí menores que fue otro pecado espantoso después del aborto, porque yo les decía a esas niñas: “no sean bobitas mijitas es que sus mama les hablan de virginidad y de castidad es porque están pasadas de moda, ellas hablan de una Biblia de hace dos mil años, y los curas no se han querido modernizar, ellas hablan de lo que decía el papa, pero ese papa está pasado de moda.

Imagínense mi veneno y les enseñe a las niñas que ellas tenían que disfrutar de su cuerpo pero que tenían que planificar. Yo les enseñe los métodos de planificación “perfecta mujer”, y esa niña de catorce años, la novia de mi sobrino llega un día a mi consultorio (lo vi. en el libro de la vida), llorando me dice” ¡Gloria, soy un bebe y estoy embarazada”, y yo le dije: “bruta, ¿no le enseñe a planificar?” y entonces me dice: “si, pero no funciona”. Entonces miré y el Señor me ponía allí esa niña para que no se hundiera en el abismo, para que no fuera a abortar, porque es que el aborto es una cadena que pesa tanto, que arrastra y pisotea, es un dolor que nunca se acaba, es el vacío de haber sido un asesino. Es lo peor a un hijo. Y saben que fue lo peor de esa niña, que en lugar de yo hablarle del Señor le di plata para que fuera a abortar en un lugar muy bueno para que después no la fueran a perjudicar. Así como ese patrocine varios abortos, cada vez que la sangre de un bebe se derramaba era como un holocausto a Satanás, es

un holocausto, al Señor le duele y se estremece cada vez que se mata un bebe porque en el libro de la vida, vi como el alma de nosotros tan pronto como se tocan el espermatozoide y el ovulo se forma una chispa hermosa una luz cogida del sol de Papa Dios, el vientre de una madre tan pronto es fecundado se ilumina con el brillo de esa alma y cuando se aborta esa alma grita y gime de dolor así no tenga ojos ni carne, se escucha ese grito cuando lo están asesinando y el cielo se estremece y en el infierno se escucha otro igual pero de júbilo, de inmediato del infierno se abre unos sellos y salen unas larvas para seguir asediando a la humanidad, y seguir haciéndola esclava de la carne y de todas esas cosas que se ven y se verán cada día peor.

Porque ¿cuántos bebes se matan a diario? Y eso es un triunfo para el. Como será que ese precio de sangre inocente ocasiona un demonio mas afuera y me lavan en esa sangre y mi alma blanca se empezó a poner absolutamente oscura. Después de los abortos ya no tuve más convicción de pecado, para mí todo eso estaba bien. Y lo triste también ver como en esos pagares que me tenias el maligno allí me mostraba todos los bebes que yo había matado también, porque saben qué? Yo planificaba con la t de cobre y fue doloroso ver cuántos bebitos habían sido fecundados y se habían estallado esos soles, y el grito de ese bebe desgarrándose da las manos de papa Dios. De razón que vivía amargada y mal geniana, haciendo mala cara, frustrada con todos y con mucha depresión y decía para mí: “Que Mamera “claro, me había vuelto una máquina de matar bebes

Y eso me hundió más en el abismo; como que no había matado? Y qué decir de cada persona que me cayó gorda, que odiaba, que detestaba. ¡Ahí ya era aún asesina! Porque no solo con un disparo se mata a una persona, basta con odiarla con hacerle el mal, con tenerle envidia, con eso ya se le mata y en cuanto al sexto mandamiento de no fornicar yo dije: “no aquí si no me van al levantar ni un amante porque yo toda la vida solamente he tenido un hombre y es mi esposo”. Cuando me muestran que yo cada vez que yo estaba con mis senos descubiertos y mi cuerpo con mis trusas estaba incitando a otros hombres a que me miraran y tuvieran malos pensamientos y los hacía pecar y así fue como entre en adulterio.

Yo les aconsejaba a las mujeres que fueran infieles con sus esposos les decía: no sean bobas desquítense no los perdonen y más bien divórciense, ya con eso estaba cometiendo un abominable adulterio.

Y me di cuenta que los pecados de la carne son espantosos y son condenatorios así el mundo les diga que son chéveres y que sigamos actuando como animales. Triste mente me solté de la mano del señor, porque los pecados están en los pensamientos, en el alma y en la acción.

Fue tan doloroso ver como todo ese pecado, por ejemplo el pecado del adulterio de mi papa daño y desgarró a sus hijos, a mi me volvió una resentida con los hombres y en mis hermanos tres fieles fotocopias de mi papa, felices por ser muy machos, mujeriegos y toma tragos... no se daban cuenta como dañaban a sus hijos. Por eso mi papá lloraba con tanto dolor viendo como su pecado había sido heredado en ellos, en su hija dañándose así toda la obra de Dios.

En el séptimo mandamiento de no robar, yo me consideraba honesta; y el Señor me mostraba que mientras que en mi casa ase desperdiciaba la comida , tanta hambre que padecía todo el mundo y me decía “ yo tenía hambre y mira tú lo que hacías con lo que yo te daba desperdiciabas, yo tenía frío y mira lo que hacías tú esclavizada con las modas y las apariencias, gastándote mucho dinero en una inyección para estar delgada, esclavizada en el cuerpo en pocas palabras hiciste un Dios te tú cuerpo y me mostraba que yo era culpable de la miseria de mi país y que yo si tenía que ver con eso. También me mostraba que cada vez que yo hablaba mal de alguien, le robaba la honra y difícil devolvérsela, que hubiera sido más fácil reparar al robarle un billete a una persona porque le había podido devolverle la plata y no robarle el buen nombre a una persona. Le rogaba a mis hijos la gracia de una mama en la casa, tierna, una mama que les amaba y no la mama en la calle dejando a los niños solos con el papá televisor, la mamá computadora u con los juegos de video y para calmar mi

conciencia le s compraba ropa de marca. Mas me horrorizo cuando vi a mi mamá que se cuestionaba y eso que mi mamá fue una mujer santa que nos corregía y nos amaba, igualmente mi papá y dije “ que será de mi que yo ni siquiera les he dado nada a mis hijos ... Que espanto, que dolor tan grande “.

Me dio una vergüenza porque en el “libro de la vida ve uno todo como en una película y los niños decían “ ahí que se demore mi mamá, que haya un trancon ,porque mi mama es muy cansona y no hace sino renegar; Que tristeza un niño de tres años y una niña más grande diciendo eso , y les robe a su mamá les robe la paz que iba a dar en mi casa y no los deje que conocieran de Dios a través mío y no les enseñe amar al prójimo y es que si no amo a mi prójimo yo no tengo que ver con el señor , si no tengo misericordia no tengo nada con el señor.

Porque Dios es amor... y bueno, les voy hablar un poquito de no levantar falsos testimonios. Ni mentir en eso si que fui experta ¿oyeron? porque Satanás se volvió mi papá es que tú tienes tu papá Dios y a Satanás.

Si Dios es Amor y yo odio ¿quién es mi Papá? no era tan difícil y si Dios me habla del perdón y de amar a los que, me hacen daño y yo decía el que me la hace me la paga y hasta allí llegó conmigo, pues ¿quién era mi papá? y si El es la verdad y Satanás es la mentira ¿quién era mi papá? y no hay mentira ni rosada, ni amarillita ni verdecita todas las mentiras son mentiras, y Satanás es su padre. Tan terrible fueron los pecados de mi lengua. Que yo veía con mi lengua cuanto dado hacía. Cuando yo chismoseaba, cuando yo me burlaba, le colocaba un apodo a alguien, como sentía esa persona. Como le dolía el apodo. Como le podía crear complejo de inferioridad a una persona gordita que le andaba diciendo gorda, como cuanto mal hacia y como la palabra siempre terminaba en una acción. Cuando me hacen el examen de los 10 mandamientos y de la codicia salieron todos mis males ese deseo loco. Yo pensaba que iba a ser feliz teniendo mucho dinero y se me volvió una obsesión tener dinero. Lástima. Cuando tuve mucho dinero, fue el peor momento que vivió mi alma hasta el punto de querer suicidarme. Con tanto dinero y sola vacía. Amargada. Frustrada. Esa codicia de desear tener dinero fue el camino que me llevó de la mano a extraviarme y soltarme de la mano del Señor. Después de ese examen de los 10 Mandamientos, me muestran "El Libro de la Vida", hermoso, yo ya quisiera tener palabras para describirles "El Libro de la Vida", empezó desde la concepción tan pronto se unieron el par de células de mis padres de inmediato, .hubo!:Zas! una chispa. .una explosión hermosa y se formo una alma, el alma mía cogida de la mano de Papá Dios me encontré un Papá Dios tan hermoso. Tan maravilloso 24 horas al día cuidándome buscándome y lo que yo veía que era castigo. no era más que su amor porque él mira no aquí en mi carne, sino miraba mi alma, y miraba como me iba alejando de la salvación, ese "Libro de la Vida", para terminar les voy a dar un ejemplo de cómo es de hermoso el "Libro de la Vida", yo era muy hipócrita ya la gente te decía a alguien ¡huy! oye como estas de linda que vestido tan precioso, como se te ve de lindo., y por dentro decía "Huy "que de pinta tan asquerosa, y todavía se cree la reina. En mis pensamientos. En ese libro se ve igualito lo que yo decía. Con mi lengua con una diferencia se veían mis pensamientos, y se veía el interior de mi alma. Todas mis mentiras quedaron al rojo vivo, vivas, todo mundo se dio cuenta. A mi mamá cuantas veces me le volaba porque mi mamá no me dejaba ir para ningún lado. Mami tengo un trabajo en grupo en la biblioteca y mi mamá creía el cuento. Y arrancaba a ver una película de pornografía, o a un bar a tomar cervezas con mis amigas y mi mamá viendo mi vida, nada se escapó, vea. es tan lindo "El Libro de la Vida" que mis padres me daban bananos en las onces, en la época mía mis padres eran pobres de manera que en mi lonchera era bananos, bocadillos y leche, y yo me comía el banano y botaba la cáscara de los bananos por todos lados, nunca tuve la conciencia de pensar que si yo dejaba una cáscara de banano podía hacerle algo a alguien, ahí quedo la cáscara de banano, pero saben qué fue lo lindo, que el Señor me mostró algunas veces, no siempre quién se cayó con esa cáscara de

banano y que hubiera podido asesinar a esa persona, por mi falta de misericordia y cómo solo una vez, que hice una confesión con dolor y vergüenza bien hecha, que fue cuando una señora me dio 4.500 pesos de más en un supermercado en Bogotá. Y mi papá nos había hablado de ser honorables y nunca tocar un centavo de nadie y yo me doy cuenta en el carro. Cuando ya voy para mi consultorio, "ahí esa vieja bruta" este animal me dio 4.500 pesos de más y ahora me toca devolverme, y miro y hay un trancon y digo "huy" no que me voy a devolver, no quién la manda de ser tan bruta, pero me quedo el dolor. De esa plata. Porque mi papá había fundamentado muy bien la honorabilidad y el domingo me confesé y le dije "hay padre acúseme: que me robe 4.500 pesos porque no se los devolví a una señora". Ni le puse atención a lo que me dijo el padre. Pero saben que el maligno no me pudo acusar de ladrona, pero sí saben que me dijo el Señor, esa falta de caridad tuya cuando no reparaste el pecado, 4.500 pesos para ti no era nada, pero para esa mujer con un sueldo mínimo, era el alimentación de tres días y saben que fue lo más triste que me mostró, como sufrió y aguanto hambre un par de días. Por mi culpa con sus dos chiquitos, porque así muestra el Señor, muestra cuando yo hago algo quién sufrió quién actúa y como actúa. Me pregunta el Señor ¿qué tesoros espirituales traes?.

Tesoros espirituales y mis manos iban vacías, no llevaba nada mis manos iban absolutamente desocupadas, es cuando me dice de que te sirve decir que tenías 2 apartamentos, que tenías casas que tenías consultorios. Que te considerabas una profesional con muchísimo éxito. Te pudiste traer el polvo de un ladrillo aquí. Es cuando me dice ¿Qué hiciste con los talentos que yo te di? ¿Talentos? Tenía una misión. La misión de defender el reino del amor. El reino de Dios. Se me había olvidado que tenía alma, muchísimo menos que tenía talentos. Muchísimo menos que tenía talentos, que yo, era las manos misericordiosas de Dios. Mucho menos que todo el bien que deje de hacer le dolió al Señor. Por qué saben que era lo que siempre me preguntaba el Señor? La falta de amor y caridad en el prójimo siempre me preguntaba por el amor, y es cuando me dice:- "Es que tú muerte espiritual... Estaba viva pero muerta. Si hubieran visto que es "muerte espiritual." como es un alma que odia. Como es un alma espantosamente terrible de amargada y de fastidiosa. Que le hace mal a todo el mundo. Cuando uno está lleno de pecados, y ver mi alma por fuera oliendo muy rico y con buena ropa y mi alma oliendo horrible viviendo en los abismos. Con razón tanta depresión y tanta amargura.

Y me dice: "Es que tu muerte espiritual comenzó cuando a ti te dejaron de doler todos tus hermanos". Era una alerta cuando veías el sufrimiento de tus hermanos: en todas partes. O cuando veías en los medios de comunicación, mataron, secuestraron, desplazaron y tú con la lengua por afuera dices:- "¡Ay!. Pobrecitos!.Que pecadito". Pero no te dolían tus hermanos. En el corazón no sentías nada, toda de piedra, el pecado te lo petrifico.

Cuando se cierra mi Libro, ustedes se imaginan la tristeza tan grande mía. Cuan dolor fuera de eso, por haberme portado así con mi Papá Dios, porque a pesar de todos mis pecados, a pesar de toda mi inmundicia y de toda mi indiferencia y de todos mis sentimientos horribles, el Señor siempre hasta el último instante me buscó, siempre me enviaba instrumentos, personas, me hablaba, me gritaba, me quitaba cosas para buscarme, él me busco hasta el último instante.

¿Saben quién es Papá Dios? "pidiéndonos cacao" a cada uno de nosotros para convertirnos. Yo como le decía:- "Óigame Señor usted me condeno". Claro que no, en mi libre albedrío, escogí quién era mi papá, y no fue mi papá Dios. Escogí a Satanás, ese fue mi papá, y cuando se cerró ese libro, yo veo que en mi mente, estoy de cabeza porque me voy, a un hueco y después de ese hueco se va abrir una puerta. Y allí ya voy, y empecé gritarle a todos los santos, que me salvaran, ustedes no tienen idea la cantidad de santos que llegué a saber yo no tenía idea que sabía tantos santos, era tan mala católica, Que pensaba que igual me salvaba San Isidro el Labrador, que San Francisco de Asís, y cuando se me acabaron todos santos, el mismo silencio. Sentía un vacío, un dolor tan grande. Diciendo: y todo el mundo allá en la

tierra pensando que "tan Santa, " esperando que yo me muera para pedirme un milagrito. Y ¡Miren! ¿Para donde me voy? No, levanto los ojos y me encuentro con los ojos de mi mamá. Y con mucho dolor le grito:- ¡Mami! Qué vergüenza ¡Me condene madre a donde yo voy, no te voy a volver a ver jamás. Y en ese momento a ella le concedieron una gracia muy bella. Estaba inmóvil y le permiten mover sus dos deditos hacia arriba y ella señala allí y saltan de mis ojos dos costras espantosamente dolorosas, esa ceguera espiritual. Salta allí, y veo un momento hermoso. Cuando una paciente me había dicho:- "Mire doctora. Usted es muy materialista y un día lo va a necesitar. Cuando usted esté en eminente peligro, cualquiera que sea, pídale a Jesucristo que la cubra con su sangre que él nunca, nunca la va abandonar. Porque El pagó un precio de su sangre por usted". Y con esa vergüenza tan grande y ese dolor.

Empecé yo a gritar: - Jesucristo. Señor ten compasión de mí !perdóname, Señor dame una segunda oportunidad! Y ese fue el momento más bello, yo no tengo palabras para describir ese momento, El baja y me saca de ese hueco. Cuando El me recoge, todas esas cosas se botaron al piso. Me levanta y me saca en esa parte planita, y me dice con todo ese amor:

- "Vas a volver, vas a tener tú segunda oportunidad (...), pero me dice, pero no por la oración de tu familia. Porque es normal que ellos "oren y clamen por ti, sino por toda la intercesión de todas las personas ajenas a tu carne ya tu sangre que han llorado, han orado y han elevado su corazón con muchísimo amor por ti".

Y empiezo a ver como se prenden un montón de lucecitas que son como llamitas blancas llenas de amor. Y veo a las personas que están orando por mí. Pero había una llama grande, grande que era la que más luz daba. La que más amor daba Yo miraba quién era esa persona que me amaba tanto.

Y me dice el Señor:-"Esa persona que tú ves allí, es una persona que te ama tanto, tanto que ni siquiera te conoce". Y me mostraba, había visto el recorte en la prensa del día anterior porque bajo al pueblo, bien pobre, era un campesino que vivía al pie de la Sierra Nevada de Santa Marta. Bajó el hombre bien pobrecito. Compró una panela y se la envolvieron en una hoja del "Espectador" del día anterior.

Estaba ahí mi fotografía, quemada. Cuando ese hombre ve esa noticia que ni la leyó de corrido se fue para el piso y empieza a llorar con un amor tan grande, y dice:- "Padre. Señor ten compasión de mi hermanita. Señor sálvala, señor mira Señor. Si tú salvas a mi hermanita, yo te prometo que me voy al "Santuario de Buga" y te cumplo una promesa, pero sálvala". Imagínense un hombre pobrecito, no estaba renegando ni maldiciendo porque estaba aguantando hambre, con una capacidad de amor ofrecerse a atravesar todo un país, por alguien, que no conocía. Y me dice el Señor: "Eso es Amor al Prójimo" (...) y cuando me dice esto: vas a volver pero tú no lo vas a repetir 1000 veces. Sino 1000 veces mil. Y hay de aquellos que oyéndote no cambiaron. Porque van a ser juzgados con más severidad.

Como lo vas a ser tú en tu segundo regreso. Los ungidos que son sus sacerdotes o cualquiera de ellos, porqué no hay peor sordo que el que no quiere oír, ni peor ciego que el que no quiere ver. Y esto mis queridos hermanos no es una amenaza, el Señor no necesita amenazarnos, esta es la segunda, oportunidad que ustedes tienen y gracias a Dios.

Que viví lo que yo viví! Porque cuando les habrán "El Libro de la Vida". a cada uno, cuando se mueran cada uno de ustedes, vamos a ver este momento igualito, y vamos a vernos tal cual estamos con la diferencia que vamos a ver nuestros pensamientos, y nuestros sentimientos en la presencia de Dios, y lo más hermoso es que cada quien va a ver el Señor en frente de cada uno de nosotros. Otra vez pidiéndonos caca para que nos convirtamos, para que de verdad empecemos a ser nuevas criaturas con él, sin él no podemos.

Que el Señor los bendiga a todos grandemente. La gloria para Dios. La gloria Para nuestro señor Jesucristo.

Conclusión y suplicas:

No quiero, desconfiar de tu misericordia. Me has guardado para perdonarme (Is., 30, 18), ¿no quieres, perdonarme si me arrepiento?...

Me arrepiento, sí, ¡oh Bondad infinita!, con todo mi corazón, de haberte despreciado. Diré, con Santa Catalina de Génova: Jesús mío, no más pecados, no más pecados. No quiero abusar de tu paciencia.

Y como esta alma mía ha estado tantos años en el mundo sin amarte, dame luces y fuerzas para que te ame en todo el tiempo de vida que me reste.

Condenada estaba ya al infierno; sólo faltaba que se ejecutase la sentencia...

Vos, Dios mío, siempre me buscabas a mí, invitándome al perdón. Más ¿quién me asegurará que ya me perdonaste? ¿Habré de vivir, Jesús mío, con este temor hasta que vengas a juzgarme?... No esperaré, para amarte, a que llegue la hora de mi muerte.

Y recuerda querido lector, que aunque quisiéramos sacarlo de la mente, que aunque en ello no queramos pensar día a día, corremos hacia el encuentro con la muerte y será entonces el momento de ingresar en una dicha eterna o en una eternidad de tormentos sin fin. ¡Recuerda que solo depende de ti!

Capítulo VII: Fátima y la visión del infierno

Presentación:

En Fátima, Nuestra Señora recordó a los hombres sus postrimerías:

El Cielo: "Soy del Cielo (...) Vas al Cielo y Jacinta y Francisco también. Cuando recéis el Rosario, diréis después de cada misterio: ¡Oh Jesús (...) lleva todas las almas al Cielo!"

El purgatorio: "Amelia estará en el purgatorio hasta el fin del mundo".

El infierno: la Santísima Virgen, con un rostro grave, pidió cinco veces a los pastorcitos oraciones y sacrificios por la conversión de los pecadores: "Después de cada misterio, diréis: ¡Oh Jesús, (...) líbranos del fuego del infierno!" Más aún, por la primera vez en la historia de sus apariciones, Nuestra Señora MOSTRÓ EL INFIERNO A LOS TRES NIÑOS.

Esta visión es para nuestra época es una gran gracia; pues en el espíritu del "hombre moderno", la idea de poder ser condenado a un fuego eterno ha desaparecido progresivamente. Incluso se burla de eso. ¿Y cuál fue el instrumento principal de esta terrible anestesia? El silencio de los predicadores.

¿Cuántos gritan: "¡FUEGO!", "¡FUEGO ETERNO!"? San Alfonso, doctor de la Iglesia, decía que se consideraría culpable de un pecado mortal si no hubiese predicado sobre el infierno por lo menos una vez al año. Añadamos, como "instrumento", la generación de los que no transmitieron a sus hijos las convicciones que habían recibido en la misma edad.

"Lo que vieron los pastorcitos..." Miles de almas se levantarán el día del juicio final:

"Ustedes, que lo sabían, ¿por qué no nos avisaron? ¿Por qué nos tranquilizaron? Ustedes, que

sabían en qué estado estábamos, ¿por qué no se preocuparon por nuestra conversión? ¿Por qué, por lo menos, no rezaron por nosotros? La mejor de las Madres ha avisado a sus hijos. De hecho, la evocación de esta visión del infierno ha producido ya muchas veces efectos saludables en las almas, sobre todo con el apoyo de la oración y de la penitencia. Todavía produce y seguirá produciendo estos efectos.

La Santísima Virgen vino expresamente y usó este medio para impedir que otros hijos suyos cayeran en el abismo eterno de fuego y de desesperación.

Hay personas que se extrañan de que Nuestra Señora haya revelado a unos niños un espectáculo tan espantoso y asqueroso. En general, para no decir casi siempre ¡estas personas necesitaban escuchar este relato para empezar a entender después que ellas mismas debían convertirse!

Y comprenden entonces la pedagogía de Nuestra Señora, ejemplo de las madres: Las almas de los pastorcitos no se quedaron traumatizadas, "estresadas", sino llenas de una lucidez sobrenatural, de fervor en la oración y de caridad apostólica por la conversión de los pobres pecadores.

En el mes siguiente, el día 19 de agosto, Nuestra Señora pronunció un pequeño pues" que nos debe hacer pensar: "Rezad, rezad mucho, y haced sacrificios por los pecadores, PUES muchas almas van al infierno POR NO TENER QUIEN SE SACRIFIQUE Y PIDA POR ELLAS". Hay una relación de causa a efecto entre el celo de un cristiano y la salvación de otra alma, o entre la falta de generosidad de un cristiano y la condenación de esta alma.

“No los trastornó tanto el horror de la visión como la tristeza de María y el destino de los condenados al infierno”.

Una enfermedad con llagas repulsivas provoca en el buen médico, no un invencible asco, sino el deseo de hacer todo para curarla.

Del mismo modo, estos santos niños harán todo lo posible para que se salven las almas en peligro de condenarse

- 1) Pidamos a Dios Nuestro Señor, la gracia del arrepentimiento. Nos humillemos ante su presencia.
- 2) Imagínate que estas solo con la Santísima Virgen maría, ella extiende sus manos y ves un agujero en el suelo, lleno de fuego, demonios angélicos y demonios humanos. Oyes sus gritos desgarradores y te descompones el olor a carne podrida y quemada.
- 3) Considera que es verdaderísimo que estas entre el cielo y el infierno, y que la elección que se haga del uno o del otro durara eternamente....

Relato:

Una Visión del Infierno

El viernes 13 de julio de 1917, Nuestra Señora se apareció en Fátima y les habló a los tres pequeños videntes. Nuestra Señora nunca sonrió. ¿Cómo podía sonreír, si en ese día les iba a dar a los niños la visión del Infierno? Ella dijo: "Oren, oren mucho porque muchas almas se van al Infierno".

Nuestra Señora extendió sus manos y de repente los niños vieron un agujero en el suelo. Ese agujero, decía Lucía, era como un mar de fuego en el que se veían almas con forma humana, hombres y mujeres, consumiéndose en el fuego, gritando y llorando desconsoladamente.

Lucía decía que los demonios tenían un aspecto horrible como de animales desconocidos. Los niños estaban tan horrorizados que Lucía gritó. Ella estaba tan atemorizada que pensó que moriría.

María dijo a los niños: "Ustedes han visto el Infierno a donde los pecadores van cuando no se arrepienten".

"Al decir estas palabras, abrió de nuevo las manos como en los dos meses anteriores. El reflejo (de luz que ellas irradiaban) parecía penetrar en la tierra y vimos un como mar de fuego y, sumergidos en ese fuego, a los demonios y las almas como si fueran brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana, que fluctuaban - en el incendio llevadas por las llamas que salían de ellas mismas juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todos los lados - semejante a la caída de pavesas en los grandes incendios - pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios se distinguían por formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa"

Nuestra Señora de Fátima dijo a los Pastorcitos:

–Sacrificaos por los pecadores y decid muchas veces, y especialmente cuando hagáis un sacrificio: “¡Oh, Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en reparación de los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María!”.

Al decir estas últimas palabras abrió de nuevo las manos como los meses anteriores. El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego y sumergidos en este fuego los demonios y las almas como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, de forma humana, que fluctuaban en el incendio llevadas por las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo, cayendo hacia todo los lados, semejante a la caída de pavesas en grandes incendios, pero sin peso ni equilibrio, entre gritos y lamentos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debía ser a la vista de eso que di un “ay” que dicen haber oído.) Los demonios se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros tizones en brasa. Asustados y como pidiendo socorro levantamos la vista a Nuestra Señora, que nos dijo con bondad y tristeza:

–Habéis visto el infierno, donde van las almas de los pobres pecadores. Para salvarlas Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo os digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra terminará pero si no dejan de ofender a Dios en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando viereis una noche alumbrada por una luz desconocida sabed que es la gran señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre, de la persecución de la Iglesia y del Santo Padre. Para impedir eso vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón y la comunión reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis deseos, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones de la Iglesia: los buenos serán martirizados; el Santo Padre tendrá que sufrir mucho; varias naciones serán aniquiladas.

Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal el dogma de la fe se conservará siempre, etc. (Aquí comienza la tercer parte del secreto, escrita por Lucía entre el 22 de diciembre de 1943 y el 9 de enero de 1944.) Esto no lo digáis a nadie. A Francisco sí podéis decíselo.

Cuando recéis el rosario, decid después de cada misterio: “Jesús mío, perdona nuestras culpas, libranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, especialmente las más necesitadas de tu misericordia.”

Conclusión y suplicas:

"La contemplación del Inmaculado Corazón de María y la visión del infierno fueron las causas de la santificación de Jacinta. Ella decía con frecuencia: ¡Oh infierno ¡Oh infierno! ¡Qué pena tengo de las almas que van para el infierno ¡Y las personas que, estando allí vivas, arden como la leña en el fuego! ¡Tanta gente que va al infierno! ¡Tanta gente en el infierno!" Y la pastorcita advertía a los padres: "¡No dejen cometer pecados a sus hijos, que pueden ir a parar al infierno"!

Si eran personas mayores: "Díganles que no hagan eso, que ofenden a Dios Nuestro Señor, ¡y después pueden condenarse"!

¡Oh Misericordiosísimo Jesús! sos mi esperanza. Desesperaría yo del perdón de mis culpas y de alcanzar mi eterna salvación si no te mirara como fuente de gracia y de misericordia, por medio de la cual Dios derramó toda su Sangre para lavar mi alma de tantos pecados como ha cometido.

Te amo, Señor, y quiero amarte siempre. Dame la perseverancia que sin la cual no podre permanecer sin caer nuevamente.

¡Oh María, Madre amorosa, guíame hacia Dios, y haced que yo sea suyo por completo antes que muera!

Capítulo VIII: Santa Teresa de Ávila

Presentación:

Teresa de Jesús (1515-1582), fue una escritora influyente y fundadora de la orden religiosa de las carmelitas descalzas. También llamada Teresa de Ávila. En 1555, después de muchos años de sufrir grave enfermedad y someterse a ejercicios religiosos cada vez más rigurosos, experimentó un profundo despertar en el que vio a Jesús, el infierno, los ángeles y los demonios. En ocasiones sintió agudos dolores que, según sus palabras, estaban provocados por la punta de la lanza que un ángel que le clavaba en el corazón. Disgustada a causa de la indisciplina de las carmelitas decidió emprender la reforma de la orden y se convirtió, con el apoyo del Papa, en una dura oponente para sus inmediatos superiores religiosos.

Además de una mística de extraordinaria con profundidad espiritual, santa Teresa fue una organizadora muy capaz, dotada de sentido común, tacto, inteligencia, coraje y humor.

Canonizada en 1622, fue la primera mujer proclamada doctora de la Iglesia, en 1970. Su festividad se celebra el 15 de octubre.

A continuación nos enfocaremos en una experiencia mística que tuvo esta grande santa, tuvo varias visiones intelectuales sobre el infierno y cómo caían en él las almas en tal cantidad que se equiparaba al número de copos de nieve en una noche de invierno.

- 1) Amado Señor Jesús, te imploro que me ayudes a ser más humilde para poder reconocer todas mis faltas y poder arrepentirme. También la gracia de la conversión y una muerte serena.
- 2) Suplícale que tenga misericordia de todos nosotros y nos de la gracia de la conversión.
- 3) Representate en un lago de fuego, sintiendo que se despedaza la piel y el olor es sofocante. Rodeada de miradas llenas de maldad, que te acompañaran por siempre jamás. Recuerda que como el rico epulón, no tendrás ni una gota de agua para refrescar tu quemada lengua, ni se podrá dormir ni descansar.
- 4) Nos preguntemos, si en este momento nos tocaría morir. ¿Que será de mi por toda la eternidad?

Relato:

Después de mucho tiempo que el Señor me había hecho ya muchas de las mercedes que he dicho y otras muy grandes, estando un día en oración me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno. Entendí que quería el Señor que viese el lugar que los demonios allá me tenían aparejado, y yo merecido por mis pecados. Ello fue en brevísimo espacio, mas aunque yo viviese muchos años, me parece imposible olvidárseme.

Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto. El suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él. Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho.

Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí. Esto que he dicho va mal encarecido.

Esto otro me parece que aun principio de encarecerse como es no le puede haber, ni se puede entender; mas sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es. Los dolores corporales tan incomfortables, que, con haberlos pasado en esta vida gravísimos y, según dicen los médicos, los mayores que se pueden acá pasar (porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras que he tenido, y aun algunos, como he dicho, causados del demonio), no es todo nada en comparación de lo que allí sentí, y ver que habían de ser sin fin y sin jamás cesar.

Esto no es, pues, nada en comparación del agonizar del alma: un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sentible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarecer. Porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma, es poco, porque aun parece que otro os acaba la vida; mas aquí el alma misma es la que se despedaza.

El caso es que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior y aquel desesperamiento, sobre tan gravísimos tormentos y dolores. No veía yo quién me los daba, más sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parece. Y digo que aquel fuego y desesperación interior es lo peor.

Estando en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en éste como agujero hecho en la pared. Porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga. No hay

luz, sino todas tiniebla oscurísimas. Yo no entiendo cómo puede ser esto, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve.

No quiso el Señor entonces viese más de todo el infierno. Después he visto otra visión de cosas espantosas, de algunos vicios el castigo. Cuanto a la vista, muy más espantosos me parecieron, mas como no sentía la pena, no me hicieron tanto temor; que en esta visión quiso el Señor que verdaderamente yo sintiese aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo.

Yo no sé cómo ello fue, más bien entendí ser gran merced y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos de dónde me había librado su misericordia. Porque no es nada oírlo decir, ni haber yo otras veces pensado en diferentes tormentos (aunque pocas, que por temor no se llevaba bien mi alma), ni que los demonios atenazan, ni otros diferentes tormentos que he leído, no es nada con esta pena, porque es otra cosa. En fin como de dibujo a la verdad, y el quemarse acá es muy poco en comparación de este fuego de allá.

Yo quedé tan espantada, y aún lo estoy ahora escribiéndolo, con que ha casi seis años, y es así que me parece el calor natural me falta de temor aquí adonde estoy. Y así no me acuerdo vez que tengo trabajo ni dolores, que no me parece nada todo lo que acá se puede pasar, y así me parece en parte que nos quejamos sin propósito. Y así torno a decir que fue una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, porque me ha aprovechado muy mucho, así para perder el miedo a las tribulaciones y contradicciones de esta vida, como para esforzarme a padecerlas y dar gracias al Señor que me libró, a lo que ahora me parece, de males tan perpetuos y terribles.

Después acá, como digo, todo me parece fácil en comparación de un momento que se haya de sufrir lo que yo en él allí padecí. Espántame cómo habiendo leído muchas veces libros adonde se da algo a entender las penas del infierno, cómo no las temía ni tenía en lo que son. ¿Adónde estaba? ¿Cómo me podía dar cosa descanso de lo que me acarrea ir a tan mal lugar? ¡Seáis bendito, Dios mío, por siempre! Y ¡cómo se ha parecido que me queráis Vos mucho más a mí que yo me quiero! ¡Qué de veces, Señor, me librasteis de cárcel tan tenebrosa, y cómo me tornaba yo a meter en ella contra vuestra voluntad!

De aquí también gané la grandísima pena que me da las muchas almas que se condenan (de estos luteranos en especial, porque eran ya por el bautismo miembros de la Iglesia), y los ímpetus grandes de aprovechar almas, que me parece, cierto, a mí que, por librar una sola de tan gravísimos tormentos, pasaría yo muchas muertes muy de buena gana. Miro que, si vemos acá una persona que bien queremos, en especial con un gran trabajo o dolor, parece que nuestro mismo natural nos convida a compasión y, si es grande, nos aprieta a nosotros. Pues ver a un alma para sin fin en el sumo trabajo de los trabajos, ¿quién lo ha de poder sufrir? No hay corazón que lo lleve sin gran pena. Pues acá con saber que, en fin, se acabará con la vida y que ya tiene término, aun nos mueve a tanta compasión, esto otro que no le tiene no sé cómo podemos sosegar viendo tantas almas como lleva cada día el demonio consigo.

Esto también me hace desear que, en cosa que tanto importa, no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéremos de nuestra parte. No dejemos nada, y plega al Señor sea servido de darnos gracia para ello.

Cuando yo considero que, aunque era tan malísima, traía algún cuidado de servir a Dios y no hacía algunas cosas que veo que, como quien no hace nada, se las tragan en el mundo y, en fin, pasaba grandes enfermedades y con mucha paciencia, que me la daba el Señor; no

era inclinada a murmurar, ni a decir mal de nadie, ni me parece podía querer mal a nadie, ni era codiciosa, ni envidia jamás me acuerdo tener de manera que fuese ofensa grave del Señor, y otras algunas cosas, que, aunque era tan ruin, traía temor de Dios lo más continuo; y veo adonde me tenían ya los demonios aposentada, y es verdad que, según mis culpas, aun me parece merecía más castigo.

Mas, con todo, digo que era terrible tormento, y que es peligrosa cosa contentarnos, ni traer sosiego ni contento el alma que anda cayendo a cada paso en pecado mortal; sino que por amor de Dios nos quitemos de las ocasiones, que el Señor nos ayudará como ha hecho a mí. Plega a Su Majestad que no me deje de su mano para que yo torne a caer, que ya tengo visto adónde he de ir a parar. No lo permita el Señor, por quien Su Majestad es, amén.

Andando yo, después de haber visto esto y otras grandes cosas y secretos que el Señor, por quien es, me quiso mostrar de la gloria que se dará a los buenos y pena a los malos, deseando modo y manera en que pudiese hacer penitencia de tanto mal y merecer algo para ganar tanto bien, deseaba huir de gentes y acabar ya de en todo y apartarme del mundo.

No sosegaba mi espíritu, mas no desasosiego inquieto, sino sabroso. Bien se veía que era de Dios, y que le había dado Su Majestad al alma calor para digerir otros manjares más gruesos de los que comía. Pensaba qué podría hacer por Dios.

Santa Teresa de Jesús nos cuenta en otra ocasión: “Un día murió cierta persona, que había vivido harto mal y por muchos años. Murió sin confesión, mas con todo esto no me parecía a mí que se había de condenar. Estando amortajando el cuerpo, vi muchos demonios tomar aquel cuerpo y parecía que jugaban con él... Cuando echaron el cuerpo en la sepultura, era tanta la multitud de demonios, que estaban dentro para tomarle, que yo estaba fuera de mí de verlo y no era menester poco ánimo para disimularlo. Consideraba qué harían de aquella alma, cuando así se enseñoreaban del triste cuerpo. Ojalá el Señor hiciera ver esto que yo vi a todos los que están en mal estado, que me parece fuera gran cosa para hacerlos vivir bien” (Vida 38,24).

Conclusión y suplicas:

Nuevamente este relato de Santa Teresa, respalda el sueño que tuvo San Don Bosco, del joven q murió en estado de pecado mortal y nos hace reflexionar acerca de la gran importancia del sacramento de la confesión, que Nuestro Señor Jesucristo con su gran misericordia nos dio.

Quiero citar a continuación una ilustrativa charla de un reconocido sacerdote jesuita, Jorge Loring, en EWTN, canal católico fundado por la Madre Angélica.

“Dios es infinitamente misericordioso, pero también es infinitamente justo y porque es infinitamente justo, no puede perdonar al que no se arrepiente. Es condición indispensable para que Dios te perdona, que tú te arrepientas, sería una monstruosidad, perdonar al que no esta arrepentido!!!! Es de sentido común. Supongamos que va un hombre a confesarse y dice que a tenido relaciones sexuales con su novia. Y el sacerdote le dice que tiene que esperar hasta casarse. Entonces el muchacho dice; ah no, no, yo la amo, ¿porque tengo q esperar?

Pues el sacerdote no le puede perdonar, porque necesita que se arrepienta, porque si el dice que va a seguir fornicando, no lo puede perdonar, es de sentido común.

La misericordia de Dios infinita, me perdona todo del todo, pero necesita que yo me arrepienta, para que El me perdone, y si yo no me arrepiento El no me puede perdonar.

Precisamente esta es la razón del infierno eterno, el infierno es eterno es dogma de fe. ¿Porque el infierno es eterno...? porque con la muerte se acaba la posibilidad de pedir perdón, el que no pide perdón antes de la muerte, no pedirá perdón después de la muerte. Porque la posibilidad de pedir perdón esta antes de morir, y el que muere sin pedir perdón va a estar eternamente sin pedir perdón, y Dios eternamente sin perdonar.

¡No porque a Dios le falte misericordia! Porque al pecador le falta la condición indispensable de pedir perdón.

Hay mucha gente que dice, “eso del infierno eterno, es que no me cabe en la cabeza, como Dios infinitamente misericordioso va a tener un infierno eterno”....

¿Es que, porque tu no lo entiendas no es verdad? No seamos ridículos. Hay muchas cosas que son verdad y no las entendemos. Y el que pretenda que solo es verdad lo que él entiende, es un soberbio, que te has creído tu, que solo es verdad lo que tu entiendes, no seamos ridículos.

Es lógico que no entendamos el infierno, con la cabeza de pulga que tenemos. Es como si una hormiga dijera, eso del ajedrez, debe ser un cuento, seguramente es un cuentito, porque a mí no me cabe en la cabeza que haya ajedrez....

Porque la hormiga no entienda que hay ajedrez, deja de haber ajedrez.... Ridículo!!

Es curioso que todas las dificultades que te ponen son acerca del infierno, a mi no recuerdo que jamás me hayan puesto una dificultad acerca del dogma de la Santísima Trinidad. Nunca.

A la gente le da igual que en Dios haya 3 personas o haya 5, no hay problema.

En cambio el conocimiento del infierno hace pupa, porque claro, como sea verdad lo del infierno, alguno lo va a pasar mal. ¿Y cómo me libro yo de la preocupación de mi posible condenación?

Ah eso no es verdad, lo del infierno es un cuento. Y la gente no cree en el infierno, porque de esa forma se libra de la preocupación de su posible condenación.

Ahora bien, quedo claro que Dios perdona al pecador arrepentido.

¿Y cómo perdona Dios? Por medio de la confesión.

Y Dios a hecho el sacramento de la confesión para perdonar pecados.

“ RECIBID EL ESPIRITU SANTO: QUEDAN PERDONADOS LOS PECADOS A AQUELLOS A QUIENES LES PERDONAREIS, Y QUEDAN RETENIDOS A LOS QUE SE LOS RETUVIEREIS." San Juan, capitulo 20, vers. De 21-23

Por eso es absurdo o ridículo, que hay gente que dice: “yo no me confieso, yo para pedir perdón no necesito ir al sacerdote, yo me confieso directamente con Dios”

NO VALE!! NO VALE! El modo que Dios te perdone, no lo eliges tu, lo elige El!!!!!! Y si El para perdonarte a elegido le sacramento de la confesión, que tu no lo aceptes diciendo, “yo pido perdón a mi manera, yo no tengo porque confesarme con un hombre” NO VALE!! Tienes que confesarte como Dios quiere.

Cuando Dios a elegido ese modo es porque es bueno. ¿Es que tú le vas a corregir la plana a Dios? ¿Es que tú sabes que es mejor confesarte a tu modo, que el modo que Dios a elegido?

¡¡¡Eres un soberbio, que te has creído tú!!!

¡Qué bondad la de Dios con el hombre, que le da la confesión para poder obtener el perdón de sus pecados, y así poder conseguir la gloria eterna!

Pero además no pudo hacerlo más fácil, la confesión es lo más fácil. No te hace falta sacar un doctorado, ni saber leer ni escribir. Solo te pide que tengas sinceridad, nada más. Sinceridad. Que digas la verdad, que te arrepientas. Pero si mientes, cometes un sacrilegio, peor que todos los otros pecados.

Yo me invente una parábola, Jesús también hablaba por medio de parábolas.

Supongamos que tengo un auto que no he pagado, una casa que no he pagado, porque hoy vivimos del crédito, de las trampas. En un cartel de anuncio dice que un banco, el día tal, de tal hora a tal hora, pagara la deuda de todos los que le soliciten.

¡La que se arma, todos a la ventanilla!

-Usted cuanto debe:

-\$3000.-

- Tranquilo el banco paga.

- Usted cuanto debe:

-\$56.000.-

- Tranquilo el banco paga.

Se corre el rumor por la ciudad. ¡¡¡todos a la cola!!!! Ah, pero llega el soberbio. Ah no, porque le voy a decir mis deudas al banco, mis deudas son para mí.

Idiota. ¡Di tus deudas al banco que el banco paga!

Esto es la confesión. 1 pecado, limpio. 10 pecados, limpio. 3000 pecados, limpio.

Demos gracias a Dios, que nos dio tan gran beneficio, y que lo puso tan fácil, con su infinita misericordia, que nos ha dado un modo de otorgarnos el perdón, tan fácil como es la sagrada confesión.

Capítulo IX: El infierno. Si lo hay que es y el modo de evitarlo. Monseñor L.G. de segur.

Presentación:

Monseñor de Segur, nacido el 15 de abril de 1820, en París y murió el 9 de junio de 1881. Abandonó muy joven el servicio diplomático y la pintura, para entrar en el seminario y prepararse para el sacerdocio. Desde entonces se dedicó a evangelizar a los pobres, prisioneros y público muchos libros con gran éxito de venta.

Voy a citar a continuación un relato de este libro muy interesante. De corazón deseo querido lector, que tome conciencia de la infinita misericordia de Nuestro Señor, y como nos da tantas posibilidades para que este hijo prodigo regrese de una vez por todas a los brazos amorosos de su Padre Dios. Dios es bueno, es amor, es muy paciente, doy fe de eso. Pero no abusemos de su infinito amor, seamos inteligentes, y elijamos al que nunca nos va a fallar y que entregó hasta la última gota de su sangre por nosotros. El ya sabía que le íbamos a pagar odio, por amor, ingratitud y blasfemias, y a pesar de esto siguió fiel a su palabra «*No quiero la muerte del malvado, sino que cambie de conducta y viva*» (cf. Ez 33, 11).

- 1) Pidamos a Dios Nuestro Señor, la gracia de la humildad a través de la cual, se logra el arrepentimiento y que todas nuestras acciones estén ordenadas a su servicio.
- 2) anota tus faltas y haz una confesión general de toda tu vida...Piensa que esa cuenta sirve para que se te abran las puertas del cielo, y hazla como si estuvieras a punto de darla ante Jesucristo, juez. Arroja de tu corazón todo afecto al mal, y todo rencor u odio.

El joven oficial

Retalo:

“Era el año 1837, dos jóvenes recién salidos del liceo militar, habiendo entrado a la Iglesia de la Asunción, miraban los cuadros. Cerca de un confesionario, vio uno de ellos, a un sacerdote que oraba frente al Santísimo Sacramento.

-Mira a ese cura “decía su camarada” parece que está esperando a alguien.

-Tal vez a ti “responde el otro riendo”

-A mí, para que. ¿Para confesarme? Pues bien que quieres apostar, voy a hacerlo.

-¿Tu ir a confesarte? Vamos....

Echaronse a reír encogiéndose de hombros.

-¿Quieres apostar? “Respondió el joven oficial” apostemos una buena comida y una botella de champagne.

- Va la comida y la botella. Te desafío que no eres capaz de meterte en la caja.

El joven fue al confesionario y hecha sobre su camarada una mirada de triunfo y se arrodilla como para confesarse. El compañero se sienta para ver lo que iba a pasar. Aguarda 5 minutos, 10, 20. ¿Que es lo que está haciendo? se preguntaba con curiosidad algún tanto impaciente.

Que puede decir durante tanto tiempo.

Por fin abrece el confesionario y sale el oficial colorado como un gallo, acomodándose el bigote con aire aturdido, y haciéndole señas que lo siguiese para salir de la Iglesia.

-Sabes que has permanecido más de 30 minutos con el cura. A fe mía he creído en un momento que te confesabas de verdad. Has ganado la apuesta, ¿quieres que sea esta tarde la comida?

-No” respondió con mal humor el otro” hoy no, veremos otro día.

Y estrechando la mano de su compañero se alejó bruscamente. Que habrá pasado entre el subteniente y el confesor. Helo aquí.

Apenas el confesor había abierto la ventanilla del confesionario, cuando por el alemán del joven comprendió, que se trataba de una broma. Este había llevado su imprudencia, hasta decir que la religión, la confesión, me burlo de ellas .El sacerdote era un hombre de corazón.

-Mirad querido caballero” lo interrumpe con dulzura” veo que lo que haces no está muy bien. Dejemos a un lado la confesión y charlemos un poco. Yo aprecio mucho a los militares y por otra parte me parecéis un joven bueno y amable. ¿Cual es vuestro grado?

El oficial comenzó a comprender que había hecho una tontería.

-No soy más que subteniente. Acabo de salir del colegio militar.

-¿Subteniente y continuareis muchos años de subteniente?

-No lo sé, 2, 3 o 5 años tal vez.

-¿Y después?

-Pasare a teniente.

-ummm... ¿y después?

-Después seré capitán. Se continúa siendo capitán muy largo tiempo, más tarde se asciende a comandante, y luego a teniente coronel, y a coronel.

-Y después de esto. “replico el sacerdote”

-Bueno después seguiré ascendiendo hasta llegar a tener el bastón militar. Pero no tengo tantas aspiraciones padre.

-Helo aquí, algún día casado, capitán y quién sabe si mariscal. ¿Y después caballero?

-Como después...no sé qué va a suceder después.

-Sabéis lo que va a ocurrir después “dice el sacerdote” pues bien yo sé, y voy a deciros. Después caballero moriréis. Después de vuestra muerte compareceréis delante de Dios y seréis juzgado. Y si continuáis haciendo lo que habéis hecho, seréis condenado. Hiráis al fuego eterno del infierno, he aquí lo que te pasara después.

Y el joven atolondrado disgustado por ese final, quiso levantarse.

-Un instante caballero. Tengo que deciros unas palabras. Sois hombre de honor y yo también lo soy, acabas de faltarme grandemente al honor, me debéis una reparación. La pido y exijo en el nombre del honor, vas a darme la palabra que durante ocho días a la noche antes de acostaros os arrodillareis y diréis en voz alta (un día moriré pero me rio, después de mi muerte seré juzgado pero me rio, después de juzgado seré condenado, pero me rio, iré al fuego eterno del infierno pero me rio). Nada más que esto. ¿Vas a darme tu palabra de honor que durante ocho días lo vas a hacer?

Cada vez más fatigado y queriendo salir de aquel mal paso, el subteniente lo había prometido todo y el sacerdote lo despidió con dulzura.

El joven oficial por la noche vacilo un poco pero había empeñado su palabra y repetía, moriré, seré juzgado, y tal vez me vaya al infierno...Pero no tubo valor para añadir... pero me rio.

Pasaron así algunos días, su penitencia le venía sin cesar a su memoria, parecía que resonaba en sus oídos. No había transcurrido la semana cuando volvía, pero esta vez solo sin el

amigote, a la Iglesia. Se confeso de verdad y salió del confesionario con el rostro bañado en lagrimas, con una gran alegría en el corazón. Se me ha asegurado después que ha sido un digno y fervoroso cristiano.

Conclusión y suplicas:

Querido amigo, el pensamiento serio del infierno había obrado con la gracia de Dios, la transformación. Pues bien, lo que ha hecho en el espíritu de este joven oficial, porque no habría de hacerlo en el tuyo. Es menester pues reflexionarlo bien de una vez, es esta nuestra cuestión personal y profundamente temible, debes confesarlo, se presenta delante de cada uno de nosotros y de buen o mal grado y exige una solución positiva.

Oh pobre de mí, cuantas veces hicimos una confesión sacrílega, por no estar verdaderamente arrepentidos, o por callar pecados mortales. ¡Oh pobres pecadores, que se burlan de tan gran beneficio ¿Cómo se encontrarán en el día del juicio, con este Jesús a quien ahora están torturando tanto? Mientras lo azotaban, su Sangre fluyó sobre el suelo y en algunos puntos la carne empezó a separarse. Y en la espalda había algunos de sus huesos descarnados... Así sufrió Jesús, sin maldecir a nadie. ¿Que más tiene q hacer por nosotros para demostrarnos que nos ama?

Tengamos siempre presente, las palabras de este príncipe de los apóstoles, San Pablo: *“Trabajad con temblor y temor por vuestra salvación”* (Fil, 2,12).

Libradme Salvador mío de esa gran desdicha de apartarme de vos y haced de mi los que os agrade, merecedor soy de todo castigo y gustoso lo acepto con tal que no me privéis de vuestro amor.

Oh María Santísima, amparo y refugio mío, cuantas veces me he condenado yo mismo al infierno, y vos me habéis librado de él, libradme desde ahora de todo pecado, causa única que me puede arrebatar la gracia de Dios y arrojarme al infierno.

Capítulo X: San Bruno y el Difunto que Habla

Presentación:

Vamos a examinar bien dos cosas:

- 1) Si existe verdaderamente un infierno y que es el infierno. A pelo aquí a tu buena fe y a tu lealtad.

Lo que los pueblos han creído siempre, constituye lo que se llama una verdad de sentido común, que si os parece mejor de sentimiento común universal. Quien quiera rehusarse a admitir una de estas verdades universales, no tendría como se dice, sentido común.

En el libro de Job, dice que los impíos que rebosan de bienes y dicen a Dios, no tenemos necesidad de vos, no queremos vuestra ley, a que fin serviros y rogaros. Esos impíos caen de repente en el infierno. Job llama al infierno, la región de las tinieblas, la región sumergida en las sombras de la muerte, la región de las desdichas y de las tinieblas, en las que no existe orden alguno y la sombra de la muerte, donde reina el horror eterno.

He aquí testimonios más que respetables y que se remontan a los más apartados orígenes históricos. Mil años antes de la era cristiana, cuando no se trababa aun historia griega ni romana, David y Salomón hablan con frecuencia del infierno como de una gran verdad. De tal modo conocida y admirada por todos, que no hay necesidad de demostrarla.

Este terrible dogma forma parte del tesoro de las grandes verdades universales, que constituye la luz de la verdad. Luego no es posible que un hombre sensato la ponga en duda, diciendo la locura de una orgullosa ignorancia, no hay infierno, luego sí lo hay. El infierno no ha sido inventado ni pudo serlo.

No amigos, nunca nadie ha inventado el infierno, no ha sido y nunca podrá serlo. La eternidad de las penas del infierno, es un dogma que la razón no puede comprender, puede comprender el hombre. No el hombre no ha inventado el infierno, ni lo habría podido inventar. El dogma del infierno se remonta hasta el mismísimo Dios, forma parte de la formación primitiva que es la base de la religión y de la vida moral del género humano.

En primer lugar debemos decir que el infierno es para castigar a los réprobos, no para dejarlos volver al mundo, a los que haya van, haya se quedan, porque siempre aparece la pregunta, si es que hay verdaderamente un infierno, como es que nadie ha vuelto de él. Decís que de allá no vuelven, esto es verdad en el orden habitual de la providencia. ¿Pero es cierto que no hay vuelto nadie del infierno, estáis seguro de que Dios en un acto de misericordia y de justicia no haya permitido a un condenado aparecerse en el mundo? En la Sagrada escritura y en la historia se leen pruebas de lo contrario.

Y por supersticiosa que sea la creencia casi general, en lo que se llama los aparecidos, sería inexplicable si no arrancase de un fondo de verdad. Permitidme ahora que me refiera algunos hechos, cuya autenticidad parece evidente y que prueban la existencia del infierno, por el intachable testimonio de los mismos que están en aquel lugar.

1) Jesús, te suplico e imploro Tu misericordia para los pobres pecadores y te pido luz y la gracia de la conversión. No permitas que se pierdan almas redimidas con tan Preciosa, Santísima Sangre Tuya.

2) Reconozcamos que somos tan malos cristianos que diferimos hasta la hora de la muerte el arreglo de la conciencia. «Cuando se echare encima la destrucción como una tempestad..., entonces me llamarán, y no iré...; comerán los frutos de su camino» (*Pr.*, 1, 27, 28 y 31).

3) Roguemos que nos asistan, los sacramentos de la Confesión, Comunión y Extremaunción en la hora de la muerte.

Relato:

En la vida de San Bruno, fundador de los cartujos, se encuentra un hecho estudiado muy a fondo, por los doctísimos bolandistas, y que presenta ala critica más formal, todos los caracteres históricos, de la autenticidad.

Un hecho acontecido en Paris, en pleno día, en presencia de muchos miles de testigos, cuyos detalles han sido recogidos por sus contemporáneos y que ha dado origen a una gran orden religiosa.

Acababa de fallecer un célebre doctor de la universidad de Paris, llamado Reimond Diocre, dejando universal admiración entre todos sus alumnos, corría el año 1082, uno de los más sabios doctores de esos tiempos conocido por todo Europa por su ciencia, su talento y sus virtudes, llamado Bruno, hallábase en Paris con cuatro compañeros, y se hizo un deber asistir a las exequias del ilustre difunto. El cuerpo se había depositado en la gran sala de la cancillería cerca de la Iglesia de Nuestra Señora y una inmensa multitud rodeaba respetuosamente la cama, en la que costumbre de aquella época estaba cubierto el difunto con un simple velo.

En el momento en que se leía una de las lecciones del oficio de difuntos, que dice así, “respóndeme cuan grandes y numerosas son tus iniquidades” la cuarta lectura de maitines de la misa de difuntos. Sale de debajo del fúnebre velo, una voz sepulcral y todos los concurrentes, escuchan claramente estas palabras.

-“Por justo juicio de Dios he sido acusado”.

Acuden inmediatamente, levantan el paño mortuorio, y el pobre difunto estaba allí inmóvil, helado, completamente muerto. Continuase la ceremonia por un momento interrumpida, hallándose aterrizados y llenos de temor todos los concurrentes, se vuelve a comenzar el oficio, y se llega de nuevo a la referida lección, “respóndeme” y a plena vista de todos, el muerto se levanta y con robusta y acentuada voz dice:

-“Por justo juicio de Dios he sido juzgado”. Y vuelve a caer.

El terror del auditorio llega hacia su colmo, dos médicos justifican nuevamente su muerte. El cadáver sigue rígido, frío, no se tuvo ya valor para continuar y se aplazo el oficio, hasta el día siguiente. Las autoridades eclesiásticas no sabían que resolver, unos decían, “es un condenado es indigno de las oraciones de la Iglesia”, otros decían “no, todo esto en duda es espantoso, pero en fin, no seremos todos acusados, primero y después juzgados por justo juicio de Dios como dijo el muerto”. El obispo fue de este parecer. Y al día siguiente, a la misma hora volvía a comenzar la fúnebre ceremonia hallándose presente como en la víspera Bruno y sus compañeros. Toda la universidad, todo París, había acudido a la Iglesia de nuestra Señora, vuelve pues a comenzar el oficio, a la misma lección respóndeme.

El cuerpo del doctor Raimond se levanta de su asiento y con un acento indescriptible que hiela de espanto a todos los concurrentes exclama: “por justo juicio de Dios, he sido condenado” y volvió a caer inmóvil.

Esta vez no quedaba duda alguna, el terrible prodigio justificado hasta la evidencia no admitía replica, por orden obispo y previa sesión, se despojo al cadáver de las insignias de sus dignidades y fue llevado al sitio donde se vacían el estiércol o la basura.

Al salir de la gran sala de la cancillería, Bruno, San Bruno, que contaría entonces con cuarenta y cinco años de edad, se decidió irrevocablemente a dejar el mundo. Y se fue con sus compañeros a buscar en las soledades de la gran cartuja, un retiro donde pudiese asegurar su salvación, y preparase así despacio para los justos juicios de Dios.

Conclusión y suplicas:

Verdaderamente he aquí un condenado que volvió del infierno, no para salir de él, sino para dar de él un irrecusable testimonio.

¡Oh Dios mío! Si yo hubiera muerto en aquella ocasión, ¿dónde estaría ahora? Te doy gracias por haberme esperado y por todo ese tiempo en que debiera haberme hallado en el infierno, desde aquel instante en que te ofendí.

Dame luz y conocimiento del gran mal que hice al perder voluntariamente tu gracia... Perdóname, Jesús mío, que yo me arrepiento de todo corazón y sobre todos los males de haber menospreciado tu bondad infinita.

Espero que me hayas perdonado... Ayúdame, Salvador mío, para que no vuelva a perderte jamás... ¡Ah Señor! Si volviese a ofenderte después de haber recibido de Vos tantas luces y gracias, ¿no sería digno de un infierno sólo creado para mí?... ¡No lo permitas, por los merecimientos de la Sangre que por mí derramaste!

Dame la santa perseverancia; dame tu amor... Te amo, y no quiero dejar de amarte jamás. Ten, Dios mío, misericordia de mí, por el amor de Jesucristo tu amado hijo.

Capítulo XI: Un joven condenado por callar un pecado mortal en la confesión

Presentación:

Vamos a ver otro caso, el sabio Obispo de Florencia San Antonino, refiere en sus escritos un hecho no menos terrible que hacia la mitad del siglo XV había aterrorizado a todo el norte de Italia. La historia nos sitúa con un joven de buena familia que a los diecisiete años había tenido la desgracia de callar en la confesión un pecado mortal y de comulgar en este estado.

En lo personal este relato me impacto muy profundamente y me cuestiono mis confesiones anteriores.

Particularmente, me resulta traumante confesarme, porque me da muchísima vergüenza revelar mis miserias. Una vez por mes me confieso, y ahora lo hago más seguido, pero la duda que se desato en mi alma, fue si realmente me confesé bien...

Hace más de 10 años me convertí al Señor e hice una confesión total, pero no detalle específicamente todos los pecados, recuerdo que estuve 2 días examinándome y llorando mis miserias para ir a confesarme, y para mi sorpresa, cuando fui a la Iglesia, el sacerdote estaba en la vereda esperándome, y me dijo la causa de mi rebeldía...

Quede anonadada y luego de estar más de 40 minutos, recibí la tan preciosa absolución de mis pecados.

Apenas termine de confesarme, el enemigo me torturo durante años, diciéndome que no me confesé del todo bien, pero en mi corazón sabía que estaba arrepentida y si los confesé.

Cuando escuche este breve relato, sabía que debía comentarle a mi director espiritual, la gran duda que se desato en mi alma, porque el enemigo quiere que no revelemos nada a nuestro confesor.

Este sacerdote muy querido por mí y mi familia, de los más santos que conocí, uno de los pocos que usan sotana y conservan la tradición Católica de la Fraternidad San Pio X. Me comento que ese testimonio en Europa de donde es el, había provocado muchísimas conversiones y me recomendó que haga nuevamente una confesión general.

Al día siguiente fui a confesarme y le comente esta inquietud que me desvelaba, y Nuestro amado Señor Jesús, tuvo misericordia de mí y me perdono.

Espero con todo el corazón, que este relato, provoque en ustedes, una gran voluntad de confesarlo todo y agradecer a la Divina majestad la oportunidad de poder hacerlo.

- 1) Supliquemos a Nuestro Señor Jesucristo, mucha humildad y sinceridad para hacer una buena confesión.
- 2) anota tus faltas y haz una confesión general de toda tu vida...Piensa que esa cuenta sirve para que se te abran las puertas del cielo, y hazla como si estuvieras a punto de darla ante Jesucristo, juez. Arroja de tu corazón todo afecto al mal, y todo rencor u odio.
- 3) Prométele permanecerle fiel para siempre, y antes morir que cometer un pecado mortal.

Relato:

Este joven, se avergonzaba del pecado que había cometido y no lo confeso, había diferido de semana en semana, de mes en mes la confesión de sus sacrilegios continuando sus confesiones y comuniones, por un mísero respeto humano.

Atormentado por los remordimientos procuraba acallarlos, haciendo grandes penitencias. De suerte que era tenido por todos por un gran santo, no pudiendo sufrir as entro a un monasterio, “aquí al menos” decíase para sí mismo “lo diré todo y expiare seriamente mis vergonzosos pecados”.

Para su desgracia fue acogido como un santo, por los superiores, que conocían su reputación y aumentose aun más son esto su vergüenza. Aplazo para más adelante sus confesiones, redoblo sus penitencias y pasaronse en este deplorable estado uno, dos y tres años.

No se animo nunca a revelar, el horrible y vergonzoso peso que lo agobiaba. Al fin parecía que una mortal enfermedad le facilitaba el medio para hacerlo, decía para sus adentros, “ahora voy hacer antes de morir una confesión general”.

Pero sobreponiéndose siempre el amor propio a su arrepentimiento, enredo de tal modo la confesión de su culpa que el confesor no pudo comprender nada. Tenía el vago deseo de abordar de nuevo el asunto al día siguiente pero, le sobrevino un exceso de delirio y este hombre murió.

En la comunidad se ignoraba la horrible realidad, diciendo “si este no está en el cielo, quien de nosotros podrá ir”

Le conocían sus penitencias, tan terribles y austeras y se hacían tocar con sus manos, cruces, rosarios y medallas. El cuerpo fue trasladado con una especie de veneración a la isla del monasterio y quedo expuesto en el coro de la Iglesia hasta el día siguiente en que habría que celebrarse los funerales.

Algunos mementos fijados antes de la ceremonia, uno de los hermanos enviado a tocar la campana, vio de repente delante de sí y cerca del altar al difunto, rodeado de cadenas que parecían enrojecidas en el fuego, y apareciendo en toda su persona algo como incandescente. Espantado el pobre hermano, había caído de rodillas y fijos los ojos en esta terrible aparición. El condenado dijole entonces: “No roguéis por mí, pues estoy en el infierno para toda la eternidad”

Entonces el condenado conto, la lamentable verdad de su funesta vergüenza y de sus sacrilegios posteriores.

Después de lo cual desapareció, dejando en la Iglesia un olor hediondo que se esparció por todo el monasterio, como para atestiguar la verdad, de lo que el hermano acababa de ver y oír. Advertidos luego los superiores, hicieron quitar el cadáver considerándolo indigno de darle sepultura eclesiástica.

Conclusión y suplicas:

¡Cuánto te agradezco, Señor, las luces que me comunicaste!... Ahora siento grandísimo dolor de haberte ofendido, vivo deseo de estar en tu gracia, y profundo aborrecimiento de aquellos malditos placeres que me hicieron perder tu amistad.

Y tú, Señor, a pesar de mis muchos pecados, no me abandonaste y deseas mi salvación, me entrego totalmente a Vos, me duelen de todo corazón mis muchos pecados, y propongo querer perder la vida que tu gracia...

Y recuerda querido lector, que para cada uno de nosotros Dios ha dispuesto un año en ese año, un mes, en ese mes, un día y en ese día una hora y un minuto donde nos llamara a través de la hermana muerte para juzgarnos, sin misericordia. Que será de tu alma en aquella hora, habrá para ti una eternidad de dichas, inconmensurable cielo para toda la eternidad o la amargura de las llamas que eternamente te abrazaran en el infierno.

Recuerda que solo depende de ti.

Capítulo XII: Catalina en el infierno

Presentación:

San Francisco di Girolamo, nació el 17 de Diciembre de 1642 en Italia y murió el 11 de Mayo de 1716 en Nápoles. Fue beatificado el 2 de Mayo de 1758 por Benedicto XIV y canonizado el 26 de Mayo de 1839 por Gregorio XVI.

Este elocuente misionero jesuita, al que llamaban "el apóstol de Nápoles", se distinguió por su ilimitado celo en favor de la conversión de los pecadores y por su amor a los pobres, los enfermos y los oprimidos. Se dice que convertía por lo menos a unos 400 pecadores al año. El Santo visitaba las prisiones, los hospitales y no vacilaba en seguir a los pecadores hasta los antros del vicio, donde algunas veces fue brutalmente maltratado.

Este relato trata sobre una mujer de mala vida, que se condenó al infierno sólo desde la decisión libre que tenemos cada uno. «Por eso, la «condenación» no se ha de atribuir a la iniciativa de Dios, dado que en su amor misericordioso él no puede querer sino la salvación de todo hombre por el cual dio su vida misma para salvarlo. En realidad, es la criatura la que se cierra a su amor. La «condenación» consiste precisamente en que el hombre se aleja definitivamente de Dios, por elección libre y confirmada con la muerte, que sella para siempre esa opción. La sentencia de Dios ratifica ese estado».

No debemos de promover una psicosis respecto a este tema. La certeza de que existe un infierno, de que es posible terminar la vida con un «no» a Dios, debe convertirse en una advertencia y en una invitación a nuestra libertad: si vivimos según Cristo, si acogemos a Dios, evitaremos esa terrible desgracia.

Relato:

Catalina

También cuenta la historia que San Francisco de Girolamo, célebre misionero de la compañía de Jesús, a principios del siglo XVIII, había estado a cargo de dirigir las misiones en el reino

de Nápoles. Un día en el que predicaba en la plaza de dicha ciudad, algunas mujeres de mala vida que había reunido una de ellas llamada Catalina, se esforzaba por interrumpir el sermón de San Francisco de Girolamo, con sus cantos y sus ruidosas exclamaciones para obligar al cura a retirarse.

Pero este continuó su discurso sin dar a conocer que advirtiese sus insolencias, algún tiempo después volvió a predicar en la misma plaza, viendo cerrada la puerta de la habitación de Catalina y un profundo silencio, toda la casa, casa de mala vida, que ordinariamente estaba muy alborotada.

El santo dijo, “¿Qué le ha sucedido a esa mujer?”.

“No lo sabe usted, la desdichada murió ayer, sin poder pronunciar palabra”.

“¿Cómo?” replica el santo.

“Catalina ha muerto, a fallecido repentinamente, entremos y veamos”.

Abre la puerta sube la escalera, seguido por una multitud, en la sala que estaba tendido en tierra, el cadáver encima de un paño con cuatro cirios según la costumbre del pueblo Napolitano. Mírale un tiempo con espanto y después le dice con voz solemne.

“Catalina donde estas ahora”

El cadáver permanecía mudo. Entonces el santo repitió.

“Catalina donde estas ahora, te mando me digas donde estas”

Entonces con gran pasmo de todo el mundo, abrieronse los ojos del cadáver, sus labios se agitaron convulsivamente, y con voz cavernosa y profunda responde.

“En el infierno, estoy en el infierno”.

A estas palabras los asistentes huyen aterrorizados, y baja con ellos el santo repitiendo.

“En el infierno, ¡oh Dios! En el infierno lo habéis oído, en el infierno”

La impresión de este prodigio fue tan viva, que un buen número de los que la presenciaron, no se atrevieron haber vuelto a sus casas sin haberse confesado antes.

Conclusión y suplicas:

Recordemos en aquel hermoso pasaje del libro de la Sabiduría, en que tan admirablemente pinta la desesperación de los condenados añade, he aquí lo que dicen en el infierno, aquellos que han pecado pues la esperanza del impío se desvanece como el humo que el viento se lleva.

En otro de los libros llamado Eclesiástico Salomón dice también, la multitud de los pecadores es como un manojito de estopas y su último fin es la llama de fuego, tales son los infiernos, las tinieblas y las penas.

Jesús, Verdad Eterna, Te suplico e imploro Tu misericordia para los pobres pecadores. Oh Sacratísimo Corazón, Fuente de Misericordia de donde brotan rayos de gracias inconcebibles sobre toda la raza humana. Te pido luz para los pobres pecadores. Cuando agonizabas en la cruz, no pensaste en Tí, sino en los pobres pecadores y rogabas al Padre por ellos. Quiero que también mis últimos momentos sean completamente semejantes a los tuyos en la cruz. Hay un solo precio con el cual se compran las almas, y éste es el sufrimiento unido a Tu sufrimiento en la cruz.

Capítulo XIII: El General B

Presentación:

Los mismos protestantes que lo han destruido todo, con su loca doctrina de su libre examen, no se han atrevido a negar el infierno, cosa extraña e inexplicable, en medio de tantas ruinas, Lutero, Calvino y demás, han tenido que dejar en pie esta espantosa verdad, que sin embargo habría de serles tan inoportuna.

Tres hechos del mismo género más auténticos los unos de los otros y ocurrido en este siglo dice Monseñor de Segur, han llegado a mi conocimiento. El primero ha pasado casi en mi familia, era en Rusia Moscú, poco antes de la horrorosa campaña de 1812, mi abuelo materno el Conde, de Rotoschine gobernador militar de Moscú, estaba íntimamente relacionado con el general Conde Orloff célebre por sus reconocimientos, pero tan impío como valiente. Jesús, te suplico e imploro Tu misericordia para los pobres pecadores y te pido luz y la gracia de la conversión. No permitas que se pierdan almas redimidas con tan Preciosa, Santísima Sangre Tuya.

1) Jesús, te suplico e imploro Tu misericordia para los pobres pecadores y te pido luz y la gracia de la conversión. No permitas que se pierdan almas redimidas con tan Preciosa, Santísima Sangre Tuya.

2) Nos preguntemos, si en este momento nos tocaría morir. ¿Qué será de mí por toda la eternidad?

Relato:

Un día después de una buena cena, rociada por copiosos brindis el Conde Orloff y uno de sus amigos el General “B” volteriano como él, comenzaron a burlarse horriblemente de la religión y sobre todo del infierno.

Dice Orloff “y si por acaso, por acaso hubiese algo atrás de la cortina”.

“Y bien” replica el General B. “Aquel que se vaya primero volverá a advertir al otro. ¿Esta convenido?”

“Excelente idea” responde el Conde.

Y ambos medio achispados, se dieron formal palabra de honor, de no faltar a lo prometido. Algunas semanas después estallo una de aquellas grandes guerras que Napoleón tenía, el don de subsistir entonces. El ejército ruso entro en campaña y el General B, recibió la orden de partir inmediatamente para tomar un mando importante.

Dos o tres semanas hacia que había dejado Moscú, cuando una mañana muy temprano, estando mi abuelo dice Monseñor, se abre bruscamente la puerta de su cuarto.

Era el Conde Orloff con traje de casa, con chinelas los cabellos erizados, osca mirada, pálido como un muerto.

“Ahh, Orloff sois vos, a esta hora y vestido así, que tenéis, que ha sucedido”.

“Querido mío, creo que me he vuelto loco, acabo de ver al General B”

“¿Al General B, ha vuelto ya?”

“Oh no” replica Orloff, echándose sobre un canapé y poniendo ambas manos en su cabeza.”
No, no ha vuelto, y esto es lo que más me atemoriza”

Mi abuelo no comprendía nada y procuraba calmarlo.

“Referidme lo que os ha pasado y que quiere decir todo esto”

Entonces esforzándose por dominar su emoción, el Conde Orloff profirió lo siguiente.

“Mi querido, algún tiempo atrás, B y yo, nos juramos recíprocamente, que el primero de los dos que muriese vendría a decir al otro, si existe algo atrás de la cortina de la muerte. Esta mañana hará apenas media hora, estaba tranquilamente durmiendo en la cama, sin pensar en mi amigo ni en asomo ni en sueño, cuando de repente se abren bruscamente las cortinas de mi alcoba y veo a dos pasos de mí al General B, de pie, pálido con la mano derecha sobre su pecho diciéndome”.

“Hay un infierno y estoy en él”. Y desapareció.

“En seguida he venido a contaros este suceso, la cabeza es como que se me va. Qué cosa tan extraña yo no sé ni que pensar.”

Mi abuelo lo calmo como pudo, dice Monseñor de Segur pero no era cosa fácil. Hablóle de alucinaciones de pesadillas díjole que quizás dormía, que hay cosas muy extrañas inexplicables y otras vaciedades de este género que son el consuelo de los incrédulos. Después hizo enganchar sus caballos y llevar al Conde Orloff a su habitación. Diez o doce días después de este extraño incidente, un correo del ejército llegaba a mi abuelo entre otras noticias, la de la muerte del General B.

En la mañana misma del día en que el Conde Orloff lo había visto y oído a la misma hora que se le había aparecido en Moscú, el infortunado General habiendo salido para reconocer la posición del enemigo, había sido atravesado en su pecho por una bala y caía yerto.

“Hay un infierno y estoy en él”.

He aquí las palabras de uno que de él, ha vuelto”

Conclusión y suplicas:

Dios es el Padre de todos los hombres, a quienes ama infinitamente. Por eso para que nos animemos a ser buenos, premia a los buenos dándoles el cielo y castiga a los malos con el infierno. Lo mismo que un buen padre premia a su hijo bueno, y debe castigar a su hijo que no se porta bien.

Dios, como es infinitamente misericordioso, perdona todo y del todo. Dios no es vengativo. No debemos sentir angustia. Debemos confiar en su Bondad. Dios perdona siempre a quien le pide perdón. Pero como también es infinitamente justo, no puede perdonar a quien no le pide perdón. Sería una monstruosidad impropia de la justicia de Dios.

La persona que se condena es porque no quiso arrepentirse. Y Dios no puede perdonar al que no quiere arrepentirse... El temor a Dios debe ser filial, no servil: más que miedo es respeto

amoroso. El temor de hijo, que teme ofender, no amar lo suficiente.

Veamos con los ojos de la imaginación a Jesús clavado en la cruz y aceptemos con mucha alegría todas cruces como Jesús. Escuchemos al Señor lo que nos dice:

“Ves, esas almas que se parecen a Mi en el sufrimiento y en desprecio, también se parecerán a Mi en la gloria; y aquellas que menos se asemejan a Mi en el sufrimiento y en el desprecio, serán menos semejantes a Mi también en la gloria”.

Santa Faustina decía: “Oh Jesús, qué lástima me dan los pobres pecadores. Oh Jesús, concédeles el arrepentimiento y la contrición. Recuerda Tu dolorosa Pasión. Conozco Tu misericordia infinita, no puedo soportar que perezca el alma que Te costó tanto. Oh Jesús, dame las almas (267) de los pecadores. Que Tu misericordia descansa en ellas, quítame todo, pero dame estas almas. Deseo convertirme en la hostia expiatoria por los pecadores, que el cuerpo oculte mi sacrificio, ya que Tu también ocultas Tu Sacratísimo Corazón en la Hostia, a pesar de ser la inmólación viva”.

Capítulo XIV: La Desgraciada Viuda

Presentación:

Dos casos más con mujeres que nos harán conocer la terrible realidad del infierno, mucho más en profundidad. En 1859 refería yo, dice Monseñor de Segur, el hecho anterior a un distinguido sacerdote, este del Conde Orloff, superior de una importante comunidad este distinguido sacerdote.

Me decía, es espantoso, pero no me sorprende extraordinariamente los hechos de esta clase son menos raros de lo que se piensa, solo que hay siempre más o menos interés en que queden secretos, ya por el honor del aparecido ya por de su familia. Por mi parte ver que lo que de origen seguro he sabido hace dos o tres años, por un pariente muy cercano de la persona a la que le aconteció.

- 1) Pidamos a Nuestro Señor Jesucristo, la gracia del arrepentimiento y de la perseverancia.
- 2) Veamos con los ojos de la imaginación, un lugar ardiendo, donde el olor es sofocante. Ya nada se puede hacer, una vez que se entro a ese lugar no se sale jamás.

Valoremos la gran misericordia que tuvo Jesús, que nos habla el mismo acerca de este lugar, porque él quiere que el pecador se salve.

Relato:

En este momento que yo os hablo, era la navidad de 1859 vive aun esa señora que tiene no más de cuarenta años de edad. Hallábase en Londres en el invierno de 1847 a 1848, era viuda de casi veintinueve años, mundana, rica y hermosa. Entre los elegantes que frecuentaban sus salones distinguíase un joven lord, cuyas galanterías la comprometían singularmente y cuya conducta por otra parte no era para nada edificante, una tarde o más bien una noche, estaba nuestra viuda leyendo en su cama no se qué novela, esperando el sueño. Suena a la una en su reloj y apaga su bujía. Iba a dormirse cuando, con gran asombro noto que

una luz pálida que parecía salir de la puerta del salón se esparcía poco a poco por su aposento y aumentaba por instantes.

Pasmada abrió cuanto pudo los ojos ignorando lo que significaba aquello.

Empezaba a asustarse, cuando ve abrirse lentamente la puerta del salón y entrar en su cuarto al joven lord, cómplice de sus desordenes.

Antes que pudiera decirle una sola palabra, estaba ya cerca de ella, la tomaba del brazo izquierdo y con ronca voz, le decía en inglés:

“Hay un infierno”

El dolor que sintió esta señora en su brazo fue tan grande que se desmayó. Cuando volvió en sí, media hora después llamo a su camarera, la cual cuando entro percibió un fuerte olor a carne quemada y acercándose a su señora que apenas podía hablar vio en la muñeca una quemadura tan profunda que se le veía el hueso y la carne casi consumida.

Quemadura que tenía de largo una mano de hombre. Además advirtió que desde la puerta del salón hasta la cama y de esta a la referida puerta, la alfombra tenía impresa las pisadas de un hombre, que habían quemado la tela de parte a parte.

Por orden de la dama, abrió la puerta del salón y había también huellas en las alfombras.

Al día siguiente la desgraciada señora supo horrorizada que aquella misma noche, hacia la una de la madrugada el lord había sido encontrado embriagado en la mesa, que sus criados lo habían trasladado a su gabinete y que había muerto en sus brazos.

“Ignoro”. Me añadió el superior si esta terrible lección a convertido de versas, a la desgraciada. Pero lo que se es que vive todavía y que para ocultar a las miradas la huella de su siniestra quemadura, lleva en el brazo izquierdo a manera de brazaletes una larga cinta de oro que no se quita ni de día ni de noche.

Repito que me suministro estos detalles un pariente cercano de ella formal cristiano, a cuya palabra doy el más completo crédito.

Conclusión y suplicas:

A pesar del velo con que se ha cubierto y ha debido cubrirse esta aparición, me parece imposible que se ponga en duda su indisputable autenticidad.

Ciertamente no será la dama del brazaletes, quien necesite que se le pruebe que hay realmente un infierno.

Como no sabemos ni el día ni la hora, es necesario, según el consejo del Señor, estar continuamente en vela. Así, terminada la única carrera que es nuestra vida en la tierra, mereceremos entrar con El en la boda y ser contados entre los santos y no nos mandarán ir, como siervos malos y perezosos, al fuego eterno, a las tinieblas exteriores, donde "habrá llanto y rechinar de dientes".

Dios no predestina a nadie a ir al infierno; para que eso suceda es necesaria una aversión voluntaria a Dios (un pecado mortal), y persistir en él hasta el final. En la liturgia eucarística y en las plegarias diarias de los fieles, la Iglesia implora la misericordia de Dios, que "quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen a la conversión".

Capítulo XV: La joven mujer del hospital

Presentación:

Por último, en el año 1863 algunos días antes de la asunción tuvo lugar en roma, una de esas apariciones de ultratumba que corroboran tan eficazmente la verdad del infierno.

- 1) Pidamos a Dios Nuestro Señor, la gracia del arrepentimiento.
- 2) Considera que tierra eres y en tierra te has de convertir. Día llegará en que será necesario morir y pudrirse en una fosa, donde estarás cubierto de gusanos (Sal., 14, 11).
- 3) Imagínate en presencia de una persona que acaba de expirar: Mira aquel cadáver, tendido aún en su lecho mortuario. ¡Ved en lo que ha venido a parar aquel hombre soberbio, aquel deshonesto!... ahora es horror y espanto de quien le mira.
- 4) Aflíjanse al principio los parientes algunos días, mas en breve se consuelan por la herencia que hayan obtenido, y muy luego parece como que su muerte los regocija. En aquella misma casa donde hayas exhalado el último suspiro, y donde Jesucristo te habrá juzgado, pronto se celebrarán, como antes, banquetes y bailes, fiestas y juegos... Y tu alma, ¿dónde estará entonces?

Relato:

En una casa de esas de mala fama, que la invasión sacrílega del dominio temporal del Papa, ha hecho abrir en Roma en crecido número, en el año 1873.

Una desgraciada joven se hirió en la mano, hubo de ser trasladada al hospital de la Consolación, ya sea que su sangre viciada por su mala conducta hubiese producido una gangrena o daba la causa de una inesperada complicación, la joven mujer falleció instantáneamente durante la noche.

Al mismo instante una de sus compañeras que ignoraba totalmente lo que acababa de pasar en el hospital, empezó a dar gritos desesperados, hasta el punto de despertar a todos los habitantes del barrio.

De poner en cuidado a aquellas criaturas de aquella casa y de motivar la intervención de la policía. Se le había aparecido la difunta del hospital, rodeada de llamas y le había dicho:

“Estoy condenada y si tú no quieres serlo como yo, sal de ese lugar de infamia y vuelve a Dios, al que has abandonado”.

Nada pudo calmar la desesperación y el terror de aquella joven, que al despuntar el alba se alejó, dejando sumergida en estupor toda la casa desde que se supo la muerte de la joven del hospital.

A tales sucesos la dueña de la casa exaltada garibaldina y conocida como tal por sus hermanos y amigos cayó enferma. Envió luego a buscar al cura de la Iglesia vecina, San Julián de los Banchi, quien antes de pasar por la referida casa consulto a la autoridad eclesiástica.

La cual delego a este efecto a un digno prelado Monseñor Cirolli, cura de la parroquia de San Salvador. Provisto este, de especiales instrucciones se presentó y exigió ante todo a la enferma, en presencia de muchos testigos, una perfecta retractación de los escándalos de su vida. De sus blasfemias contra el Soberano Pontífice y de todo el mal que a los demás había causado. La desgraciada lo hizo sin vacilar, se confesó y recibió el Santo viático con grandes sentimientos de arrepentimiento y de humildad.

Sintiese morir, suplico con lágrimas al párroco que no la abandonase, espantada como estaba de lo que había pasado ante sus ojos.

Mas la noche se acercaba y Monseñor Cirolli perplejo con que la caridad le dictaba quedarse y las conveniencias que le imponían el deber, de no pasar la noche en el prostíbulo, hizo pedir a la policía dos agentes quienes fueron, cerraron la casa y permanecieron ahí, hasta que la agonizante exhaló el último suspiro.

Conclusión y suplicas:

Roma entera conoció los detalles de estos trágicos acontecimientos. Como siempre los impíos y los libertinos se rieron de ellos, guardándose bien de enterarse de sus pormenores.

Y los buenos se aprovecharon de hacer mejores y más fieles a sus deberes. Entre los cuales espero contarte a ti, mi querido lector.

Gracias mil te doy, oh Jesús y Redentor mío, porque no has querido que muriese cuando estaba en estado de pecado mortal! ¡Cuántos años ha que merecía estar en el infierno!... Si hubiera muerto en aquel día, en aquella noche, ¿qué habría sido de mí por toda la eternidad?... ¡Señor!, te doy fervientes gracias por tal beneficio.
Acepto mi muerte en satisfacción de mis pecados, y la acepto tal y como te plazca enviármela. Más ya que me has esperado hasta ahora, retárdala un poco todavía.
Dadme tiempo de llorar las ofensas que te he hecho, antes que llegue el día en que debes de juzgarme (Jb., 10, 20).

Oh María Santísima, amparo y refugio mío, cuantas veces me he condenado yo mismo al infierno, y vos me habéis librado de él, libradme desde ahora de todo pecado, causa única que me puede arrebatarse la gracia de Dios y arrojarme al infierno.

Amén

Capítulo XVI: Padre Royo Marín. El castigo del culpable

Presentación y Exposición:

Querido lector, el siguiente el texto íntegro es de una serie de Conferencias Cuaresmales pronunciadas por el autor “Antonio Royo Marín, O.P.” en la Real Basílica de Atocha, de Madrid, que fueron retransmitidas a toda España por Radio Nacional en conexión con varias emisoras de provincias. Este teólogo dominico, Habla sobre las postrimerías. Es un autor muy reconocido y habla del infierno en la 5ta conferencia.

La resonancia verdaderamente nacional que alcanzaron aquellas conferencias, nos ha impulsado a ofrecerlas en su texto taquigráfico, a fin de conservar en lo posible la espontaneidad y el ritmo oratorio con que fueron pronunciadas. Son varios puntos los que menciona el autor, en su libro “Misterio del más allá” pero nos vamos a focalizar en el tema del castigo del culpable.

No podemos rehuir estos temas trascendentales que nos salen ahora al paso. Se trata de dos dogmas importantísimos de nuestra fe: la existencia del cielo y del infierno, el destino eterno de las almas inmortales. Prefiero dejar para mañana, último día de estas conferencias, la descripción del panorama deslumbrador del cielo. Será una conferencia llena de luz, de alegría, de colorido, que expansionará nuestro corazón. Pero esta tarde, señores, no tenemos más remedio que enfrentarnos con el tema tremendo, terriblemente trágico, del destino eterno de los réprobos.

Es un tema muy incómodo y desagradable, lo sé muy bien. Me gustaría y os gustaría muchísimo más que os hablara, por ejemplo, de la infinita misericordia de Dios para con el pecador arrepentido. Se ha dicho que la sensibilidad y el clima intelectual moderno no resiste el tema del infierno, tan incómodo y molesto; que es preferible hablar de la caridad, de la justicia social, del amor y compenetración de los unos con los otros, y otros temas semejantes.

Son temas maravillosos, ciertamente; son temas cristianísimos. Pero la Iglesia Católica no puede renunciar, de ninguna manera, a ninguno de sus dogmas. Yo respeto la opinión de los que dicen que en estos tiempos no se resisten estos temas tan duros; pero tratándose de unas conferencias cuaresmales sobre el misterio del más allá, yo no puedo cometer el grave pecado de omisión de soslayar el dogma del infierno, que forma parte del depósito sagrado de la divina revelación.

Señores: La Iglesia Católica viene manteniendo íntegramente, durante veinte siglos, el dogma terrible del infierno. La Iglesia no puede suprimir un solo dogma, como tampoco puede crear otros nuevos.

Cuando el Papa define una verdad como dogma de fe (v. gr., la Asunción corporal de María) no *crea* un nuevo dogma. Simplemente, se limita a garantizarnos, con su autoridad infalible, que esa verdad ha sido revelada por Dios.

El Papa no crea, no inventa nuevos dogmas; simplemente declara, con su autoridad infalible – que no puede sufrir el más pequeño error, porque está regida y gobernada por el Espíritu Santo–, que aquella verdad que define está contenida en el depósito de la revelación, ya sea en la Sagrada Escritura, ya en la verdadera y auténtica tradición cristiana. Se trata de una verdad

revelada por Dios, no de una opinión teológica inventada o patrocinada por la Iglesia. La Iglesia no altera, no cambia, no modifica, poco ni mucho, el depósito de la divina revelación que recibió directamente de Jesucristo y de los Apóstoles.

El dogma católico permanece siempre intacto e inalterable a través de los siglos. Si la Iglesia alterara, reformara o modificara sustancialmente alguno de sus dogmas, os digo con toda sinceridad que yo dejaría de ser católico; porque ésa sería la prueba más clara y más evidente de que no era la verdadera Iglesia de Jesucristo.

Este es, precisamente, el argumento más claro y convincente de que las Iglesias cristianas separadas de Roma (protestantes y cismáticos) no son las auténticas Iglesias de Jesucristo. Porque están cambiando y reformando continuamente sus dogmas. Ya creen esto, ya aquello; ya aceptan lo que antes rechazaron, ya rechazan lo que antes aceptaron, sin más norte ni guía que el capricho del “libre examen”. Y así, se da el caso pintoresco, señores, de que ciertas sectas protestantes que se separaron de la Iglesia Católica principalmente por no admitir la doctrina del purgatorio ahora proclaman que el infierno no es eterno, sino temporal. Con lo cual –como ya les echaba en cara, con fina ironía, José de Maistre–, después de haberse revelado contra la Iglesia por no admitir el purgatorio, vuelven a rebelarse ahora por no admitir más que el purgatorio. Es que el error, señores, conduce, lógicamente, a los mayores disparates.

La Iglesia Católica, en cambio, ha mantenido intacto, durante los veinte siglos de su existencia, el depósito sagrado de su divina revelación; porque sabe perfectamente que Jesucristo le confió ese tesoro para que lo custodie, vigile, defienda y lo mantenga intacto, sin alterarlo en lo más mínimo.

El dogma católico es siempre el mismo, señores, el dogma católico no cambia ni cambiará jamás. Y precisamente por eso, en el siglo veinte, lo mismo que en el siglo primero, la existencia del infierno es un dogma de fe y lo continuará siendo hasta el fin del mundo.

Os voy a hablar del infierno con serenidad, con altura científica, como debe hacerse hoy.

Por de pronto, os advierto que rechazo, en absoluto, las descripciones dantescas. “La Divina Comedia”, de Dante, es maravillosa desde el punto de vista poético o literario, pero tiene grandes disparates teológicos. Aquellas descripciones de los tormentos del infierno son pura fantasía, pura imaginación. El dogma católico no nos dice nada de eso. Rechazo, en absoluto, las descripciones dantescas. Voy a limitarme a exponeros lo que dice el dogma católico en torno a la existencia y naturaleza del castigo de los réprobos.

En primer lugar, os voy a hablar de la existencia del infierno.

Lo hemos oído muchísimas veces: si un personaje histórico conocido del mundo entero (v. gr. Napoleón Bonaparte) viniese del otro mundo y, compareciendo visiblemente ante nosotros, nos dijera: “Yo he visto el infierno y en él hay esto y lo otro y lo de más allá”, causaría en el mundo una impresión tan enorme y definitiva, que nadie se atrevería ya a dudar de la existencia de aquel terrible lugar. ¿Por qué no lo envía Dios, para bien de toda la humanidad?

Señores: los que piden o desean esa prueba no han reflexionado bien; no han caído en la cuenta de que ese hecho que reclaman *se ha producido ya*, y en unas condiciones de autenticidad que jamás hubiera podido soñar la crítica más severa y exigente.

No voy a invocar el testimonio de alguna revelación privada hecha por Dios a alguna monjita de clausura. Ni siquiera voy a alegar el testimonio de Santa Catalina de Sena o el de Santa Teresa de Jesús, a quienes Nuestro Señor mostró el infierno y lo describieron después en sus libros de manera impresionante. Ni voy a citar, en pleno siglo XX, a los pastorcitos de Fátima, que vieron también, por sus propios ojos, el fuego del infierno. Personalmente yo estoy convencido de la verdad de esas visiones y revelaciones privadas que acabo de citar. Pero nuestra fe católica, señores, no se apoya en estos testimonios de personas particulares, aunque se trate de grandes Santos canonizados por la Iglesia. Nuestra fe se apoya, directamente, en un testimonio mucho más fuerte, mucho más incommovible. Voy a deciros cuál es el gran testigo de la existencia y de la naturaleza del infierno. Os voy decir quién es.

Trasladémonos con la imaginación a Jerusalén, en la noche del primer Jueves Santo que conoció la humanidad. Ante el jefe de la Sinagoga, reunida en Sanedrín con los principales escribas y fariseos de Israel, acababa de comparecer un preso maniatado: es Jesús de Nazaret. Y el jefe de la Sinagoga, o sea el representante legítimo de Dios en la tierra, el entonces jefe de la verdadera Iglesia de Dios –porque ya sabéis, señores, que el cristianismo enlaza legítimamente con la religión de Israel, de la que es su plenitud y coronamiento: no hay más que una sola Biblia, con su Antiguo y Nuevo Testamento–, el representante auténtico de Dios en la tierra se pone majestuosamente de pie, y, encarándose con aquel preso que tiene delante, le dice solemnemente: “Por el Dios vivo te conjuro que nos digas claramente, de una vez, si Tú eres el Cristo, *el Hijo de Dios*.” Y aquel preso maniatado, levantando con serenidad su rostro, le contesta: “Tú lo has dicho, Yo lo soy. Y os digo que un día veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra del Poder y venir sobre las nubes del cielo (Mt 26, 63-64).

Señores: nadie hasta entonces, en toda la historia de la humanidad, se había atrevido jamás a decir: “Yo soy el Hijo de Dios”, y nadie se ha atrevido a repetirlo de entonces acá. Esa tremenda afirmación, solamente Jesús de Nazaret ha tenido el inaudito atrevimiento de hacerla. Pero ese Jesús, que ha tenido la infinita osadía de decirlo, ha tenido también la infinita audacia de demostrarlo. Una serie de pruebas aplastantes, absolutamente infalsificables, han puesto la rúbrica divina a esa tremenda afirmación: “Yo soy el Hijo de Dios.” ¿Queréis que recordemos unas cuantas?

Un día se acercaba Jesús, acompañado de un gran gentío, a un pueblo llamado Jericó. Y a la entrada del pueblo, en lugar y sitio estratégico de paso, la escena que estamos contemplando todos los días: un ciego pidiendo limosna. El pobrecillo no veía absolutamente nada, pero oyó el murmullo de la muchedumbre que se acercaba, y preguntó: “¿Qué pasa?” “Es Jesús de Nazaret que se acerca”, le contestaron. Y al instante, el pobre ciego comenzó a gritar: “¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!” Y alargando las manos, que son los ojos del ciego, buscaba con ellas a Jesús. Le llevan ante Él, y le pregunta Jesús con dulzura: “¿Qué quieres?” ¡Pobrecito, qué iba a querer! “Señor, que vea.” Y Jesús pronuncia una sola palabra: “Quiero.” Y al instante se abren los ojos del ciego y comienza a ver claramente (Lc 18, 35-43).

Oculista que me escuchas: tú sabes muy bien lo que significa atrofia del nervio óptico, corteza cervical, ceguera de nacimiento... No tiene remedio, ¿verdad? Pues lo tuvo con una sola palabra de Jesucristo. ¿Qué te parece la prueba?

Otro día se le presenta un hombre cubierto de lepra, con su carne podrida que se le caía a pedazos; y aquella piltrafa humana cae de rodillas ante Jesús y le dice con lágrimas en los ojos: “Señor, si quieres, puedes limpiarme.” Y extendiendo Él su mano, le toca diciendo: “Quiero, sé limpio.” Y en el acto la carne podrida del leproso se vuelve fresca y sonrosada como la de un niño que acaba de nacer (Lc 5, 12-13).

Señores: La medicina moderna ha hecho progresos admirables. Pero con todos los adelantos modernos, ¡cuánto cuesta y con qué lentitud se logra la curación de un leproso! El bacilo de Hansen es difícilísimo de vencer, aún hoy, con todos los progresos y adelantos de la medicina. Pero a Cristo le bastó hace veinte siglos una sola palabra: “Quiero”, y al momento desapareció la lepra.

Otro día le seguía una inmensa multitud. Cinco mil hombres, sin contar las mujeres ni los niños. Y Jesús les dice a sus apóstoles: “Dadles de comer.” Pero ellos le respondieron: “No tenemos aquí sino cinco panes y dos peces.” Él les dijo: “Traédmelos acá.” Y alzando sus ojos al cielo, bendijo y partió los panes y se los dio a sus discípulos, y estos, a la muchedumbre.

Y comieron todos y se saciaron y recogieron de los fragmentos sobrantes doce cestos llenos (Mt 14, 14-21). ¿Qué os parece?

Otro día dormía Jesús tranquilamente en la barca de sus discípulos. De pronto se levanta un fuerte viento, y la débil barquichuela, bajo los embates de las olas, amenaza zozobrar. Sus discípulos le despiertan atemorizados: “¡Señor, sálvanos, que perecemos!” Y Jesús se puso sencillamente de pie y mandó al viento y dijo al mar: “Calla, enmudece.” Y al instante se aquietó el viento y se hizo completa calma. Y sus discípulos se preguntaron asustados: “¿Quién será éste que hasta el viento y el mar le obedecen?” (Mc 4, 34-41).

Otro día Jesucristo caminó majestuosamente sobre las olas del mar como sobre una alfombra azul festoneadas de espumas (Mt 14, 25).

Otro día...

¿Para qué seguir? Aquel hombre jugaba con el mar, con los vientos y tempestades, con las enfermedades de los hombres y con las fuerzas de la Naturaleza como Dueño y Señor de todo.

Pero hay todavía, señores, una prueba más impresionante de la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo.

Señores: en medicina legal no se admite más que una prueba definitiva de muerte real: la putrefacción. Mientras el cadáver no comience a descomponerse, no podemos tener una seguridad científica y absoluta de que está realmente muerto. Pero cuando empieza a descomponerse, cuando comienza la putrefacción, la muerte real es ciertísima, científicamente segura.

Recordemos ahora la impresionante escena evangélica. Lázaro de Betania, el amigo de Cristo, cae gravemente enfermo. Y sus hermanas Marta y María envían un recado al Maestro, diciéndole: “Señor, el que amas está enfermo”. Jesucristo no acude enseguida; deja pasar dos días después de recibido el aviso. Cuando llegó a Betania, Lázaro llevaba ya cuatro días en el sepulcro. Y cuando Marta le dice llorando a Jesús: “Señor: si hubieras estado aquí, mi hermano no hubiera muerto”, Jesús le dice: “Yo soy la resurrección y la vida... El que cree en Mí, aunque hubiese muerto, vivirá”. Se dirige al sepulcro, seguido de una gran muchedumbre. Y ordena: “Quitad la piedra”. Y al instante perciben todos el hedor pestilencial del cadáver putrefacto en descomposición. Y Jesucristo, alzando sus ojos al cielo, pronuncia estas palabras: “Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo sé que siempre me escuchas, pero por la muchedumbre que me rodea, lo digo: *para que crean que Tú me has enviado*”. Y diciendo esto, gritó con fuerte voz: “¡Lázaro, sal fuera!” Y al instante, como un siervo obediente cuando su amo le da una orden, el cadáver putrefacto de Lázaro se presentó delante de todos lleno de salud y de vida.

Señores: el milagro, por definición, trasciende las fuerzas de toda naturaleza creada y creable. Solamente Dios, Autor de la Naturaleza, o alguien en nombre de Dios, puede suspender sus leyes inmutables. Ahora bien: Jesucristo hacía los milagros *en nombre propio*, no en nombre de Dios. Cuando invoca a Dios le llama *Padre*, y le invoca no para pedirle el poder de hacer milagros, sino únicamente para que los que le rodean *crean que ha sido enviado por Él*.

Jesucristo tuvo la osadía de decir que era el Hijo de Dios, pero lo demostró de una manera aplastante y definitiva. El mismo Dios se encargó de confirmarlo desde el cielo, cuando en el momento del bautismo de Jesús se abrieron los cielos y se oyó la voz augusta del Eterno Padre, que exclamaba: “Este es *mi Hijo muy amado*, en el que tengo puestas mis complacencias”. (Mt 3, 16-17).

Pues bien: ese que es el Hijo de Dios, ese que ha venido del cielo y sabe perfectamente lo que hay en el otro mundo, ése nos dice veinticinco veces en el Evangelio que existe el infierno y que es eterno, que no terminará jamás. “Que venga alguien del otro mundo a decirlo”. ¡Ya ha venido! Y nada menos que el que dijo y *demonstró* que era el Hijo de Dios. ¿Comprendéis ahora la increíble insensatez de la carcajada volteriana negando la existencia del infierno? Las cosas de Dios son como Dios ha querido que sean, no como se les antojen a los incrédulos.

¡Pobres incrédulos! ¡Qué pena me dan! No todos son igualmente culpables. Distingo muy bien dos clases de incrédulos completamente distintos. Hay almas atormentadas que les parece que han perdido la fe. No la sienten, no la saborean como antes. Les parece que la han perdido totalmente. Esta misma tarde he recibido una carta anónima: no la firma nadie. A través de sus palabras se transparenta, sin embargo, una persona de cultura más que mediana. Escribe admirablemente bien. Y después de decirme que está oyendo mis conferencias por Radio Nacional de España, me cuenta su caso. Me dice que ha perdido casi por completo la fe, aunque la desea con toda su alma, pues con ella se sentía feliz, y ahora siente en su espíritu un vacío espantoso. Y me ruega que si conozco algún medio práctico y eficaz para volver a la fe perdida que se lo diga a gritos, que le muestre esa meta de paz y de felicidad ansiada.

¡Pobre amigo mío! Voy a abrir un paréntesis en mi conferencia para enviarte unas palabras de consuelo. Te diré con Cristo: “No andas lejos del Reino de Dios”. Desde el momento en que buscas la fe, es que ya la tienes. Lo dice hermosamente San Agustín: “No buscarías a Dios si no lo tuvieras ya”. Desde el momento en que deseas con toda tu alma la fe, es que ya la tienes. Dios, en sus designios inescrutables, ha querido someterte a una prueba. Te ha retirado el *sentimiento* de la fe, para ver cómo reaccionas en la oscuridad. Si a pesar de todas las tinieblas te mantienes fiel, llegará un día –no sé si tarde o temprano, son juicios de Dios– en que te devolverá el sentimiento de la fe con una fuerza e intensidad incomparablemente superior a la de antes. ¿Qué tienes que hacer mientras tanto? Humíllate delante de Dios. Humíllate un poquito, que es la condición indispensable para recibir los dones de Dios. El gozo, el disfrute, el saboreo de la fe, suele ser el premio de la humildad. Dios no resiste jamás a las lágrimas humildes. Si te pones de rodillas ante Él y le dices: “Señor: Yo tengo fe, pero quisiera tener más. Ayuda Tú mi poca fe”. Si caes de rodillas y le pides a Dios que te dé el sentimiento íntimo de la fe, te la dará infaliblemente, no lo dudes; y mientras tanto, pobre hermano mío, vive tranquilo, porque no solamente no andas lejos del Reino de Dios, sino que, en realidad, estás ya dentro de él.

¡Ah! Pero tu caso es completamente distinto del de los verdaderos incrédulos. Tú no eres incrédulo, aunque de momento te falte el sentimiento dulce y sabroso de la fe. Los verdaderos incrédulos son los que, sin fundamento ninguno, sin argumento alguno que les impida creer, lanzan una insensata carcajada y desprecian olímpicamente las verdades de la fe.

No tienen ningún argumento en contra, no lo pueden tener, señores. La fe católica resiste toda clase de argumentos que se le quieran oponer. No hay ni puede haber un argumento válido contra ella. Supera infinitamente a la razón, pero jamás la contradice. No puede haber conflicto entre la razón y la fe, porque ambas proceden del mismo y único manantial de la verdad, que es la primera Verdad por esencia, que es Dios mismo, en el que no cabe contradicción. Es imposible encontrar un argumento válido contra la fe católica. Es imposible que haya incrédulos *de cabeza* –como os decía el otro día–, pero los hay abundantísimos *de corazón*. El que lleva una conducta inmoral, el que ha adquirido una fortuna por medios injustos, el que tiene cuatro o cinco amiguitas, el que está hundido hasta el cuello en el cieno y en el fango, ¡cómo va a aceptar tranquilamente la fe católica que le habla de un infierno eterno! Le resulta más cómodo prescindir de la fe o lanzar contra ella la carcajada de la incredulidad.

¡Insensato! ¡Como si esa carcajada pudiera alterar en nada la tremenda realidad de las cosas! ¡Ríete ahora! Carcajaditas de enano en una noche de barrio chino. ¡Ríete ahora! ¡Ya llegará la hora de Dios! Ya cambiarán las cosas. Escucha la Sagrada Escritura: “Antes desechasteis todos mis consejos y no accedisteis a mis requerimientos. También yo me reiré de vuestra ruina y me burlaré cuando venga sobre vosotros el terror”. (Prov 1, 25-26). El mismo Cristo advierte en el Evangelio, con toda claridad: “¡Ay de vosotros los que ahora reís, porque gemiréis y lloraréis!” (Lc 6, 25). ¡Te burlas de todo eso? Pues sigue gozando y riendo tranquilamente. Estás danzando con increíble locura al borde de un abismo: ¡es la hora de *tu risa*! Ya llegará la hora de la *risa de Dios* para toda la eternidad.

El infierno existe, señores. Lo ha dicho Cristo. Poco importa que lo nieguen los incrédulos. A pesar de esa negativa, su existencia es una terrible realidad. Pero es conveniente que avancemos un poco más y tratemos de descubrir lo que hay en él.

El catecismo, ese pequeño librito en el que se contiene un resumen maravilloso de la doctrina católica, nos dice que el infierno es “el conjunto de todos los males, sin mezcla de bien alguno”. Maravillosa definición. Pero hay otra forma más profunda todavía: la que nos dejó en el Evangelio Nuestro Señor Jesucristo en persona. Es la misma frase que pronunciará el día del Juicio final: “Apartaos de Mí, malditos, al fuego eterno”. En esta fórmula terrible se contiene un maravilloso resumen de toda la teología del infierno.

Porque el infierno, fundamentalmente, lo constituyen tres cosas y nada más que tres: lo que llamamos en teología *pena de daño*, lo que llamamos *pena de sentido* y la *eternidad* de ambas penas. Ahí tenemos toda la teología esencial del infierno; todo lo demás son circunstancias accidentales. Pues esas tres cosas están maravillosamente registradas y resumidas en la frase de Cristo: “Apartaos de Mí, malditos (pena de daño), al fuego (pena de sentido) eterno (eternidad de ambas penas)”.

Señores: maravilloso resumen el de Nuestro Señor Jesucristo. Vamos a meditarlo por partes.

Lo principal del infierno es lo que llamamos en teología la *pena de daño*. La *condenación* propiamente dicha, que consiste en quedarse privado y separado de Dios para toda la eternidad. Eso es lo fundamental del infierno.

Ya estoy oyendo la carcajada del incrédulo: “¿De verdad, Padre, que lo más terrible que hay en el infierno es estar privado o separado de Dios para toda la eternidad? Pues entonces, no tengo inconveniente en ir al infierno. Porque en este mundo sé prescindir muy bien de Dios, no me hace falta absolutamente para nada. De manera que si lo más terrible que me voy a

encontrar en el infierno es que allí no tendré a Dios, ya puede enviarme allá cuando le plazca”.

¡Pobrecito! No sabes lo que dices, ¡no sabes lo que dices! Escúchame un momento, que puede ser que dentro de cinco minutos hayas cambiado de pensar. Escucha.

Te gusta la belleza, ¿verdad? ¡Vaya si te gusta! Sobre todo cuando se te presenta en forma de mujer...

Te gusta el dinero, ¿verdad? Te gustaría mucho ser millonario. Quién sabe si precisamente por eso: porque te gusta tanto el dinero, porque has robado tanto, porque has cometido tantas injusticias, no quieres saber nada de la religión y del más allá.

Si eres una muchacha frívola, ligerilla, mundana, ¡cómo te gustaría ser una estrella cinematográfica, aparecer en primer plano en todas las pantallas, en la portada de todas las revistas cinematográficas del mundo, ser una figura de fama mundial, que todo el mundo hablara de ti...! ¡Cómo te gustaría todo esto! ¿Verdad?

Pues mira: todas esas cosas no son más que “gotitas” de una felicidad efímera, que no llena el corazón. ¡Si lo sabes tú mismo de sobra! Nunca te has sentido del todo bien, del todo satisfecho, del todo feliz, ¡jamás! En los caminos del mundo, del demonio, de la carne no se encuentra la verdadera y auténtica felicidad, ¡lo sabes muy bien por experiencia!

Ahora bien: en el momento mismo de tu muerte, cuando tu alma se arranque del cuerpo, aparecerá delante de ti un panorama completamente insospechado. Verás delante de ti como un mar inmenso, un océano sin fondo ni riberas. Es la *eternidad*, inmensa e inabarcable, sin principio ni fin. Y comprenderás clarísimamente, a la luz de la eternidad, que Dios es el centro del Universo, la plenitud total del Ser. Verás clarísimamente que en Él está concentrado todo cuanto hay de belleza y de riqueza, y de placer, y de honor, y de alabanza, y de gloria, y de felicidad inenarrable. Y cuando, con una sed de perro rabioso, trates de arrojarte a aquel océano de felicidad que es Dios, saldrán a tu encuentro unos brazos vigorosos que te lo impidan, al mismo tiempo que oirás claramente estas terribles palabras: “¡Apártate de Mí, maldito!” ¡Ah! Entonces sabrás lo que es bueno, y entonces verás que la pena de sentido, la pena de fuego que voy a describir inmediatamente, no tiene importancia, es un juguete de niños ante la rabia y desesperación espantosa que se apoderará de ti cuando veas que has perdido aquel océano de felicidad inenarrable para siempre, para siempre, para toda la eternidad.

Dios, señores, actuará sobre los réprobos como una especie de electroimán incandescente: les atraerá y abrasará al mismo tiempo. En este mundo no podemos formarnos la menor idea del tormento espantoso que esto ocasionará a los condenados. Esto es lo que constituye la entraña misma de la *pena de daño*.

Pero, me diréis: “Padre, ¿y por qué rechaza Dios a los que de manera tan vehemente tienden a Él? ¿No supone esto, acaso, falta de bondad y de misericordia?”

De ninguna manera, señores. Reflexionad un poco en la psicología del condenado. El condenado no se arrepiente ni se arrepentirá jamás de sus pecados. Tiende irresistiblemente a Dios, al mismo tiempo que le odia con todas sus fuerzas. Esa tendencia no es arrepentimiento, sino egoísmo refinadísimo. Tiende a Dios porque ve con toda evidencia que, poseyéndole, sería completa y absolutamente feliz, pero sin arrepentirse de haberle ofendido en este mundo.

El condenado no se arrepiente ni puede arrepentirse, porque en la eternidad son imposibles los cambios sustanciales. Nadie puede cambiar el *último fin* libremente elegido en este mundo. La muerte nos dejará *fosilizados* en el bien o en el mal, según nos encuentre en el momento de producirse. Si nos encuentra en gracia de Dios, la muerte nos *fosilizará* en el bien: ya no podremos pecar jamás, ya no podremos perder a Dios. Pero si la muerte nos sorprende en pecado mortal, quedaremos *fosilizados en el mal*, ya no podremos arrepentirnos jamás.

El condenado tiende a Dios con un refinadísimo egoísmo. Esa tendencia inmoral, no solamente no le justifica ante Dios, sino que es su último y eterno pecado. Desea a Dios por puro egoísmo, para gozar de la felicidad inmensa que su posesión le produciría; pero sin la menor sombra de amor o de arrepentimiento. En estas condiciones es muy justo, señores, que Dios le rechace: es necesario que sea así. Por eso os decía que Dios actúa sobre el condenado como un electroimán incandescente: le atrae y le quema al mismo tiempo. No podemos formarnos idea, acá en la tierra, del tormento espantoso que esto ocasionará a los condenados.

Y luego viene la pena de sentido, que, con ser terrible, no tiene importancia, comparada con la de daño. Es la pena del *fuego*. Yo no sé, señores, porque la Iglesia Católica no lo ha definido expresamente, si el fuego del infierno es de la misma naturaleza que el fuego de la tierra: no lo sé. Lo único que sé es que se trata de un fuego *real*, no imaginario o metafórico. Hay una declaración oficial de la Sagrada Penitenciaría Apostólica contestando a la pregunta de un sacerdote que preguntó qué tenía que hacer con un penitente que no aceptaba la *realidad* del fuego del infierno, como si se tratase únicamente de una metáfora evangélica. La Sagrada Penitenciaría contestó que ese penitente debía ser instruido convenientemente en la verdad, y si después de la debida instrucción se obstinaba en no querer aceptar la *realidad* del fuego del infierno, había que negarle la absolución. Está claro, señores.

El fuego del infierno es un fuego *real*, no metafórico, aunque no podemos precisar si es o no de la misma naturaleza que el fuego de la tierra. Desde luego tiene propiedades muy distintas, porque el fuego del infierno atormenta, no solamente los cuerpos, sino también las almas; y no destruye, sino que conserva la vida de los que entran en sus dominios.

Me acuerdo en estos momentos de aquel pobre muchacho de la provincia de Santander. Era un pobre vaquerillo que cuidaba las vacas de su propia casa. Y un día, en el establo de las vacas, se declaró un incendio. El muchacho, que estaba viendo la catástrofe económica que se les venía encima, penetró en el establo ardiendo con el fin de hacer salir las vacas por la puerta trasera. Y como tardaba mucho en salir y el incendio crecía por momentos, el padre del muchacho quiso lanzarse también, ya no por las vacas, sino por sacar a su hijo que iba a perecer abrasado. Cinco hombres apenas podían sujetarle. De pronto, el muchacho salió gritando y con los vestidos ardiendo. El mismo se arrojó de cabeza a una poza de agua que tenían allí cerca para abrevadero de las vacas y se hundió rápidamente en ella. Cuando poco después salió del agua, con quemaduras mortales, gritaba espantosamente al mismo tiempo que decía: “¡Confesión, confesión, que me quemó; confesión, que me abrasó!” Pocas horas después de recibir el Viático murió retorciéndose con terribles dolores.

Señores: yo no sé si el fuego del infierno es de la misma naturaleza que el de la tierra, pero sé que es un fuego *real*, no *metafórico*, y que atormentará a los condenados para toda la eternidad. Lo ha revelado Dios y lo mismo da creerlo que dejarlo de creer. Las cosas son así, aunque nos resulten incómodas y molestas.

Pero lo más espantoso del infierno, señores, es la tercera nota, la tercera característica: su eternidad. El infierno es eterno.

¿Habéis contemplado la escena alguna vez a la orilla de un río o del mar? Cuando el pescador nota que el pez ha mordido el anzuelo, tira con fuerza de la caña y el pez se retuerce desesperadamente fuera del agua. Se está ahogando. Sus pobres branquias no están adaptadas para respirar directamente el oxígeno del aire: necesita absorberlo diluido en el agua. Su agonía es terrible, pero dura unos momentos nada más. Muy pronto da un nuevo y desesperado coletazo y queda inmóvil: ha muerto ahogado.

Imaginad ahora, señores, el caso de un hombre aparentemente muerto que vuelve a la vida en el sepulcro, y se da cuenta de que le han enterrado vivo. Su tormento no durará más que unos minutos, pero ¡qué espantosa desesperación experimentará cuando se encuentre en aquel ataúd estrecho y oscuro, cuando vea que no se puede mover, que le es imposible liberarse de su espantosa cárcel! ¡Qué angustia, qué desesperación tan espantosa! Pero durará unos minutos nada más, porque por asfixia morirá muy pronto, esta vez definitivamente.

Pues imaginad ahora lo que será un tormento y desesperación *eternos*.

La eternidad no tiene nada que ver con el tiempo, no tiene relación alguna con él. En la esfera del tiempo pasarán trillonadas de siglos y la eternidad seguirá intacta, inmóvil, fosilizada en un presente siempre igual. En la eternidad no hay días, ni semanas, ni meses, ni años, ni siglos. Es un instante petrificado, es como un *reloj parado*, que no transcurrirá jamás, aunque en la esfera del tiempo transcurran millones de siglos.

¡Un trillón de siglos! Esa frase se dice muy pronto, la palabra *trillón* se pronuncia con mucha facilidad. Ya no es tan sencillo escribirla: hay que escribir la unidad seguida de dieciocho ceros. ¿Pero sabéis lo que un trillón da de sí? Si repartiéramos un trillón de céntimos entre todos los habitantes del mundo, al terminar el reparto cada uno de ellos tendría cinco millones de pesetas. ¡Lo que da de sí un trillón, aunque sea simplemente de céntimos!

Pues cuando en la esfera del tiempo habrá transcurrido un trillón de siglos la eternidad permanecerá intacta, sin haber sufrido el menor arañazo. El instante eterno seguirá petrificado.

Señores: el infierno es eterno. ¡Lo ha dicho Cristo! Poco importa que los incrédulos se rían. Sus burlas y carcajadas no lograrán cambiar jamás la terrible realidad de las cosas.

Pero, quizá me digáis: “Padre: para nosotros, los católicos, no hay problema. Creemos en la existencia y eternidad del infierno porque lo ha revelado Dios y esto nos basta. Pero ¿no le parece que para el que no tenga fe el dogma de la existencia y eternidad del infierno es como para desanimarle a abrazar el catolicismo? ¿Cómo puede compaginarse esa verdad tan terrible con el amor y la misericordia infinita de Dios, proclamados con tanta claridad e insistencia en las Sagradas Escrituras? Al incrédulo no le cabrá jamás en la cabeza esta contradicción, al parecer tan clara y manifiesta”.

Tenéis razón, amigos míos. El dogma del infierno, mirado de tejas abajo y prescindiendo de los datos de la fe, no cabe en la pobre cabeza humana. Humanamente hablando, a mí tampoco me cabe en la cabeza. No me cabe en la cabeza, aunque lo creo con toda mi alma porque lo ha revelado Dios.

Pero, ¿sabéis por qué a vosotros y a mí no nos cabe en la cabeza?

Recordad la bellísima leyenda. San Agustín estaba paseando un día junto a la orilla del mar y pensaba en el misterio insondable de la Santísima Trinidad, tratando de comprender cómo tres

Personas distintas sean un solo Dios verdadero. Y dándole vueltas a su pobre inteligencia para descifrar el misterio, reparó en un niño pequeño que acababa de excavar en la arena de la playa un pequeño pocito que iba llenando de agua trasladándola del mar con una pequeña concha. San Agustín le preguntó: “¿Qué estás haciendo, pequeño?” Y el niño: “Quiero trasladar toda el agua del mar a este pequeño hoyito”. “Pero, ¿no ves que eso es imposible?” “Más imposible todavía es que tú puedas comprender el misterio insondable de la Santísima Trinidad. ¿No ves que el infinito no cabe ni puede caber en tu cabeza?” Y desapareció el niño, porque, según la bella leyenda, no era un niño, sino un ángel del cielo que Dios había enviado para darle a San Agustín aquella gran lección.

Señores: ésta es la verdadera explicación. Las cosas de Dios son inmensamente grandes, nuestra pobre cabeza humana es demasiado pequeña para poderlas abarcar. Es cierto que en la Sagrada Escritura se proclama clarísimamente la misericordia infinita de Dios; pero con no menor claridad se proclama también el dogma terrible del infierno. ¿Qué cómo se compaginan ambas cosas? No lo sé. Pero ahí están los hechos, claros e indiscutibles.

Sin embargo, señores, no deja de ser curioso que no nos quepa en la cabeza el dogma terrible del infierno, y nos quepan sin dificultad algunas otras cosas incomparablemente más serias todavía. Si lo pensáramos bien, el misterio inefable de la Encarnación del Verbo es incomparablemente más grande y estupendo que el de la existencia del infierno. Nos cabe en la cabeza y lo aceptamos plenamente que Dios Nuestro Señor se haya hecho hombre y haya muerto en una cruz para salvar a los hombres. Si un hombre se transformase en hormiga y se dejase matar para salvar a las hormigas, diríamos que se había vuelto loco. Y, sin embargo, señores, entre un hombre y una hormiga todavía hay alguna proporción, alguna semejanza; pero entre Dios y las criaturas no hay ninguna semejanza ni proporción: la distancia es rigurosamente infinita. Y Dios se hizo hormiga, se hizo hombre, para salvarnos a los hombres. Y no contento con esta humillación increíble, se dejó clavar en una cruz por aquellos mismos que venía a salvar. Y permitió que su Madre Santísima se convirtiese en la Reina y Soberana de los mártires, asistiendo a la terrible escena del Calvario, donde, a fuerza de increíbles dolores, conquistó su título de Corredentora de la humanidad.

Todo esto, señores, nos cabe perfectamente en la cabeza. Que Cristo esté clavado en la cruz, que su Madre Santísima sea la Virgen de los Dolores, con siete espadas en el corazón; todo esto, que es inmenso, que rebasa la capacidad intelectual de los mismos ángeles del cielo, que no podrán comprender jamás con su portentosa inteligencia angélica, esto, señores, nos cabe perfectamente en nuestras pobres cabecitas humanas. Pero que ese mismo Dios que se ha vuelto loco de amor a los hombres mande al infierno para toda la eternidad al gusano asqueroso que abuse definitivamente de la sangre de Cristo, que traspase el corazón de la Virgen de los Dolores con las nuevas espadas de sus crímenes nefandos, ¡eso ya no nos cabe en la cabeza!

Señores: tenemos que reconocer que no jugamos limpio. ¡No jugamos limpio! Nos caben en la cabeza cosas infinitamente más grandes, porque no hacen referencia a castigos y penas personales y no nos caben otras cosas infinitamente más pequeñas cuando se trata de castigar nuestros propios crímenes y pecados. Señores: no jugamos limpio; hay aquí una falta evidente de honradez.

“¿Pero no es Dios infinitamente misericordioso?”

¿Lo preguntas tú? ¿Cuántas veces te ha perdonado Dios? ¿Cinco? ¿Cinco mil? ¿Cincuenta mil? ¿Y todavía preguntas si Dios es infinitamente misericordioso? ¿Pero no sabes que si Dios no fuese infinitamente misericordioso, el mismo día que cometiste el primer pecado

mortal se hubiera abierto la tierra y te hubiera tragado al infierno para toda la eternidad? Precisamente porque Dios es infinitamente misericordioso espera con tanta paciencia que se arrepienta el pecador y le perdona en el acto, apenas inicia un movimiento de retorno y de arrepentimiento. Dios no rechaza jamás, jamás, al pecador contrito y humillado. No se cansa jamás de perdonar al pecador arrepentido, porque es infinitamente misericordioso, precisamente por eso. ¡Ah!, pero cuando voluntariamente, obstinadamente, durante su vida y a la hora de la muerte, el pecador rechaza definitivamente a Dios, sería el colmo de la inmoralidad echarle a Dios la culpa de la condenación eterna de ese malvado y perverso pecador.

No puede tolerarse tampoco la ridícula objeción que ponen algunos: “Está bien que se castigue al culpable; pero como Dios sabe todo lo que va a ocurrir en el futuro, ¿por qué crea a los que sabe que se han de condenar?”

Señores: esta nueva objeción es absurda e intolerable. No es Dios quien condena al pecador. Es el pecador quien rechaza obstinadamente el perdón que Dios le ofrece generosamente. Es doctrina católica, señores, que Dios quiere sinceramente que todos los hombres se salven. A nadie predestina al infierno. Ahí está Cristo crucificado para quitarnos toda duda sobre esto. Ahí está delante del crucifijo la Virgen de los Dolores. Dios quiere que todos los hombres se salven, y lo quiere sinceramente, seriamente, con toda la seriedad que hay en la cara de Cristo Crucificado. Dios quiere que todos los hombres se salven; pero, cuando obstinadamente, con toda sangre fría, a sabiendas, se pisotea la sangre de Cristo y los dolores de María, señores: el colmo del cinismo, el colmo de la inmoralidad sería preguntar por qué Dios ha creado a aquel hombre sabiendo que se iba a condenar. Señores: el colmo de la inmoralidad.

Es ridículo, señores, tratar de enmendarle la plana a Dios. Lo ha dispuesto todo con infinita sabiduría, y aunque, en este mundo no podamos comprenderlo, también con infinito amor y entrañable misericordia. Más que entretenernos vanamente en poner objeciones al dogma del infierno –que en nada alterarán su terrible realidad– procuremos evitarlo con todos los medios a nuestro alcance. Por fortuna estamos a tiempo todavía. ¿Nos horroriza el infierno? Pues pongamos los medios para no ir a él.

En realidad, como os decía el primer día, éste es el único gran negocio que tenemos planteado en este mundo. Todos los demás no tienen importancia. Son problemitas sin trascendencia alguna.

¡Muchacho, estudiante que me escuchas! El suspenso, el quedar en ridículo, el perder las vacaciones..., ¡cosa de risa! No tiene importancia alguna.

¡Millonario que te has arruinado, que viniste a menos, que estás sumergido en una miseria vergonzante...!, ¡cosa de risa! Dentro de unos años, se acabó todo.

Tú, el que en una catástrofe automovilística has perdido a tu padre, a tu madre, a tu mujer o a tu hijo, permíteme que te diga: ¡cosa de risa! Allá arriba les volverás a encontrar.

Y tú, la mujer mártir del marido infiel, o el marido víctima de la mujer infame. Humanamente hablando, eso es tremendo; pero mirado de tejas arriba, ¡cosa de risa! Ya volverá todo a sus cauces, en este mundo o en el otro.

La única desgracia terriblemente trágica, la única absolutamente irreparable, es la condenación eterna de nuestra alma. ¡Eso sí que es terrible sobre toda ponderación y encarecimiento!

¡Que se hunda todo: la salud, los hijos, los padres, la hacienda, la honra, la dignidad, la vida misma! ¡Que se hunda todo, menos el alma! La única cosa tremendamente seria: la salvación del alma.

Estamos a tiempo todavía. Cristo nos está esperando con los brazos abiertos.

Conclusión y suplicas:

¡Pobre pecador que me escuchas! Aunque lleves cuarenta o cincuenta años alejado de Cristo; aunque te hayas pasado la vida entera blasfemando de Dios y pisoteando sus santos mandamientos, fíjate bien: *si quieres* hacer las paces con Él no tendrás que emprender una larga caminata; te está esperando con los brazos abiertos. Basta con que caigas de rodillas delante de un Crucifijo, y honradamente, sinceramente, te arranques de lo más íntimo del alma este grito de arrepentimiento: “¡Perdóname, Señor! ¡Ten compasión de mí!” Yo te garantizo, *por la sangre de Cristo*, que en el fondo de tu corazón oirás, como el buen ladrón, la dulce voz del divino Crucificado, que te dirá: “Hoy mismo, al caer la tarde, al final de esta pobre vida, estarás conmigo en el Paraíso”.

Pero para ello Cristo te pone una condición sencillísima, facilísima. Que te presentes a uno de sus legítimos representantes en la tierra, a uno de los sacerdotes que dejó instituido en su Iglesia para que te extienda, en nombre de Dios, el certificado de tu perdón. Basta que hables unos pocos minutos con él. Te escuchará en confesión, te animará, te consolará con inmensa caridad y dulzura. Y en virtud de los poderes augustos que ha recibido del mismo Cristo a través de la ordenación sacerdotal, levantará después su mano y pronunciará la fórmula que será ratificada plenamente en el cielo. “Yo te absuelvo, vete en paz, y en adelante, no vuelvas a pecar”. Amén.

Capítulo XVII: Catecismo Romano de Trento

Presentación:

Esta predicación, que nunca debe omitirse en la Iglesia, es mucho más necesaria en los tiempos actuales, a fin de que los fieles sean fortalecidos con doctrina sana y pura; pues se han presentado en el mundo falsos profetas, que pervierten las almas cristianas con doctrinas falsas y perversas; y habiendo conseguido arrastrar a sus errores provincias enteras, que antes profesaban la religión verdadera, tratan de penetrar furtivamente en todos los lugares y regiones.

Sabiendo que no pueden llegar a todos por la palabra, esos herejes tratan de difundir sus errores por medio de libros que combaten la fe católica, y por medio de obritas de apariencia piadosa, para engañar las almas de los sencillos.

Por eso, el Concilio de Trento juzgó conveniente, con el fin de remediar tan gran mal, dar un catecismo para la instrucción del pueblo cristiano, que tuviera la autoridad del mismo Concilio, y que diese a los que han recibido el cargo de enseñar, la regla de exponer la fe y de instruir al pueblo fiel en todos los deberes de la religión. Con esto, el Concilio no se propone explicar minuciosamente todos los dogmas de la fe cristiana, sino sólo exponer a los párrocos aquellas cosas que pudieran ayudarles en la enseñanza de esta misma fe.

Este catecismo fue la referencia de la doctrina católica desde el concilio de Trento. Tiene mucha autoridad porque es un texto magisterial.

Exposición:

Quinto artículo del Credo

Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos

Dios creó innumerables ángeles, que son naturalezas espirituales, para que le sirviesen y asistiesen; a los cuales adornó con su gracia santificante, y los dotó de elevada ciencia ²⁶ y de gran poder. Pero muchísimos de ellos se rebelaron por soberbia contra Dios, su Padre y Creador, por lo que al punto fueron arrojados al infierno, donde son castigados eternamente. Descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos.

En este artículo, según la autoridad de los Santos Padres, se tratan dos grandes triunfos de nuestro Señor después de su Pasión: el primero, la victoria sobre el diablo y el infierno; el segundo, su propia resurrección.

En esta primera parte del artículo se nos propone creer dos cosas:

- Que en muriendo Cristo, *su alma descendió a los infiernos* y permaneció allí todo el tiempo que su cuerpo estuvo en el sepulcro;
- Que en ese mismo tiempo *la persona de Cristo estuvo a la vez en los infiernos* (por la unión de su alma y su divinidad) *y en el sepulcro* (por la unión de su cuerpo y su divinidad).

1º Por “infiernos” entendemos, no el sepulcro, sino aquellas moradas ocultas en donde están detenidas las almas que no han conseguido la felicidad celestial. En este sentido la han usado

muchas veces las sagradas Escrituras. Sin embargo, estas moradas no son todas de la misma clase; sino que hay tres de ellas:

- El *infierno de los condenados*, o *gehena*, o *abismo*, que es aquella cárcel horrible donde son atormentadas las almas de los que murieron en pecado mortal, juntamente con los espíritus infernales;
- El *purgatorio*, donde se purifican por tiempo limitado las almas de los justos todavía manchadas antes de entrar en el cielo;
- El *seno de Abraham*, donde residían, sin sentir dolor alguno y sostenidas por la esperanza de la redención, las almas de los santos antes de la venida de nuestro Señor. A este último lugar descendió Cristo realmente, esto es, su alma y su divinidad, y no sólo su poder y virtud.

2º Este descenso a los Infiernos no disminuyó absolutamente nada del poder y majestad infinita de Cristo, antes al contrario, manifestó claramente que El era el Hijo de Dios, por varias razones:

- No bajó *cautivo*, como los demás hombres, sino libre entre los muertos, victorioso sobre el diablo, y libertador de las almas justas;
- No bajó *para padecer cosa alguna*, como padecían las almas allí encerradas (al menos la privación de la visión de Dios), sino para liberar las almas santas y justas, y comunicarles el fruto de su pasión.

3º Por lo tanto, dos son las causas por las que Jesucristo bajó a los infiernos:

- *Para liberar las almas de los santos Padres* y demás almas piadosas que allí estaban esperando la Redención, y comunicarles la visión beatífica; pues la Pasión fue causa de la salvación no sólo de los justos que existieron después de la venida de Cristo, sino también de los que le habían precedido desde Adán; y, por consiguiente, antes de que el Señor muriese y resucitase, para nadie estuvieron abiertas las puertas del cielo, sino que las almas de los justos, cuando éstos morían, eran llevadas al seno de Abraham;
- *Para manifestar también allí su poder y majestad*, como lo había manifestado en el cielo y en la tierra, a fin de que a su nombre se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos.

Séptimo artículo del Credo

Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos

Cristo quiso honrar y engrandecer a su Iglesia con tres oficios: el de *Redentor*, que se expuso al explicar cómo redimió al género humano por su pasión y muerte; el de *Protector*, que se expuso al explicar cómo por la Ascensión tomó a su cargo nuestra causa y defensa; y el de *Juez*, que se debe explicar en este artículo, cuyo significado es que Cristo ha de juzgar a todos los hombres al fin de los tiempos.

CUÁNTAS SON LAS VENIDAS DE CRISTO

Dos son las venidas de Cristo, atestiguadas por la Escritura:

1º Cuando por nuestra salvación tomó carne mortal en el vientre de la Virgen María y se hizo hombre.

2º Cuando al fin del mundo venga a juzgar a todos los hombres. Esta segunda venida es llamada comúnmente en las Escrituras "*día del Señor*", y su hora nadie la conoce. Los fieles deben desear con afecto veheméntísimo este día del Señor, de modo parecido a como los justos del Antiguo Testamento deseaban el día en que el Señor revestiría carne humana.

CUÁNTOS SON LOS JUICIOS QUE EL HOMBRE DEBE SUFRIR

También son dos las veces que el hombre debe comparecer ante el Señor para ser juzgado por El :

1º En el juicio particular: cuando cada uno de nosotros sale de este mundo, inmediatamente comparece ante Dios y es juzgado por todas las acciones de su vida.

2º En el juicio general: cuando todos los hombres, en un solo día y lugar, al fin de los tiempos, comparecerán ante Jesucristo, en cuerpo y alma, para ser juzgados públicamente, esto es, para que se haga pública la sentencia de su eterna salvación o condenación.

RAZONES DEL JUICIO GENERAL

Era conveniente que, después del juicio particular, tuviera lugar otro juicio universal, por los siguientes motivos:

1º Para que se conozca la influencia del buen o mal ejemplo de cada hombre sobre sus descendientes, y haya un examen perfecto de este proceso de hechos y dichos, buenos y malos, con los cuales aumenta el premio o la pena de los ascendientes muertos.

2º Para que sean ensalzados los justos, muchas veces privados en esta vida de la honra, y humillados los impíos, muchas veces ensalzados injustamente.

3º Para que sean juzgados y premiados o condenados, no sólo nuestras almas, sino también nuestros cuerpos, que fueron los instrumentos de sus acciones.

4º Para que se manifieste la acción infinitamente justa y sabia de la Providencia de Dios en las cosas prósperas y adversas que indistintamente suceden a buenos y a malos, e incluso cuando permite el mal o la humillación del justo y la prosperidad del malvado; no sea que se crea que Dios no se ocupó de las cosas humanas, ni tenga motivo alguno la queja que esta manera de obrar arrancó a veces a los mismos hombres justos.

5º Para infundir en esta vida ánimo a los justos de seguir haciendo el bien, y temor a los pecadores de hacer el mal, ante el pensamiento de este juicio riguroso en que el justo será recompensado.

QUIÉN SERÁ EL JUEZ

El Juez de este juicio universal no será otro que Cristo, a quien se atribuye muy particularmente:

1º En cuanto Dios, porque aunque la potestad de juzgar es común a las tres divinas personas, se atribuye más especialmente a la Sabiduría, por ser el juicio un acto de sabiduría.

2º En cuanto hombre, por afirmarlo así las Escrituras, y por ser conveniente en razón de dos motivos:

- El primero, porque, al ser un juicio sobre hombres, conviene que lo haga un *Juez visible*, cuya sentencia pueda ser escuchada por los sentidos del cuerpo y por el alma; y para ello, nadie más propio que quien es el Hijo del hombre [esto es, la nueva Cabeza del género humano];

- El segundo, para *exaltar a Jesucristo*, constituyendo Juez universal de todos los hombres a quien por amor nuestro quiso someterse a un tribunal humano y ser condenado por tan inicuas sentencias de hombres.

SEÑALES DE LA PROXIMIDAD DEL JUICIO FINAL

Tres son las principales, según las Sagradas Letras:

- La predicación del Evangelio a todo el mundo;
- La apostasía de las naciones;
- La aparición del Anticristo.

MODO DE LA CELEBRACIÓN DEL JUICIO

Por las profecías de Daniel, de los sagrados Evangelistas y del Apóstol, podemos deducir que el juicio se realizará en los siguientes pasos:

1° Después de la aparición del Anticristo, vendrá la conmoción general de los astros y la conflagración de la tierra.

2° Luego, la resurrección general de todos los hombres.

3° Finalmente, el Juicio mismo:

- Separación de buenos y malos;
- Revelación de las conciencias;
- Recompensa de los justos;
- Y castigo de los impíos: *pena de daño*, o privación eterna de Dios (“*apartaos de Mí*”); ausencia total de todo bien, y presencia de todo mal (“*malditos*”); *pena de sentido*, o aflicción por parte de las criaturas, especialmente por el tormento del fuego, duración eterna de esa pena (“*al fuego eterno*”) y compañía de los demonios (“*que fue destinado para el Diablo y sus ángeles*”).

La materia del Juicio debe inculcarse con frecuencia en el espíritu del pueblo fiel, por dos motivos:

- porque es muy útil para *alejarse al pecador del pecado*, refrenar sus pasiones, y llamarlo a la práctica de la piedad, al considerar que tendrá que dar un día a Dios una cuenta rigurosa de todos sus pensamientos, palabras, obras y deseos;
- Y para *estimular a los justos a perseverar en la práctica del bien*, aunque para ello pasen la vida en la miseria, deshonrados y perseguidos, con la esperanza del día en que serán declarados vencedores en presencia de todos los hombres, y ensalzados eternamente con los honores divinos de la gloria celestial.

Conclusión y Suplicas:

Es muy insensato preferir deber a Dios que a los hombres; mejor es estar encerrado en una cárcel que ser arrojado a los suplicios eternos del infierno; más grave es ser condenado en el tribunal divino que en el tribunal humano.

Si por los frutos se conoce el árbol, necesariamente los que ha de producir estos artículos del Catecismo han de ser copiosos y excelentes.

¡Oh Señor Jesús! Deseo ser reafirmada en estas verdades de Fe, conocido a través del entendimiento interior. Si supiéramos que si el alma que ama sinceramente a Dios y está unida a Él interiormente, entonces aunque por fuera vive en condiciones difíciles, nada tiene el poder de oprimir su interior. Y entre la corrupción puede ser pura e intacta, porque el gran amor de Dios le da fuerza para luchar y Dios Mismo defiende de modo especial, e incluso de manera milagrosa, al alma que lo ama sinceramente.

Deseo que una llama de amor y de agradecimiento a Dios brote de mi corazón, y este amor me conduzca a olvidarme completamente de mí.

Capítulo XVIII: San Alfonso María de Liguorio. Preparación para la muerte

Presentación:

Nació en Nápoles el año 1696; obtuvo el doctorado en ambos derechos, recibió la ordenación sacerdotal e instituyó la Congregación llamada del Santísimo Redentor. Para fomentar la vida cristiana en el pueblo, se dedicó a la predicación y a la publicación de diversas obras, sobre todo de teología moral, materia en la que es considerado un auténtico maestro.

El santo predicaba con sencillez y decía a sus misioneros: "Emplead un estilo sencillo, pero trabajad a fondo vuestros sermones. Un sermón sin lógica resulta disperso y falto de gusto. Un sermón pomposo no llega a la masa. Por mi parte, puedo deciros que jamás he predicado un sermón que no pudiese entender la mujer más sencilla".

San Alfonso era estricto, pero a la vez tierno y compasivo. A los 60 años fue elegido obispo de Sant' Agata de' Goti, diócesis pequeña con 30,000 habitantes, diecisiete casas religiosas y cuatrocientos sacerdotes entre los cuales habían varios que no practicaban su ministerio sacerdotal o llevaban mala vida. Algunos celebraban la misa en 15 minutos. San Alfonso los suspendió "ipso facto", a no ser que se corrigiesen.

Murió entre los suyos, en Pagami, cerca de Nápoles, el año 1787.

Fue canonizado en 1839. En 1871 fue declarado Doctor de la Iglesia y propuesto como patrono de los confesores y de los teólogos de moral.

Este libro tan ascético y teológico, trata sobre las verdades eternas para las almas que desean perfeccionarse y adelantar en la senda de la vida espiritual.

Esta obra puede servir para la predicación, a los sacerdotes que no tengan muchos libros ni tiempo de leerlos, San Alfonso de Liguorio las ha enriquecido con textos de la Escritura y pasajes de los Santos Padres; citas que, aunque breves, encierran altísimo espíritu, como conviene para predicar la palabra de Dios.

A continuación mencionaremos una consideración, del libro "preparación para la muerte" consideración número 26.

Relato:

Consideración 26. De las Penas del Infierno

Dos males comete el pecador cuando peca, deja a Dios sumo bien, y se entrega a las criaturas," porque dos males hizo mi pueblo, me dejaron a mí que soy fuente de agua viva y cavaron para sí aljibes rotos que no pueden contener las aguas" nos dice el Señor por boca del profeta Jeremías.

Y por que el pecador se dio a las criaturas con ofensa de Dios, justamente será atormentado en el infierno por esas mismas criaturas el fuego y los demonios. Esta es la pena del sentido.

Mas como su culpa mayor en la cual consiste la maldad del pecado, es el apartarse de Dios. La pena más grande que hay en el infierno, es la pena de daño. El carecer de la vista de Dios y haberle perdido para siempre.

Consideremos primeramente la pena de sentido, es de fe, que hay infierno, en el centro de la tierra esta esa cárcel destinada al castigo de los rebeldes contra Dios. Que es pues el infierno, es un lugar de tormentos como le llamo el rico epulón, lugar de tormentos donde todos los sentidos y potencias del condenado han de tener su propio castigo y donde aquel sentido que más hubiere servido de medio para ofender a Dios será más gravemente atormentado.

La vista padecerá el tormento de las tinieblas. Digno de profunda compasión sería el hombre infeliz, que pasara cuarenta o cincuenta años de su vida encerrado en un estrecho y tenebroso calabozo. Pues el infierno es cárcel por completo cerrada y oscura donde no penetrara nunca ni un rayo de sol ni de luz alguna.

El fuego que en la tierra alumbraba no será luminoso en el infierno, dice el salmo 28, voz del Señor que corta llama de fuego, es decir como lo explica San Basilio que El Señor separara del fuego la luz, de modo que esas maravillosas llamas, abrazaran sin alumbrar, o como dice San Alberto magno, apartara del calor el resplandor y el humo que despedirá esa hoguera formara una nube tenebrosa que como dice San Judas, en su carta primera capítulo 3, segara los ojos de los réprobos, no habrá más que la precisa para acrecentar el tormento, tan solo un pálido fulgor que deje ver la fealdad de los condenados y de los demonios y el horrendo aspecto que estos tomaran para causarnos mayores espantos.

También el olfato padecerá su propio tormento sería insoportable que estuviésemos encerrados en estrecha habitación con un cadáver fétido, pues el condenado ha de estar siempre entre millones de réprobos vivos para la pena, pero hediondos por la pestilencias que arrojaran de si, según el profeta Isaías 34-3.

Dice San Buenaventura, que si el cuerpo de un condenado saliera del infierno bastaría para que el solo por su hedor muriesen todos los hombres del mundo. Y aun dice algún insensato, si voy al infierno no iré solo.

Infeliz, cuantos más réprobos allá allí, mayores serán tus padecimientos. Dice Santo Tomas, allí la compañía de otros desdichados no alivia sino que acrecienta la común desventura. Muchos más penaran sin duda por la fetidez asquerosa, por los lamentos de aquella desesperada muchedumbre y por estrechez en que se hallaran amontonados y oprimidos como ovejas en tiempos de invierno, como uvas prensadas en el lagar de la ira de Dios.

Padecerán así mismo el tormento de la inmovilidad, tal y como caiga el condenado al infierno así ha de permanecer inmóvil. Sin que le sea cambiar de sitio ni mover manos ni pies mientras Dios sea Dios.

Sera atormentado el oído con los continuos lamentos y voces de aquellos pobres desesperados y por los horrorosos estruendos que los demonios harán. Huelle con nosotros el sueño cuando oímos cerca gemidos de enfermos llantos de niños ladrido de algún perro. Infelices réprobos que han de oír forzosamente por toda la eternidad los pavorosos gritos de todos los condenados.

La gula será castigada con un hambre devoradora, más no habrá allí ni un pedazo de pan, padecerá el condenado abrasadora sed que no se apagaría ni con toda el agua del mar.

Pero no se le dará ni una sola gota, nada más que una gota pedía el rico avariento, y no la tuvo ni la obtendrá jamás. La pena de sentido que más atormenta al condenado es el fuego del infierno, tormento del tacto como se lee en Eclesiástico 7-19 El Señor le mencionara especialmente en el día del juicio, “apartaos de mi malditos, al fuego eterno” Evangelio según San Mateo 25-41.

Aun en este mundo el suplicio del fuego es el más tremendo de todos, más hay tal diferencia entre las llamas del infierno con las de este mundo, que como dice San Agustín, en comparación con las nuestras son como pintadas o como si fuesen de hielo, según como dice San Vicente Ferrer. Y la razón de esto consiste en que el fuego terrenal fue creado para utilidad nuestra, pero el del infierno, solo para castigo fue creado. Por eso dice Tertuliano, muy diferente es el fuego que se utiliza para servicio del hombre y el que sirve para la justicia de Dios, la indignación de Dios que encienden esa sed de venganza. Y por esto llama Isaías, espíritu de ardor al fuego del infierno, el condenado estará dentro de las llamas rodeado de ellas por todas partes como leño en el horno, tendrá abismos de fuego bajo las plantas, inmensas masas de fuego sobre su cabeza y alrededor de si, cuanto vea toque o respire, fuego a de respirar, tocar o ver. Sumergido estará en el fuego como el pez en el agua y esas llamas no se hallaran alrededor del réprobo sino que penetraran dentro de él, en sus mismas entrañas para atormentarle, el cuerpo será pura llama, ardera el corazón en su pecho, las viseras en el vientre, el cerebro en su cabeza, en las venas la sangre, la medula en los huesos, todo condenado se convertirá en un horno ardiente, como dice el salmo 20-10.

Hay personas que no aguantan ser quemadas por el suelo calentado por los rayos del solo, o tampoco aguantan estar bajo un brasero encendido en un aposento cerrado, ni pueden recibir una chispa que les salte del alumbre, y luego no temen aquel fuego que devora. Así como una fiera devora a un tierno corderito así las llamas del infierno devoran a un condenado, le devoraran sin consumirle, sin darle muerte, sigue pues insensato, dice San Pedro Damían, hablando del voluptuoso, sigue satisfaciendo a tu carne, que un día llegara en que tus deshonestidades se convertirán en ardiente pez dentro de tus entrañas, y harán más intensa y abrasadora la llama infernal en la cual has de arder.

Y añade San Gerónimo, que aquel fuego se llevara consigo todos los dolores, males que en la tierra nos atribuían, hasta el tormento del hielo se padecerá allí, y todo aquello con gran intensidad que como dice San Crisóstomo, los padecimientos de este mundo, son pálida sombra en comparación de las del infierno. Las potencias del alma recibirán también su adecuado castigo, tormento de la memoria será el vivo recuerdo que en vida tuvo el condenado para salvarse y lo gasto en condenarse, y de las gracias que Dios le dio y fueron por el menospreciadas.

El entendimiento padecerá también, considerando el gran bien que ha perdido, considerando a Dios y al cielo, y ponderando que esa pérdida ya es irremediable. La voluntad vera que se le niega todo lo que desea, el desventurado réprobo no tendrá nunca nada de lo que quiere y siempre ha de tener lo que más aborrezca, es decir males sin fin.

Querrá librarse de los tormentos y disfrutar de paz, pero siempre será atormentado, jamás hallara un momento de reposo. Pero todas las penas referidas, nada son si se compara con las peñas del daño, las tinieblas, el hedor, las llamas, no constituyen la esencia del dolor del infierno. El verdadero infierno es la pena por la pena de haber perdido a Dios para siempre, decía San Bruno, multiplíquense los tormentos con tal que no se nos prive de la presencia de Dios y San Juan Crisóstomo decía, si dijereis mil infiernos de fuego nada dirás comparable al dolor aquel de perder a Dios para siempre.

Y San Agustín añade, que si los réprobos gozasen de la vista de Dios, no sentirían tormento alguno y el mismo infierno se les convertiría en paraíso. Para comprender algo de esta pena consideremos que si alguno pierde por ejemplo, una piedra preciosa que valga cien escudos, tendrá un gran disgusto, pero si esa piedra valiese el doble sentiría la pérdida mucho más, y más todavía si valiera quinientos, en suma cuanto mayor es el valor de lo que se pierde, tanto

más se acrecienta la pena que ocasiona el haberlo perdido. Y puesto que los réprobos pierden el bien infinito que es Dios, sienten como dice Santo Tomas, una pena en cierto modo infinita. En este mundo solamente los justos temen esa pena, San Ignacio de Loyola decía, Señor todo lo sufriré, más no la pena de estar privado de vos. En cambio los pecadores no sienten temor alguno por tan grande perdida, por que se contentan con vivir largos años sin Dios hundidos en tinieblas.

Pero en la hora de la muerte conocer en gran bien que han perdido, el alma que sale de este mundo dice San Antonino, conoce que fue creada por Dios he irresistiblemente vuela, queriéndose abrazarse con el sumo bien, más si esta en pecado Dios la rechaza.

Si lebre el sujeto y amarrado ve cerca de si exquisita casa, se esfuerza con romper la cadena que lo detiene, y trata de lanzarse sobre su presa. El alma al separarse del cuerpo, se siente naturalmente atraída hacia Dios, pero el pecado la aparta y la arroja lejos de Él. Todo el infierno pues se resume en aquellas palabras de la sentencia, apartaos de mi maldito, apartaos dirá El Señor, no quiero que veáis mi rostro, ni aun imaginando mil infiernos podrá nadie concebir lo que es la pena de ser aborrecido de Cristo.

Cuando David impuso a Absalón el castigo de que jamás compadeciese ante él, Absalón sintió un dolor tan profundo que exclamo, decid a mi padre que me permita ver su rostro o me de la muerte. Felipe II viendo que en su corte estaba un hombre con gran irreverencia le dijo severamente, no volváis a presentaros ante mí, y tal fue la confusión y el dolor que sintió ese hombre que llegando a su casa murió. Que será cuando Dios despida al réprobo para siempre. Esconderé de él mi rostro y hallaran todos los males y aflicciones, nos dice el Deuteronomio 31-17. Y Cristo dirá, no sois ya míos ni yo vuestro.

Aflige un dolor inmenso a un hijo o a una esposa cuando saben que ya nunca volverán a ver a su padre o esposo que acaba de morir, pues si al oír los lamentos del alma de un réprobo, le preguntásemos cual es la causa de su dolor, que sentiría ella cuando nos dijese, lloro porque he perdido a Dios y ya no le veré jamás.

Y si a lo sumo el desdichado pudiese amar a Dios en el infierno y conformarse con la divina voluntad, si eso pudiese hacer, el infierno ya no sería infierno. Ni podrá resignarse si podrá amar a Dios, vivirá odiándole eternamente y ese ha de ser su mayor tormento, conocer que Dios es el sumo bien, digno de infinito amor, y verse forzado de aborrecerle siempre.

Un demonio interrogado por Santa Catalina de Génova le respondía así, soy aquel malvado desposeído del amor de Dios, El réprobo odiara y maldecirá a Dios, y maldiciéndole maldecirá los beneficios que de Él recibió, la creación, la redención, los sacramentos, el bautismo, la comunión, y sobre todo el Santísimo Sacramento del altar, aborrecerá a todos los ángeles y santos, con odio implacable odiara a su ángel custodio, a sus santos protectores y a la Santísima Virgen María.

Maldecidas serán por él, las tres Divinas personas, especialmente las del Hijo de Dios, que murió especialmente por salvarnos y las llagas, trabajos, sangre, pasión y muerte de Cristo Jesús.

Conclusión y Suplicas:

Sois pues Dios mío, sumo bien, el bien infinito y yo tantas veces voluntariamente os he perdido. Sabía yo que con mis culpas os enojaba y perdía vuestra gracia y sin embargo las cometí, ¡ah Señor! Si no supiese que clavado en la cruz moristeis por mí, no me atrevería a pedir y a esperar vuestro perdón.

Oh eterno Padre, no me miréis a mí, mirad a vuestro amado Hijo que por mi ruega y oíde y perdonadme, muchos años hace que merecí verme en el infierno, sin la esperanza de amaros ni recuperar la perdida de aquella gracia infinita que me queréis dar.

Me pesa Dios mío de todo corazón, de las injurias que hice renunciando a vuestra amistad, despreciando vuestro amor por los viles placeres de este mundo.

Antes hubiera muerto mil veces. Como pude estar tan ciego y tan loco.

¡Gracias Señor, que me das tiempo de remediar el mal que cometí, ya que por vuestra misericordia no estoy en el infierno, y todavía puedo amaros, deseo amaros Dios mío!

Os amo bondad infinita, os amo vida y tesoro mío, mi amor y mi todo. Acordaos Señor del amor que me tuviste, y recordadme a mí, el infierno en que debiera hallarme, a fin de que este pensamiento me encienda en vuestro amor, y me mueva a repetir mil veces, que deberás os amo.

Oh María reina y esperanza y madre nuestra, si me viera en el infierno tampoco podría amaros a vos, más ahora os amo Madre mía, y espero que jamás dejare de amar a vos y a mi Dios. Ayudadme y rogad a Jesús por mí.

AMEN.

Y recuerda querido lector, que para cada uno de nosotros Dios ha dispuesto un año en ese año, un mes, en ese mes, un día y en ese día una hora y un minuto donde nos llamara a través de la hermana muerte para juzgarnos, sin misericordia. Que será de tu alma en aquella hora, habrá para ti una eternidad de dichas, inconmensurable cielo para toda la eternidad o la amargura de las llamas que eternamente te abrazaran en el infierno.

Recuerda que solo depende de ti.

Capítulo XIX: San Alfonso María de Ligorio. Preparación para la muerte

Presentación:

Muerte, palabra tan fácil de expresar, tan cotidiana, tan usada, tan desconocida, tu sola presencia borra las sonrisas, ajusta los rostros, desvía miradas, cierra mentes y corazones. Hoy quiero con la luz de Dios mostrarte tal cual es, desnudarte ante mis hermanos, para que conociéndote aprendan a esperarte, pidan tu llegada, se ofrezcan a tu encuentro como humilde paga por vidas tan llenas de pecados.

A continuación mencionaremos una consideración, del libro “preparación para la muerte” consideración número 27.

Consideración 27. Eternidad del infierno

Relato:

Si el infierno no tuviera fin, el infierno no sería infierno, la pena que dura poco no es gran pena, si a un enfermo se le saca un tumor o se le quema una llaga, no dejara de sentir vivísimo dolor. Pero como este dolor se acaba en breve, no se le puede tener por un tormento muy grave.

Más sería grandísima tribulación que al cortar o quemar continuara sin tregua semanas, o meses. Cuando el dolor dura mucho aunque sea muy débil se hace insoportable y no ya los dolores sino aun los placeres y diversiones duraderos en demasía, por ejemplo una comedia o un concierto continuado sin interrupción por muchas horas, nos ocasiona insufrible tedio.

Y que, si durasen un mes o un año, que sucederá pues entonces en el infierno, donde no es música ni comedia lo que siempre se oye, ni tampoco leve dolor lo que se padece, ni ligera herida o breve quemadura de candente hierro lo que atormenta, sino el conjunto de todos los males, de todos los dolores, no en tiempo limitado, sino por toda la eternidad.

Esta duración eterna es de fe, no es una mera opinión, sino una verdad revelada por Dios en muchos lugares en las escrituras, apartaos de mí malditos al fuego eterno he irán estos al fuego eterno, pagaran la pena de eterna perdición, todos serán con fuego asolados.

Así como al sal conserva los manjares, el fuego eterno del infierno atormenta a los condenados, y al mismo tiempo sirve, como de sal, conservándoles la vida.

Allí el fuego consume de tal modo, dice San Bernardo, que conserva siempre. Insensato sería, que el que por disfrutar un rato de recreo, quisiera condenarse por veinte o treinta años a estar en una fosa. Si el infierno durase no ya cien años, sino dos o tres nada más, todavía sería gran locura que por un instante de placer, nos condenásemos por esos dos o tres años de gravísimos tormentos. Pero no se trata ni de cien, ni de mil, ni de un millón de años se trata de padecer para siempre, para siempre terribles penas, para siempre dolores sin fin, males espantosos para siempre, sin alivio de ninguna clase. Con razón pues, aun los santos gemían y temblaban mientras subsistía con la vida temporal el peligro de condenarse. El

bienaventurado Isaías, ayunaba y hacia penitencia en el desierto, y se lamentaba exclamando, ay infeliz de mí, que no estoy libre de las llamas infernales.

El que entra en el infierno, jamás saldrá de allí, por este pensamiento temblaba el rey David cuando decía, ni me trague el abismo, ni el pozo cierre sobre mí la boca. Apenas se hunda el condenado a ese pozo de tormento, se cerrara la entrada y no se abrirá nunca.

Puerta para entrar hay en el infierno, más no para salir y explicando las palabras del salmista escribe, no cierra la boca el pozo porque se cerrara en lo alto y se abrirá en lo profundo cuando reciban a los réprobos. Mientras vive, el pecador puede conservar alguna esperanza de remedio, pero si al muerte le sorprende en pecado acabara para el toda esperanza, y si a lo menos pudiesen los condenados forjarse alguna engañosa ilusión que aliviane esa desesperación horrenda, el pobre enfermo llagado e impedido, postrado en el lecho y desahuciado de los médicos, tal vez se ilusiona y consuela pensando que ha de llegar algún doctor o algún remedio que ha de curarlo. El infeliz condenado a cadena perpetua busca también alivio al pensar en la remota esperanza, de huir y libertarse.

Si lograrse siquiera el condenado engañarse así, pensando que algún día podrá salir de la prisión, más no, en el infierno no hay esperanzas. Ni cierta ni engañosa, no hay allí un quien sabe consolador, el condenado vera siempre en si su sentencia que le obliga a estar perpetuamente lamentándose, en aquella cárcel de dolores. Unos para la vida eterna y otros para el oprobio, para que lo vean siempre. El réprobo no solo padece lo que ha de padecer a cada instante sino que en todo momento, la pena de la eternidad.

Roguemos pues al Señor como rogaba San Agustín, quema y corta y no perdones aquí, para que perdones en la eternidad, los castigos de esta vida transitorios son, tus saetas pasan dice el salmo 76, la voz del trueno va en rueda por el aire, pero los castigos de la otra vida no acaban jamás.

Es muy saludable tenerles miedo, temamos la voz de trueno con que el supremo juez pronunciara en el día del juicio su sentencia, contra los condenados, apartaos de mí malditos, al fuego eterno.

Dice la escritura en rueda, porque esa curva es símbolo de la eternidad que no tiene fin, grande es el castigo del infierno pero lo más terrible de él, es irrevocable, más donde, dirá el incrédulo, donde está la justicia de Dios, al castigar con pena eterna un pecado que solo ha durado un instante. Y como, responderemos, como se atreve el pecador por el placer de un instante, a ofender a un Dios de majestad infinita. Aun en el juicio humano, la pena se mide no por la duración, sino por la calidad del delito, no porque el homicidio se cometa en un momento, ha de castigarse con la pena momentánea.

Para el pecado mortal, un infierno es poco, a la ofensa de la majestad infinita de Dios, debe corresponder un castigo infinito, dice San Bernardino de Sena, y como al criatura, dice el angélico doctor, no es capaz de recibir pena infinita en intensidad, justamente hace Dios que esa pena sea infinita en duración.

Además la pena debe ser necesariamente eterna, porque el réprobo no podrá jamás satisfacer por su culpa, en este mundo puede satisfacer el pecador penitente en cuanto se le apliquen los meritos de Jesucristo, pero el condenado no participa de esos meritos, y por tanto no pudiendo ya nunca satisfacer a Dios, siendo eterno el pecado, eterno también ha de ser el castigo. Allí la culpa podre ser castigada, pero jamás podrá ser castigada, porque como dice San Agustín, allí el pecador no podrá arrepentirse, y por eso el Señor estará siempre aireado contra él, y aun

dado el caso de que Dios quisiese perdonar al réprobo, este no querría el perdón porque su voluntad obstinada y rebelde a quedado confirmada en odio contra Dios.

Dice el Papa Inocencio III, los condenados no se humillaran, antes bien la malignidad del odio crecerá siempre en ellos, y San Gerónimo afirma, que en los réprobos el deseo de pecar es insaciable, la herida de tales desventurados no tiene curación ellos mismos se niegan a sanar.

En la vida del infierno, al muerte es lo que más se desea, buscaran la muerte y no la hallaran, desearan morir y la muerte huira de ellos, por lo cual exclama san Gerónimo, oh muerte cuan grata serias a los mismos a los que fuiste tan amarga, y David dice en el salmo 48, que la muerte se apacentara con los réprobos.

Y San Bernardo lo explica que así como al pasear a los rebaños comen las hojas de las hierbas, y dejan la raíz, así la muerte devora a los condenados, los mata a cada instante y a la vez les conserva la vida para seguir atormentándolos con eterno castigo. De suerte decía San Gregorio que el réprobo muere continuamente sin morir jamás, cuando un hombre le mata el dolor las demás personas se compadecen, pero el condenado no tendrá quien le compadezca, estará por siempre muriendo de angustia y nadie le compadecerá.

El emperador Zenón, que fue sepultado vivo en una fosa, gritaba y pedía por piedad que le sacaran de allí, más no le oyó nadie y le hallaron después muerto en ella, y las mordeduras que en el brazo sin duda se había hecho patentizaron la horrible sensación que le había acontecido.

Pues los condenados exclama San Cirilo de Alejandría, gritan en la cárcel del infierno, pero nadie nunca jamás se compadecerá de ellos. Y cuanto durara tanta desdicha, durara siempre.

Refierese en los ejercicios espirituales del padre Ceñeri que en Roma se estudio a un demonio que estaba en el cuerpo de un poseso, y le preguntaron hace cuanto tiempo que él está en el infierno, y les respondió con rabiosa desesperación, siempre, siempre. Fue tal la desesperación de los circunstantes que muchos jóvenes del seminario Romano, hicieron confesión general y mudaron de vida, convertidos por aquel breve sermón, que tan solo tuvo dos palabras, siempre, siempre.

Infeliz Judas, más de mil novecientos años han pasado de que está en el infierno, y sin embargo diríase que ahora acaba de empezar su castigo. Desdichado Caín, cerca de seis mil años lleva en el suplicio del infierno y puede decirse que aun se halla en el principio de su pena.

Un demonio a quien ha sido preguntado, hace cuanto que está en el infierno, respondió, desde ayer, y como se le replico que no podía ser así, por ya habían pasado cinco mil años desde su condenación, exclamo, si supiereis lo que s la eternidad comprenderías que en comparación de ella cincuenta siglos no es ni un instante. Si un ángel dijera a un réprobo, saldrás del infierno cuanto haya pasado tantos siglos, como gotas hay en las aguas de la tierra, hojas de los arboles y arena en el mar, el condenado se regocijaría tanto como un mendigo que recibiese la nueva de que debía ser rey. Porque pasaran todos esos millones de siglos y otros innumerables después y conto el tiempo de duración del infierno recién estará comenzando.

Los réprobos le pedirían a Dios que les acrecentara en extremo la intensidad de sus penas y que las dilatase cuanto quisiera, con tal que le pusiese fin por remoto que este fuese, pero ese

término y límite no existen y no existirán, la voz de la Divina justicia solo repite en el infierno, las palabras, para siempre jamás.

Por burla preguntaran a los condenados los demonios, va muy avanzada la noche, ¿cuándo amanecerá, cuando acabaran, esas voces, esos llantos, los tormentos, las llamas y ese hedor? Los infelices dirán, ¡nunca jamás! Pero cuanto durara esto, para siempre.

Conclusión y súplicas:

Señor ilumina a tantos ciegos que cuando se les insta para que no se condene, dejadnos, si he de condenarme e ir al infierno que le debo hacer, paciencia. Dios mío, no tienen paciencia para soportar a veces las molestias del calor o frío, ni sufrir un golpe y la tendrán después para padecer las llamas de un mar de fuego, los tormentos diabólicos, el abandono absoluto de Dios y de todos para toda la eternidad.

Oh Padre de las misericordias, vos nunca abandonas a los que os busca, si en la vida pasada tantas veces me aparte de vos y no me abandonasteis no me dejes ahora que a vos acudo. Me pesa o sumo bien de haberos menospreciado, de haber despreciado vuestra gracia trocándola por cosas tan poco valor, mirad las sagradas llagas de vuestro Hijo, oíd su voz que demanda perdón para ti y perdonadme Señor. Y tu redentor mío recuérdame siempre los trabajos que por mi pasaste, el amor que me tienes y mi vil ingratitud, por la cual tan a menudo he merecido condenación eterna, a fin de que yo llore mis culpas y viva entregado a tu amor. Jesús mío, como no he de arder en tu amor al pensar que muchos años atrás debiera arder en las llamas del infierno por la eternidad y que tú moriste al librarme de ellas y con tan gran clemencia me perdonaste y me libraste, si estuviese hoy en el infierno, te aborrecería eternamente, pero ahora te amo, y deseo seguir siempre amándote pero por los meritos de tu preciosa sangre que así me lo concederás, vos Señor me amáis, yo también os amo, y me amareis siempre si de vos no me aparto. Libradme Salvador mío de esa gran desdicha de apartarme de vos y haced de mi los que os agrade, merecedor soy de todo castigo y gustoso lo acepto con tal que no me privéis de vuestro amor.

Oh María Santísima, amparo y refugio mío, cuantas veces me he condenado yo mismo al infierno, y vos me habéis librado de él, libradme desde ahora de todo pecado, causa única que me puede arrebatarse la gracia de Dios y arrojarme al infierno.

Amén.

Y recuerda querido lector, que aunque quisiéramos sacarlo de la mente, que aunque en ello no queramos pensar día a día, corremos hacia el encuentro con la muerte y será entonces el momento de ingresar en una dicha eterna o en una eternidad de tormentos sin fin. ¡Recuerda que solo depende de ti!

Capítulo XX: Confesiones del infierno al mundo contemporáneo.

Presentación:

Extraído del libro: "Advertencia del más allá". Lo remití a los 80 obispos de lengua alemana. Visité la posesa y asistí a una de las conjuraciones acompañado del Prelado y Profesor Siegmund de Fulda que dijo: "He podido convencerme que la posesa no es una histérica, ni psicópata, confirmado por médicos. Sus síntomas dan la impresión de una posesión real". En 1.975 asistí a un exorcismo de siete personas poseídas, en una Iglesia en Italia. Presencé las reacciones de los pobres poseídos durante el exorcismo, además de eso, vi sus comportamientos cuando recibían los Sacramentos, su disposición y finalmente, su capitulación delante del Santísimo Sacramento, las personas así atormentadas habían venido, por su libre voluntad, para que fueran exorcizadas por un Padre piadoso, "porque buscaban un alivio, que nadie más podría darles", como ellas propias me confirmarían.

A pesar de que la Biblia se refiere cerca de 70 veces al infierno y más veces todavía al demonio, encontramos en la Iglesia actual Obispos competentes, profesores de teología tolerantes, que niegan la existencia del demonio, y con ello, la existencia del infierno y también la existencia de todo mundo Angélico.

Sobre la Poseída: A propósito de la poseída a la que este libro se refiere, se llegó hace poco, una vez más, a la conclusión de que en el caso de esta mujer y madre se trata de un alma reparadora, que desde hace 14 años es atormentada por pavorosos estados de angustias y períodos de insania total. Fue tratada por los métodos más modernos de la Medicina y de la Psiquiatría, durante sus ocho permanencias en la clínica. Cuando después de los más rigurosos tratamientos, le dieron de alta, considerándola como un caso inexplicable, un exorcista conocido, comprobó casualmente la posesión de un modo inequívoco. Después de un exorcismo, que contó con la colaboración de varios sacerdotes, realizado en un lugar de las Apariciones de la Virgen (Fontaneli Montichiari, en Italia), tanto los demonios (ángeles caídos) como almas dañadas (personas condenadas) fueron obligados por la Santísima Virgen, a hacer importantes revelaciones dirigidas a la Iglesia actual.

Exorcismos y Revelaciones: En 1.974, sobrevino una grave recaída. "Mi hermana me llevó a la casa de un hombre bueno y que ya había prestado ayuda a muchas personas. En su presencia, sentí bruscamente una sacudida en el brazo, sin que yo lo hubiera movido. El hombre dice de repente: '¡pienso que la señora está poseída!' Enseguida fui a ver a un Sacerdote que se mostró muy escéptico, mas a pesar de eso, me hizo un exorcismo. Entonces el me dijo que; todas las señales indicaban que se trataba de una posesión". Finalmente, después de varios exorcismos difíciles y muchas oraciones, un exorcista experimentado consiguió romper la barrera. Después de varios exorcismos, los demonios y las almas condenadas, con ciertos intervalos, se fueron revelando. Así mismo consiguió una liberación temporaria, mas todos los demonios volvieron. Se le pidió a un Obispo para dar autorización de hacer un exorcismo oficial y para asumir la responsabilidad. En el día 8 de diciembre de 1.975, cinco exorcistas obtuvieron la autorización para el Gran Exorcismo, luego, siguieron otros de carácter más limitado, en que estuvieron presentes no máximo de tres sacerdotes, las revelaciones hechas en el curso de estos exorcismos por los

demonios, sobre las ordenes de la Santísima Virgen, son las que se encuentran en la presente obra.

Situación Presente: Los padres confirmaron, que en algunas frases escasas y sucintas, ciertos datos de la vida de su familia. Tanto ellos como ella, ignoraban hasta 1.974 el origen de sus increíbles sufrimientos. Todo lo intentaban a través de la Medicina, de la psiquiatría, para que la hija pudiera tener el alivio de curarse. Todo en vano, solo le restó el camino de la oración. Lo que más impresiona en la casa paterna es, la simplicidad y el horror a cualquier idea de maravilloso y espectacular. Los orígenes de los sufrimientos de su hija son para ellos inexplicables y se entregaron confiadamente a la oración, una sumisión total a la voluntad de Dios. Los numerosos documentos, como cartas, registros gravados, y fotografías sacadas durante el exorcismo, están a disposición de la Iglesia, para una investigación canónica. Que la Divina Providencia, no permitió ni siquiera a sus amigos y vecinos que se interesaran sobre lo que le estaba pasando. Su posesión solo se manifiesta en su vida interior y aunque fuera atormentada durante noches enteras, puede durante el día desempeñarse en sus tareas domésticas.

Desde 1.975 no frecuenta la Iglesia ya que es horriblemente acosada por los demonios, en diversas partes de la Santa Misa, en la bendición, o cuando se encuentra en contacto con las reliquias y objetos benditos. Siempre que es posible, es visitada semanalmente por un Sacerdote que le administra los Sacramentos.

Los Planes de Dios: Los sufrimientos expiatorios, que ésta mujer acepta con tanta generosidad, la miseria interior que soporta y el total abandono en que vive, particularmente en los días que siguen después de los exorcismos, en una unión con los sufrimientos de Cristo, con su agonía y abandono, su contribución para la salvación de las almas, la gran preocupación de ésta alma reparadora es la de no entorpecer por su culpa, las revelaciones hechas en nuestro tiempo, por los demonios, sobre las Ordenes de la Reina del Cielo y de la Tierra, y no permitir así que por negligencia y descuido, muchas almas, que podrían salvarse, sean condenadas para siempre.

Pedimos a todos los lectores de estas líneas, una oración especial por la intención de esta alma sacrificada.

TESTIMONIO DEL REVERENDO PADRE RENZ: Debido al empeño de un hermano espiritual de la Compañía de Jesús, Padre Rodewyk SJ, accedí a una invitación para llegarme a Suiza, donde juntamente con otros Padres, hice cinco exorcismos, siguiendo el método de S.S. León XIII, del 10 de Junio al 13 de Junio, a la poseída. El contenido de este libro, tiene como objetivo una sólida renovación de la Iglesia. Además, no es la primera vez que Dios y la Santísima Virgen se manifiestan a la Iglesia a través de los demonios, como lo prueba la conocida obra Sermones del Demonio, de Niklaus von Rippertschwand (13 de junio de 1.977).

Querido lector, a continuación reflexionemos acerca de esta impresionante revelación, la Virgen Santísima María, nunca es indiferente al dolor humano. En estos exorcismos se remarca el gran valor de la misa tridentina o de San Pio V. Gracias a la Divina providencia, cuando me mude, descubrí que a dos cuadras de mi casa, celebraban el rito antiguo. Los frutos que dieron fueron hermosos, realmente valore profundamente la Santidad de la Iglesia.

Relato:

"Advertencia del más allá"

Testimonio:

Advertencia del más allá

1er. Exorcismo 14 de Agosto de 1975

Contra:

Akabor, Demonio del Coro De Todos los Coros (A)

Allida, Demonio del Coro de los Arcángeles (AL)

Exorcista (E): Demonio Akabor, nosotros, Sacerdotes representantes de Cristo, te ordenamos en nombre de la Santa Cruz, de la Preciosísima Sangre, De las Cinco Llagas, de las Catorce Estaciones de la Vía Sacra, de la Santísima Virgen María.....

EL INFIERNO ES HORRIBLE

A - Tengo todavía que hablar...

E - Dice la verdad y sólo la verdad, en el nombre de la Santísima Trinidad, de la Santísima Virgen María de la Inmaculada Concepción (...).

A - Así, en su nombre, y en nombre de los Tronos de donde vengo, tengo todavía que hablar. Yo estaba en los Tronos. Yo Akabor, tengo que decir (respira constantemente y grita con voz horrible) como el infierno es horrible. Es mucho más horrible de lo que se piensa. La Justicia de Dios es terrible; ¡terrible es la Justicia de Dios! (grita y gime).

E - Continúa diciendo la verdad, en nombre de la Santísima Trinidad (...) di lo que Dios te ordena.

A - El infierno es bien peor de lo que a primera vista y superficialmente pueden pensar; la justicia... y naturalmente también la Misericordia están ahí, mas es preciso mucha confianza, es preciso rezar mucho, es necesaria una confesión, todo es necesario. No se debe simpatizar fácilmente con los modernismos. El Papa es quien dice la verdad.

E - ¡Continúa, en nombre de la Santísima Trinidad, de la Santísima Virgen María, de la Inmaculada Concepción! ¡Continúa en nombre de los Santos Tronos! ¡Continúa!

LA JUVENTUD ES ENGAÑADA

A - Los lobos están ahora.

E - Di la verdad, solo la verdad, en nombre (...).

A - Los lobos está ahora en el medio de ustedes, en el mismo medio de los buenos.

E - Di la verdad, ¡solo la verdad! Nosotros te lo ordenamos en el nombre (...).

A - Como ya dije, toman la forma de Obispos y Cardenales.

E - Continúa diciéndonos la verdad, en el nombre (...).

A - Digo esto en contra de mí voluntad. Todo lo que digo es contra mi voluntad. La juventud...la juventud es engañada. Piensan que podrán con algunas...

E - Di la verdad, en nombre (...), ¡tú no puedes mentir!

A - Con algunas obras caritativas alcanzar el Cielo, mas no pueden, ¡no! ¡Nunca!

E - Continúa diciéndonos la verdad, en el nombre de los Santos Tronos, la verdad total en nombre (...).

A - Los jóvenes deben, aunque me cueste mucho decirlo...

E – Continúa diciendo la verdad en ¡nombre de la Santísima Trinidad! Tienes que decirla, en nombre (...).

COMUNIÓN EN LA BOCA

A – Deben recibir convenientemente los sacramentos... hacer una confesión verdadera y no apenas participar en las ceremonias penitenciales y en la Comunión. La Comunión, el Celebrante debe decir tres veces “Señor yo no soy digno”, y no una vez sola. Deben recibir la Comunión en la boca, y no en la mano.

E – Di solo la verdad en el nombre de la Preciosísima Sangre, de la Santa Cruz, de la Inmaculada Concepción...

A – Nosotros trabajamos durante mucho tiempo, allá abajo (apunta para abajo) hasta que conseguimos que la Comunión en la mano fuera puesta en práctica. La Comunión en la mano es muy buena para nosotros, en el infierno ¡créanme!

E – Nosotros te ordenamos, en nombre (...) ¡que digas solamente lo que el Cielo te ordena! Di solo la verdad, la verdad total; tú no tienes el derecho de mentir. ¡Sale de ese cuerpo! ¡Vete!

A – Ella (apunta para arriba) quiere que yo siga...

E – Di la verdad, en el nombre (...)

A – Ella quiere que yo siga...Si Ella, la gran Señora, todavía viviera, recibiría la Comunión en la boca, mas de rodillas, y se inclinaría profundamente así (muestra como procedería la Santísima Virgen).

E – En el nombre de la Santísima Virgen (...) ¡di la verdad!

A – Tengo que decir, que no se debe recibir la Comunión en la mano. El propio Papa, da la Comunión en la boca. No es de su voluntad que se dé la Comunión en la mano. Eso viene de sus Cardenales.

E – En nombre (...) ¡di la verdad!

A – De ellos pasó a los Obispos, y después los Obispos pensaron que era cuestión de obediencia, que deberían obedecer a sus Cardenales. De ahí, la idea pasó a los Sacerdotes y también ellos pensaron que tenían que someterse, porque la obediencia se escribe con mayúsculas.

E – Di la verdad. Tú no tienes el derecho de mentir, en el nombre (...).

A – No se está obligado a obedecer a los malos. Es al Papa, a Jesús Cristo y a la Santísima Virgen, que es preciso obedecer, la Comunión en la mano no es de ningún modo algo querido por Dios.

E – Continúa diciendo la verdad, en el nombre (...).

EL CULTO A LA SANTÍSIMA VIRGEN

A – Los jóvenes debe habituarse a hacer peregrinaciones. Deben volverse, cada vez mas, para la Virgen Santísima, no lo deben dejar de hacer, deben reconocer a la Virgen Santísima y no vivir según los espíritus innovadores. No deben aceptar absolutamente nada de ellos (grito lleno de furia). Son ellos los Lobos. A esos, ya los tenemos bien seguros.

E – Continúa, diciendo la verdad, en nombre (...).

A – Los jóvenes, actualmente, creen que realizan cosas maravillosas cuando hacen algunas obras caritativas y se reúnen junto con los otros, mas eso solo no es nada. Es preciso que los jóvenes hagan sacrificios, que adquieran espíritu de renuncia, y es preciso que recen. Deben frecuentar los sacramentos, deben frecuentarlos por lo menos una vez por mes. Mas la oración y el sufrimiento son también importantes. Antes de todo eso, tengo todavía algo que decir...

E – Continua diciéndonos la verdad, en el nombre (...) ¡dice lo que la Virgen María Santísima te ordena!

IMITACIÓN DE CRISTO

A – Antes de esto tengo que decir que el mundo de hoy, lo mismo que el mundo católico, se olvidó por completo de esta verdad: Es preciso sufrir por los otros. Cayó en el olvido que todos ustedes forman el Cuerpo Místico de Cristo y que todos deben sufrir unos por los otros (llora como un miserable y gime como un perro). Cristo no realizó todo en la Cruz. Abrió las puertas del Cielo, mas los hombres deben responder los unos por los otros. Las sectas vienen a decir que Cristo hizo todo, mas eso no corresponde a la verdad. La Pasión de Cristo continúa; en Su Nombre, ella continuará hasta el fin del mundo (gime).

SENTIDO DEL SUFRIMIENTO

E – Continúa, en nombre de la Santísima Virgen, dice lo que Ella manda que digas.

A – Es preciso que Ella (la Pasión de Cristo) continúe. Tienen que sufrir los unos por los otros y ofrecer los sufrimientos en unión con la Cruz y con los sufrimientos de Cristo.

Se debe sufrir en unión con la Santísima Virgen y con todas las renunciaciones que Ella soportó durante Su vida, unir los propios sufrimientos, los horribles sufrimientos del Cristo en la Cruz y en Su Agonía, en el Huerto de los Olivos.

Esos sufrimientos fueron mucho más terribles de los que los hombres pueden pensar. Cristo, en el Huerto de los Olivos, no sufrió apenas como tal vez pueden pensar. Él fue presionado por la Justicia de Dios, como si Él mismo hubiera sido el peor de los pecadores, como si estuviese condenado al infierno. Tuvo que sufrir por ustedes, los hombres; de lo contrario, no hubieran sido salvados. Tuvo que soportar los más terribles sufrimientos, hasta el punto de pensar que iría al infierno. Los sufrimientos fueron entonces tan fuertes que Él se sintió completamente abandonado por el Padre Celestial, Su Sangre, porque se sintió totalmente perdido y abandonado por Él. Se sintió quebrado como si fuese uno de los mayores pecadores.

Eso es lo que Él hizo por Ustedes y ustedes deben imitarlo.

Esos sufrimientos tienen un valor inmenso. Esos sufrimientos, esos momentos oscuros, esos terribles abandonos, cuando se está convencido que todo está perdido, y que lo mejor es terminar con la propia vida. Yo no quiero decir más, no... (Respira con gran dificultad)

E – Continúa diciéndonos la verdad, en el nombre (...).

A – Es precisamente cuando se sufre así, cuando todo parece estar perdido, cuando la persona se juzga totalmente abandonada por Dios, cuando cree ser la más miserable de las criaturas, es entonces que Dios puede meter Su Mano en el juego, estos sufrimientos, estos tenebrosos y horribles sufrimientos, son lo más valioso (lanza gritos y ruidos terribles) que existen. Mas es precisamente esto lo que la juventud desconoce. La mayoría de los jóvenes ignoran que es ahí donde reside nuestro triunfo.

ACEPTACIÓN DEL SUFRIMIENTO

E – Continúa diciéndonos la verdad, en el nombre (...).

A – Muchos, la mayoría se suicidan cuando se creen abandonados por Dios y piensan ser las criaturas más miserables. Por más oscura que sea la noche, Dios está próximo de ellos, ¡aunque ellos ya no lo sientan! Dios esta entonces como si ya no estuviese. De hecho, momentáneamente su presencia deja de serles imperceptible, mas a pesar de eso deben imitar los Sufrimientos de Cristo, sobre todo a los que Él llamó a sufrir mucho. Hay muchos que, entonces, piensan que ya no son normales, la mayor parte, y es entonces donde capitulan mucho más fácilmente. Piensan entonces que se tienen que suicidar porque ya nadie los comprende. Y es nuestro triunfo. La Mayoría va para el Cielo, mas a pesar de eso, es nuestro triunfo, porque...

E – Continúa en nombre (...).

A – No cumplirán su misión, deberían haber continuado viviendo.

E – Continúa en nombre (...).

A – En el mundo de hoy las cruces son extremadamente pesadas. Es ella la que manda a decir (apunta para arriba). Esas cruces son muchas veces mal soportadas. Cruces visibles, como el cáncer, defectos físicos y otras enfermedades, son muchas veces más fáciles de soportar que las angustiosas noches del espíritu y que muchas personas tienen que soportar actualmente. Ella, allá arriba (apunta para arriba), manda a decir que una vez transmitió a través de un alma privilegiada: “Yo enviare a mis hijos sufrimientos tan grandes y profundos como el mar”* Esos a quienes fueran destinadas las cruces tan pesadas – algunos son escogidos de muchos, no deben desesperar.

E – En el nombre de la Santísima Trinidad, del Padre del Hijo y del Espíritu Santo, dice Akabor, ¡lo que la Santísima te manda a decir!

A – Las cruces que termino de decir, son cruces que parecen inútiles y absurdas. Pueden llevar al desespero. Muchas veces, parecen imposibles de soportar, pero son esas las más preciosas. Yo, Akabor, quiero todavía acrecentar: Ella (apunta hacia arriba) quiere gritar a todos esos que cargan una Cruz: “¡Coraje!” ¡No se desanimen! En la Cruz está la Salvación, en la Cruz está la victoria. La

Cruz es más fuerte que la guerra.

E – Continúa en nombre (...).

EL MODERNISMO

A – El modernismo es falso. Es preciso cambiar las cosas al modernismo. Es obra nuestra, viene del infierno. De los sacerdotes que difunden el modernismo y ni siquiera están de acuerdo entre sí. Ninguno está de acuerdo. Solo esta señal debería bastar.

E – Continúa, ¡en nombre de la Inmaculada Concepción! Dice la verdad, en nombre (...).

A – El Papa atormentado por sus Cardenales, por los propios Cardenales...está rodeado de lobos.

E – Di la verdad en nombre (...).

A – Si no fuese así, podría decir más, más él esta como paralizado. Ya no puede hacer mucho; ahora, ya no puede hacer mucho. Deben rezar mucho al Espíritu Santo, rezar ahora y siempre al Espíritu Santo. Entonces comprenderán en lo más profundo de ustedes mismos, lo que es preciso hacer. Acontezca lo que aconteciere, no vacilen con su antigua Fe. Debo decir que este Segundo Concilio del Vaticano, no fue tan bueno como se piensa. En parte, fue obra del infierno.

E - Di la verdad, en nombre (...).

LA SANTA MISA “POR MUCHOS”

Ha, sin dudas, que había ciertas cosas que precisaban ser cambiadas, mas la mayor parte, no. ¡Créanme! La Liturgia no necesitaba ningún cambio. Lo mismo que las lecturas y el propio Evangelio, no deberían ser leídos en lenguas nacionales. Era mucho mejor que la Misa fuera celebrada en latín. Consideren por ejemplo, la Consagración; hasta la Consagración, es típico. En la consagración se emplean palabras: “este es Mi Cuerpo que será entregado por vosotros”. Y enseguida dice “Esta es Mi Sangre que será derramada por vosotros y por muchos” Fueron estas palabras las que dijo Cristo.

E – ¿No es correcto decir “por todos?” di la verdad en nombre (...).

A – ¡Claro que no! Las traducciones no siempre son exactas y ese es sobre todo el caso de “por todos”. No se debe y no se puede decir “por todos”, debe decirse “por muchos”. Si el texto no está correcto, ya no se encierra la plenitud de Gracias. Claro que la Santa Misa continúa siendo válida, más el canal de Gracias, como cuando el Sacerdote la pronuncia convenientemente, de acuerdo con la Tradición Antigua y con la voluntad de Dios. Es preciso

decir “por ustedes y por muchos”* tal como Cristo dice.

E – Entonces ¿no es verdad que Cristo derramó Su Sangre por todos? Di la verdad en nombre (...).

A – No. El bien que deseo derramarla por todos, más de hecho, Ella no fue derramada por todos.

E - ¿Por qué muchos lo recusarán? Di la verdad, en nombre (...).

A – Exactamente. Así, El no derramó Su Sangre por todos, pues no la derramó por nosotros, los del infierno.

E – Di la verdad en nombre (...).

El nuevo ordinario de la Misa – Los Obispos mudaron la Misa Tridentina – a la nueva Misa, no corresponde exactamente a la voluntad de ellos, allá arriba (apunta con el dedo para arriba).

E - ¿Qué es eso de la Misa Tridentina? ¿Es la antigua Misa prescrita por el Papa San Pio V? Di la verdad en nombre (...).

Es la mejor que existe, es la Misa – tipo, la verdadera y buena Misa (gime).

E – Akabor, di la verdad, ¡en nombre y sobre las órdenes de la Santísima Virgen!

¡Nosotros te ordenamos que digas todo lo que Ella te encargó decir!

A – Todo lo que dije, fue contra mi voluntad, mas a ello fui obligado. Fue Ella, allá arriba (apunta para arriba) que nos forzó (rezonga).

E – Tienes todavía alguna cosa que agregar, en el nombre (...) ¡habla, te intimamos a decir la verdad!

EL ECUMENISMO

A – En la época que atravesamos no se debe obedecer a los Obispos modernistas. Vivimos en la época a la que Cristo se refirió, diciendo: “Surgirán muchos falsos Cristianos y falsos profetas” (Mc. 13-22). ¡Son ellos los falsos profetas! Ya no se puede creer en ellos, en breve, ya nadie podrá creerles, porque el... porque ellos aceptaran excesivas novedades. Nosotros estamos en ellos, nosotros los de abajo (apunta para abajo), es que los incitamos. Mucho tiempo pasamos en deliberaciones, para ver como destruir a La Misa Católica.

Ya Catarina Emmerich, hace más de cien años, decía: “Fue en Roma...” En una visión, ella vio a Roma, el Vaticano. Vio al Vaticano rodeado de un pozo profundísimo, y del otro lado del pozo estaban los descreídos. En el centro de Roma, en el Vaticano, se encontraban los católicos. Estos tiraban para ese pozo profundo todos sus altares, sus imágenes, sus reliquias, casi todo, hasta que el pozo quedo lleno. Esa situación...esos tiempos, los vivimos ahora (grita con una vos de miedo).

Entonces, cuando el pozo quedó lleno, los miembros de las otras religiones pudieron realmente atravesarlo. Atravesaban y miraban para adentro del Vaticano, y giraban la cabeza, daban la espalda y se iban. Y muchos entre ustedes Católicos son suficientemente estúpidos para ir al encuentro de ellos. Más ellos no dan un paso en vuestra dirección.

Quiero todavía agregar alguna cosa.

E – Di la verdad, en nombre (...).

LA LITURGIA

A – En la Misa Tridentina se hacia la Señal de la Cruz treinta y tres veces, mas ahora se hacen mucho menos, solo dos o tres veces, cuando toda va bien. Y en la última, en la bendición final, ya no es necesario arrodillarse (grita y llora de desesperación), ¿pueden imaginarse como nosotros nos arrodillaríamos, como caeríamos de rodillas, si por ventura pudiéramos?

E – ¿Es correcto hacer la Señal de la Cruz treinta y tres veces durante la Santa misa?

A – No es sólo correcto, como también obligatorio. Es que así nosotros no conseguiremos estar, pues seríamos obligados a huir de la Iglesia. Más así nos quedamos.

Debería también establecerse la ceremonia de aspersion. La Aspersion con agua Bendita, nos obliga a huir, lo mismo pasa con el incienso. Es también preciso volver a quemar incienso. Era bueno que después de la Misa se recitase la Oración a San Miguel Arcángel, tres Ave María y Salve Reina.

E – Di la verdad, di lo que tengas que decir, en el nombre (...).

A – Los laicos no deben dar La Sagrada Comunión (da gritos horribles), ¡de ningún modo! Ni siquiera las religiosas ¡Nunca! ¿Piensan que Cristo hubiera confiado esa misión a los apóstoles, si también las mujeres y los laicos también lo podrían hacer (gime)? ¡Estoy obligado a decir esto! ¡¡Allida, oíste Allida!, ¿Oíste lo que me obligaron a decir? Allida, ¡Tú también puedes hablar! (Otro responde encolerizado: ¡habla tú!)

E – Ya acabaste Akabor, en nombre (...) ¿dijiste todo, dijiste toda la verdad?

A – Ella, la de allá arriba (apunta para lo alto), no permite que yo sea atormentado por el viejo (Lucifer), porque yo soy obligado a decir estas cosas para ustedes y toda la Iglesia. Ella no lo permite... ¡y todavía bien! Mas esto no es bueno para los de allá abajo (apunta para abajo), no es bueno para nosotros (grita y gime)

E – En el nombre de la Virgen Santísima, continúa. ¿Tienes todavía alguna cosa que decir? Por el Poder de los Santos Tronos, tus antiguos compañeros, ¿tienen alguna cosa que agregar? (después de siete horas de oración y seis horas de exorcismo sin beber ni comer, algunas de las personas presentes se sienten fatigadas).

A – Pueden irse, quedaremos contentos, quedaremos contentos. ¡Váyanse!

E – ¡Continúa hablando! En nombre de la Santísima Virgen ¡habla! Di lo que Ella te ordena, en nombre (...).

A – Porqué dije todo eso, porque fui obligado a decirlo, Ella me concede todavía algunos momentos. Tienen que recitar tres veces: Santo, Santo, Santo...”. (Las personas presentes recitan la oración).

E – En nombre de la Rosa Mística..., Akabor, ¡di lo que la Virgen Santísima te ordenó decir!

A – Ella me encargó que les diga que fui obligado a decir lo que dije. Todo lo que les revelé, fue contra mi voluntad (llora).

E – En nombre..., ¿dijiste todo?

A – ¡Sí!

2do. Exorcismo del 14 de Agosto de 1.975

Contra Judas Iscariote (alma condenada)

J – ¡Si yo la hubiese entonces escuchado! (apunta para arriba). Ella estaba cerca de mí (gime con una voz horrible).

E – ¿Quién estaba cerca de ti? Habla en nombre (...).

J – Ella, la de arriba (apunta para arriba), mas yo la rechacé.

E – Continúa, Judas, ¡di lo que tienes que decir en nombre de la Santísima Virgen! ¡Di la verdad y sólo la verdad!

J – Yo soy el más desesperado de todos (gime).

Descenso de Jesús a los Infiernos

E – Judas, ¡ahora tienes que irte!

J – ¡No! (gime).

E – En nombre de Esa Reina que tú negaste, en nombre de Nuestra Señora del Monte Carmelo ¡tienes que volver ahora para el infierno!

J – Es preciso que reciten todos los Misterios Dolorosos y el Credo. (Cuando rezábamos Y descendió a los infiernos). Judas exclamó:

J – El descendió... allá abajo, ¡Él fue!

E – ¿Cristo fue al Limbo? Di la verdad en nombre (...).

J – El descendió hasta el infierno y no apenas hasta el Limbo, donde las almas esperaban.
E - ¿Por qué es que Él fue hasta el infierno? Di la verdad en nombre (...).
J – Para mostrar que también murió por nosotros. Eso fue terrible para nosotros. Él fue al reino de la muerte, mas fue también al infierno... realmente al infierno. Fue preciso que Miguel y los Ángeles nos encadenasen para impedir que nos precipitemos sobre Él (apunta para lo alto y gruñe) No me gusta hablar de esto, ni siquiera de oírlo, fui culpado de traición a Cristo. Es necesario que cantéis: “Te veo Jesús silencioso...” y: “Como me arrepiento de mis pecados”. Estas dos estrofas y enseguida una estrofa del Cántico Stabat Mater: “La Madre de Cristo, de pie, junto a la Cruz”. (Las personas presentes entonan los cánticos).
J- (Durante los cánticos, suelta gritos horribles de desesperación): ¡Si me hubiera arrepentido!
¡Si me hubiera arrepentido!

LUCHA CONTRA JUDAS

E – Judas Iscariote, nosotros Sacerdotes, te ordenamos, en nombre de la Santísima Trinidad, ¡que regreses para el infierno!
J – No..., no quiero irme (gime). Estoy muy bien en esta mujer. En gran parte ella está obligada a participar de mi desespero.
E – Judas, en nombre (...) apártate de ella, y ve para el infierno, para la condenación eterna, donde es tu lugar, en nombre (...).
J – Más yo no quiero.
E – Sal Judas Iscariote ¡en el nombre de Dios!
J – Ella (apunta para arriba), todavía ahora tendría piedad de mi, si pudiese. ¡Ella me amó, Ella me amó! ¿Sabes lo que ello significa? (gime angustiado).
E - Grita tu nombre, Judas Iscariote, y vete en nombre (...).
J – Yo se que Ella me amó (murmura penosamente).
E – Tú no quisiste, tú no le obedeciste. Ella quería salvarte para la Eternidad, para el Cielo. Ella deseo lo mejor para ti. ¡Ahora vete, en nombre de Nuestra Señora de Fátima!
J - ¡No! (grita lleno de desespero).
Judas Iscariote, grita tu nombre y vete, vete ahora, para el infierno, en nombre del Salvador Crucificado, que tu traicionaste, en nombre de sus sufrimientos, en nombre de Su Agonía en el Huerto de los Olivos.
J – Es preciso recitar tres veces: Santo, Santo, Santo...”.
(Las personas presenta lo recitan y cantan): ¡Bendice a María!) En cuanto eso, Judas grita con una voz terrible: “¡No! ¡No!”.
E – ¡Nosotros te lo ordenamos en nombre de la Santísima Trinidad (...)! (Judas arranca la estola del Padre).
J – ¡No! (con una voz terrible).
E – En nombre de la Santa Patrona de esta mujer, ¡vete ahora, Judas Iscariote!
J – Entiende que por todas las reliquias “en la mesa”. ¡Ninguno me obligará a irme tan fácilmente! Yo soy el... (Suelta un gemido terrible)
E – ¡En nombre de los crueles sufrimientos de Nuestro Señor Jesús Cristo (...)!
J – Yo no quiero irme ahora, ¡no quiero! Déjenme, déjenme (horribles aullidos).
E – ¡Es Nuestra Señora de la gran Victoria quien te lo ordena!
J – ¡Si yo hubiera escuchado!
E – Nosotros te ordenamos en nombre de la Santísima Virgen, de la Iglesia Católica...
J – Eso no sirve de nada (gruñe con una voz cavernosa).
E – ¡En nombre de la Santísima Trinidad (...)!

LA REALIDAD DEL INFIERNO

J – ¡Si yo no hubiera perdido la esperanza! ¡El infierno es horrible! ¡Si yo no hubiera perdido la esperanza! (gritos de desespero, que meten miedo).

E – La Santísima Virgen te ordena que te marches ahora ¡en nombre del Crucificado, en nombre de la Preciosísima Sangre!

J – ¡Déjame quedarme por unos momentos en esta mujer!

E – ¡No! Sal, en nombre de todos los Santos Apóstoles, en nombre (...).

J – No quiero, no. No...(Berrea con una voz llena de odio)..., mas ellos llegarán en breve (se refiere a los espíritus infernales).

E – Vete ahora, Judas Iscariote, en nombre de Nuestra Señora de Monte Carmelo. Ella te ordena que te marches para el infierno, ¡para la condenación eterna!

J – (sus gritos prolongados conmueven): ¡No! ¡No!... (Gime con voz terrible y emite sonidos de desespero).

E – En nombre de los Siete Dolores de María, en nombre de la Santísima Trinidad... ¡Vete para el infierno!

J – ¡Yo no quiero, no quiero! (berra horriblemente)

E – En nombre de la Sanísima Trinidad, de la Inmaculada Concepción, Madre de Dios, ¡Nosotros te ordenamos que regreses junto a Lucifer!

J – (con voz arrastrada y lastimosa): ¡No! (Y su grito es horrible y desesperado). ¡No!, ¡No! Ellos también no me quieren en el infierno. (De repente Judas Grita con desespero) ¡Lucifer Socorro! (los sacerdotes recitan un nuevo exorcismo).

E – En nombre de la Santísima trinidad, ¡nosotros te ordenamos, que te vuelvas al infierno para toda la eternidad!

J - ¡Espíritus infernales ayúdenme! ¡Ayúdenme para que yo no sea obligado a irme!
¡Despáchate, Akabor! ¡Ayúdame...despéchense! (gime quejoso)

E – Judas Iscariote, vete en nombre (...).

J – Lucifer, tú que me mandaste ¡tienes por lo tanto que ayudarme!

E – Nosotros te ordenamos, Judas Iscariote, en nombre (...)

J – (Grita desesperado): Ellos vienen...van a llegar en breve... ¿Saben cómo les temo, saben? (se refiere a Lucifer y a sus ayudantes).

E – Nosotros, los sacerdotes de la Iglesia Católica, nosotros te ordenamos, en nombre de la Santísima Trinidad, de la Santa Cruz, de la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios (...) ¡vete Judas Iscariote!

(En ésta altura los Sacerdotes recitan tres veces: “Santo, Santo, Santo...” en la Gloria del Padre. En este momento, Judas, por la boca de la poseída, habla con voz de hombre).

J – ¡No! OH, OH (gime)... ¡Si nosotros pudiéramos matar ya! Como nos gustaría hacerlo. Ya hace mucho que decíamos que ella debería ser muerta (se refiere a la poseída).

E – Nosotros te ordenamos, en nombre de la Santísima trinidad, que no la mates. Apártate ahora, apártate en nombre (...) ¡y especialmente San Miguel!

J – ¡No! San Miguel, tu no debes... (Aúlla como un animal y suelta gemidos horribles) ¡Ellos ahí vienen...Ellos ahí vienen!

E – En nombre de la Santísima Trinidad...Grita tu nombre, Judas Iscariote, y ¡vete!

J – Yo...! Ellos ahí vienen! ¡Yo...Judas...Iscariote!...Yo Judas Iscariote, tengo que irme, ¡tengo que irme! ¡Tengo que ir...tengo, tengo, tengo! ¡Ellos ahí vienen...Ellos ahí están! (grita con una voz de miedo). ¡Están ahí los espíritus malignos! (llora)... ¡Lucifer, lucifer! ¡Vete afuera Lucifer!...Tengo miedo de ti, vete afuera (grita con una voz terrible).

E – Vete ahora, Judas Iscariote, en nombre...

J – ¡Él viene...él viene...!

E – En nombre de la Santísima Virgen, ve para el infierno, para siempre, y ¡nunca más vuelvas!

J – Ellos ahí vienen...Ellos ahí están... (Grita y gime horriblemente). ¡Tengo que irme! ¡Ellos me reciben!

E – En el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, ¡Grita tu nombre y parte!
J – Ya lo grite. Yo Judas Iscariote, tengo... que irme. “¡Judas Iscariote!” (Fueron quince gritos prolongados, horribles, capaces de abrir el ama)... ¡No...No...No...No quiero irme!
E – Nosotros te ordenamos en nombre de la Iglesia Católica, en nombre de La Santísima Trinidad (...).

EL INFIERNO ES MAS HORRIBLE DE LO QUE SE PIENSA

J – ¡Ho, este desespero! ¡Este desespero horrible! No pueden imaginarse como el infierno es cruel. ¡No se hacen la mínima idea de cómo da miedo allá abajo! ¡No saben cómo es!
E – La culpa fue tuya, vete Judas Iscariote, en nombre (...)
J – (grita y suspira): ¡Tengo un lugar horrible! Un Canto horrible, allá abajo. OH... OH! ¡Vive honestamente! ¡Vive honestamente!... ¡Es pavoroso!... Por amor al Cielo deben hacer todo por alcanzar el Cielo, aunque para ello tengas que ser torturado por instrumentos de suplicio durante mil años (grita).
Escuchen, debo decir todavía esto: ¡Si tuviese que pasar mil años de suplicio, aguanta, aguanta! ¡El infierno es terrible!, ¡es terrible. Nadie sabe como es el infierno es horrible. Es mucho más atroz de lo que piensan... ¡da miedo y es pavoroso! (Judas pronuncia estas palabras con una voz que hace temblar, entre cortada, de un desespero indiscutible).
E – En nombre de Jesús, ¿has dicho todo ahora?
J – Tengo todavía que agregar una cosa, mas preferiría no hacerlo: hay tantas personas... que ya no creen en el infierno... más... más... (Amenazador)... ¡Él existe! El infierno existe. ¡Es horrible!
E – Si el infierno existe. Di solo la verdad, en nombre (...).
J – OH... él existe... ¡el infierno!, ¡Da temor!, tengo que irme en breve, mas tengo que decir todavía esto (grita y gime como un animal).
E – Mas ahora, es preciso que te marches, En Nombre (...) ¡sal de esta mujer!
J – ¡El infierno es más temible de lo que se piensa...! ¡El infierno es mucho más horrible de lo que se piensa...! ¡El infierno es mucho más horrible de lo que se piensa...! (Sus gritos son ensordecedores)
E - Habla, en nombre (...).
J – (Grita y gime): si yo pudiese todavía volver a atrás... ¡si todavía pudiese volver atrás!... ¡OH...OH!
(Llora de una manera inexplicable).
E - Sale de esta mujer, ¡sale, en nombre (...)!
J – ¡OH! Yo no quiero ir para abajo. Tengan piedad... ¡Déjenme continuar en esta mujer!
E - ¡No!, ¡No! En nombre (...) ¡vete afuera!
J – (gime): Estaba muy bien en ella. Es que así ella tendría que cargar con gran parte de mi desespero. Déjenme estar todavía en esta mujer... Es horrible para mí. Para mi es horrible estar en el infierno (gime con voz ahogada), ¡OH!, ¡déjenme quedarme en esta mujer!
E - ¡No!, en nombre (...).
J – Ella todavía puede aguantarme (con un inmenso desespero). Ella puede muy bien aguantarme.
E – Sal de ella, en nombre (...).
J - ¡Que piensan!... ¡allá abajo es mucho más horrible!... ¡OH! ¡OH!! (Gime). Díganle esto...díganle esto todos los jóvenes, a todos los heréticos, absolutamente a todos: El infierno existe. (La voz es penetrante, capaz de causar escalofríos). ¡OH! (grita), ¡“inmundo” horrible! ¡Si hubiera escuchado a La Virgen y no me hubiese pasado la cuerda alrededor del cuello! Si hubiera mantenido la esperanza. Si no la hubiera perdido (habla con una voz desesperada...) Mas todos dicen eso, todos los condenados dicen lo mismo cuando llegan allá abajo. Mas, entonces es demasiado tarde, solo creen cuando ya es demasiado tarde.
E – Vete, ¡en nombre de la Santísima Trinidad, en nombre de todos los Santos, Ángeles y

Arcángeles y del Arcángel San Miguel!

J – Miguel es terrible para nosotros. ¡Miguel es terrible! (grita con voz odiosa).

E – Vete en el nombre del Santo Cura de Ars, en el nombre de todos los Santos exorcistas y en el nombre de la Iglesia Católica.

J – (grita): ¡JU-DAS IS-CA-RIO-TE! ¡Tengo que partir! (suelta un ruido terrible).

E – Ahora vete Judas Iscariote, en nombre de la Santísima Trinidad, vuelve para el infierno para siempre, ¡vuelve para la condenación eterna!

J – Ellos ahí vienen, ahí vienen (gime y llora lleno de desespero) Ellos ahí están... Adiós... Adiós..., felices hombres... ¡felices! Me voy... porque a eso me obligan. (Llora y lanza rugidos de dentro de su alma).

E – Nosotros te ordenamos, en nombre (...) ¡vete para el infierno!

(Ruge desesperado como un león): ¡Voy! ¡JU-DAS IS-CA-RIO-TE!

E – Sale y ve para el infierno, en el nombre (...).

J – (lanza gritos penetrantes, ofensivos, desesperantes, de repente, apunta para arriba con el dedo y dice): Ella todavía me concede un corto espacio de tiempo.

Su misión de poseída, aun no está terminada.

3er. Nuevo Exorcismo del 17 de Agosto de 1.975

E - ¿Cuándo es que sales? ¡Habla Judas! Habla ahora, ¡en el nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

J – Yo era un Apóstol (habla con una voz sombría, ronca, con voz de hombre).

E – En nombre de Jesús ¡continúa!

J – Fui un traidor.

E – Continúa...Nosotros ya lo sabemos... ¡en el nombre de Jesús!

J – Hoy, hay también traidores entre los Obispos, con una única diferencia: Yo traicioné abiertamente, y ellos pueden camuflarse.

E - ¿Eso es verdad? ¡En nombre (...)!

J - ¡Sí!

E ¿No estás mintiendo? ¡En el nombre (...)!

J - ¡No! ¿Piensan que digo esto de buena voluntad?

E – ¿Te obliga a decirlo? ¡En nombre (...), di la verdad!

J – Sí

E - ¿En el nombre de quién?

J – En el nombre de Él, de ese maldito (apunta para arriba)... ¡infelizmente!

E – ¿Cuándo te vas? ¡Di la verdad en nombre de la Santísima Trinidad!

J – Tengo todavía algunas cosas que revelar.

E – Entonces habla ahora, ¡Di todo lo que tengas que decir en el nombre de Jesús!

J – Entre los Obispos de hoy, hay quienes son tan traidores como Yo. Si lo son...

E – No todos. ¡Di la verdad en nombre (...)!

J – No todos, más hay muchos. Y es más fácil caer en sus trampas que en las mías.

E – Continúa, Judas, ¡di todo lo que tienes para decir, en nombre (...)!

ECÔNE ESTA EN BUEN CAMINO

J – Ecône triunfará.

E – ¿Que es lo que dijiste?, ¡repite Judas Iscariote! ¿De quién es que estás por hablar? En nombre de Jesús, ¡di la verdad y solo la verdad!

J – Después de un largo combate, Ecône triunfará.

E – ¡Habla en nombre de Jesús!

J – Ecône es el único que se encuentra en el buen camino.

E – ¿Eso corresponde a la verdad? ¿Y el Cielo qué dice? Habla en nombre de Jesús.

J – Al referirme que está en el buen camino, eso no significa que no hay nadie más en el buen camino; mas el camino que Ecône sigue es el único bueno. Es eso lo que queremos decir: no hay muchos caminos que sean buenos, mas hay muchas personas que están en buen camino. Ecône está en el camino cierto, y muchas personas que no conocen a Ecône, mas que buscan la verdad, también lo están.

E – Continúa, en nombre (...) ¡Di lo que tienes que decir!

J – Monseñor Lefévre tendrá todavía mucho que sufrir, mas él es bueno.

E – ¿La liturgia que él sigue es buena? ¡Di la verdad, en nombre de Jesús!

J – La liturgia que él sigue es la única buena.

E – En el nombre de Jesús, ¿eso es verdad?

J – Es la pura verdad.

E – En el nombre de la Santísima Trinidad, ¿mentiste?

J – ¡No! Es la pura verdad.

E – ¿De dónde es que ella viene? ¿Quién te ordenó que dijeras estos? Habla, en nombre (...)

J – Fue ella (apunta para arriba) que les dice: Son ellos, allá arriba, que lo dicen. La verdad viene de lo alto. Ellos, los de allá arriba, nos les gusta la nueva liturgia, no era preciso modificar el antiguo Misal... Digo esto bien contra mi voluntad (gime y grita).

E – ¿Aún a los Obispos buenos? En nombre (...) ¡Di la verdad!

J – Todavía hay Obispos que se les puede obedecer, ¡mas no a todos! Akabor ya habló de ese asunto (gime y casi no consigue respirar)

EXORCISMOS DEL 31 DE AGOSTO DE 1.975

E – Judas Iscariote, nosotros, Sacerdotes, ordenamos, en nombre de la Santísima Trinidad (...) decirnos: ¿Eres obligado realmente a partir? Di la verdad y solo la verdad en nombre (...) Por el poder de todas las invocaciones debes decir la verdad y solo la verdad, y también en nombre de las Sagradas Reliquias que están enfrente de ti.

J – ¡Tengo que decir, tengo que decir! En cierta medida formo parte de los demonios. Y a ellos estoy agregado. Yo tenía una posición elevada, tenía una posición elevada, era Obispo.

E – ¡Continúa! Di lo que tengas que decir, en nombre (...).

J – Yo ocupo una posición superior en relación a las otras almas condenadas. Ya aquí dicen que me darán un lado horriblemente oscuro en el infierno. ¡Como yo envidio... a los otros condenados humanos! Los otros...en comparación conmigo, están bien, yo tengo un lado sucio.

E – ¡Continúa! ¡Di lo que tengas que decir, en el nombre (...)!

J – Ella (apunta para arriba) bien me avisó. Ella me avisó, Y yo que no la escuche, yo que no la escuche (lanza gemidos de temor).

E – ¡Continúa! Di la verdad, ¡Di lo que tengas que decir, en nombre de la Santísima Virgen!

J – ¡Si yo la hubiera escuchado! Sea como fuera, la desprecié. ¡A mí no me gustaba Ella! Yo no gustaba de esa...

E – ¡Continúa diciéndonos la verdad, en nombre de la Santísima Virgen! Di la verdad Judas, ¡Di lo que tengas que decir de tu parte!

J – Para hablar la verdad, desde el principio, no me gusta Ella, solo por causa de Jesús. Yo soñaba con el poder y la realeza, y como nada de eso se realizó, ¡quede desilusionado!

E – Continúa habando, Di lo que la Virgen Santísima, Madre de Dios, quiere que digas, sobre la Iglesia. ¡Di lo que tengas que decir, toda la verdad, en nombre (...)!

LOS RITOS LITÚRGICOS

J – El 14 de agosto, Akabor, tuvo que hablar de Aspergesme, que debería ser introducido en el principio de la Misa. ¡Es verdad, es verdad! Así somos obligados a huir de la Iglesia.

E – ¡Di la verdad, Judas Iscariote, di la verdad de parte de la Santísima Virgen!

J – Si no se hiciera, permanecemos allá adentro, El Sacerdote debería, como se usaba antiguamente, asperger los fieles con el hisopo. De una punta a otra de la Iglesia, y eso nos obligaría a huir, a huir también del pueblo y de las personas.

E – Di la verdad, de parte de la Santísima Virgen, ¡toda la verdad y solo la verdad!

J – Nosotros también procuramos perturbar a la personas. Cuando el Sacerdote, con el Hisopo, asperge de una punta a la otra de la Iglesia, entonces las personas pueden rezar mejor. Este rito expulsa también las ideas y los poderes de la magia negra.

E – De parte de la Santísima Virgen, ¡di la verdad!

J – La Ceremonia de Apergesme, las treinta y tres señales de la Cruz, la triple fórmula “Señor Yo no soy digno”, y al fin de la Misa, la Oración de San Miguel Arcángel, los tres Aves Marías y el Salve Reina, deberían ser restablecidos. Su supresión fue obra nuestra y en cierta medida de aquellos que están en nuestro poder.

E – Continúa diciendo la verdad, ¡de parte de la Virgen Santísima!

¿MISA TRIDENTINA O MISA NUEVA?

J – Más allá de eso, a Ellos, los de arriba, (apunta para arriba) les gusta más la Misa Tridentina que la Misa alemán y la nueva Misa, porque no todo puede ser traducido de un modo exacto.

E – ¿Te referiste a la Misa Tridentina, en latín? Di la verdad, di la verdad Judas Iscariote, ¡solo la verdad, de parte de la Virgen Santísima!

J – Los textos son difíciles de traducir en alemán. Y es así que aparecen esas palabras inexactas, que sacan muchas gracias de la Misa. Todo lo que no es exactamente pronunciado como Cristo lo quiere, obtiene menos gracia. Especialmente en lo que se refiere a la Consagración. Las Palabras de la Consagración tienen que ser pronunciadas de una manera perfectamente exacta. No se puede cambiar una sílaba. Es preciso que todo sea de una extrema exactitud y rigor. ¿Saben cómo ahí abajo está todo perfectamente regulado? Ni siquiera en la Iglesia Católica ahora se consigue tener una reglamentación como la nuestra.

E – Di la verdad, de parte de la Santísima Virgen y solo la verdad ¡Continúa!

LOS SACERDOTES Y LA GRACIA

J – ¿Es la lectura mirando a la asamblea? Nos he extremadamente ventajosa, pero más todavía cuando es hecha por mujeres (ríe con maldad).

E – ¡Di la verdad, en nombre de Jesús, Judas Iscariote!

J – Entonces, cuando las mujeres se colocan al frente, hasta las personas piadosas, hombres y mujeres que desearían concentrarse en la oración, no dejan de pensar: “¿Qué vestido trae hoy, cómo le queda el sombrero, fue recientemente a la peluquería?...” (Ríe con satisfacción y maldad).

E – Di la verdad, ¡En nombre de la Santísima Trinidad!

J – ¿Que sus zapatos están de moda? ¿Usa medias oscuras o claras? (ríe a carcajadas).

E – Judas, di la verdad y solo la verdad, ¡en nombre de la Santísima Virgen!

J – ¿No se le ve un poco de su ropa íntima? (ríe sarcástico)

E – Di solo, lo que la Santísima Virgen tiene para decirnos, ¡di solamente eso y nada más!

¿Lo que acabas de decir es tu teoría?

J – De cierto modo fui obligado a decirlo, como complemento. En el fondo es lo mismo así. Es así como las personas piensan y antes de cualquier otra cosa, reparan en su figura. Eso es evidente. Antiguamente las mujeres usaban velo, mas hace mucho que las mujeres dejaron de hacer eso. Mas, igualmente, aunque ya no usen velo, su lugar no es en la capilla. El Papa y los Cielos (apunta para arriba), ¡son la verdad!

E – ¡Di la verdad de parte de la Santísima Virgen, solo la verdad!

J – Mas lo peor es, cuando las mujeres están encargadas de distribuir la Sagrada Comunión. Entonces, ya no hay mas gracias y bendiciones, es que en sus manos no son consagradas, son manos de mujer. No quiero decir que el mal esté en el acto de ser manos de mujeres, más sí, el acto de no ser consagradas. Cristo escogió solo y únicamente a los hombres para el sacerdocio y no a la mujer. Mas el orgullo, el orgullo, el pecado original de los ángeles, la razón de esto.

E – Continúa diciendo la verdad, de parte y en el nombre de la Santísima Virgen.

J – En el fondo estas mujeres se sienten orgullosas por que pueden mostrarse, actuar allá en frente. ¡Créanme! Los Sacerdotes, igual los modernos que dentro de poco verán todo tirado para el cubo de basura, acabarán por comprender que, con todas sus teorías y brillantes sin novaciones, no van a ningún lado. Igualmente, no quieren volver atrás, en el camino que tomaron. Por otro lado, también no saben bien como arreglar las cosas de manera que les agrade a las personas. Es así que muchos Sacerdotes llaman a una mujer para la capilla. ¡Piensan que es un motivo más para atraer a las personas (ríe sarcástico)! ¡Pues sus Iglesias son ocupadas hasta un tercio de su capacidad real!

E – Judas Iscariote, continúa hablando de parte de la Virgen Santísima ¡y di solo la verdad!

J – Están cada vez más próximos del protestantismo y en cierta medida, es mejor que la Iglesia católica Moderna.

E – Di la verdad, ¡de parte de la Santísima Virgen!

J – ¡El protestantismo! Ellos no saben más nada; ellos no saben más nada desde que las cosas quedaron así, ¡mas los Católicos!

E – Continúa hablando de parte de la Virgen Santísima, ¡Judas Iscariote!

J – Los protestantes estarán en breve más próximos de Dios que los mismos Católicos modernos; Ellos no saben más, como ya dije, más de cierta manera pueden ir sabiendo... Los hombres inteligentes reconocen que la Iglesia Católica, la buena, la bien atendida, es la verdadera Iglesia.

Muchos se convertirán, mas, en la situación en que la Iglesia se encuentra actualmente yo diría, o mejor, nosotros los del infierno diríamos que el protestantismo en breve se encontrarán en una mejor posición.

E – Continúa, ¡di la verdad y solamente la verdad de parte de la Santísima Virgen!

J – Dios quiere que la homilía sea hecha por un hombre consagrado, porque así la predicación tiene mejor efecto sobre los fieles. Una mujer no consagrada está lejos de tener la misma eficacia, distraendo a las personas que no se concentran en las palabras.

Una mujer que predica no puede ser buena, no puede predicar con seriedad, pues si tuviese un espíritu serio y fuese buena no se dedicaría a las predicaciones. La Imitación de Cristo, las Virtudes, la Cruz y los Santos, son asuntos actualmente poco abordados en la Misa o en las Homilías. Igualmente los Sacerdotes consagrados ya no se refieren en la mayor parte de las veces.

E – Continúa diciendo la verdad, de parte de la Virgen Santísima ¡y di solo la verdad!

J – Si esta mujer no profundiza al máximo el tema de su predicación, ¿cómo podrán las personas sacar provecho de ella? Cuando mucho, podrán ocurrírseles pensamientos extraños. No siempre ocurre, más de un modo general se diría que una predicación de este tipo es tiempo perdido.

EL PADRE DADO VUELTA PARA LOS FIELES

J – El padre dado vuelta para los fieles, tampoco es bueno, sobre todo por las mujeres, pasa lo mismo que con las mujeres en la capilla. Ahora. Son las mujeres que se interrogan: ¿Cómo son sus cabellos? ¿Está bien peinado? ¿Se habrá afeitado?, ¡Mira ahora tiene el cabello ondulado y anteriormente no, que bellos dientes tiene! (ríe irónico)

E – Continúa diciendo la verdad, en nombre de la Santísima Virgen ¡y solo la verdad!
J – Los ornamentos le quedan bien, él están joven... qué pena que sea Padre (ríe jocoso)... etc.
Mas si el celebra dado vuelta para el altar, estos pensamientos no le ocurrirían a las mujeres:
Cuando el se girara, después de que ellas hubieran rezado, ya nada de eso tendría importancia,
Dios bien sabe porque la Misa debe ser celebrada de espaldas al público.
E – Di la verdad, Sobre las órdenes de la Santísima Virgen, ¡y solo la verdad! ¡Continúa!

EL TABERNÁCULO DEBE SER DIGNO DE AQUÉL QUE LO RECIBE

J – El Sagrario debe estar en el centro. Qué significado tiene, al entrar en una Iglesia Moderna, ¿lo primero que debe hacerse es buscar el Sagrario? No se sabe si está enfrente, atrás o de costado. En muchas Iglesias se construyen Sagrarios que no se saben si son casas de rotos. (Ríe con maldad)
E – Di la verdad y solo la verdad, sobre las órdenes de la Santísima Virgen, ¡Judas Iscariote!
J – ...Son cajas fuertes (no puede contener la risa).
E – Di la verdad, Judas Iscariote, solo la verdad, ¡sobre las órdenes de la Santísima Virgen!
J – Ahora hay también muchos que hacen Sagrarios de cualquier manera, en hierro. Claro que también podrían ser usados cajas de camión de hierro (ríe con maldad).
E – Di la verdad, solo la verdad, ¡en nombre (...)!
J – Un Sagrario – ¿están oyéndome? - debe ser dorado, esto es: ni en oro, ni en las piedras preciosas, serían dignas de guardar lo que guardan, estarían bien lejos de ser merecedoras de lo que abrigan. Es una vergüenza, lo mismo, nosotros, los de allá abajo, tenemos que reconocer que es una vergüenza ver las Iglesias y los Sagrarios que los hombres construyen...
E – Di la verdad y termina con esa risa, ¡di la verdad sobre las órdenes de la Santísima Virgen!

LA DANZA EN LOS LUGARES SAGRADOS

J – Y qué decir de las Iglesias donde se celebran Misas a la tarde lo mismo que a la mañana ¡y donde enseguida se realizan bailes! Debo hablar de sexo, y no apenas de danza, porque en la mayor parte de los casos en que se danza, hay erotismo. Podría decirse, que no hay baile en que no existe pecado, que corporales, que espirituales, o donde no se insinúe que se cometan mas tarde. La danza es invención nuestra. Mas ahora son los propios Sacerdotes Católicos los encargados de promover estas danzas y fiestas. Para que las personas todavía en sus casas, tengan que ofrecerles estos divertimentos. Entonces, la palabra de orden es: Cerveza a chorros, danza y música (ríe nuevamente lleno de satisfacción).
E – Di la verdad y solamente la verdad, ¡en nombre (...)!
J – Llegaremos al punto, o lo que es mejor, llegamos al punto de ciertos Padres que todavía se dicen Católicos, mas ya hay muchos que no lo son, llamaron a su Iglesias adeptos de ciertas sectas, digamos, de la misión Pentecostal etc..., para que ellos den testimonio de sus parrandas. Si no es el Espíritu santo que reina, somos nosotros (y en cierta medida la magia negra) que reina. Y las personas están tan ciegas que ya no saben para donde queda el Este o el Oeste. Claro que para nosotros, esto es un “campo sembrado”. Son así los sacerdotes que tenemos actualmente.
E – Continúa diciendo la verdad, en el nombre de la Santísima Virgen, ¡y solo la verdad, solamente la verdad sobre las órdenes de la Santísima Virgen!

EL ARTE RELIGIOSO

J – Sí ¡la Santísima Virgen! Eso también quiere que se diga. El hecho es que se coloca su

imagen a un costado y bien al fondo, de manera que se vea lo menos posible. Muchas veces existe una pequeña imagen de la Virgen, de mal gusto (si es que se consigue comprender de quien es la imagen). Cuando las imágenes modernas, en su mayoría, no se sabe si se trata de la mujer de un “gangster” o de alguien de allá arriba (apunta para arriba).

E – Sobre las órdenes de la Santísima Virgen, ¡di la verdad!

J – En los lugares donde todavía existe imágenes bellas de la Santísima Virgen, las personas son más fácilmente invitadas a rezar. Es por eso, que Ellos, los de arriba, quieren que...

E – Continúa diciéndonos la verdad sobre las órdenes de la Santísima Virgen, ¡di todo lo que tienes que decir sobre Sus órdenes!

J –...coloquen bellas obras de arte, por lo menos imágenes buenas y bellas, que “hablen” a las personas. El Sagrario debe estar, como ya fue dicho, en el centro, ricamente ornamentado, dorado de ser posible, arreglado de tal modo que todo el aspecto de la Iglesia sea armonioso. Que no se parezca a una cucha de perro. O, casi me gustaría de decir, un corral de puercos (ríe sarcástico).

E – Di la verdad, ¡sobre las órdenes de la Santísima Virgen! ¡Terminas con esas expresiones, que vienen de abajo!

J – Vienen de abajo, mas fui autorizado a decirlas (respira alto con dificultad).

E – Continúa diciendo la verdad, ¡di todo lo que tengas que decir sobre las órdenes de la Santísima Virgen! ¡Continúa hablando!

EL SANTÍSIMO SACRAMENTO DEL ALTAR

J – El Santísimo Sacramento: El Altísimo Sacramento ya no es adorado. Está totalmente colocado de costado. Las exposiciones del Santísimo sacramento son ahora raras. Hacen todavía algunos actos de reparación y entre los “Tradicionalistas”. Fuera de eso son muy raras. Este sacramento... ¡si supieran como es de grande!

E – Continúa hablando, en nombre (...).

J – ¡El Santísimo Sacramento del Altar! Si supieran la bendición que guardan, las bendiciones que él hacía antiguamente, cuando era expuesto el Sagrario y el pueblo, delante de él, ¡se hacía oración reparadora! Y de gran eficacia contra los pecados. Todas esas cosas dejaron de existir y es por eso que también menos almas se salvan. No quiero continuar hablando, ¡no quiero hablar más!

E – Continúa, sobre las órdenes de la Santísima Virgen, di todo lo que Ella te encargó decir, ¡mas solamente la verdad!

EL SANTO ROSARIO

J – Tengo que agregar lo siguiente (respira con gran dificultad): La gran mayoría de los Sacerdotes están ciegos. Somos nosotros que los cegamos, Mas con un poco de buena voluntad y con mucha oración al Espíritu Santo, acabarían poco a poco, por comprenderlo. El Rosario sería entonces un remedio Universal. Pues, también él fue suprimido en casi todos lados. Ya no está de moda, como se acostumbra decir.

E – Continúa, ¡sobre las órdenes de la Santísima Virgen, di la verdad! ¡Di todo lo que tengas que decir!

J – Los Misterios Dolorosos serian los más preciosos de los tres. Sin duda que todos lo son, mas la meditación de los Misterios Dolorosos contribuye mas para la salvación de las almas, Es por eso que allá arriba (apunta para arriba), son los más preciosos.

E – ¿Y de los otros Misterios? ¡Habla, en nombre (...)!

EL TRAJE ECLESIASTICO

J – Sería bueno que los Sacerdotes vuelvan a usar sotana negra. Nosotros estamos obligados a decírselo, las almas dañadas ya se lo dijeron. Cuando un Padre se presenta a la paisana, en camisa con corbata despampanante (no es preciso serlo) ninguno sabe si es el reportero o... (Ríe irónico).

E – Di la verdad de parte de la Santísima Virgen, ¡solamente la verdad!

J –...Un diplomático... un director (ríe a carcajadas) o un conferencista que...

E – ¡Di la verdad, solo la verdad de parte de la Santísima Virgen!

J... que... (Ríe sarcástico).

E – ¡Di la verdad de parte de la Santísima Virgen, termina ya con la risa, déjate de gracias!

¡Habla ahora, sobre las órdenes de la Santísima Virgen!

J –...o cualquier otro “burro” a la pesca de bombas eróticas.

E – ¡Di la verdad y solo aquello que es de la voluntad de la Santísima Virgen!

J – Todo está relacionado, ¡todo está relacionado! (continúa riendo con actitud malvada).

E – Di la verdad sobre las órdenes de la Santísima Virgen, ¡di lo que Ella quiere transmitirnos, judas Iscariote!

J – ¡Es precisamente esto...! (rezonga).

E – ¡Habla en nombre de Jesús!

J – ¡No quiero!

E – ¡Tienes que decir la verdad! ¡Habla Judas Iscariote!

J – Fue lo que yo hice.

E – Tienes que hablar, ¡sobre las órdenes de la Santísima Virgen!

J – Cuando un Padre se presenta en camisa deportiva, bien elegante, el resultado es que cualquier “gallina presumida” puede pensar que él la desea. ¿Será este el ejemplo digno de un Padre? ¿Qué ejemplo es el que da un Padre en estas condiciones? ¿Cuántos errores se verifican en los últimos años por causa de esto, cuanto mal se podría haber evitado si los Padres todavía se presentaran vestidos con su verdadero, primitivo, antiguo, bueno y tradicional...(rezonga).

E – ¡Di la verdad en nombre de la Santísima Virgen, di lo que tienes que decir! ¡Habla!

J –...No apenas bueno... (Gime).

E – ¡Di la verdad! ¡Habla! ¡Que la verdad total salga para afuera! Judas Iscariote, en nombre (...).

J –...Más el conveniente traje, yo...

E – ¡Continúa en nombre (...)! ¡Lucifer, tú no tienes derecho de atormentarlo!

J – ...En su sotana sacerdotal, en su traje... yo no sé cómo decirlo. Tomemos por ejemplo a los Benedictinos. A muchos Padres les quedaría mucho mejor el hábito de San Benito, que vestido de civil, desarreglado, que jamás podrá representar lo que debe. Miremos el hábito de San Francisco con su capa.

A cuántos laicos, a simple vista de este hábito, aunque sea de lejos ¡no sugeriría pensamientos mejores! Ni era preciso estar junto a él. ¡Cuántas veces no se jugó en un instante de estos la salvación de un alma! Se ha dado el caso también de personas que piensan que, si todavía hay Padres, a pesar de todo, Dios tiene que existir, pues de lo contrario, esos hombres no usarían hábitos.

E – Continúa diciendo la verdad de parte de la Santísima Virgen, di lo que tienes que decir y que es de la voluntad de la Santísima Virgen, ¡solamente la verdad!

J – Y la persona piensa para sí: Si es verdad que Dios existe, algo tiene que cambiar en mí. ¿Qué debo hacer? Y toda la noche ese pensamiento va ganando fuerza en su alma; por fin, esa persona se decide por el camino que la conducirá a un religioso de hábito, aun hombre de sotana negra, o a un Padre de hábito Benedictino... será como sea que ellos se llamen esto solo le traería beneficios, a ustedes y al mundo entero. Sería sumamente ventajoso para las almas. Solo por esto millares de almas serían salvadas. Que en los encuentros, en los lugares públicos en todas las partes, donde se encuentre un Padre así, cuantas mujeres, cuantas

personas, no se comportarían mejor, menos negligentemente, o sea, de otra manera (se interrumpe)

E – ¡Di la verdad, Judas Iscariote! Di lo que la Santísima Virgen quieres que digas, solamente la verdad, en nombre (...).

J – Cuantos rayos saludables no penetrarían, entonces, las almas de esas personas, con este pensamiento: “el es el Padre y representa la Bendición Divina, el Santísimo Sacramento, tiene todo el poder. Dios es su sustento; nosotros ya nada podemos hacer, todos tenemos que morir...” Las cosas podrían muy bien acontecer así, como les termino de contar. Repítelo una vez más todavía, porque...

E – Di la verdad Judas Iscariote, di lo que la Santísima Virgen te encarga de decir. Lucifer, tú no puedes impedir a Judas Iscariote de hablar, ni siquiera perturbarlo, ¡en nombre (...)!

J –...Porque es horrible cuando una mujer en pollera corta se sienta en frente de un Padre y la paisana, sin saber que él es el Padre. De hecho, ella verifica, que por su mirar, que por su comportamiento, que él es algo más elevado. Ella se lo siente de cierta manera y eso hace que se quiera acercar todavía más a él, nada de eso acontecería si él usase el hábito o el traje religioso. Casos como estos, llevan a muchos Padres a desviarse del buen camino y se casan y consecuentemente, claudican de sus funciones Sacerdotales. La Iglesia Católica está en una situación difícil. Volvió al punto cero.

E – Di la verdad Judas Iscariote! Lucifer tú no tienes derecho de impedir a Judas Iscariote hablar, ¡no puedes perturbarlo! Judas Iscariote, ¡di lo que la Santísima Virgen te encargo de transmitir!

J – (Solo se perciben sonidos guturales indefinibles y una sensación de estrangulamiento).

E - ¡Habla, Judas Iscariote, en nombre (...)! ¡Lucifer, tú no tienes el derecho de perturbar; vete, en nombre (...)!

Ningún Exorcismo anterior, que no se halla publicado hasta ahora.

Todo indica que sotana perturba terriblemente al Diablo. De ahí la gran resistencia en decir el valor del traje.

SOLO LA INTERVENCIÓN DE DIOS

J – Solo la intervención del propio Dios, de aquel de allá arriba (apunta para arriba), puede todavía salvar a la Iglesia. La tenemos totalmente presa en nuestras redes. Corre el peligro de perecer. La situación es crítica. Está acorralada por los modernismos, por las ideas de los profesores, de los doctores, de los Padres que se creen más inteligentes que los otros. Solo la oración y la penitencia la pueden todavía juntar, mas son bien pocos los que la practican (respira profundamente y con dificultad).

E – Di la verdad Judas Iscariote. Lucifer, tú no tienes nada que hacer e incomodar. ¡Vete! ¡Deja a Judas Iscariote hablar, en nombre (...)!

EL INFIERNO Y TODO SU HORROR

J – ¡Es una gran victoria para nosotros que somos ya muy pocos! ¡Padres hablen del infierno! El infierno en todo su horror, debería pintarse en las paredes. Lo mismo que así lo hicieran, lo mismo que lo hicieran no llegarían a tener una pálida idea de su horror. ¿A dónde es que encontramos todavía un Padre que hable sobre el infierno, la muerte, el purgatorio o sobre cualquier otro asunto del género?

¡Solo muy pocos lo hacen! Y estos no llegan para el ejército, para la multitud de personas, que se encuentran en el camino de la perdición.

E - ¡Continúa, Judas Iscariote! Lucifer, tú no puedes impedir ni perturbar, Judas Iscariote, cuando él habla. El dice lo que la Santísima Virgen le encarga decir, ¡en nombre (...)!

J – Es también uno de los motivos principales...

E – Continúa diciendo la verdad, lo que la Santísima Virgen quiere que digas, ¡Judas Iscariote!

J –...Un soporte al que no podemos agarrarnos. El caso es que ya no se predica sobre el infierno, en toda su extensión. Y eso no bastaría todavía, ya lo dice aquí: “El infierno es mucho más horrible de aquello que comúnmente se piensa” (suspira y llora)

MISIONES POPULARES Y VERDADERA RENOVACIÓN

J – Si al menos se predicasen estas cosas y se volvieran a organizar misiones populares, muchas personas, millares de ellas, volverían a aproximarse a la Confesión. Ahora, no lo hacen, Nosotros ya tuvimos la ocasión de decir que las ceremonias penitenciales no pueden de modo alguno sustituir a la Confesión. Nosotros tememos a las misiones populares como la peste, pues ya han contribuido a la salvación de muchas almas.

Los predicadores de las misiones populares hablaban sobre todo del infierno, del Purgatorio, de la conversión y de la muerte. Esto llevaba a la luz a muchas almas: era como una mecha que los Sacerdotes colocaban juntos a las personas que en ella se apoyaban, pues nadie ama a la muerte, nadie ama al diablo. Todos recusaban asustados y cada cual pensaba para sí: “Si las cosas ocurren así, tengo que retomar el camino del bien. Él tiene razón”. Cuando un Padre sigue la buena y verdadera tradición, como Ellos allá arriba (apunta para arriba), cuando todavía se celebra convenientemente la Santa Misa, cuando es guiado por el Espíritu Santo, cuando es muy piadoso, entonces sus bendiciones y sus influencia son mucho mayores. Lo mismo se puede decir de sus sermones. Las predicaciones de muchos Padres son muy superficiales. Sus Misas ya no son fuente de bendiciones abundantes, tal vez de muy pocas; de cualquier modo, de menos bendiciones de lo que en el caso de un Padre piadoso. Y eso es lógico.

El Cielo permite que un Sacerdote que quiere realmente el bien, que se deja guiar por el Espíritu Santo, que se entrega totalmente a Dios y que solo hace lo que Él quiere (apunta para arriba) posea una eficacia mucho mayor y ejerza una influencia también mayor sobre las personas que frecuentan la Iglesia. Lo mismo ocurre con la lectura del Evangelio y con otras lecturas, del principio al fin de la Misa: El poder de tal Sacerdote es mucho mayor, mucho más extenso, que el de un Sacerdote vulgar, tibio, un apóstata. Esos ya no se interesan, son demasiados cobardes para celebrar la Misa y para hacer el bien como debería ser, según la voluntad del Cielo... No quiero hablar... no quiero continuar hablando.

E – Judas Iscariote. Di la verdad, ¡di lo que tienes que decir sobre las órdenes de la Santísima Virgen! Lucifer, tú no puedes perturbar a Judas Iscariote, tienes que irte para el infierno, ¡allá es tu lugar! Judas Iscariote, continúa diciendo lo que la Santísima Virgen quiere, di toda la verdad y solo la verdad, ¡di todo lo que tienes que revelar!

J – (Judas gime).

E – ¡Vete Lucifer! ¡Tú no puedes incomodar, ni impedir a Judas Iscariote de hablar! ¡Judas Iscariote, continúa en nombre (...)!

J – Es preciso que aparezcan jóvenes corajosos, naturalmente, era mejor que fuesen los propios Obispos a manifestarse contra los abusos de la Iglesia. Las personas deberían reunirse. Es preciso que se vuelva a decir en las pláticas, que fuese gritado de los altos de los tejados, debería gritarse desde lo alto de los Púlpitos, todo lo que yo, Judas, acabo de decirles. Pienso de un modo especial, en el Aspergesme en la Bendición del fin de la Misa, ¡durante la cual se debe hacer de rodillas! la bendición de pie, atrae menos benditos, pues no agrada a Dios. Quedar de pie, de brazos caídos, tal vez sin rezar, durante la bendición final, es ofensivo para Dios. Y horrible. Nosotros, en el infierno, nos revolveríamos, si pudiésemos, mas evidentemente, eso nos agrada, eso hasta nos agrada.

E – Habla más ahora, sobre las órdenes de la Santísima Virgen, di apenas lo que Ella nos

quiere transmitir.

LA ANTIGUA MISA ENCIERRA GRACIAS INFINITAS

J – Si las treinta y tres Señales de la Cruz volvieran, ¡Que están tan relacionadas con la vida de Jesús! Todo fue previsto, fue Jesús quién preparó todo a así, por intermedio del Espíritu Santo. Si todo eso fue establecido desde la “Aspersión” hasta la oración de San Miguel Arcángel, y si se volviera a celebrar la Misa como Cristo quiso, entonces...No quiero decir nada.

E – ¡Di la verdad, Judas Iscariote! Tienes que decirla, ¡Sobre la orden de la Santísima Virgen!

J - ...Entonces, millares de almas que se pierden, que sufren a la condenación eterna, ¡serían salvadas! El error está en la Misa, principalmente en la Misa. Un torrente infinito de gracias brotaba de la Misa, cuando todavía era convenientemente celebrada. La Misa es el factor principal. La Misa y La Comunión, es lo más grande para ustedes, católicos, Todos los místicos, todas las apariciones de la Santísima Virgen, tienen que apagarse durante esta realidad.

La Santa Misa tiene un valor infinito, incalculable. Y es el propio Cristo que sube al Altar con toda su plenitud de gracias, que nosotros tanto odiamos. En una Misa debidamente celebrada somos obligados a huir. Huimos luego del Aspergesme. Sirviéndonos de una imagen, podemos decir que nos limitamos a espiar recelosos por una grieta. Por el contrario, en la Misa Moderna, podemos danzar tranquilos, hasta... nadie quiere decirlo

DISPONIBILIDAD PARA CONFESAR

J – Lo mismo que las personas quieran confesarse, tienen muy pocas ocasiones para hacerlo. El tiempo destinado para las confesiones es lo máximo una hora, y solo vienen algunos viejos (ríe irónico).

E – ¡Continúa, diciendo la verdad, di lo que tengas que decir, de parte de la Santísima Virgen!

J – Así el confesor siente desánimo y se interroga: “¿Tan pocos y solo los viejos? En poco tiempo valdrá la pena desistir de confesar: ¿será que también nosotros tendremos que encaminar las ceremonias penitenciales?”

Es entonces, cuando los viejos terminan de rezar, el Padre sale del confesionario y seguramente, algunos, que todavía aguardan, pensarán que ya no podrán ser atendidos y se precipitarán para el confesionario. Así no se pueden... (Da carcajadas).

E – ¡Termina con la risa y di la verdad de parte de la Santísima Virgen!

J –... No pueden, con miedo de que el confesor se escape, no pueden prepararse debidamente, como seguramente lo hubieran hecho si las condiciones fueran otras (ríe a carcajadas).

E – De parte de la Santísima Virgen, ¡di la verdad!

J – No quiero continuar hablando, ¡no quiero!

E – ¡Tienes que continuar, tienes hablar, tienes que decir lo que la Santísima Virgen quiere! ¡Tienes que transmitirnos todo lo que Ella quiere y nada más!

J – Si los Padres confesasen horas seguidas, si en los Viernes Santos hablasen de la Muerte de Cristo, podrían en esta altura aprovechar para hablar de la muerte del hombre. Podrían recordar que todos tienen que morir y que deben preparar su alma. De este modo, millares de almas podrían ser arrancadas del infierno (gime como un miserable).

E – ¡Suéltame! ¡Tú no puedes arrancarme la estola, en nombre de (...)!

J – Nosotros no queríamos hacerlo, mas somos obligados por Belcebú y Lucifer, que quieren

que los perturbemos.

E – Belcebú y Lucifer ¡tienen que desaparecer! Judas Iscariote, tú y solamente tú, habla de parte de la Santísima Virgen, ¡en nombre (...)!

J – Nosotros sembramos la confusión por todas partes. Desde que Belcebú aquí se encuentra, tenemos un gran poder. Él se mueve por todas las direcciones y desparrama la confusión por donde puede.

6to. Exorcismo del 5 de Febrero de 1.976

LA VIRTUD Y EL VICIO

E – Di la verdad, Allida, ¡en nombre de la Santísima Trinidad!

AL – Nosotros estamos agradecidos a los de allá arriba, por que el día del Castigo todavía no ha llegado. Es así que todavía tenemos más tiempo para atacar las almas. Ellos, de allá arriba (apunta para lo alto) tienen todo en la mano. Nosotros, en el infierno, tememos que el gran Aviso aparezca en breve.

E – ¡Di la verdad, en nombre (...)!

AL – Ya desistimos de pensar en eso...

E – ¡Di la verdad en nombre de la Santísima Virgen en nombre (...)!

AL – Porque todas las señales aparecerán ahora en el mundo entero, el Clero, la naturaleza, hablan en ese sentido, nosotros tememos que...¿Qué ¿Qué es lo que piensan? Nosotros conocemos también lo que está escrito en el Apocalipsis.

E hicimos comparaciones, cualquier burro tendrá que admitir que llegamos a ese tiempo, sólo con algunos pequeños sobresaltos. Porque Aquellos, los de arriba todavía tienen Piedad.

E – ¡Di la verdad, Allida, habla en nombre (...)!

AL – Lo tenemos que decir, porque Ellos, los de allá arriba lo quieren: “No pierdas la cabeza, sed firme como el granito y duros como el hierro o el diamante, practiquen el bien paso a paso, sigan la tradición. Lo nuevo ya se ve a donde lleva.

Muchos niños, por ejemplo, están tan avanzados que ya saben todo sobre sexo, desde antes de dejar los pañales... Métense estas cosas en la cabeza, de tal manera que con cinco o seis años ya tienen el cráneo lleno de esas cosas. Aún en instituciones como el Jardín, escuelas etc...

Que no saben hacer nada mejor o más inteligente, que meter el sexo a la fuerza en las crianzas. ¿Qué es lo que pasa con los jóvenes en la pubertad?

Los padres no saben lo que hacer. Por temor, no acostumbran hablar con el Sacerdote para que junto con él, se manifiesten en contra de esa educación. Se dicen para ellos: “El Padre sabe lo que hace” (rosna). La juventud ya está perdida. Así la última y la antepenúltima generación, jamás darán verdaderos soldados de Cristo a no ser que se haga una mudanza completa de la situación.

Los jóvenes estarían mejor en los campos de concentración que en ciertos centros educacionales, que no hacen más que inculcarle sexo como un veneno. Y todo eso es hecho con sabor a cristianismo moderno, que aparece como complemento.

En Sodoma y Gomorra, todo era más visible. En esos tiempos, la perversión no era así inoculada gota a gota. De hecho en Sodoma y Gomorra la situación era grave, mas ellos sabían que pecaban. Lo sentían.

Los niños de hoy, muchas veces ya no saben que están pecando.

Sólo demasiado tarde es que se dan cuenta de que fueron precipitados para el pecado. Los grandes responsables por ésta situación, los padres, los profesores y los educadores, no saben a no ser de un modo confuso, que tiene la culpa por su manera de actuar. Escuchan a veces la voz de la conciencia y otras veces piensan que es el Espíritu Santo.

E – En nombre de la Santísima Trinidad, de la Inmaculada Concepción, de Nuestra Señora del Monte Carmelo, del Santo Cura de Ars y de Catarina Emmerich, continúa. ¡Di lo que tienes que decir!

Exorcismo del 30 de Marzo de 1.976

Contra Judas Iscariote (J) y Belcebú, demonio del coro de los Arcángeles (B)

LOS PECADOS DE LOS HOMBRES

J – La culpa de los pecados en general y de cada pecado en particular. Se puede hablar de cada uno de estos pecados separadamente, en sermones diferentes, o agruparlos en un mismo sermón, como fuera más útil a cada uno, mas antes debe invocarse siempre al Espíritu Santo.

E – Judas Iscariote, habla en nombre de la Santísima Trinidad (...), Judas, ¡Habla!

J – Es preciso que la juventud, que los creyentes, tomen conciencia de la gravedad del pecado, como él es de inmensamente grave y funesto, de donde vienen y a donde conducen, cómo vienen, cómo podría evitarse, lo que es preciso hacer para atenuarlo y para eliminarlo completamente. (Gime).

E – Judas Iscariote, ¡continúa diciéndonos la verdad de parte de la Santísima Virgen, de la Rosa Mística!

J – En primer lugar es preciso decir que la oración es uno de los pilares más sólidos, en la que se asienta la vida cristiana. Es preciso proclamarlo desde los púlpitos y no desde los micrófonos. Mil micrófonos no sustituyen al púlpito. Cuando un Padre habla del púlpito, los fieles están directamente atentos a la Palabra de Dios, no miran para adelante, para atrás o para los costados, en una palabra, se evita cualquier posibilidad de distracción y pueden concentrarse mucho mejor.

E – ¡Más todo eso ya fue dicho aquí, según la voluntad de la Santísima Virgen!

J – Sí, ya fue dicho pero es preciso que vuelva a repetirlo, es preciso que me refiera mas una vez.

E – ¿Y cuándo tú hablaste de esto, Judas Iscariote? ¿Todavía lo recuerdas? ¡Habla en nombre (...)!

J – Sí, el 31 de octubre.

E – ¡Continúa, continúa en nombre (...)!

J – La culpa es mayor de lo que cualquiera de ustedes puede imaginar. Nosotros, los demonios, somos horribles. Tenemos miedo uno de otros.

Tenemos un aspecto horrible. Y es insoportable estar uno al lado del otro, ¡Si al menos no tuviéramos que mirarnos la cara! Más tenemos. ¡Y a eso somos obligados! Tenemos que vivir en este charco diabólico por toda la eternidad y mirándonos la cara.

Cuando somos obligados a mirar los pecados o las culpas de los hombres, se apodera de nosotros un gran terror. Pueden así imaginar la gravedad de la culpa, que hasta consigue aterrorizarnos, a nosotros demonios, acostumbrados a tantas cosas, que permanecemos día a día en este tormento, que somos obligados a contemplar hora a hora, minuto a minuto, este espectáculo, terrible entre los terribles. El pecado nos aterroriza. Así, pueden imaginar la gravedad de la culpa, sobre todo delante de Aquel que esta allá arriba (apunta para arriba) y Cuya majestad sobrepasa. ¡Tenía que decir esto (gime de un modo lastimoso)!

LA MAJESTAD DE DIOS

E – ¡Continúa diciéndonos la verdad, Judas Iscariote y solo la verdad, en nombre (...)!

B – ¡Si conocieran a Su Majestad (apunta para lo alto)!

No es Judas quien lo dice, es Belcebú. Soy yo Belcebú, quien a partir de este momento va a hablar.

E – Bueno, tú has conocido mejor que Judas la Majestad de Dios, ¡habla, en nombre (...)!

B – Es que Judas no contempló la majestad de Dios. Esto es así, él vio la humanidad de Dios y a partir de ella consiguió deducir algo de su Majestad. Mas Judas no vio a Dios, ni a su gran Majestad, como yo la vi. (Suspira) ¿Saben cómo es?

Yo la vi, y no es como ustedes la han de ver algún día. Más pude comprender su grandeza en gran parte, la que se me fue dada a conocer. Nosotros no poseíamos todavía la beatitud perfecta, más ya teníamos un grado elevado. Mas teníamos envidia de Ella (apunta para lo alto), nosotros no queríamos darle el placer de gobernarnos y dominarnos. De ahí deriva lo que a continuación voy a decir.

E – Continúa diciendo la verdad Belcebú, en nombre de la Santísima Virgen, que te ordena que hables, ¡mas di solo la verdad!

B – El caso es que Ella es para nosotros superior, terriblemente superior.

MARIA, MADRE DE LA IGLESIA

E – ¡Habla Belcebú en nombre (...) y sobre las órdenes de la Inmaculada Concepción!

B – Fue precisamente a mí a quien Ella escogió para decir esto. Si ella hubiera escogido a Allida, mas Ella quiere que sea yo. ¡Ahora, escuchen bien! Tengo que hablar, Ella me obliga.

E – Tanto mejor, ¡habla en nombre (...)!

B – Ella está allá, con la Corona y el Cetro. Ella allá está, casi que me aprisiona. Fue así: al principio, con los Apóstoles, cuando Ella, la Madre (apunta para arriba), vivía todavía, fue Ella por así decir, la orientadora de la Iglesia, que comenzaba a dar sus primeros pasos.

Ella, tenía que rezar para que la Iglesia se desarrollara convenientemente, para que se desarrollara como (rozna)...

E – En nombre del Padre, del Hijo (...) ¡di la verdad!

B – ...Como debía desarrollarse, según la voluntad del Espíritu Santo. Ella quedaba día y noche de rodillas, rezaba para que la Iglesia creciera y se liberase del Antiguo, esto es, la ley mosaica, y que la circuncisión desapareciera. Ella comprendía que la circuncisión fuera conveniente en una determinada época y que cuando, según la ley de esa época, tenía que ser necesaria. Mas después de la llegada de de Cristo y de Su Obra, ya no lo era.

Jesús, todavía se sometería a la circuncisión, mas Él no quería que ella continuase.

A partir de ese momento existía el Santo Sacrificio de la Misa (rozna).

E – Belcebú, ¡continúa, sobre las órdenes de la Santísima Trinidad, del Padre (...) de la Inmaculada Concepción, sobre cuyas órdenes, hoy tienes que hablar!

B – La Santísima Virgen, estaba presente cuando los Apóstoles celebraban la Primera Misa. Después de la Ascensión de Cristo, la Santísima Virgen participaba siempre de la Santa Misa celebrada por los Apóstoles y recibía la Sagrada Comunión. Se preparaban durante horas para la Santa Misa. ¿Quién es que procede así en los tiempos de hoy? Pocos o nadie. Muchas veces los Apóstoles se preparaban días enteros solo para la celebración de la Misa. En cierta ocasión, la Virgen Santísima se retiró durante diez días para rezar día y noche. Entonces fue llevada al Cielo y así pudo contemplar la majestad infinita de Dios. Dios, la Santísima Trinidad, nos ordenó, allá abajo, que subiésemos del infierno (apunta primero para abajo y después para arriba). Todavía no era la esfera celestial perfecta, mas ya era una esfera superior. Fuimos obligados a subir y a contemplar esa criatura, aunque lo deseáramos o no. La Santísima Trinidad nos obligó a contemplarla. En su majestad, casi perfecta. Su majestad y esplendor era mayor de la que hubiéramos visto con anterioridad. La Santísima Virgen vencerá, no tenía vencidos. Llegó La Revestida de Sol. Sea como fuere, Vimos la Gran Majestad, con la Luna a Sus pies, eso es, el mundo, el mundo entero y acompañado por la luna, que Ella tenía a sus pies, y como adversario la serpiente, que nos representa.

¡Como nosotros le suplicamos a Dios! ¡Como nosotros le suplicamos a la Majestad Divina, que apartara aquella visión! Hasta le suplicamos que nos mandara inmediatamente al infierno, a fin de que pudiésemos quedarnos en las esferas infernales, ¡de tal modo nos era muy difícil soportar su mirar! Más Él no nos dejó partir. Tuvimos todavía que soportar unos momentos aquel horrible mirar (suelta gemidos llenos de desespero)

E – ¡Habla en nombre de la Santísima Trinidad, en nombre (...)!

B – No pueden imaginar el tiempo que pasamos en deliberaciones para descubrir la mejor forma de enflaquecer o molestar, aunque fuese solo un poco, aquella criatura (apunta para arriba). Mas nada conseguimos. Ella nos vencía en todas partes. Era Soberana en todas partes. Durante años, durante siglos, deliberamos, para ver cómo podíamos vencer, o lo que podríamos hacer, cuando Ella estuviera allá. Y cuando eso ocurrió, nosotros ni siquiera la reconocimos inmediatamente...

E – ¿No la reconocieron inmediatamente?

B – ...Inmediatamente no. Sentimos que debería ser Ella. Sentimos que debería tratarse de una criatura extraordinaria, increíblemente virtuosa, sobre la cual no teníamos ningún poder. El porqué, no lo comprendemos (rozna y gime violentamente)... ni comprenderemos quién se escondía allá atrás. Yo Belcebú y Lucifer, convocamos a todo el consejo. Cuando tuviéramos la certeza absoluta de que era Ella, deliberamos largamente noche y día, para ver lo que podríamos hacer para perjudicarla. Hasta convocamos a los mejores magos.

Les ordenamos que a Ella (apunta para arriba) la molestasen, en su cuerpo y en su alma, para que su fuerza se debilitara y que sus oraciones no nos fuesen tan desastrosas, y para que dejase de ejercer un poder tan grande. Nosotros ya veíamos que Ella tendría más adelante el poder de la Iglesia en sus manos. El propio Pedro caería a sus pies, cuando fuese preciso (rezonga). Ella tiene un poder inmenso, porque Ella es la criatura más perfecta y la más amada por Dios. Fue un ser de una perfección increíble. Después de Dios, está millares y millares de veces por arriba de las demás criaturas. Lo mismo que su esposo, San José, que estaba millares y millares de veces arriba de los otros hombres, era él todavía mucho más inferior. Entonces seguimos con nuestras deliberaciones y los hechiceros concordaron hacer todo para molestar. Intentarán todo, mas Ella perseverará en la Oración y continuará imperturbable. Se percibía lo que hacíamos mas ciertamente nada conseguimos. No conseguimos molestar a esta terrible criatura, pues Ella no está sometida al Pecado Original como el resto de la humanidad.

Ni magos ni hechiceros, ni nadie podría hacerle mal. Los demonios y los hechiceros, sólo podemos molestar a criaturas humanas, y de un modo especial a los poseídos. Mas sobre Ella, los magos infernales no tienen ninguna influencia. Entonces acometimos con una furia infernal, un furor loco del cual sólo el infierno es capaz, cuando verificamos que todos ellos nada podían hacer contra esta criatura incomprensible, predestinada por Dios. Entonces nos precipitamos sobre magos y hechiceros y en ellos descargamos todas nuestras furias.

Recibirán el doble del mal que ellos (apunta para arriba) deberían haber hecho (gime).

E – ¡Continúa Belcebú, en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo y en nombre de la Inmaculada Concepción, sobre cuyas órdenes tienes que hablar ahora. Di la verdad!

B – Es para mí un tormento horrible que tengo al hablar estas cosas ¡precisamente yo!

E – ¡Continúa diciendo la verdad y sólo la verdad, tú no tiene el derecho de mentir!

B – Déjame en paz. La mujer (se refiere a la poseída) tiene casi un ataque cardíaco; ¡Déjame en paz!

E – Es la Santísima Virgen quien te lo ordena...

B – ¡Nosotros no queremos hablar más, no!

E – ¡Tienes que hablar! ¡Habla!

B – ¡No! ¡Déjenme en paz! (rozna)

E – Tienes que hablar ahora, ¡en nombre de la Santísima Trinidad (...)!

B – No se puede describir la furia del infierno cuando vio que todas nuestras tentativas fueron vanas. Como nada teníamos conseguido, volvimos a considerar la manera de molestar, mas

Ella destruyó nuestros perversos intentos y todo lo demás. Ella es más poderosa que nosotros. Es que Ella es una criatura escogida por Dios, escogida de un modo especial. En cuando si la tierra subsista hasta el fin del mundo, nunca se encontrara alguien que se asemeje, y desde el comienzo del mundo hasta la Eternidad, jamás habrá alguien que se le puede igualar. Y Él, el de arriba (indica al Cielo), no podía haber imaginado nada más atroz, no podía recordarse de algo más vergonzoso que el de obligarnos a subir a esa esfera que nos presenta esta criatura. Eso fue para nosotros una terrible derrota (habla en tono moribundo).

Hubiéramos preferido quedarnos en el fondo del infierno, en el medio del fuego más cruel, a ser obligados a contemplar esa... Nosotros no podemos decir lo que queremos, más si eso fuese posible, nos gustaría usar expresiones más injuriosas. Ella no nos permite.

E – ¡Di la verdad! ¡Tienes que hablar en el nombre de la Santísima Virgen, en nombre de la Santísima Trinidad!

B – Siendo forzados a contemplar esta criatura, revestida de la Mayor Santidad, con Corona y Cetro. Elegida por el Altísimo (lanza gritos de temor), fue ultraje para nosotros, tengo todavía esa visión delante de mis ojos. Y esa visión de entonces, nos enloquece todavía (grita).

Y como si todo hubiera sucedido hoy, y lo mismo pasa con los otros. Todavía ahora nos hace saltar de rabia. Cuando podemos, fue mas una autorización que una orden, volver al infierno, lanzarnos con furia unos contra otros, pueden imaginar cómo nos maltratamos... pues nos era insoportable tener que vernos unos a otros. Y era horrible sentirnos dominados por una criatura así ¡por una Mujer! ¡Es horrible! ¡Es una locura!

Relacionado con esta ocasión, debo agregar una cosa mas... (Aúlla y grita de un modo horrible) Cuando Ella fue llamada a colaborar en la formación de la Iglesia, fundada por su Hijo, se sumergía de tal modo en la oración que el Todo Poderoso tenía voluntad de sostenerla en Sus manos, tal era su deleite.

PASIÓN DE CRISTO

B – Nosotros no miramos mucho, no queríamos ver nada de aquello. Girábamos como flechas a su vuelta y nos herimos unos a otros, llenos de cólera y rabia (grita).

Naturalmente sabíamos de lo qué se trataba. Es claro que sabemos más de lo que se puede pensar. Mas a esa, a esta Emmerich, fue todo mostrado de un modo positivo. Ella vió por ejemplo, que en el Huerto de los Olivos, Nuestro Señor Jesús Cristo sufrió mucho mas horriblemente de lo que se podía imaginar, igualmente durante toda su vida, varias veces sudó sangre de angustia. Nosotros, los demonios, lo perseguimos horriblemente en el Huerto de los Olivos. Él vio como nosotros en una multitud temerosa nos precipitamos sobre Él. Teníamos la forma de pecados, que los hombres cometerían mas tarde. Era nuestro intento de conseguir que, por la visión de ese terror. El Hijo de Dios perdiese el coraje de soportar aquella Pasión. Él vio ese horror inmundito que le hizo salir sangre por los poros. En esos momentos de oscuridad y horror abominables. Él, pensaba en su Pasión, que era apenas de un hombre – Él era Dios, mas para esa altura no se sentía más que un hombre – no llegaría para apagar y expiar un pecado tan grande. Me quise retirar, Tremía sobre la violencia del sufrimiento. Fue entonces que apareció un ángel con un Cáliz para fortificarlo. En la realidad, ese Cáliz, era la aceptación del sufrimiento. Al beber de ese Cáliz, Él confirmaba apenas que aceptaba la Pasión (gime). Gracias a eso, ustedes, pozos de inmundicia, veréis un día al Cielo, al que jamás nosotros tendremos acceso (furioso).

Mas tarde Cristo fue todavía flagelado. Durante la flagelación, su cuerpo fue herido y lacerado hasta los huesos. Cuando fue crucificado ya no tenía ni siquiera la mitad de sus cabellos. Se los habían arrancado a casi todos, lo que además fue muy bien hecho. Tenía una figura elegante y pies de viajante. A la fuerza de tanto andar a pié, tenía la piel dura y callosa. Al contrario, las manos eran muy, muy finas, demasiado finas para cargar una Cruz tan pesada. Si nosotros hubiéramos podido probar sólo un poco de su sangre derramada. Sólo una gota, entonces también deberíamos de adorarlo por toda la Eternidad. Pues, Él no lo permitió.

Para nosotros, ya era demasiado tarde (gruñe).

Después en la cruz, cuando fue suspendido, todo ofreció por ustedes. Hacer todo aquello por los hombres, atizó todavía más al infierno. Cuando estaba suspendido en la cruz, era como un gusano, como ya dijo Akabor: Ya no era hombre... por ustedes. ¿Porque es que Él hizo eso por ustedes? Por nosotros no lo hubiera hecho (suelta gemidos que conmueven). ¡Un gusano y no un hombre maltratado por todos (llora)!

Era como si Él, hubiera tomado sobre Si todo el peso de los pecados de toda la humanidad; parecía ser el mayor de los criminales. Parecía que fuera abandonado y repudiado por Dios Padre, de tal modo, que sus verdugos Lo habían golpeado, picado, flagelado y por fin bañado en su sangre (remusga) ¡Y todo eso Él lo hizo por ustedes! ¿Cuánto deben preocuparse los unos por los otros, para evitar que tantas almas fuesen al infierno? Él, que era Dios y no tenía pecados, realizó algo extraordinario, algo que jamás será realizado por cualquier mortal: Y Él sufrió torturas tan atroces, entonces ustedes deben pasar por toda la vida sobre el machado de carrasco. Y eso no sería mucho, no sería nada que no tuvieran merecido. Mas los hombres no comprenden esto. Solo piensan en llevar una vida de gozo. A pesar de Su Muerte, con la Cruz y el buen ejemplo, y de tener que soportar tormentos infernales. Así. Él soportó tormentos infernales. Más durante poco tiempo. Nosotros mismos no lo odiamos, ¡lo admiramos por las cosas que hizo por ustedes! Jamás nos pasará por la mente que Él pudiese hacer tal cosa por la basura del mundo. Ya lo teníamos previsto, mas nunca imaginamos que fuese una dádiva tan inmensa.

Con todo eso, quiero todavía decir que es preciso insistir en la necesidad, durante la Cuarentena, de hacer penitencia en la unión de Cristo Jesús.

Durante cuarenta días Él ayunó como ningún hombre, mas ayunó y ayunará... el también sintió la dureza del hambre...

LA CRUZ Y EL SANTO SACRIFICIO DE LA MISA ABREN EL CIELO

B – Durante cuarenta días se preparó para Su Vida Pública y también para Su Gran Sacrificio. Él sabía que se trataba de un sacrificio tan vasto como el propio mundo. De una eficacia universal, que Él, Dios, debía ofrecer a El Todo-Poderoso, en reparación de la culpa del pecado a fin de que ustedes puedan llegar a la visión eterna de Dios. Sin esto, en la mejor de las hipótesis, veréis apenas el Paraíso, acaso lo consigan. Irán así muchos más hombres al infierno, porque no tendrían acceso a la Gracias que se obtiene en el Santo Sacrificio incruento de la Misa. Son incalculables las Gracias que se consiguen en el Santo Sacrificio de la Cruz, por cuya oferta, la Sangre de Cristo corre de nuevo. Nosotros, allá abajo (apunta para abajo) odiamos este sacrificio de la Misa, que es celebrado todos los días en muchas Iglesias. En muchas casas de Dios, no siempre es convenientemente celebrada. Antiguamente, era horrible para nosotros, cuando se celebraba el tradicional Sacrificio de la Misa.

Efectivamente, era renovado el Sacrificio de Cristo en la Cruz que apaga los pecados y que consigue gracias extraordinarias para la salvación de las almas, que sin eso, se perderían por millares e irían a parar al infierno.

Debo todavía agregar esto (suelta gemidos); no digo más nada, no quiero decir nada más.

E – En nombre de la Santísima trinidad (...) ¡di la verdad, lo que María quiere que digas!

B – Yo no quiero decir nada, no puedo continuar hablando, Si quieren que hablen es preciso todavía que reciten un pequeño exorcismo. Lucifer está furioso, desearía estrangularme, yo no debería haber dicho estas cosas. Si continúo hablando, cuando llegue a abajo, me castigará.

E – (Recitado del exorcismo). ¡Por orden de la Madre de Dios, Lucifer no podrá hacerte mal, pues has hablado para la Iglesia! ¡Él no podrá hacerte mal!

B – Yo era un gran ángel, era el segundo en grandeza. Y es por ese motivo que Lucifer se enfurece y dice: ¡“Ya que eres tan grande, deberías saber que no debes decir tantos disparates. ¡Deberías tener más cautela”! Y esto es lo que él va a decir (raya los dientes con violencia).

Ella (apunta para arriba) me ordenó que hablase, porque yo estaba presente en la caída de los ángeles. Yo era el segundo en dignidad y es por eso que Ella me obliga a hablar de esta “Porquería” Ella continúa teniendo poder sobre nosotros, nosotros los de abajo (rezonga con violencia).

LOS ÚLTIMOS TIEMPOS

B – Cristo dice: Tiempos vendrán en que dirán “Cristo está aquí”, “Véanlo ahí”. Si alguien de ustedes dice: “Él está en el desierto”, no le crean, pues surgirán falsos Cristos y falsos profetas, quedarán grandes señales, de manera tal que, si fuera posible, hasta los elegidos serían engañados. Estas palabras podrían aplicarse muy bien a las falsas almas privilegiadas. Muchos corren detrás de ellas, como atrás de los falsos Cristos. De hecho, el Anticristo surgirá como un falso Cristo, más estas palabras pueden aplicarse también a lo que acabo de decir.

E – ¡Belcebú, di la verdad en nombre de la Santísima Trinidad (...)!.

B – Están ahora en la prueba, más la Iglesia resucitará con nuevo esplendor.

E – ¡En nombre de (...)!.

B – Escuchad una comparación tomada de la higuera: cuando en el tronco aparecen las hojas, sabéis que el verano está próximo. Así también, cuando vean suceder estas cosas sabrán que está cerca el Reino de Dios. (Luc. 21, 29-31). Ahora, ese tiempo está terriblemente cerca.

Ella (apunta para arriba) manda a decir: “¡Coraje!, hagan penitencia y conviértanse, en cuanto todavía hay tiempo”... Pues Su Día va a llegar (ruge como un león). El Día de la Justa cólera de Dios.

Conclusión y Suplicas:

¿Qué es el exorcismo? El exorcismo es el remedio de la Iglesia, que se esfuerza por expulsar al demonio por medio de la oración, por medio de las Sagradas Escrituras, por abjuraciones, intimaciones en nombre de Jesús, uso de agua bendita, bendiciones, Señal de la Cruz, la imposición de la Estola, la imposición de las manos. Sería un error pensar que basta un único exorcismo para expulsar los demonios. Es un duro combate entre el exorcista y el demonio. Estos repiten constantemente: “Nosotros no somos obligados a irnos ya”. Es por eso que también aquí es válido el aforismo: Dios tiene la última Palabra a decir.

Respuestas a algunas críticas por el Padre Arnold Renz, SDS.

1. Cristo no acepto el testimonio de los demonios y les ordenó: “Cállense”
 - a) Poco a poco Cristo fue preparando a los hombres para la revelación de Su Divinidad. Por ese motivo es que recusó el testimonio de los demonios. Mas permitió también que ellos dijeran: Nosotros sabemos quién es: es el Santo de Dios” (Lc.434). Él podría haber impedido esta declaración, con todo así no lo hizo.
2. Nosotros tenemos las enseñanzas de la Iglesia, no precisamos del testimonio de los demonios.
 - a) Las verdades enseñadas por la Iglesia, están actualmente reducidas al silencio. Por ejemplo, ¿quién habló en estos últimos años del infierno y de los demonios? El infierno y los demonios fueron prácticamente considerados tabú para la predicación dentro de la Iglesia, del Reino de Dios.
 - b) En estos casos de revelación, la Santísima Virgen muestra su poder y su Soberanía. Ella obliga a los demonios a manifestar verdades necesarias para la Iglesia de nuestro tiempo, verdades olvidadas que es preciso recordar.

- c) Las revelaciones de los demonios no son sino un favor del Cielo, una prueba del amor pleno y la solicitud de la virgen Santísima.
3. Más ¿cómo es posible que los demonios hablen entre sí, hablen en contra del infierno? ¡Ellos sólo deben querer el mal de la Iglesia!
- a) Los demonios no quieren hacer esas revelaciones. Solamente la hacen cuando están obligados, sobre el poder y las órdenes de la Santísima Trinidad y en nombre de la Santísima Virgen. Solo hacen estas revelaciones cuando intimidados en nombre de la Santísima Trinidad, de la Santísima Virgen, del Corazón de la Inmaculada de María y en nombre de Jesús, son obligados a decir la verdad y solo la verdad, (en el texto, estas exigencias hechas a los demonios fueran, en su mayoría abreviadas o omitidas, por falta de espacio y para que la lectura no se tornara excesivamente monótona). Mas sin esas órdenes, puede ocurrir, como además aconteció, oír a los demonios exclamar “estás siendo insolente”. ¿Por qué? Interrogó el exorcista. “Dices apenas: ¡Di la verdad! Si hablas sólo en tu nombre ¡entonces, no somos obligados a revelar lo que quiera que sea!”.
- b) Ella pide constantemente que el libro sea impreso lo más rápido posible (¿Por qué el tiempo urge?), ciertos puntos más oscuros no pueden ser acompañados de notas explicativas.
- c) Durante la realización de este libro se rezó mucho. Los propios demonios pedían constantemente, de parte de la Santísima Virgen, ciertas y determinadas oraciones. ¡“Recen mucho al Espíritu Santo”!
- Si el lector, por su lado, acepta este convite, de cierto, de verdad sacará buen provecho de esta lectura. Ha de recibir la Luz necesaria, lo mismo para aquellos personajes que no tiene la necesaria claridad.

Por último quiero citar las palabras que Nuestro Señor Jesucristo, dijo a Margarita María, la apóstol de su Sagrado Corazón.

Voz del Maestro:- ¿Y sabéis porque camino fácil se llega a la reprobación final?...Hiriendo mi corazón con pecado de ingratitud..., abusando de la misericordia de este Dios, que es todo caridad...Soy Jesús, esto es, Salvador... Vine para los que tenían necesidad de medicina, de paz y fortaleza, y, sobre todo, para los que necesitan perdón..., misericordia..., y mucho amor. A esos enfermos les mostré la piscina de toda santidad: mi corazón, que lo absuelve todo...¡Oh, y de esa ternura han abusado tantos!...Jamás, negué el perdón a quien me lo pidió con humilde contrición, jamás...Por esto, porque mi bondad es infinita...,porque espero con paciencia inalterable al prodigo...,porque, a su regreso, olvido sus olvidos y hago fiesta para celebrar a la oveja que llega ensangrentada al redil de mis amores...Por esto, tantos colman la medicina y se condenan en el abuso de la absolución que les otorgo...Deteneos, hijos míos, en la pendiente de ese camino, y llorad el extravió fatal de tantos hermanos vuestros que me hieren, porque soy Jesús dulcísimo con ellos...

Le pidamos perdón a nuestro Rey, por el abuso de su misericordia, especialmente en los sacramentos de Confesión y Eucaristía, diciéndole:

¿Qué tengo yo, Señor Jesús, que Tu no me hayas dado? ¿Que merezco yo, si a Ti no estoy unido?

¡Perdóname los yerros que contra Ti he cometido!

Pues me creaste sin que lo mereciera, y me redimiste sin que te lo pidiera.

Mucho hiciste en crearme, mucho en redimirme.

Y no serás menos poderoso en perdonarme...

Pues la mucha sangre que derramaste, y la acerba muerte que padeciste, no fue por los ángeles que te alaban.

Sino por mi y demás pecadores que te ofenden...
Si te he negado, déjame reconocerte, si te he injuriado, déjame alabarte, si te he ofendido, déjame servirte.
Porque es más muerte que vida, la que no está empleada en Tu santo servicio...
Amén.